



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985)*. México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXIV, Vol. CXL, Núm. 3 (mayo-junio de 1965).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

3

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 23-34-68

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL CULTVRA, T. G., S. A.
Av. Rep. de Guatemala 96

AÑO XXIV

3

MAYO-JUNIO
1965

INDICE

Pág. 3



Todos los materiales fabricados con ACERO MONTERREY: lámina, plancha, perfiles estructurales, corrugados, rieles, accesorios, alambres, alambón, etc. y tornillería, garantizan con su alta calidad las necesidades de la industria, porque se fabrican con la maquinaria más moderna bajo sistemas de control electrónico y con el respaldo que significan 60 años de experiencia en la fabricación de acero en México.



COMPAÑIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

Los Títulos Financieros

producen acero para México...!

2.500.000
2.250.000
2.000.000
1.750.000
1.500.000
1.250.000
1.000.000
750.000
500.000
250.000
0

PRODUCCION DE LINGOTES
DE ACERO, EN TONELADAS.

1948 '50 '52 '54 '56 '58 '60 '62 '64

La inversión que usted hace en Títulos Financieros es una inversión segura con rendimientos atractivos, porque es una inversión en el progreso de la industria nacional.

TITULOS FINANCIEROS de NACIONAL FINANCIERA

■ Rinden **9%** anual, en pagos trimestrales. ■ Son fáciles de negociar. ■ En denominaciones desde \$ 100.00 para que puedan aprovecharlos todos los inversionistas mexicanos.



NACIONAL FINANCIERA, S. A.
VENUSTIANO CARRANZA 25 MEXICO 1, D. F.
INSTITUCION NACIONAL DE CREDITO, DEDICADA AL FOMENTO INDUSTRIAL

SUR

ha publicado en estos años

ARGENTINA 1930-1960 por dieciséis especialistas
 FRANCISCO AYALA: El As de Bastos
 FRANCISCO AYALA: El Escritor en la Sociedad de Masas
 JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES: El Libro
 del Cielo y del Infierno
 JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES (H. BUSTOS
 DOMEQ): Seis Problemas para don Isidro Parodi
 ARTURO BAREA: Unamuno
 JORGE CAPELLO: La Hermosa Vida
 ANA GANDARA: La Semilla Muerta
 ALBERTO GIRRI: Línea de la Vida
 ALBERTO GIRRI: Examen de Nuestra Causa
 ALBERTO GIRRI: La Penitencia y el Mérito
 ALBERTO GIRRI: Propiedades de la Magia
 JUAN GOYTISOLO: Para Vivir Aquí
 EDUARDO MALLEA: La Vida Blanca
 EDUARDO MALLEA: La Guerra Interior
 RICARDO E. MOLINARI: Un día, el tiempo, las nubes...
 H. A. MURENA: El Centro del Infierno
 H. A. MURENA: El Demonio de la Armonía
 H. A. MURENA: El Círculo de los Paraísos
 H. A. MURENA: Homo Atomicus
 H. A. MURENA: La Fatalidad de los Cuerpos
 H. A. MURENA: Las Leyes de la Noche
 SILVINA OCAMPO: La Furia
 VICTORIA OCAMPO: De Francesa a Beatrice
 VICTORIA OCAMPO: Juan Sebastián Bach (el hombre)
 VICTORIA OCAMPO: Habla el Algarrobo
 VICTORIA OCAMPO: La Belle y sus Enamorados
 VICTORIA OCAMPO: Tagore en las Barrancas de San Isidro
 VICTORIA OCAMPO: Testimonios (6a. serie)
 VICTORIA OCAMPO: 338171 T.E.
 VICTORIA OCAMPO: Virginia Woolf en su Diario
 JUAN CARLOS ONETTI: Los Adioses
 ALEJANDRA PIZARNIK: Arbol de Diana
 HORACIO QUIROGA: Anaconda - El Salvaje - Pasado Amor
 ALBERTO SALAS: Relación Parcial de Buenos Aires
 JORGE VOCOS LESCANO: Y Dios Dirá Después
 ALBERTO DE ZAVALA: El Octavo día

Viamonte 494, 8º piso

Buenos Aires

República Argentina

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: \$425,819,292.10

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

ÚLTIMAS NOVEDADES

Pesos Dls.

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA AGRICULTURA MEXICANA, por el Ing. Jorge L. Tamayo, autor de la Geografía General de México.		
Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano.	20.00	2.00
DIALOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Selva.		
El autor entrevistó a diez escritores destacados de diez naciones americanas	15.00	1.50
GUATEMALA. PRÓLOGO Y EPÍLOGO DE UNA REVOLUCIÓN, por Fedro Guillén. El autor fue testigo de los sucesos que relata desde la llegada al poder de Arévalo hasta la caída de Arbenz, la gloriosa victoria de Mr. Foster Dulles.	8.00	0.80

EN PRENSA:

LA ECONOMÍA HAITIANA Y SU VÍA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre Charles	25.00	2.50
INQUIETUD SIN TREGUA, Ensayos y artículos escogidos, por Jesús Silva Herzog	40.00	4.00
BIBLIOGRAFÍA DE LA HISTORIA DE MÉXICO, por Roberto Ramos	100.00	10.00



DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado 965

Tel.: 23-34-68

México 12, D. F.

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

- Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

- Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.



CONSEJO DE ADMINISTRACION. Presidente: Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. Vicepresidente: Sr. Prof. Roberto Barrios. Consejeros Propietarios: Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Ing. Enrique Castro García, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. Consejeros Suplentes: Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. Secretario: Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. Comisarios Propietarios: Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. Comisarios Suplentes: Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente:

Lic. Emigdio Martínez Adame.

Sub-Gerentes:

Ing. Fernando Romero Quintana Ing. Franco Ledesma Ramírez

OTRAS NOVEDADES DE
CUADERNOS AMERICANOS

El pueblo y su tierra

MITO Y REALIDAD DE LA REFORMA
 AGRARIA EN MEXICO

POR

MOISÉS T. DE LA PEÑA

Puede afirmarse que el licenciado Moisés T. de la Peña, es el economista mexicano que más ha estudiado los problemas del campo tanto de México como del extranjero. Su tesis profesional en 1936 se tituló "Problemas Agrícolas de México", un libro extenso, bien documentado y con investigaciones de primera mano. Desde entonces De la Peña no ha cesado de interesarse por los problemas de la distribución de la tierra y de todos aquellos relacionados con las condiciones de vida de la población rural.

Pocos años después de haber obtenido el título profesional, que no ha sido para él patente de corso para explotar al semejante, sino honda responsabilidad social y punto de partida de superación, se dedicó a recorrer palmo a palmo varios Estados de la República para conocer sus posibilidades de desarrollo y sugerir a los gobernantes las medidas más apropiadas y urgentes. Fruto de estos trabajos fueron la publicación de *Campeche Económico*, en 1941; *Zacatecas Económico*, en 1943; *Chihuahua Económico*, en 1944; *Veracruz Económico* en 1945; *Guerrero Económico*, en 1948 y *Chiapas Económico*, en 1949. Estos libros, algunos de ellos publicados en 2 volúmenes, son de consulta necesaria y útil para todo estudioso de la realidad económico-social de esos Estados de la República.

Ahora bien, de diciembre de 1952 a noviembre de 1958, el Lic. de la Peña ocupó el puesto de gerente del Banco Nacional de Crédito Agrícola, en cuyo desempeño adquirió, indudablemente, nuevos conocimientos y experiencias nuevas. En los últimos años visitó varios países de América, de Europa y de Asia, con el fin de conocer de modo directo todo lo concerniente a la explotación de la tierra en esos países. De regreso a México se dedicó a visitar numerosos ejidos, conversando con los campesinos sobre su pobreza, su hambre endémica, sus innumerables carencias, y en general acerca de sus problemas más apremiantes.

Y resultado de todo lo anterior, de una larga vida consagrada en buena parte a servir al labriego mexicano, es este libro apasionado y apasionante; libro polémico, sincero, valiente y honrado. *El pueblo y su tierra, mito y realidad de la reforma agraria en México*", es una aportación valiosa para el estudio de nuestro problema fundamental, independientemente de que se esté o no de acuerdo con el autor.

De venta en las principales librerías



AV. COYOACAN 1035

Apartado Postal 965

Teléfono 23-34-68

México 12, D. F.

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

●

COLECCION DE FOLLETOS PARA LA HISTORIA DE LA
REVOLUCION MEXICANA, DIRIGIDA POR
JESUS SILVA HERZOG

Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La Cuestión de la Tierra". De 1910 a 1917. Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política.

De venta en las principales librerías.

Precio del ejemplar:

	Pesos	Dlls.
México	20.00	
América y España		2.00

EN PRENSA:

Bibliografía de la Historia de México, por Roberto Ramos	100.00	10.00
--	--------	-------

●

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Covoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

México 1, D. F.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadernados en percalina, de más de 2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas, sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

	Pesos	Dlls.
México	500.00	
Extranjero		50.00
Del mismo autor:		
"El problema fundamental de la agricultura mexicana"	20.00	2.00



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

Tel. 23-34-68

México 1, D. F.

MANEJE
AUTO
NUEVO EN
EUROPA

ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TEL. 35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes

LA CERVEZA

BEBIDA DIGNA DE ENTRAR EN SU HOGAR

Para su hogar, para comer entre los suyos, usted busca una bebida sana, higiénica y pura: una bebida elaborada con elementos de alto valor nutritivo y de sabor delicado y agradable. Esa bebida es la cerveza.

Como complemento de la comida hogareña, tome cerveza.

Cuando llegue el momento del descanso, rodeado por los suyos, tenga siempre a la mano una cerveza, la bebida que por sus extraordinarias cualidades, por su bajo contenido alcohólico, es digna de estar en su hogar.

Y como para llevar a su hogar quiere usted siempre lo mejor de lo mejor, llevará cerveza —la bebida que es el orgullo de la industria cervecera nacional— porque la cerveza de México está reconocida como la mejor del mundo.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

Documentos para
LA HISTORIA DEL MEXICO
COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

Vol. VI

MODERACION DE DOCTRINAS DE LA REAL CORONA
ADMINISTRADAS POR LAS ORDENES
MENDICANTES, 1623

Edición de 225 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican,
80 pp., rústica. \$100.00.

Vol. VII

CARTAS DEL LICENCIADO JERONIMO VALDERRAMA
Y OTROS DOCUMENTOS SOBRE SU VISITA AL
GOBIERNO DE NUEVA ESPAÑA, 1563-1565

Edición de 225 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican,
420 pp., rústica. \$400.00.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855

TELEFONOS: 12-12-85 y 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 5 y 6	30.00	3.00
1944	Los seis números	30.00	3.00
1945	Los seis números	25.00	2.50
1946	Los seis números	25.00	2.50
1947	Los seis números	25.00	2.50
1948	Números 3 y 4	25.00	2.50
1949	" 2	25.00	2.50
1950	Número 2	20.00	2.00
1951	" 2, 4 y 5	20.00	2.00
1952	" 3 al 5	20.00	2.00
1953	" 1 al 5	20.00	2.00
1954	Número 6	20.00	2.00
1955	" 5 y 6	20.00	2.00
1956	" 2 al 6	17.00	1.50
1957	Los seis números	17.00	1.50
1958	" " "	17.00	1.50
1959	" " "	17.00	1.50
1960	Números 1, 5 y 6	17.00	1.50
1961	" 2, 3, 5 y 6	17.00	1.50
1962	Los seis números	23.00	2.30
1963	Números 2, 3, 4 y 6	23.00	2.30
1964	" 2, 4, 5 y 6	23.00	2.30

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 100.00
Otros países de América y España	Dls. 9.00
Europa y otros Continentes	.. " 11.00
Precio del ejemplar del año corriente:	
México	\$ 20.00
Otros países de América y España	Dls. 1.80
Europa y otros Continentes	.. " 2.15

Los pedidos pueden hacerse a:
 Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
 o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

AV. JUAREZ No. 92-94

MEXICO, D. F.



IMPORTANTES OBRAS DE RECIENTE PUBLICACION

- El Capital. Crítica de la economía política**, CARLOS MARX
(3a. ed. 3 vols. 2,290 pp. Empastados).
- El diálogo psicoanalítico**, E. A. LEVY-VALENSI
(“Psicología y psicoanálisis”. 224 pp.).
- Historia trágica de la literatura**, W. MUSCHG
(“Lengua y estudios literarios”. 720 pp. Emp.).
- Novelas** de FEDERICO GAMBOA
(Vol. especial de “Letras Mexicanas”. 1,520 pp. Prólogo de Francisco Monterde. Emp.).
- México: Pintura de hoy**
Texto de LUIS CARDOZA Y ARAGON
(350 pp. Empastado. 147 láminas, 43 a todo color).

En la COLECCION POPULAR

- El teatro hispanoamericano contemporáneo.** Antología, CARLOS SOLÓRZANO
(No. 61. 2 tomos. 14 obras representativas de otros tantos países 780 pp.).
- Antología** de MIGUEL DE UNAMUNO
(No. 62. Prólogo de José Luis Aranguren. 394 pp.).
- Biografía del Estado moderno**, R. H. S. CROSSMAN
(No. 63. 382 pp.).
- De la conquista a la independencia.** Tres siglos de historia cultural hispanoamericana, MARIANO PICON-SALAS
(No. 64. 256 pp.).
- Corona de luz**, RODOLFO USIGLI
(No. 65. 232 pp.).

En todas las librerías y en Av. de la Universidad, 975, México 12, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXIV

VOL. CXL

3

MAYO-JUNIO

1965

MÉXICO, D. F., 1° DE MAYO DE 1965

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA
Manuel MARTÍNEZ BÁEZ
José MIRANDA
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3

Mayo-Junio de 1965

Vol. CXL

Í N D I C E

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
FEDRO GUILLÉN. Militarismo y golpes de Estado en América Latina	7
ROBERT G. MEAD, JR. Iberoamérica en perspectiva norteamericana	20
JAMES D. COCKCROFT y GEORGE P. COCKCROFT. La crisis de los intelectuales norteamericanos	28
MANUEL DIÉGUEZ JUNIOR. Influencias étnicas y culturales en el Brasil	34
IFEIGNIA M. DE NAVARRETE. Algunos aspectos de la economía china	42

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

ROBERT S. HARTMAN. Nuestra situación existencial: ¿Pereceremos todos juntos?	63
EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA. Arte, ciencia y artesanía	88
JOSÉ LUIS ABELLÁN. Ortega y el fracaso de la metafísica	108

PRESENCIA DEL PASADO

FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Tupac Amaru	123
JAIME ALAZRAKI. El indigenismo de Martí y el antindigenismo de Sarmiento	135
DARDO CÚNEO. La crisis argentina del '30 en Güiraldes, Scalabrini Ortiz y Lugones	158

DIMENSION IMAGINARIA

SUSANA FRANCIS. Poemas	177
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Tres estampas antropoidales	182

	<i>Pág.</i>
MAX AUB. Prólogo acerca del teatro español de los años veinte de este siglo	194
HUGO RODRÍGUEZ-ALCALÁ. Análisis estilístico de <i>El llano en llamas</i> , de Juan Rulfo	211
HOMERO CASTILLO. Federico Gana, maestro del relato criollista	235
MARÍA ALFARO. Tres heroínas nefastas de la literatura española	246
ELVIRA VARGAS. Lo que pese mi hijo	255

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publicaciones	267
--	-----

Nuestro Tiempo

MILITARISMO Y GOLPES DE ESTADO EN AMÉRICA LATINA

Por *Fedro* GUILLEN

El caso de México

EN América Latina suelen preguntarse —y lo hacen con el mexicano que les llega a mano— cómo un país, que según conocido decir de Blasco Ibáñez en años que pasó por México y no obtuvo todo lo que ambicionaba, "tenía más generales que soldados", pudo dejar atrás ese lastre que significa la influencia castrense en el torrente de nuestra vida pública.

La respuesta a tan compleja pregunta no puede ser la que inventó el ingenio de Obregón en donosa cuanto cínica respuesta. Esta se planteó más o menos, según ese hilo anecdótico en el que puede haber verdad o mentira:

—¿Cómo acabaron con los generales, mi general . . . ?

—Pues, en forma sencilla: fusilándolos . . .

Digamos de paso que, según Vasconcelos, Obregón es el segundo soldado de México después de Cortés —según anota en su *Breve Historia*— aludiendo a que jamás perdió una batalla.

La verdad es que hasta la muerte del ex Presidente a manos de León Toral todavía no se podía hablar de liquidación de la casta militar. Había, seguramente, cambiado de mano, es decir, a los militares de academia los habían substituido los surgidos de la gleba, los que ganaron sus grados en las batallas y algunos de ellos, de escasa instrucción o decididamente cercanos al analfabetismo supieron demostrar un genio estratégico de primer orden. Bastaría citar al mismo Obregón o a Francisco Villa.

Otros caudillos que surgieron dentro de la etapa bélica llegaron, también, a generales. No deseamos sino mencionar a los mayores, a estadistas como Carranza y Calles, a ideólogos como Zapata y Cárdenas.

Tales hombres es indudable que no tenían la conciencia de casta que caracteriza, desde la Colonia, al estamento militar. Aunque la alusión a este término nos indica que debería incluirse en la clasificación a la etapa anterior a la conquista, en donde los gue-

rreros ocupaban un sitio de honor entre las clases sociales de aquella comunidad.

México, tras la etapa porfiriana que se basó, en parte, en la clase militar representada por el mismo caudillo de vuelta de la lucha para crear su famosa "paz", desembocó a nuestra Revolución con ese problema ingente: el del Ejército como institución.

Cuando el apóstol Madero licenció a las tropas revolucionarias se ató de manos y pies: era la tácita entrega a los militares del antiguo orden. Que acabaron, como todos saben, por asesinarlo.

Fue el último cuartelazo en sentido estricto, es decir, el golpe armado que regresa la historia. No en vano en el grupo de Huerta y compinches estaba el sobrino de Porfirio Díaz. Y si no pudieron salir adelante—como sucede en otros países—en parte se debe a la ineptitud del judas Huerta, beodo consuetudinario, y en parte, también, a la reacción de hombres como Carranza que supieron levantar la conciencia nacional, paso a paso, contra la traición y asesinato de Madero y Pino Suárez.

Cuando Victoriano Huerta tomó el poder mandó a tocar las campanas de la Catedral. Y el asalto a Palacio Nacional, la prisión y muerte del Presidente y Vicepresidente de México, se hizo a ciencia y paciencia, no sólo de medrosos miembros del Cuerpo Diplomático—salvándose nombres como los del Ministro cubano Márquez Sterling—, sino con la venia y agrado del embajador de Estados Unidos de Norte América: Henry Lane Wilson.

Lo anterior está delatando un hecho que habrá de repetirse en el resto de nuestra América. La alianza de fuerzas clericales y el apoyo del embajador de los EE. UU. a la hora de los cuartelazos.

Asonadas importantes no faltaron después de la traición de Huerta. La última, en el año 1929. Vamos pues ya en marcha de muchos lustros en que no ha habido amenaza contra las instituciones de parte de las fuerzas armadas.

México al tomar un rumbo de estabilidad, dejada atrás la época de los grandes caudillos, enfiló hacia el civilismo. Figuras militares sobresalientes que sobrevivieron y sobreviven a los días en que el aire olía a pólvora son, por regla general, hombres del pueblo sin afán de sentirse superiores, como lamentablemente pasa en el resto de casi toda América.

Algunos de esos caudillos, además, han demostrado su adhesión a la nueva época—la que viene de 1940 a la fecha, como ha señalado el maestro Silva Herzog—, con fehaciente espíritu civilista en su pensamiento y en su acción.

El hecho de que ha pasado un cuarto de siglo sin que figure un candidato presidencial de importancia, de los que visten uni-

forme, es muy elocuente. Fueron las elecciones de 1940 las que cerraron ese ciclo, cuando la candidatura del general Almazán llegó a sectores mayoritarios y según voz popular—que ignoramos si en este caso es la de Dios—hubo escamoteo de la ambicionada silla presidencial para imponer al bondadoso general Avila Camacho.

El problema del debilitamiento de la influencia política de los sectores castrenses está ligado al de la estabilidad de nuestra vida pública. Cuando el Ejército deja de ser amenaza, como sucede en el resto de América, se puede organizar la marcha del gobierno. Y a la inversa, como vemos que es pan de cada día en la mayoría de países de este continente bolivariano.

Tenemos, pues, una edad respetable sin golpes de Estado. Se alude a la rebelión del general Cedillo, en 1938, como otro dato de esa historia negra. En realidad fue un golpe local de un caudillo de la derecha contra los avances del progresista Presidente Cárdenas. Precisamente en su etapa de grandes avances y aceleraciones revolucionarias.

Dejada atrás la contienda bélica a nadie interesa la diferencia entre militares de carrera o de línea y un hecho tenemos a mano. A un militar como Olachea—espíritu retrógrado, por cierto—hecho en batallas de la Revolución, lo ha substituido en la Secretaría de la Defensa Nacional en el régimen del Presidente Díaz Ordaz un militar de academia y también de batallas, el general García Barragán.

Lo anterior es otro hecho digno de tomar en cuenta. En el resto de América Latina los egresados de escuelas y academias militares son los únicos que suelen ocupar los altos puestos de su ramo. El militar de línea es un pariente pobre, aunque en lo personal posea grandes virtudes. Sentido de casta se llama a eso y no de otra manera.

¿Y sucederá que en México está adormecida totalmente la ambición castrense por volver al mando del país...?

Interesante, peligrosa pregunta. Sin duda existen corrientes subterráneas que auspician el apetito por el retorno al poder. Ello, no sólo está dentro del mapa de lo humano, sino en el mal ejemplo que ven a su alrededor en el resto de América. A lo anterior podría agregarse el estímulo que pueden recibir ciertas figuras connotadas de parte de la oligarquía, de fanáticos clericales o del exterior...

Sabemos que un movimiento rotativo de altos jefes militares a través de las zonas del país, les impide arraigarse y hacerse fuertes en determinado sitio. Además, generaciones nuevas de militares concurren en número considerable a las universidades per-

meándose de mayor conciencia ciudadana, y en el caso de que algunos empecinados quisieran recurrir al golpe de Estado no hallarían el camino dentro de la realidad política contemporánea que, en parte, supone un poder casi absoluto del Ejecutivo.

Sin embargo, creemos que no debemos dormir sobre los laureles. Es un problema demasiado grave para olvidarlo. Los que deben velar por la seguridad del Estado lo saben. Y ello basta por ahora.

No debería cerrarse este capítulo sin señalar un dato honroso para las fuerzas armadas. Existe, también, la orilla de los militares leales y servidores a carta cabal. Y algo mejor; llega hasta nosotros el eco de una tradición heroica que embellece nuestra historia: gestas que adornan al Colegio Militar y a la Escuela Naval. Los Niños Héroes de Chapultepec inician esa consigna épica, ese santo y seña que no puede borrarse y lo vivido y sufrido por los cadetes navales de Veracruz contra la invasión norteamericana de 1914 es historia viva, palpitante.

Lo anterior va atando a las generaciones dentro de un sentido de cumplimiento del deber. Sienten —como no sucede en la mayoría de otros de nuestros pueblos— que se les quiere, respeta. De ahí que se les aplauda en paradas o actos públicos.

Y si los pueblos del sur ven con recelo a los militares es por una sencilla, dolorosa razón: los temen. Los saben sin conciencia política, los ven favorecidos por los gobiernos, especialmente por las dictaduras que se apoyan en las bayonetas.

El militarismo en el resto de América

QUIEN viaje por los países hermanos del Continente —y todos deberían hacerlo como un principio de identidad— encontrará un hecho casi idéntico: el del Ejército y su sello en la vida pública del pasado y del presente.

Costa Rica ha carecido de Ejército regular bastándose con una policía bien organizada. Se explica tal fenómeno dentro del clima de cultura del pequeño país. Recordamos un hecho honroso para ellos. Cuando México hace ya muchos años ofreció unas becas para el Colegio Militar las autoridades costarricenses con uno de esos patriarcas ticos que pasaron a la historia y que gobernaban sin el menor protocolo presidencial, contestaron agradeciendo la oferta pero pidiendo que se hiciera válida para la Escuela Normal.

Uruguay ha sido otro país libre de presiones castrenses. Una democracia ejemplar iluminaba la hermosa patria de Rodó, el admirable idealista admirador de Montalvo, luchador civil por anto-

nomasia. Sin embargo, tal tradición se ha empañado un poco en los últimos años. Se ha hablado de golpes de Estado y bastaría citar el caso más reciente de la Junta de la OEA en Washington, para considerar que antes, jamás Uruguay hubiera dejado solo a México, dentro de la batalla por la soberanía de nuestros países. Estos hechos no se dan aislados. Quien esté acostumbrado a penetrar la pulpa ciudadana de lo que pasa, lo sabe muy bien.

El caso de Chile también se presentaba como ejemplo de instituciones armadas incapaces de dar un golpe de fuerza. Los tiempos cambian, sin embargo. Suponiendo sin conceder—frase que se oye en los juzgados y que debe provenir de hondones escolásticos—que en vez del Presidente Frey, demócratacristiano, hubiera triunfado el candidato Allende, cuya posición de hombre de izquierda se aprovechó para presentarlo como embajador del apocalipsis, entonces, hubiéramos tenido que probar hasta qué grado es cierta esa lealtad del instituto armado chileno. Porque hubiera tenido que resistir los embates oligarcas y las poderosas fuerzas del exterior. Y hablar sobre las maniobras del Pentágono, a veces hasta en oposición del Departamento de Estado, es repetir una historia que todos conocen.

El hecho que encuentra el viajero por las tierras del Sur es casi idéntico. Con mayor presión en unos países que en otros, pero siempre constante en el itinerario de la vida pública de todos.

¿Cómo funciona esa maquinaria?

En forma sencilla para describirla, odiosa, para padecerla. Dispone de la tradición del mando, a veces por ascendencia de un "arma" sobre otra, o por familias o por zonas—como los del Táchira, en Venezuela. Es el brazo armado de los presidentes civiles. Recibe toda clase de privilegios: altos sueldos, vida muelle, viajes y cargos al exterior; muchas veces mejor remunerados que los del jefe de la misión diplomática a la que se hallan adscritos.

Disponen de lotificaciones, tiendas o comisariatos para obtener todo más barato, clubes suntuosos, etc.

Se dan maña en aparentar su apoyo a los regímenes constitucionales mientras éstos no representen amenaza de cambios sociales o económicos. En la mar tranquila de gobiernos que se las pasan sin ton ni son—o bailando de acuerdo al que les toquen—el militarismo adormece sus ímpetus, goza sus privilegios y si conspira es por mero vicio profesional.

Pero, en cuanto aparecen en el horizonte los primeros signos de cambios en la estructura de sociedades feudales, la nueva santa alianza pone el grito en el cielo: la Iglesia lanza pastorales, los hacendados y grandes empresarios mueven las agujas de la prensa

y pronto el sensible oído de los altos militares se llena de sugerencias, acompañado todo por la presencia de sombra goyesca del embajador de los EE. UU. —sucedáneos del borracho Lane Wilson.

Esa clase ociosa se siente llamada por el destino en un momento dado para dar el golpe de Estado. A veces las cosas ocurren como en un cuento festivo. De una francachela de compadres sale el arrebatado por tomar el poder. No se gasta un solo tiro. Y a los milites derrocados por el golpe se les guardan consideraciones por una especie de francmasonería con uniforme —aunque la frase sea lesiva para la vieja congregación que tanta influencia tuvo en otros tiempos en América.

La fraternidad castrense produce casos regocijantes, si no fueran contra el pueblo. Toma el mando un secretario de la Defensa y despótica contra el antiguo régimen —al que sirvió, naturalmente. Y para castigar a su cofrades, en vez del proceso o el exilio, se les premia con jugosas embajadas para llevar otro tipo de ocio internacional, salvo honrosas excepciones.

Como no podríamos hablar de toda América deseamos tomar un botón de muestra, el de Guatemala, que conocemos. Y que sabemos muy parecido a los demás. No sólo por haber sido tierra hospitalaria para mi padre, emigrado de la Revolución mexicana, sino porque allá vivimos varios años dentro de algún cargo del Servicio Exterior, atraídos por lo que sucedía en días revolucionarios.

Guatemala, además, representa a la Revolución detenida, derrocada. Y ello es muy importante de analizar.

Guatemala, caso piloto

CUANDO alguna vez se preguntó en México a Rómulo Gallegos por qué no escribía en torno a las dictaduras contemporáneas, el ilustre novelista respondió: "Porque no tengo afición por la literatura escatológica . . ."

Guatemala es un país crecido entre esas dictaduras. Al Reformador Barrios que aplicó medidas liberales juaristas, sucedió en tiempo histórico, no cronológico, Estrada Cabrera. Fue del tipo de civiles a lo García Moreno que a veces son peores que los militares.

El dictador guatemalteco era refinado para el mal y entre otras cosas puso en cintura a los militares. Era, según dicen, hombre resuelto. Mantuvo al país dentro del puño y por una coincidencia común en América, a la hora en que el pueblo luchaba contra el dictador éste recibía consejos de un alto poeta extranjero, también ligado a las huestes de Francisco Villa.

Estrada Cabrera desgobernó más de veinte años y sembró la semilla del servilismo con fiestas y apoteosis dolorosas para la dignidad de la ciudadanía. Fue un espectro negativo y ya la historia lo ha recogido así.

Jorge Ubico, presuntuoso militar de academia, es el continuador de la escuela. Hosco, frío, desalmado. Lleno de manías napoleónicas —¿a quién se le ocurriría en un segundo de lacayismo decirle que se parecía al genial corzo?—, subyugó al país bajo su planta en alardes de honestidad para manejar la hacienda pública. Pero si Porfirio Díaz era honrado, dejaba enriquecerse a los suyos, Ubico en cambio, no dejaba a nadie tocar un centavo. Todo le pertenecía a él por derecho divino.

Subyugó al país y para pena nuestros embajadores mexicanos hubo que cayeron en la corte ubiquista. No digamos colegas naturales de afinidades como Maximino Avila Camacho que hermanó, en fastuosa visita, con el dictador guatemalteco.

A ese régimen de oprobio y vergüenza, cuando el donjuanesco general guatemalteco hacía giras en motocicleta por el interior del país (años en que Mussolini era el maestro de tales exhibicionismos) recogiendo, entre otras cosechas, bellezas nativas, reinas de juegos florales —hecho registrado en libros de cronistas de Guatemala—, a ese régimen policiaco sucedió una Revolución lozana, juvenil y por tanto inexperta.

Una de las medidas caballerescas —en vez de acabar con el Ejército regular como institución— fue exiliar a los generales a México, pero cubriéndoles sus haberes. Desde entonces se suprimió el grado de general en el Ejército y los que actualmente hay o habían, son de la vieja guardia ubiquista.

Esa vieja guardia, junto a elementos indecorosos de las nuevas generaciones, tributaron solemne homenaje a los restos de Ubico al llevarlos a Guatemala desde los EE. UU. donde, para su castigo, tuvo que emigrar. Conocida era su antipatía hacia el país del norte y su admiración a los nazifascistas. De ahí que fue el primer país, con El Salvador, que se apresuró a reconocer a Franco todavía en plena Guerra Civil.

La Revolución guatemalteca duró diez años y no supo, no pudo modificar la estructura de la casta militar. Chocó constantemente contra ella, como con las demás armas de la oligarquía. Algunas veces salió a flote la Revolución, pero quebrantada. Hasta su eclipse final.

El Presidente Arévalo manejó a los militares con sabiduría y audacia. Cuando hubo un intento de una columna comandada por un Dr. Trangay, desde la frontera mexicana, el Presidente dejó a

los militares tomar los aprestos del caso, pero les hizo saber que marcharía, de ser necesario, a una población cercana a la ciudad capital donde se disponía de gran fuerza obrera y campesina. Era un leve aviso. Y a los entendidos sin duda les bastó la señal. Lo anterior lo hemos oído de los propios labios del protagonista, muchos años después.

El más serio cuartelazo contra el régimen de Arévalo provocó la muerte —o ésta, a aquél— del jefe de las fuerzas armadas del país.

¿Era un azar que tal coronel, Francisco Javier Arana, fuera hombre de las derechas, adicto al arzobispo metropolitano —tan destacado en la vida guatemalteca de todos estos años— y bien visto por la embajada de los Estados Unidos de Norte América?

No. Es el hecho idéntico o parecido al resto de América Latina. Como habrá que repetir cada vez que se vuelva al tema, a tal punto, que no sería descabellado para ellos, los aspirantes a traidores, organizar cursillos de golpes de Estado —aunque bajo otro nombre ya funcionan tales cursos auspiciados por su majestad el Pentágono.

La animadversión pública de Guatemala contra la clase militar es notoria, salta a la vista. Se les llama despectivamente "chafas", que es abreviatura de "chafarote".

Los universitarios en anual velada suelen armar caricaturas de hechos sociales y políticos salientes en la jornada. Hacen un paseo callejero, carnavalesco, y una función de teatro que se ve abarrotada como no lo lograría el mejor de los actores contemporáneos.

Una de esas veladas marcó el odio secular contra la clase castrense. Se ridiculizó a los cadetes del Colegio Militar y surgió inmediatamente el incidente. Bombas en el escenario y un joven oficial que subió pistola en mano.

Tal incidente por poco causa la caída del gobierno, pues los militares reunidos en su casino se sentían apoyados por el coronel Arana, mientras el Presidente Arévalo, como acendrado universitario simpatizaba con los suyos, se resolvió en forma festiva e ingeniosa. Disponiendo torneos callejeros de boxeo entre cadetes y estudiantes, para lavar la mancha a base de los mejores bofetones.

Pero el hecho es elocuente. Es el extremo, censurable si se quiere, de que universitarios de un país lleguen a poner en ridículo a los llamados a defender las instituciones —según las letras más muertas de la Constitución.

Es la repulsa social contra el ocio y el privilegio de la casta, la venganza de la ciudadanía, el odio que aflora una noche a mitad

de la velada más famosa de todas y que llena de pánico la atmósfera y de conflictos al gobierno.

El régimen de Juan José Arévalo tuvo el "récord" de golpes militares en su contra. No creemos que haya existido otro número igual en América. Más de veinte, por lo menos. Y al ceder el mando a un militar destacado dentro de las facciones del Ejército volvió a mostrarse la influencia castrense en un pueblo que había conocido, tras la noche de las tiranías, a un Presidente maestro de escuela, filósofo, universitario.

La caída del Presidente Arbenz se debió, principalmente, a la falta de apoyo de las fuerzas armadas. En el clima nacional e internacional contra la novel Revolución el Presidente Jacobo Arbenz confiaba en sus hombres de uniforme. Había olvidado un detalle: ellos no iban —hablamos de los jefes— a exponerse defendiendo las instituciones. Y al acordarse el pacto con el nuevo jefe se estaba repitiendo un hecho casi rutinario en la historia de episodios afines de la vida americana.

Quisiéramos traer a propósito un alto testimonio. El del ex canciller Guillermo Toriello, patriota acaudalado que fijó en la historia su actuación en la Conferencia de Cancilleres de Caracas, año de 1954.

Dice Toriello en su obra *La Batalla de Guatemala*:*

"La Revolución de octubre había planteado las bases de una reorganización fundamental del Ejército Nacional, que le daría a éste el carácter de institución apolítica del Estado y que tendría como objetivo principal convertirlo en efectivo guardián de las instituciones y de los atributos nacionales, defensor de la Constitución y garante del orden público, y que cancelaría así su antigua condición de instrumento al servicio de las tiranías y opresor del pueblo. Con estas finalidades se había proveído para que, junto con su formación castrense, jefes y oficiales, clases y soldados, adquirieran plena conciencia de su responsabilidad cívica, de sus deberes para con la patria y de la naturaleza democrática y nacionalista de las instituciones que debían defender. En otro aspecto, atendiendo al decoro y dignidad de la institución armada, se elevó apreciablemente la condición económica de todos los elementos que la componen y se modernizaron las instalaciones militares en toda la República. Y, tendiendo a identificarlo más con su propio pueblo y a incorporarlo en la lucha común por la superación nacional, se hizo participar al Ejército en algunas de las grandes obras emprendidas por el Estado.

* Ediciones de "Cuadernos Americanos", México, 1955.

"Sin embargo, la Revolución de Octubre no alcanzó a lograr los objetivos programáticos señalados para la transformación del Ejército Nacional en un auténtico Ejército de la Revolución. Los gobiernos revolucionarios, no abordaron este problema con el vigor necesario ni con el empeño y la constancia que dedicaron a la solución adecuada de muchos otros problemas nacionales. Fue esta una grave falla del movimiento revolucionario por cuanto estaba presente la experiencia histórica, tanto en Guatemala como en todos los países latinoamericanos, de que el Ejército ha sido siempre, por desgracia, factor determinante de carácter regresivo en la política nacional. Entonces, para que en Guatemala hubiera podido desarrollarse y cumplirse satisfactoria y ordenadamente el proceso de rehabilitación social y económica del país, era requisito esencial y previo efectuar la transformación revolucionaria de las fuerzas armadas.

"El no cumplir con ese objetivo primordial permitió la subsistencia en el Ejército del espíritu de casta y la supervivencia de un núcleo de elementos irreductibles que habrían de persistir en su apego a la antigua mentalidad castrense de egoísmo, de ambición y absoluta falta de patriotismo, tan común bajo las satrapías del pasado. De estos elementos, precisamente, habría de servirse el Departamento de Estado a través de su Embajador en Guatemala para lograr sus aviesos designios, y serían también esos mismos elementos los que más tarde colaborarían con Castillo Armas para convertir nuevamente al Ejército Nacional, tal como en el pasado, en una institución pretoriana, enemiga del pueblo y fiel sostén de la tiranía".

Hasta aquí las aleccionadoras palabras de Toriello.

Guatemala, todos lo saben, sigue viviendo la pesadilla militarista, dentro de un régimen de facto que se dijo llamado para imponer "el orden", dentro del caos creado por el folklórico general Ydígoras Fuentes, uno de esos seres de pantomima que trepan al poder y que serán, mañana, figuras increíbles para los hombres que les toque una etapa mejor a la nuestra.

Algunos datos para configurar el horóscopo

A las fuerzas locales en potencial subversión contra todo tipo de reformas sociales, que cuentan con el Ejército como su ariete, hay que sumar las fuerzas internacionales representadas en América Latina por la poderosa influencia de los sectores militaristas y diplomáticos de los Estados Unidos de Norte América.

A la ascendencia de tipo personal de los embajadores, a veces dominantes sin el menor disimulo como Lane Wilson, Peurifoy,

Braden y tantos otros, debe señalarse el poderío creado con compromisos de carácter internacional que siguen siendo otro eficaz medio de infiltración.

No se ha determinado hasta donde sabemos la influencia de los grupos que desplazó E. U. en numerosos países de nuestra América durante la última guerra. Con el pretexto de crear bases militares llevó miles de soldados que produjeron hondos problemas sociales en cada comunidad.

Pasada la contienda bélica se inició la batalla de la diplomacia: los pactos. Bastaría hacer una revisión de lo que éstos suponen para la soberanía de numerosos pueblos de Latinoamérica atados por tales papeles diplomáticos y con fuerza de carácter internacional.

Por ejemplo, podría citarse el Tratado de Río de Janeiro sobre Defensa Hemisférica.

El Convenio Militar de Defensa contra el Comunismo, suscrito por los estados mayores centroamericanos, y el Comando Defensivo de Centroamérica y el Caribe, sito en la ciudad de Panamá.

Los convenios de tipo de ayuda policial entre los países centroamericanos y los EE. UU.

Las misiones militares de los EE. UU. en América Latina, que se han convertido en verdaderos centros de espionaje, control de fichas de enemigos, cuartel de conspiraciones y de entrenadores para guerrillas.

El Tratado de Punta del Este contiene una parte relativa a la ayuda militar de los EE. UU. a América Latina.

¿Cómo funciona tal ayuda?

Pasándonos el desecho de su armamento a los precios que desean, organizando "maniobras" bélicas, algunas verdaderamente novelescas como unas que nos tocó presenciar—porque estábamos a la sazón en Ecuador—entre este país y la flota del rumbo de los EE. UU. Y ecuatorianos despistados había—al lado del patriotismo justamente indignado por el engaño—que hasta llegaban a ufanarse de las maniobras cercanas a la fantasmal isla de Galápagos.

Adicionemos a lo anterior las reuniones de los estados mayores latinoamericanos en Washington, huéspedes agasajados por el jefe de estado mayor del ejército de los EE. UU., general Harold K. Johnson. La última reunión tuvo lugar en agosto de 1964 y para fortuna nuestra, no concurrió México, ni Cuba, ni Haití.

En las maniobras contra insurgentes—o "antisociales", como los llaman en Colombia—participó el Comando sur de la fuerza aérea de los EE. UU. y con excepción de México, Cuba, Haití y República Dominicana, tal Comando abarca a todos los países de América Latina.

La amarga lista de los cuartelazos contra Presidentes constitucionales de los últimos años nos llevaría, desde el suicidio de Getulio Vargas—agosto 1954— hasta los más recientes golpes de fuerza: Honduras, Dominicana, Ecuador, Guatemala, Brasil, Bolivia.

La lista de lo sucedido en estos diez dramáticos años abarca a casi todos los países latinoamericanos. Y para tener una idea elocuente de la borrascosa vida institucional de nuestros países la historia recogerá un dato: cuando ascendió el Presidente Leoni en Venezuela se hizo notar que el Presidente Betancourt (que acabó a tiros y sombrero) era el primero que terminaba su mandato constitucional desde la Independencia . . .

Países tradicionalmente firmes, ejemplares hace treinta años como Argentina, cayeron en el vértigo militarista. Otros, se libraron de su tirano, como la Dominicana, para caer en los uniformes.

En Paraguay el milite en turno se reeligió tranquilamente y a Villeda Morales y a Paz Estenssoro sus respectivas caídas los hizo declarar—no obstante su prudencia anterior— que la culpa total se debía a las maquinaciones del Pentágono. Declaraciones recogidas por toda la prensa internacional.

En el Brasil un gobierno nacionalista al frente del cual se hallaba un hombre de grandes recursos, es abatido con la cantinela de siempre: *comunismo*. Conspira en el episodio el gobernador Lacerda—que se llama como Engels, por inspiración de su padre—; hasta que lo dejan atrás en la carrera de las ambiciones. Y entonces él acusa, también a los almirantes trepados al trono.

En Ecuador expulsan al Presidente por "motivos morales". Afición excesiva al *scotch*, agravios al protocolo al pasar el Presidente chileno. En realidad, todo se trató de una multa impuesta a un pesquero estadounidense y de unas palabras fuera de tono del Presidente Arosemena contra *Su Excelencia*, en pleno palacio de Sucre y de Bolívar.

En Guatemala los altos jefes echan del poder a Ydígoras por haber dejado que entrara Arévalo al país: en realidad fue el ex Presidente quien se internó solo, en una avioneta. Y el folklórico general llega a Nicaragua y declara, junto al hecho de que a Napoleón lo emigraron a Santa Elena y a él a Managua, "que los ricos guatemaltecos ya no quisieron colaborar para el asesinato de Arévalo, como se había planeado". Poseemos el recorte de prensa que recogió tan insólitas palabras.

Tenemos, pues, de todo, como en la viña del Señor. Por argumentos no queda, y la historia del cuartelazo va unida a la del militarismo, a la de las fuerzas oscuras locales y a las que brillan como el sol, internacionales.

Países como Colombia, todavía sin cuartelazo—hasta el momento de escribir estas líneas— han tenido que soportar las tácticas a gran escala que se estilan en Asia y que los EE. UU. ha aplicado a la región de Marquetalia. Generales como Ruiz Novoa, ex Ministro de la Defensa Nacional, han salido en fotogénicas estampas en la prensa norteamericana. Nos tocó ver en plena ciudad de Bogotá, a finales de enero de este año, a la histórica ciudad bolivariana llena de propaganda de Ruiz Novoa, con un letrero que ya toma carácter de consigna: "El Hombre del Orden". A los pocos días fue relevado del mando.

Estamos sobre un volcán militarista y la lección que no conoció Madero y que hemos aprendido desde entonces, a base de mucha sangre, es que el Ejército como institución, sus altos jefes, no se ligan a los cambios y a las revoluciones. Que se dejan llevar por la tradición de oponerse a esos cambios y que la única forma de salir adelante es licenciándolos y creando el ejército formado por quienes sí defienden lo suyo, por las gentes del pueblo que no tienen sentido de casta, ni están dispuestas a dejarse subyugar por opresores internos y del exterior.

¿Es muy difícil lograr todo esto . . . ?

Posiblemente lo sea. La historia, sin embargo, nos enseña que nada es fácil cuando es definitivo para el bien de todos. Y que, precisamente, de los obstáculos surgen los héroes, los hombres que se necesitan, el pueblo que acompaña a las nuevas etapas. Confiar en ellas, en una América Latina limpia de uniformes, en batalla contra todos los imperialismos, es deber nuestro. Si queremos seguir hablando de Bolívar con verdad, con conciencia y no con la clásica copa en la mano en los brindis innumerables.

IBEROAMERICA EN PERSPECTIVA NORTEAMERICANA

Por Robert G. MEAD, Jr.

MUCHOS, muchísimos son los libros norteamericanos aparecidos en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial que tratan de Iberoamérica. Algunos son traducciones de obras escritas por autores iberoamericanos, pero los más son de norteamericanos. En la mayoría de los casos, estos libros son buenos y mucho mejores que los que se escribían antes. No pocos de estos últimos merecieron con toda justificación el mote de *six-week wonders*, o "maravillas de seis semanas" escritas después de una jira vertiginosa por autores que sabían poco o nada de español. Se componían de una serie de generalizaciones casi todas inválidas y superficiales que, más que otra cosa, demostraban una total falta de comprensión intercultural por parte del autor.

Hasta ahora no hay indicios de merma en esta amplia producción de libros de calidad dedicados a Iberoamérica, sobre todo a sus aspectos políticos, económicos y sociales.¹ Las grandes editoriales de los Estados Unidos (y hasta algunas de las pequeñas), después de muchas décadas de timidez y vacilación, han descubierto definitiva y ojalá permanentemente Iberoamérica. Hasta ahora, sin embargo, los estudiosos y las mejores bibliotecas públicas y universitarias han constituido la mayoría de los compradores de tales libros. Esperemos, por tanto, que el gran público lector norteamericano sepa seguir la valerosa y laudable pauta establecida por las casas editoras, los estudiosos, y las bibliotecas de la nación.

Los tres libros que comento aquí ejemplifican lo mejor que se ha escrito últimamente sobre Iberoamérica en este país. Ilustran asimismo los tres tipos más comunes entre estos libros: 1) obra de "equipo", sea monotemática o, panorámica, en la cual varios escri-

¹ Es de lamentarse, aunque nada nos debe extrañar, el hecho de que no se publiquen más libros en los Estados Unidos dedicados a divulgar la obra literaria de los países iberoamericanos y a hacer más asequibles sus mejores novelas, cuentos, ensayos y piezas dramáticas. Véase nuestro "Actualidad y destino de la literatura iberoamericana en los Estados Unidos", *La Gaceta*, mayo de 1963.

tores participan; 2) obra de un solo autor de carácter panorámico, y 3), obra de un solo autor, de carácter monotemático. Son de lo mejor que se ha escrito en los Estados Unidos por sus amplias perspectivas equilibradas, sus observaciones incisivas y medulares, y la compasión y solidaridad humanas que demuestran, exentos como están de prejuicios y excesos de pasión.

Como lo implica su título, *Continuity and Change in Latin America* (Stanford University Press, 1964, 282 páginas), reúne una serie de ocho trabajos de investigación por sendos autores sobre el interesante tema jánico de la transformación actual de los países iberoamericanos, transformación debida a la compleja interacción entre los factores e instituciones susceptibles a cambios rápidos y los que son reacios a la alteración. Iberoamérica se transforma en un ambiente de profundas tensiones sociales, económicas y políticas entre las oligarquías nuevas o tradicionales, dueñas porfiadas del poder y de los privilegios, y las grandes masas anhelosas de un nivel de vida mejor y, sobre todo, de unas relaciones más democráticas entre las clases sociales.

Deseoso de contribuir al estudio de tan magno fenómeno, en 1962 el Social Science Research Council decidió organizar y financiar la investigación que ha dado como fruto el libro que nos ocupa. Invitó primero a conocidos especialistas latinoamericanos a preparar unos trabajos sobre ocho grupos sociales, trabajos que destacaran los problemas y las aspiraciones de cada grupo y examinaran la potencialidad de estos grupos de lograr sus metas. Luego hizo que los borradores de los trabajos se sometieran al escrutinio de otros especialistas. Hecho esto, se convocó a todos los participantes a una reunión de cinco días en Scottsdale, Arizona, en enero y febrero de 1963. Los debates de Scottsdale constituyeron el campo de prueba de las ponencias, las cuales fueron revisadas a la luz de los comentarios hechos en la reunión. Huelga decir que esta reunión, dada su amplitud en cuanto a las disciplinas allí representadas, fue casi única en la historia de los estudios iberoamericanos en este país, y ricamente provechosa a los que acudieron a la convocatoria. Terminada la Scottsdale Conference, la imprenta de la Universidad de Stanford se encargó de la publicación del libro.

En el corto espacio de que disponemos sólo podremos dar un resumen sucinto de la tesis central de los trabajos que forman los capítulos principales de la obra.

El sociólogo Charles Wagley (Columbia University) estudia una comunidad indígena guatemalteca y otra mestiza brasileña, y llega a la conclusión que no tardarán muchos años más en cambiar

y "progresar" los campesinos iberoamericanos, probablemente primero política y luego económicamente.

El antropólogo Richard Adams (University of Texas) afirma que hasta en el sector más deprimido de la sociedad rural alborazan ya señales de un rompimiento definitivo con su pasado funesto.

El catedrático de literatura iberoamericana Fred Ellison (University of Texas), en una de las contribuciones más significativas e interesantes del libro, estudia el rol actual del escritor latinoamericano, su propensión a la política, al nacionalismo, a los movimientos extremistas, y su lucha contra toda barrera a la libertad de expresión. Ellison asevera que actualmente los escritores de Iberoamérica son unos de los creadores más importantes de la transformación del continente.

El musicólogo y crítico de arte Gilbert Chase (Tulane University) investiga los cambios que el nacionalismo ha producido en las artes, el efecto en ellas de las actitudes ideológicas, lo que entrañará para las artes el patrocinio gubernamental, y expresa, finalmente, la convicción que el artista verdadero es siempre un transformador, pues introduce nuevas formas, imágenes y valores.

El historiador Lyle N. McAllister (University of Florida) analiza las fuerzas armadas iberoamericanas y concluye que si los ejércitos llegan a tener mayor conciencia de su responsabilidad social, pueden convertirse en instituciones transformadoras.

El economista W. Paul Strassman (Michigan State University) afirma que en las naciones donde el progreso industrial ha titubeado, la falta de progreso se debe en gran parte a la tendencia de los industriales a buscar siempre la máxima seguridad en sus empresas y negarse a correr riesgos en ellas.

El economista Frank Bonilla (Massachusetts Institute of Technology) estudia el grupo en aumento constante que forman los trabajadores urbanos, y encuentra que son agentes de cambio porque han ayudado a cerrar la brecha entre los valores feudales del campo y los valores impersonales del moderno centro urbano, y además han servido de medio pacífico para la canalización de las protestas socioeconómicas.

El profesor de ciencia política K. H. Silvert (Dartmouth College) investiga a los estudiantes universitarios latinoamericanos y llega a la conclusión que la mayoría de dichos estudiantes, aunque reconocen una mayor responsabilidad social que la que admitían sus padres, siguen siendo en gran parte tradicionalistas. Sólo los estudiantes verdaderamente reformistas deben considerarse como agentes activos de transformación en Iberoamérica.

Latin America: Myth and Reality (Nueva York: Knopf. 286

páginas), de Peter Nehemkis, y *Generals vs. Presidents: Neomilitarism in Latin America* (Nueva York: Praeger, 160 páginas), de Edwin Lieuwen, son análisis excelentes de los problemas fundamentales que atormentan el continente. Nehemkis y Lieuwen están bien informados en cuanto a los acontecimientos internacionales y, en particular, se interesan mucho en el desarrollo actual de nuestro hemisferio. Ambos están agudamente conscientes de la complicada red de clichés, estereotipos, mitos, prejuicios, y *folklore* falso que obscurecen el entendimiento mutuo entre los Estados Unidos e Iberoamérica, y entre las naciones mismas de Iberoamérica. Un ambiente de tensión, una profunda ansiedad, infunden estos libros, y tienen sus orígenes en la urgencia que sienten los autores ante el peligro inminente de unas revoluciones violentas en muchas regiones latinoamericanas.

Tomando como su *leit motiv* la tesis del conocido discurso pronunciado en el Congreso norteamericano por el senador J. William Fulbright en marzo de 1964, Nehemkis, abogado y asesor económico washingtoniano, trata, con un procedimiento objetivo, de separar los mitos de la realidad al considerar los problemas y disputas que hoy arrostran las Américas. Enuncia sin ambages los problemas tales como él los concibe y es tan equilibrado y convincente su análisis que aunque sus lectores corrieran toda la gama de los *fidelistas* hasta los ultrarreaccionarios, muchos de ellos estarían de acuerdo con la mayor parte de su exposición aunque rechazaran las soluciones que él propone. Y no obstante su objetividad se traslucen la honda compasión que siente por el obrero desocupado de los barrios urbanos y el campesino desnutrido, y la alta admiración que tiene por los escritores, científicos, empresarios reformistas, y pensadores políticos y sociales del vasto continente.

¿Qué son estas disputas fundamentales, deformadas como están por los mitos populares? ¿Qué realidades enmascaran estos mitos? ¿Cómo trata Nehemkis de enfocar claramente la imagen empañada de una América Latina donde, como él mismo escribe "una revolución industrial, una revolución agraria, y una revolución social están próximas a chocar una contra otra"?

En los más de sus trece capítulos el autor separa la propaganda y los prejuicios de los hechos y, uno por uno, examina los componentes de lo que en los últimos años ha llegado a ser casi una enumeración *standard* de los males económicos, sociales y políticos de Iberoamérica: la fundamental desunión de los países; el caudillismo o la dominación militar de los gobiernos; el latifundismo o la posesión de la tierra por unas cuantas familias privilegiadas; la falta de grandes y adecuados sistemas de educación pública; economías

que se basan en un solo producto; el casi culto de la industrialización como panacea para el problema de la dependencia económica de otros países; el crecimiento canceroso de las grandes metrópolis y la denudación de las provincias; cinismo y desengaño respecto a la Alianza para el Progreso; la falta de fe de los mismos capitalistas iberoamericanos en sus propios países; el abismo hondo y amplio que separa a los pocos ricos de los muchos pobres. En los últimos capítulos Nehemkis destaca unos factores positivos y aliviadores, unas medidas provechosas: la unidad potencial y la integración económica implícitas en el concepto de un Mercado Común Centroamericano; el papel "constructivo y creador" que muchas compañías norteamericanas actualmente desempeñan en el desenvolvimiento económico de la región; el aumento en el número de corporaciones financiadas tanto con capital nacional como extranjero; el hecho de que el capital extranjero, al contrario de lo que creen algunos, no ha perdido la confianza en Iberoamérica.

El capítulo final contiene las páginas más optimistas del libro. Aquí Nehemkis propone un consorcio internacional cuyas funciones serían regidas por una "Carta de Derechos, Deberes y Obligaciones de los Inversionistas y de los Gobiernos Nacionales". De acuerdo con esta Carta los jefes de gobierno y los capitalistas de integridad y visión de muchos países se juntarían en un magno esfuerzo de progreso económico, "una sociedad legítima" que "funcionaría dentro del sistema de ganancias", utilizaría lo mejor de la tecnología y proveería entrenamiento para la administración industrial así como capital para las inversiones. El señor Nehemkis cree que los líderes industriales de los Estados Unidos, Iberoamérica y Europa están bien conscientes del tremendo desafío que representan los anhelos crecientes de una vida mejor entre las masas iberoamericanas, y el autor recalca este concepto con notable elocuencia en su última oración: "Entre este selecto grupo de hombres existe una inquietud roedora —quizá fuera más exacto llamarla un miedo atávico— debida a la comprensión de un hecho ineludible: si el sector privado de la economía no está dispuesto a trabajar con el mismo ahínco y entusiasmo para realizar el mundo mejor que añoramos que ostentan los comunistas al obrar por el mundo que desean ellos, hay poca probabilidad de nuestra supervivencia".

El libro de Edwin Lieuwen, *Generals vs. Presidents: Neomilitarism in Latin America* exhibe la misma alta calidad y el estilo sucinto que el lector encuentra en la obra de Nehemkis pero Lieuwen se dedica a un aspecto más limitado de Iberoamérica. En ciertos sentidos es una ampliación del largo capítulo de Nehemkis (105 páginas) intitulado "Where the Soldiers Call the Shots" ("Donde los

militares mandan"). El profesor Lieuwen, jefe del departamento de historia de la Universidad de Nuevo México, hace trizas del mito recién parido que afirma que los "nuevos" ejércitos de Iberoamérica se están convirtiendo, de manera creciente, en "instrumentos de mejoramiento social". Él muestra, más allá de toda duda, que en verdad muchos de los militares todavía consideran que los programas de reformas sociales rápidas son dañinos a las instituciones militares y peligrosos para el porvenir del ejército. El autor rememora, no sin pena, el "progreso" aparente y tan efímero hacia la democracia efectiva y la constitucionalidad en varios países latinoamericanos que muchos observadores hace poco señalaban, interpretándolo como resultado de la desaparición entre 1954 y 1961 de once de los doce regímenes militares que entonces gobernaban. Luego hace notar que entre 1961 y 1964 siete nuevos regímenes militares llegaron al poder después de derrocar a presidentes y gobiernos perfectamente constitucionales (A estos siete golpes hay que añadir el boliviano, ocurrido después de la aparición del libro). Los antecedentes de este resurgimiento del militarismo, los factores sociales, políticos y económicos que están relacionados con el fenómeno, y las perspectivas para el futuro, constituyen las preocupaciones básicas del libro.

En los primeros cinco capítulos se examinan de un modo medular y templado los golpes recientes ocurridos en Argentina, Perú, Guatemala, Ecuador, la República Dominicana, Honduras y Brasil. En otros apartados el profesor Lieuwen estudia la intervención de los militares en la política iberoamericana de hoy y las relaciones entre los gobiernos de Kennedy y Johnson y los generales de Latinoamérica. Y, finalmente, propone algunos consejos y sugerencias en cuanto a la política norteamericana con referencia a Iberoamérica, sobre todo respecto a los militares.

Puesto que las meditaciones del propio autor se comunican sobre todo en estos últimos capítulos, me parece de sumo valor sintetizar lo que se expresa en ellos.

1. Las fuerzas armadas latinoamericanas no existen para defender a las naciones contra las agresiones externas ni para defender a los gobiernos contra las alteraciones del orden interno. "En el concepto de los militares, el gobierno existe para defender a las fuerzas armadas, y no lo contrario".

2. El alto mando de los ejércitos iberoamericanos de hoy no es muy optimista en cuanto a las posibilidades de que existan sistemas viables de gobierno democrático. Tan fuerte es su identificación institucional que no pueden identificarse de un modo significativo con los grupos civiles de la sociedad, y su "miedo casi

mórbido de una revolución que pudiera destruir su organización" hace inevitable que su "filosofía política sea básicamente conservadora".

3. Todos los siete golpes recientes tuvieron profundas repercusiones políticas y sociales en los países donde se llevaron a cabo. "Un resultado político patente es un revés para la democracia porque, en cada caso, el régimen sucesor que nació (o nacerá) de la junta militar es forzosamente menos representativo que el gobierno que derrocó". Más golpes o intervenciones militares son probables "porque los interventores ahora se ven obligados a protegerse contra la posible venganza de las fuerzas democráticas renacientes".

Desde el punto de vista social, los golpes significan el fortalecimiento de la reacción. Porque aun en los casos en que las fuerzas militares no hayan obrado "a instancias de la oligarquía terrateniente", sus acciones en efecto han estancado o destruido las amplias reformas sociales iniciadas por los gobiernos que derribaron. La oligarquía (y los militares) son casi los únicos favorecidos de estos golpes. Y estas consecuencias politicosociales de la intervención militar "forman una de las amenazas principales, tanto actual como futura, a todo el programa de la Alianza para el Progreso".

4. Hasta ahora los militares latinoamericanos no han distinguido entre los elementos reformistas "sean comunistas o democráticos". El genio o humor militar ha sido "uno de anticomunismo ciego y exacerbado", y los sectores militares de estos países, en contraste a los elementos democráticos y comunistas, "son una fuerza política... que hace parar el cambio social y los programas de reformas". Su único rol, por tanto, es el de paralizar el proceso de la revolución social".

5. ¿Debe perdurar la indiferencia norteamericana ante los acontecimientos internos iberoamericanos que no afectan nuestros intereses de plazo corto? ¿No han de cosechar los Estados Unidos en breves años las consecuencias desastrosas de tal política? ¿Podemos seguir identificándonos con los gobiernos contrarrevolucionarios de Latinoamérica y a la vez, "convencer a su pueblo que en verdad apoyamos los principios de libertad humana y justicia social que ampara la Alianza para el Progreso"? ¿Continuará el Congreso norteamericano a costear, dentro de la Alianza, proyectos de gobiernos o grupos particulares que se oponen fundamentalmente a los preceptos de la misma Alianza?

6. Es claro que el militarismo de Iberoamérica va a seguir vejando a Washington por algunos años más. Nuestra política más prometedora, entonces, es la de "continuar los esfuerzos de convertir a los militares iberoamericanos en buenos soldados, tratar de

convencerlos que debieran evitar la política en todo momento, hacerles comprender que debieran servir al Estado en lugar de controlarlo, y dedicarse exclusivamente a las legítimas funciones militares". Si llegan a darse cuenta que su supervivencia requiere la aceptación de su parte de cambios evolucionarios ahora para que la revolución violenta se evite mañana, entonces los ideales democráticos gozarán de su "mejor oportunidad para realizarse en la América Latina".

¿Qué motivos me impulsan a escoger estos tres libros norteamericanos entre los muchos dedicados a Iberoamérica últimamente? Mis motivos son varios:

Son libros buenos, bien escritos por autores bien preparados en la materia. Los autores han sabido amalgamar en su obra un análisis objetivo y exento de pasiones exacerbadas, una comprensión profunda de los tremendos problemas iberoamericanos, y una sensibilidad y simpatía hondamente humanas. En una palabra, parecen creer, como siempre lo he creído yo, que la fuerza y la violencia jamás pueden resolver ningún magno problema humano. Extirparlo por el momento, sí; solucionarlo para siempre, no. Sólo se resuelven tales problemas a largo plazo y mediante el uso de la inteligencia, la razón, la buena voluntad, el estimio mutuo, la cooperación, la paciencia, y la lucha constante por una vida cada vez más ideal.

¿Se me contesta que todo esto está bien, pero que suena ya a disco muy raído? ¡Claro! ¿Pero no sonaría mucho mejor si lo convirtiéramos de retórica a realidad, de verbo a acto? La disonancia no está en la música sino en la conciencia de quienes la escuchan. ¡Acabemos con los discos raídos que de veras estorban! Pongamos fin a los huecos estereotipos y clichés que por tantos años han separado y cegado a los pueblos del Nuevo Mundo, y no prestemos atención ya ni a la beatería ultraizquierdista ni a la gazmoñería ultrarreaccionaria. En América y entre americanos no hay nada imposible si nos consagramos al ideal con inteligencia, ahínco y buena voluntad.

Los autores de estos libros se dirigen al público lector norteamericano y, también, a los hombres de buena voluntad e inteligencia de las otras Américas. Su examen de las enormes dificultades intra e interamericanas es conciso, persuasivo, y humanitario, por tanto, merece la más amplia difusión. Esperemos, pues, que pronto se publiquen estos libros en ediciones *paperback* (a la rústica y a bajo precio) y en versiones española y portuguesa además de la inglesa.

LA CRISIS DE LOS INTELLECTUALES NORTEAMERICANOS

Por *James D. COCKCROFT*
y *George P. COCKCROFT*

UN intelectual norteamericano puede tener las opiniones que más le gusten en cuanto a Vietnam, Cuba, el Congo, u otros problemas de política exterior; pero su libertad para expresar públicamente esos puntos de vista está frecuentemente limitada por caminos muy sutiles. De éstos, el más efectivo es el que tiene relación con el dinero. A través de becas, subsidios, y centros de investigación, tanto públicos como particulares, el dinero está a la disposición de los intelectuales que se dedican a estudiar una amplia variedad de temas que no se prestan a la disputa. Sin embargo, es menos probable que el dinero esté disponible para un análisis de temas más "sensibles", a menos que el enfoque del investigador asegure que no llegará a conclusiones combativas, y esto debe implicar su conformidad con el punto de vista del "Establishment".

Tales hechos económicos tienen dos consecuencias funestas: El número de libros y artículos que expresan cualquier disenso significativo se ha reducido de manera notoria; de ese modo queda muy limitada la variedad de puntos de vista en desacuerdo con el "Establishment", accesibles a las personas educadas. Pero lo que es todavía peor, los intelectuales jóvenes sufren una presión constante y sutil para perseguir solamente los intereses que puedan conducir a recompensas económicas y profesionales; para estudiar lo único que no expone a comprometerse. Por ejemplo, algunos profesores de ciencia política, apoyados por becas lucrativas, están entrevistando a los exilados cubanos en Miami para aprender "la verdad" sobre la Cuba de Fidel Castro.

En una palabra, las realidades económicas reducen la variedad de puntos de vista realmente aceptados por los ciudadanos norteamericanos, sobre cualquier asunto discutible. Las subvenciones suministradas por la Agencia Central de Inteligencia (C.I.A.) para la publicación de libros y revistas, representan sólo un síntoma de una enfermedad más generalizada. Se ha vuelto tan absurda la situación, que las verdades de la política exterior son "indecibles", como

dijo tan hábilmente el senador J. William Fulbright en su famoso discurso que en vano trató de destruir los mitos y extender el campo del debate sobre la política exterior. Cuando esas verdades llegan a expresarse, como lo han hecho los senadores Wayne Morse y Ernest Gruening en el caso de Vietnam, o no se llegan a publicar, o quedan escondidas entre las últimas páginas de la prensa norteamericana.

Lo que ha estado ocurriendo en la última década en los EE. UU. no es una serie de persecuciones, abiertas y brutales contra los llamados "criptocomunistas", como en la época del senador McCarthy, sino una serie menos visible y más amplia de presiones indirectas contra todos los que se atreven a desafiar las premisas principales de la política exterior de los EE. UU.

De esta manera, los corresponsales de los periódicos y revistas importantes que relatan las bárbaras torturas que la presencia militar norteamericana hace posibles en Vietnam, o que se atreven a describir la dimensión reaccionaria y represiva de los golpes militares en la América Latina, son transferidos a otras regiones o se ven obligados a renunciar en breve plazo.

Así, John Gerassi pudo ver que sus artículos enviados a *Time* fueron editados con una alteración completa de sus conceptos, y tuvo que renunciar. Más tarde escribió *The Great Fear: the Reconquest of Latin America by Latin Americans*. El libro se vendió muy poco, como una consecuencia de que los críticos de libros —haciendo eco a la línea del "Establishment"—, ridiculizaron a Gerassi por su "ingenuidad" e "ignorancia" sobre el "Fidelismo". Los talentos periodísticos de Gerassi lo salvaron momentáneamente cuando la revista *Newsweek*, bajo nuevos propietarios liberales, empleó su trabajo. Pero cuando Gerassi desenmascaró el fascismo de la nueva Junta Militar en Brasil, esto lo condujo a ser desplazado silenciosamente de la mesa editorial latinoamericana de *Newsweek*. En los últimos años han ocurrido otros innumerables casos de periodistas y también de funcionarios gubernamentales a quienes, después de que se han informado sobre los problemas de política exterior, han sido silenciados o se les ha impuesto la obligación de aceptar nuevos puestos en otras regiones.

Esta extensa, institucionalizada presión contra la discrepancia, ha llegado también a las universidades. Numerosos profesores universitarios han sufrido destitución como consecuencia de haber expresado puntos de vista no convencionales sobre el Fidelismo, el socialismo, u otros temas discutibles. Se han vuelto cada día más dominantes las presiones económicas que el gobierno y las fundaciones "Filantrópicas" ejercen sobre las últimas ciudadelas de la libertad de pensamiento: las universidades. Las voces más represen-

tativas de las universidades no discrepan ahora, como en épocas anteriores, sino, conscientemente o no, repiten sin imaginación y como pericos los sentimientos y los puntos de vista de los grandes negocios, el gobierno federal y los militares.

Cuando una voz disidente llega a alcanzar a un amplio foro público, la comunidad universitaria frecuentemente trata de silenciarla. Por ejemplo, el análisis penetrante de la "élite del poder" norteamericana hecho por C. Wright Mills, que gozó de muy amplia circulación y le ganó el respeto internacional, no estimuló de sus colegas especializados en las ciencias sociales un clamor de aprobación, sino una serie de artículos muy eruditos, que aparecieron en las principales revistas académicas con el deseo de demostrar que Mills estaba "equivocado" en muchos sentidos. Con el tiempo Mills se encontró en ostracismo dentro de una porción muy importante de la comunidad universitaria, se había vuelto demasiado "discutible".

El profesor Ronald Hilton de la Universidad de Stanford, autoridad verdaderamente sobresaliente en los Estados Unidos en todo lo que se refiere a estudios sobre la América Latina de nuestros días, ha sufrido también las consecuencias de su muy coherente discrepancia. Después de triplicar en unos cuantos años la circulación de su revista mensual *Hispanic American Report*, que ganó muy justa reputación como fuente digna de crédito sobre los asuntos de la América Latina, la publicación de esa revista fue suspendida por la administración de la Universidad de Stanford a fines de noviembre de 1964, cuando Hilton se vio obligado a renunciar "voluntariamente".

Reconozcamos que el profesor Hilton ha sido un franco-tirador que sabe manejar con valentía una lengua, a veces viperina; pero hay que recordar que, valerosamente, ha sabido criticar con firmeza los puntos de vista de quienes simplifican demasiado o deforman completamente los hechos. Además, reconoció claramente muchos de los peligros que amenazan a las libertades más apreciadas a lo largo de la historia de los Estados Unidos. Irónicamente, profetizó su propio destino cuando advirtió a los pensadores independientes que debieran tener cuidado, porque "la manía de pensar puede resultar fatal".

Supo observar a tiempo cómo muchas notables universidades norteamericanas están cayendo bajo el control de los que "parecen favorecer al desarrollo de organizaciones y grupos que tranquilamente promueven no solamente el punto de vista capitalista tradicional, sino también una concepción militarista que envuelve a veces el concepto de terror". Supo darse cuenta de que la Revolución cubana fue no solamente mal entendida en los EE. UU., sino que

también señaló cómo, en caso de ser comprendida por un profesor joven, podría conducirle al fracaso. Y así afirmó: "Es un hecho muy claro que el problema cubano no aparece ante el resto del mundo como se le describe aquí, en los Estados Unidos, pero es mejor que un profesor joven no lo proclame así, porque entonces es muy probable que no consiga una promoción o, incluso, puede llegar a ver que su contrato no es renovado. Se encontrará descrito como 'controver-sial', como un profesor discutido. El hecho de que hoy esta palabra tenga una connotación desfavorable, refleja la peligrosa enfermedad que sufren ahora las universidades norteamericanas".

Hilton dirigió y orientó a toda una nueva generación de profesores jóvenes a través de su Programa del Doctorado en el Institute of Hispanic American and Luso-Brazilian Studies de Stanford University. Sus discípulos, a diferencia de muchos de sus colegas mayores, sabían bien dos o los tres idiomas de la América Latina, y no sufrían ningún engaño en cuanto a la llamada naturaleza "progresista" de las juntas militares latinoamericanas o con respecto al grado de "libertad" con el que llega a ejercerse el derecho a voto en la mayoría de las "elecciones democráticas" de la América Latina. Trabajando con otros estudiantes graduados, estos jóvenes escribieron durante años las cien páginas de cada edición mensual del *Hispanic American Report*, leyendo los periódicos y las revistas más importantes de la América Latina para llegar a un análisis detallado y objetivo de la vida política y económica de cada país latinoamericano (Con relación a México, por ejemplo, leían *Excelsior*, *El Universal*, *El Nacional*, *Novedades*, *El Día*, *Política*, *Tiempo*, *Siempre!*, etc.). Un archivo extenso en donde los periódicos latinoamericanos han sido recopilados desde el momento mismo del establecimiento de la revista (1948) y una amplia biblioteca de informes bancarios y mensajes presidenciales procedentes de cada país, a más de otras muchas informaciones estadísticas economicosociales, organizadas y listas para ser consultadas en la "Bolívar House" del Instituto, enriquecieron de manera muy poco frecuente los recursos informativos con los que contaban esos jóvenes investigadores.

Aparentemente, Hilton renunció porque la administración de Stanford no consideró su Programa del Doctorado dotado del alto calibre necesario. En el Instituto se necesitaban "cambios estructurales", que debían incluir la abolición del Programa del Doctorado. Hilton "irracionalmente" resistió a estos cambios "necesarios" y por eso renunció "precipitadamente". Esa es la versión oficial.

Sin embargo, el hecho es que la administración le impuso estos cambios fundamentales al profesor Hilton sin haberlo consultado antes. Como resultado, en el futuro el Instituto tendría que prepa-

rar los estudiantes para "el trabajo práctico" (cuerpo diplomático, negocios, etc.) en el nivel del "Masters Degree". Los candidatos para el doctorado tendrían que entrar en otras facultades "regulares". De esa manera los estudiantes más avanzados tendrían que ser removidos. Por supuesto, sin ellos, la preparación del *Hispanic American Report* sería enteramente imposible.

El plan de estudios del Instituto había estado en plena operación a lo largo de dieciséis años. ¿Por qué—sean justos o no los "cambios estructurales"—fueron hechos solamente ahora, cuando la América Latina se ha vuelto importante y es motivo de fuertes discusiones en las mentes del "Establishment", cuando el *Hispanic American Report* se había convertido en una publicación influyente, cuando medio millón de dólares de la Fundación Ford han quedado a la disposición de la Universidad de Stanford, para que los dedique a los estudios latinoamericanos y cuando, tal vez lo peor de todo, demasiada gente leía ya los lúcidos comentarios del profesor Hilton que hicieran pedazos tantos mitos insostenibles? Es necesario plantear esta pregunta sobre todo cuando se sabe de muy buena tinta que varias autoridades del gobierno norteamericano y algunos funcionarios de la Fundación Ford habían mostrado verdadero disgusto por los comentarios editoriales del profesor Hilton y que, por lo menos una vez, durante las negociaciones económicas dentro de Stanford se hizo la petición a Hilton de que dejara de escribir, de una vez y para siempre, su comentario mensual. Lograda la injustificable clausura, de todas partes del mundo llegaron a Stanford más de quinientas cartas de protesta, muchas de las cuales plantearon preguntas de ese tipo. No obstante, la administración de la Universidad de Stanford ha puesto a todas estas cartas oídos de mercader y ha preferido ignorar estos temas embarazosos y profundos.

El último comentario editorial del *Hispanic American Report*, escrito en la edición de noviembre de 1964, señaló con relación al más reciente congreso de la Sociedad Interamericana de Prensa celebrado en la ciudad de México: "En una reunión convocada aparentemente para defender la libertad de expresión, hubo poco debate abierto..." Desafortunadamente, se puede decir lo mismo sobre muchas reuniones de intelectuales en los EE. UU., donde las voces discrepantes, como las de Mills o Hilton, son oídas brevemente en esas asambleas, mientras la mayoría de los profesores presentes continúa perdida en el debate estéril de la metodología, y olvida los puntos fundamentales en cuestión. Es como si el dinero atrás de tales congresos intelectuales sirviera para comprar, no solamente las bebidas, sino las mentes.

Los Estados Unidos por mucho tiempo han estado justamente

orgullosos de su libertad de pensamiento, expresión y prensa. Uno de los precios que tienen que pagarse por esa libertad, es la vigilancia que la crítica honesta proporciona. Imponer el silencio a quienes quieran criticarnos, es cometer un suicidio intelectual. Es posible que este sea el peligro principal al que hoy se enfrentan los Estados Unidos y al que nos enfrentamos también los intelectuales norteamericanos.

INFLUENCIAS ÉTNICAS Y CULTURALES EN EL BRASIL*

Por Manuel DIEGUEZ JUNIOR

I.

EN primer lugar deben precisarse algunos conceptos de carácter general relacionados con el problema de la asimilación cultural del inmigrante extranjero en el Brasil. El proceso de las relaciones étnicas y culturales en el Brasil presenta aspectos característicos, que son, por esto mismo, fundamentales para su examen.

Lo primero que procede afirmar es la manera como debe ser comprendido el proceso de asimilación cultural del inmigrante no puede ser considerada como un proceso unilateral, es decir, en el que solamente se compruebe la influencia de la cultura nacional del país de recepción, absorbiendo totalmente el elemento inmigrado. Acerca de este concepto de la asimilación hemos insistido en trabajos anteriores, poniendo de relieve, en particular, el hecho de que la presencia del inmigrante constituye una contribución cultural que no debe despreciarse. Si el país de recepción puede ofrecer al inmigrante un contexto cultural al cual va a incorporarse, es también evidente que el inmigrante aporta a la cultura nacional elementos que la enriquecen.

En el Brasil debemos comprender el problema en este sentido. No es un proceso unilateral, sino bilateral, e inclusive multilateral. La experiencia brasileña lo atestigua; y evidenciando este aspecto del problema, naturalmente ofrece al estudioso perspectivas diferentes de las que ofrecía en su planteamiento tradicional. Para nosotros, en el Brasil, la asimilación cultural no es sólo ni exclusivamente la incorporación del inmigrante a la cultura nacional, absorbido en el nuevo medio con pérdida de su cultura original; tiene otro aspecto que ha de ser considerado en cuanto a la contribución del inmi-

* Las notas de este artículo fueron escritas y presentadas inicialmente en un Simposio sobre problemas de asimilación de los japoneses, reunido en Tokio en 1958. Revisadas y ampliadas, así como actualizadas en algunos puntos, se formularon de nuevo en el presente artículo.

grante a la cultura nacional. Comprendiéndolo así, para nosotros el problema de la asimilación cultural tiene en el Brasil características que evidencian su naturaleza peculiar.

2.

SI es verdad que la experiencia brasileña contribuye a ilustrar documentalmente este sentido del problema de la asimilación cultural, no es menos cierto que también debe ser considerado teniendo presente el ambiente en que se desarrollan las relaciones culturales entre los nacionales y los inmigrantes. En este sentido nuestra experiencia es también interesante.

El Brasil ofrece condiciones peculiares para el proceso de asimilación cultural del inmigrante. En primer lugar, la herencia portuguesa en la formación brasileña transmitió al nacional un espíritu no sólo de solidaridad humana, sino también de tolerancia y comprensión, que merece ser destacado por su trascendencia. Ese espíritu facilitó y ha facilitado todavía hoy la incorporación del inmigrante y su absorción, sin que se creen problemas de mayor importancia.

El aumento de los casamientos inter-étnicos, estadísticamente comprobados, entre brasileños e italianas, brasileños y alemanas, polacas y japonesas o brasileñas y naturales de otros países, atestiguan esta tendencia en la evolución del problema de las recíprocas influencias étnicas. La incorporación a la cultura nacional —que así puede considerarse actualmente la cultura brasileña, por la evolución de los elementos originarios básicos— de elementos aportados por los grupos de inmigrados, constituye otra característica peculiar.

El Brasil no ha rehusado recibir e incorporar a su área cultural los valores que le han traído y aún le traen actualmente estos grupos de inmigrados. Es evidente que muchos de esos elementos han sido reinterpretados y adaptados al medio, al mismo tiempo que otros son aceptados en su forma original. Así la cultura nacional, considerada en su estado actual en el Brasil contemporáneo, se enriquece con nuevos valores.

También debe ser considerada la influencia del propio ambiente físico, que ha facilitado al inmigrante su adaptación al país. Es evidente que el medio físico, por sí solo, no es elemento suficiente; a él se une el ambiente social formando un cuadro común en el que la naturaleza y el hombre se interpenetran y se comunican. Tal situación hace que las condiciones del proceso de asimilación sean a veces variables, con mayor o menor intensidad de desarrollo.

Por ejemplo, puede comprobarse la diferencia con que trans-

curre el proceso de asimilación en el medio rural y en el medio urbano. Mientras que en las ciudades el proceso se desarrolla rápidamente—característica que, por otra parte, no es peculiar del Brasil, sino que ha sido también observada en otros contextos nacionales—en el medio rural es lento. Precisamente esta diferencia se atribuyó, hace algún tiempo, a "quistes étnicos". Sin embargo, lo que sucedió tiene una fácil explicación. Mientras el inmigrante establecido en el medio rural, formando colonias en las que se concentraban nacionales del mismo país—y ese fue el caso de los alemanes e italianos, en los primeros tiempos—permaneció aislado, sin contacto con los grupos nacionales brasileños, en los medios urbanos este contacto fue constante. De ahí las diferencias en el transcurso del proceso de asimilación en cada uno de los casos.

La asimilación cultural en las áreas rurales se desarrolló, intensificó y facilitó poco a poco la permuta de valores culturales aceptados recíprocamente, a medida que surgían nuevas condiciones de contacto de esos grupos inmigrados con las poblaciones brasileñas. En las ciudades, principalmente por la naturaleza de los contactos sociales, la asimilación se aceleró, asimilando el inmigrante fácilmente la cultura nacional, al mismo tiempo que proporcionaba la oportunidad para que los valores de que era portador se incorporaran al acervo nacional. Es cierto que, por la naturaleza del ambiente, fue más intensa la asimilación de los valores nacionales por los inmigrantes que la aportación de éstos a la cultura brasileña.

3.

DESDE luego hay que destacar en este aspecto que el Brasil, o considerado particularmente, el medio cultural brasileño, no se opuso a recibir e incorporar los valores culturales de que eran portadores los grupos inmigrados. De ahí las características de pluralismo étnico y cultural que el Brasil presenta hoy, con variaciones y peculiaridades a veces regionales, sin perjuicio—es claro—de la base esencialmente lusitana de su formación. De hecho, el Brasil conserva todavía la característica original de su formación, que le transmitió la cultura luso-cristiana, aunque la transforma, adaptándola y reinterpretándola en el transcurso del tiempo. Por otra parte, esta continuidad no impide la asimilación e incorporación de valores aportados por otras culturas. Esta flexibilidad y aptitud para incorporar nuevos valores, enriqueciéndose o adaptándose en una característica propia de esta cultura—la luso-cristiana, que modernamente Gilberto Freyre ha llamado luso-tropical—que por esta cualidad no se con-

vierte en rígida, impenetrable o refractaria a la evolución. De ahí la gran irradiación que tuvo esta cultura luso-cristiana, implantándose, con formas creadoras nuevas, en diferentes medios de los varios continentes.

La cultura que se formó en Brasil heredó esta peculiaridad original. Y si en los tres primeros siglos fue básica o únicamente portuguesa, sin perjuicio de aquellos elementos esencialmente indígenas que el lusitano tuvo que incorporar y aceptar inmediatamente para su propia supervivencia, comenzó a recibir, a partir del siglo xix, la contribución de otras culturas europeas, pero no portuguesas, y posteriormente también de grupos no europeos, como la de los japoneses. En estas condiciones, diversificando la base inicial de su cultura, el Brasil puede, con el tiempo, enriquecer su formación y actualmente esta experiencia de pluralismo étnico y cultural puede presentarse como una de sus peculiaridades originales, que caracterizan no sólo su sensibilidad cultural, sino el cuadro en el que se desarrolló el proceso de asimilación de los grupos de inmigrados.

Lo que contribuye a este pluralismo es, sin duda, la forma peculiar del desarrollo de su proceso de asimilación cultural mediante la creación de valores nuevos que provienen de las relaciones establecidas. En el Brasil se comprobó el proceso adecuadamente llamado "cultural creativity", tanto en la implantación y formación de su cultura nacional a través de las relaciones entre los tres grupos étnicos fundamentales —el portugués, el indígena y el africano— como en el contacto de esta cultura con los grupos inmigrados.

En realidad, la formación brasileña es un proceso de integración cultural, dando origen a nuevos valores o elementos de cultura por la absorción o fusión entre los elementos originarios; en lo que nos caracteriza hoy como brasileños no predomina lo lusitano, ni lo indígena, o africano, sino una comprobada creación producto del choque entre estos elementos.

4.

DENTRO de este contexto cultural más amplio hemos de enfocar, en particular, el problema de la asimilación cultural del japonés. En este caso se trata de un aspecto realmente peculiar si consideramos, por una parte, la sensible diferencia entre los tipos culturales del japonés y del brasileño y, por otra parte, el breve período de tiempo —poco más de 50 años— transcurrido desde que se inició la inmigración japonesa en el Brasil.

En cuanto al primer aspecto hay que considerar que los tipos

culturales japoneses difieren sensiblemente de los europeos y, particularmente en cuanto al Brasil, de los que surgieron entre nosotros de las originales relaciones entre los tres grupos étnicos fundamentales. Es evidente que tal diferenciación había de producir —como así ocurrió— un choque entre los diferentes valores que se enfrentaban. Era natural que los tipos de cultura japonesa chocaran con la cultura nacional, dadas las distintas peculiaridades de cada una —la del país recipiendario y la de los inmigrados. No obstante, esto no debe considerarse como un problema insoluble, capaz de evitar la asimilación.

Aunque es cierto que esta diferenciación cultural más profunda representa un factor retardatario en el desarrollo del proceso de asimilación; sin embargo, no quiere esto decir que lo impida. Al contrario: la prueba de que el proceso de esta asimilación es posible, inclusive en este plano, es que se viene desarrollando, como prueba con varios ejemplos. Citaré tan sólo uno.

Me refiero a la difusión del uso de verduras y legumbres en la alimentación brasileña. Son alimentos conocidos en el Brasil, pero no consumidos en la proporción que sería de desear. La presencia del japonés, incrementando su plantío, abaratando el producto, distribuyéndolo, ha contribuido a modificar la dieta de las poblaciones nacionales en las localidades en que están en contacto con los nipones. En Mato Grosso está sucediendo esto, de modo perceptible, porque cada vez es mayor el consumo de legumbres y verduras en las poblaciones locales. Lo mismo sucede en Río Grande do Norte.

El otro aspecto que debemos considerar es el período de tiempo transcurrido desde que se iniciaron las relaciones culturales entre japoneses y brasileños. Teniendo en cuenta que grupos cuya inmigración se inició hace más de 100 años, como es el caso de los alemanes, o casi con este mismo período, como la inmigración de los italianos, y todavía no pueden considerarse completamente integrados, la asimilación de los japoneses ha de contemplarse teniendo también en cuenta que hace apenas poco más de 50 años que se inició en el Brasil. El plazo es aún corto para juzgar el desarrollo del proceso integrador, pero no hay duda que viene realizándose en condiciones que pueden considerarse normales.

5.

EL elemento nipón radicado en el Brasil como inmigrante es generalmente del tipo denominado "pareano", representativo de las clases inferiores del Japón. Es de pequeña estatura, braquicéfalo, de

negros cabellos lacios, ojos negros oblicuos, nariz un poco achatada, piel amarilla, maxilar fuerte. Esto no excluye, evidentemente, el hecho de la gran heterogeneidad del japonés como grupo étnico, originada por la acumulación de varios elementos de diversas razas.

Desde el punto de vista económico su cultura es típicamente agraria. Su formación religiosa es budista o sintoísta; sus costumbres y ritos se establecieron en torno a la agricultura, modificando profundamente la vida social y espiritual del japonés. La explotación agrícola se basa en la familia, dividida la propiedad en pequeñas parcelas. En el Brasil los japoneses adoptaron en varios aspectos rasgos culturales brasileños, sin ocultar su fidelidad a sus diversas formaciones originales.

A consecuencia del mestizaje y también de la acción del medio, se ha observado que el tipo japonés se ha modificado. Aun cuando el mestizaje es todavía relativamente muy reciente para obtener una completa información de sus resultados, es evidente que ya no es posible negar que hay tipos japoneses cuyos rasgos primitivos están bastante atenuados a consecuencia de cruzamientos con brasileños.

A los japoneses se debe la introducción en el Brasil de diferentes valores culturales de que son portadores; la industria del charolado (laca o barniz oriental), el cultivo del loto, el saki, el frijol-soya, el empleo como alimento de los brotes tiernos del bambú, el cultivo del té, del yute —principalmente en el Amazonas— son otros tantos ejemplos de las aportaciones japonesas. Con pequeñas modificaciones para la adaptación al nuevo medio, mantuvieron los nipones en el medio rural el tipo de casa cubierta con paja de arroz, con tejados de dos vertientes, recordando el estilo japonés. Conservaron también otros rasgos característicos de su arquitectura: barandales, postigos y el peculiar vestíbulo llamado "togutshi".

Es necesario señalar además la importancia que conceden los japoneses a las actividades recreativas. La práctica del beisbol, por ejemplo, constituye un factor de asociación entre los nipones, que no tienen mucha afición al futbol.

6.

AÚN no es posible conocer cabalmente los resultados del proceso de asimilación cultural, aun cuando los resultados obtenidos son muy halagüeños e interesantes. Creo que los estudios que se vienen haciendo, como por ejemplo los del profesor Emilio Willems, del profesor Egon Schaden, o del profesor Hiroshi Saito, comprueban que se está logrando la asimilación, a pesar del breve período de tiempo

transcurrido desde la iniciación de los contactos directos que determinaron este proceso. Es posible que el censo de 1960, cuyos resultados, en lo que se refiere a tales aspectos, no son aún conocidos, nos proporcione elementos para un análisis más profundo de las diferentes condiciones del proceso de asimilación: el de la asimilación lingüística, por ejemplo; o el de los matrimonios inter-étnicos. Si así fuera podríamos entonces comparar estos datos culturales con los obtenidos en los censos de 1940 y de 1950 y esta comparación nos permitiría obtener elementos más fehacientes acerca de la marcha en que se desarrolla la asimilación cultural del japonés en el Brasil.

En el caso particular de esta asimilación considero que debe insistirse en el carácter bilateral de las relaciones étnicas y culturales entre japoneses inmigrados y brasileños, de cuyo proceso surgen o se crean nuevos valores culturales, como se comprueba en la experiencia brasileña. Contribuye a ello la natural tendencia de los dos grupos a relacionarse en la inmigración, aportando cada uno su propia formación cultural.

Del mismo modo que la cultura japonesa es producto de elementos diversos que en el transcurso de los siglos fueron integrándose y como consecuencia de esta integración surgió el actual japonés, se ha comprobado que ocurrió lo mismo con la cultura brasileña. También ésta se formó, aunque en distinta proporción con elementos diversos. El proceso de "cultural creativity" se comprobó tanto en el Japón, resultando de él la actual cultura japonesa, como se ha comprobado, y continuamente se sigue comprobando, en el Brasil. Esta similitud contribuye, sin duda, a facilitar el proceso de las relaciones culturales, porque ambos grupos poseen esta misma tendencia a la creación de nuevos valores

Después de tantos siglos como han transcurrido en su formación, es evidente que la cultura japonesa se encuentra ahora en una fase de estratificación. Además, en el caso del Brasil es oportuno recordar que los primeros contactos de la cultura japonesa con la occidental se verificaron en el siglo XVI, a través del grupo étnico portugués, el mismo que dio origen a la cultura brasileña. Sin embargo, en cuanto al Brasil, su cuadro cultural se inició apenas hace cuatro siglos y se encuentra aún en plena formación. No obstante, esto no impide que dos culturas—una vieja, solidificada, y otra nueva, en plena formación—puedan relacionarse interpenetrarse, integrarse, especialmente mediante la creación de nuevos valores surgidos de estos contactos. Además, a pesar de su estratificación la cultura japonesa está siempre abierta a la incorporación de nuevos elementos culturales. En el siglo XVI Jorge Alvarez ya consideraba a los japoneses gente deseosa de saber; y antes Fernão Mendes Pinto

había escrito que la gente del Japón es naturalmente muy bien dispuesta. Lo que uno y otro dijeron define justamente esa tendencia a la aceptación e inclusive a la reincorporación y reinterpretación de valores culturales ajenos.

En resumen, insistimos en afirmar que en el Brasil, a través del proceso de las relaciones culturales entre japoneses y brasileños, es posible la asimilación y nada impide, por otra parte, que este proceso se desarrolle normalmente y con resultados satisfactorios. Si el japonés tiene en el Brasil la experiencia de contactos con una nueva tierra y una cultura en plena formación, en relación con el brasileño la cultura brasileña tiene también la experiencia ofrecida por las relaciones con un grupo cultural cuyas características, diferentes de las europeas tradicionales ya conocidas, representan una nueva contribución —fecunda y sana— al cuadro de pluralismo étnico y cultural que caracteriza actualmente al Brasil.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA ECONOMÍA CHINA

Por *Ifigenia M. DE NAVARRETE*

I. La agricultura

1. *Visita a la Comuna "Estrella Roja"*. Nuestro primer contacto con la economía china fue la visita que hicimos a una comuna popular, cercana a Pekín, denominada "Estrella Roja". Tiene aproximadamente 55,000 habitantes, de los cuales 22,000 son trabajadores y constituyen 10,000 familias en una superficie de 10,500 hectáreas de cultivo (alrededor de una hectárea por familia). La Comuna abastece de alimentos a la ciudad de Pekín y produce al año, entre otros productos: 11,000 toneladas de leche; 8,500 cerdos; 120,000 patos de engorda forzosa; 15,000 kilogramos de pescado criado en lagos artificiales; 48,000 toneladas de verdura; 900 toneladas de fruta. Los campesinos han realizado diversas obras hidráulicas que han permitido que el 80% de la tierra comunal esté irrigada, mientras que antes de la formación de la comuna sólo el 20% lo estaba. Existen 200 pozos accionados por electricidad y 3 canales con ríos tributarios. La comuna está totalmente electrificada y ya el 80% de las viviendas tienen luz. Se poseen 11 laminados y 64 tractores de fabricación china que también se utilizan en la siembra de la verdura. Se emplean 300 kilogramos de abono químico nitrogenado por hectárea, además del abono orgánico humano, traído de Pekín en camiones y puesto a fermentar; se utilizan 18 toneladas de abono humano y 22½ toneladas de estiércol por hectárea en la horticultura, tanto en verano como en invierno.

La producción de arroz anegado era de 2,500 kilogramos por hectárea antes del establecimiento de la comuna; el año pasado fue de 4,700 kilogramos y se espera que en 1964 sobrepase los 5,000 kilogramos por hectárea. La comuna posee: 5,300 vacas lecheras en 9 establos, de las cuales 2,300 están en producción con un rendimiento medio anual de 4,800 kilogramos de leche por vaca; 30,000 cerdos en 30 porquerizas, de los cuales se venderán 15,000 este año; crían 150,000 patos cada año en 4 plantas y se

venden 120,000 al Estado.. Además, hay hornos de ladrillo y tejas que sirven para la construcción y reparación de las casas; talleres para fabricar aceite; molinos de harina de trigo, arroz y trilladoras de algodón.

La comuna cuenta con varios miembros del Instituto de Ganadería y además existe un laboratorio de experimentos del suelo y selección de semillas mejoradas.

Según apreciación del subdirector de la comuna, los factores que han contribuido a mejorar notablemente la producción y los rendimientos son:

1. Conciencia política de los trabajadores;
2. Utilización de abonos;
3. Irrigación;
4. Otros factores técnicos.

Existen en la comuna: 15 escuelas primarias y 6 secundarias a las que asisten 11,000 alumnos; un hospital, 9 clínicas, 40 médicos y 6 enfermeras; tres cines, 6 televisores y un sistema de radiodifusión que abarca las comunas de todo el país.

El ingreso de los campesinos ha aumentado apreciablemente en los últimos años. Se considera que no hace mucho un campesino medio ganaba 180 yenes y ahora obtiene 300 yenes netos anuales.¹ Cuatro mil familias tienen bicicletas y 3,000 familias poseen radios. Existen lotes para uso individual que forman un 5% de la tierra total de la comuna y se utilizan para fines de autoconsumo, con una estimación aproximada de 66 metros cuadrados por miembro.

Organización de las comunas. Una comuna se compone de brigadas, que a su vez están constituidas por equipos. En la Comuna "Estrella Roja" un equipo de trabajo se forma con unas 100 familias, que cultivan 100 hectáreas; cada equipo tiene su propio Consejo de Administración. La comuna tiene varios departamentos: de agricultura, de ganadería, de industria, de ventas, de abastecimientos, asuntos jurídicos, seguro, milicia popular, mediación de asuntos civiles, cultura y enseñanza, bienestar y prestaciones sociales, salubridad y de planeación financiera y créditos, entre otros. Algunos de los miembros de estas comisiones ocupan casi todo su tiempo en el desempeño de ellas, pero también deben trabajar directamente en la producción, aunque en menor grado. Cada mes o cada dos se distribuyen ingresos en forma de anticipos. La comuna tiene contratada con el Estado la venta de cerca del 80% de su producción.

¹ El tipo de cambio es de 2.45 yenes por un dólar.

Las brigadas tienen también encargados de diferentes asuntos, pero no en forma tan detallada como la comuna.

El equipo o grupo de trabajo lo forman: un jefe, un subjefe y un contador. Los equipos de producción están especializados, por ejemplo, en el cultivo del arroz anegado, en verduras, cría de ganado, de cerdos, de patos, etc. La comuna "Estrella Roja" tiene 111 equipos de trabajo integrados en 9 brigadas. Algunas brigadas tienen más equipos que otras. La brigada de producción es la unidad económica de la comuna, la que distribuye ingresos y centraliza costos, la encargada de planificar, así como de concentrar y analizar los informes de los respectivos equipos. No existe gran diferencia de ingresos entre los que producen arroz y los que se dedican al cultivo de verdura o a la cría de ganado, porque del ingreso total de la comuna, un 15% se destina a fondos de reserva de reinversión (obras hidráulicas, etc.); 7% al pago del impuesto estatal; 17% a mejoramiento social y el 50% se reparte entre los miembros, descontados los costos. Los volúmenes de producción son aprobados por los comuneros.

2. *Visita a la Comuna "Pozo de Piedra"*. Al pasar por Cantón visitamos otra comuna situada como a 50 minutos de la ciudad. Se fundó el 28 de agosto de 1958, la forman 255 equipos de producción integrados en 17 brigadas. Los miembros de la comuna son 30,000 y suman 9,000 familias, por lo que el número de miembros por familia es de 3 a 4. Tiene una superficie de 6,600 hectáreas (aproximadamente 0.73 hectáreas por familia) y atravesada por un río, afluente del Li-Chau, de más de cuatro metros de ancho. La comuna produce verduras, cacahuete o maní, arroz, caña de azúcar, fruta, pollos, gansos, patos, vacas. Además tiene criaderos para pescado; una fábrica de alambre; una estación de maquinaria agrícola; un molino de arroz; 5 camiones; 7 tractores; y un Instituto Agrícola. Cada brigada tiene una comisión de técnicos agrícolas y cada equipo de producción también cuenta con un técnico agrícola. El riego se hace con bombas hidráulicas. Hay más de 222 bombas de agua con más de 3,000 litros de capacidad. Tiene 3 centros para bombear agua de los canales al río en caso de inundación. Los comuneros están muy orgullosos de la electrificación que se realizó con una inversión de 7 millones de yenes, de los cuales el Estado sólo aportó 2.8 millones y el resto fueron fondos de la comuna. Los obreros de la compañía eléctrica vinieron a enseñar a los campesinos el manejo de la planta y, a su vez, algunos campesinos se trasladaron a la fábrica de generadores para aprender su manejo. La fábrica diseñó la planta y ya la comuna tiene 2 técnicos permanentes en electricidad. La generación de energía les ayuda mucho

en la producción. En 1963 experimentaron una gran sequía, de la cual pudo salirse con éxito gracias a las bombas. El 98% de las viviendas tienen luz y la mayor parte están techadas con teja.

Nos recibieron en el edificio de la comuna que tiene 2 pisos y un gran salón de actos donde, en ese momento, se realizaba una junta de mujeres. En ese mismo salón se dan funciones de cine y teatro. La comuna posee 32 escuelas primarias con más de 7,000 alumnos, 3 secundarias y una escuela agrícola, en la cual los alumnos trabajan mediodía y mediodía estudian. Hay 600 alumnos en la secundaria y 400 en la escuela agrícola. Tienen un hospital y cada brigada cuenta con una enfermería.

Se recogen dos cosechas de arroz con un rendimiento de 5,200 kilogramos de arroz por mu —un quinceavo de hectárea. El rendimiento ha aumentado tres veces desde la liberación; sin embargo todavía se utiliza poco abono químico.

El Comité Ejecutivo de la Comuna dura en funciones dos años, pero sus miembros tienen obligación de trabajar en la producción cuando menos 4 meses al año. Cada brigada tiene dos miembros en el Comité Ejecutivo y se compone de varios equipos. En la Directiva de Administración de la brigada hay un jefe del equipo de milicianos, un representante de las mujeres, un representante de los jóvenes, 3 representantes de los campesinos pobres, un jefe del departamento de producción, uno de electricidad, uno de contabilidad, uno de hidráulica, uno cultural; en total, 27 miembros de la Directiva y Jefes de Departamento. Se reúnen una vez al mes o con mayor frecuencia si hay asuntos urgentes que tratar. La contabilidad se lleva en la brigada. El ingreso de una brigada de esta comuna se distribuye aproximadamente de la siguiente manera: 25% en costos de operación; 8% de reserva; 1% para pensiones; 7% de impuestos y 60% se distribuye entre los productores según el trabajo de cada cual. Los anticipos a los miembros de la comuna se hacen mensualmente y se decide, dentro de cada equipo de producción, en Comité en Pleno, cuánto van a recibir. Un equipo de producción tiene los siguientes miembros: jefe, subjefe, contador, un representante de las mujeres, uno de los jóvenes, dos viejos con experiencia y todos duran en su cargo un año. Tienen un representante adjunto para cada brigada, éste da los anticipos aprobados por cada equipo de trabajo. La Cooperativa de Crédito recoge los ahorros de los miembros que se depositan en la brigada, la cual, a su vez, deposita los fondos en el banco, de donde se retiran cuando se necesitan. En esta comuna más de 5,000 miembros tienen depósitos bancarios que ascienden a 260,000 yenes, ó 52 yenes (18 dls.) por miembro. El ingreso medio familiar de la comuna es de 410 yenes

anuales, sin incluir lo que obtuvieron de sus pequeñas parcelas familiares y de actividades diversas, como la artesanía, aunque sí incluye el ingreso proveniente de hortalizas, frutales y toda la demás producción de índole colectiva.

Se calcula que en la ciudad de Cantón los depósitos de los campesinos ascendían a 180 millones de yenes a fines de 1964 y que tuvieron un incremento neto de 90 millones en el último año.

3. *¿Cómo se logró la comuna?* Quedamos muy impresionados por la organización de la comuna y por el desempeño de sus múltiples funciones en la vida de la población rural. Es como si los municipios fueran instituciones polifuncionales, organizados para producir y satisfacer necesidades colectivas y no nada más delimitados por áreas geográficas. Puede considerarse a la comuna como una aportación de la revolución china a las instituciones humanas y constituye la última etapa en una transformación que viene gestándose hace tiempo en la agricultura. Ha sido la salida para lograr una mayor productividad en vista de la fuerte presión demográfica sobre la tierra disponible. La República Popular triunfó en 1949 y no es sino hasta 1958 cuando aparecen las primeras comunas populares integradas con la unión de cooperativas agrícolas. En China se distinguen claramente varias etapas en la transición de una economía individualista a una economía colectiva.

I. *La Reforma Agraria.* El objetivo de la reforma agraria fue el de confiscar la tierra perteneciente a la clase terrateniente y distribuirla entre los campesinos con poca tierra y entre aquellos que no la tuvieron. Este cambio fue concluido básicamente en 1952.

"En el campo chino los terratenientes y los campesinos ricos, quienes sumaban menos del 10% de la población, poseían más del 70% de toda la tierra cultivada; los campesinos medios, campesinos pobres y los asalariados agrícolas, que sobrepasaban el 90% de la población, poseían sólo menos del 30% de la superficie total de dicha tierra.² La reforma agraria concedió gratuitamente 700 millones de mu de tierra (más de 46 millones de hectáreas) a unos 300 millones de campesinos (0.15 ha. por campesino), hecho que produjo un cambio fundamental en las relaciones económicas en el campo.

El atraso en la producción agrícola era un problema que afectaba a toda la economía, pues pocos países dependen de la agricultura en la medida en que lo hace el pueblo chino. La industria depende de la agricultura para el suministro de granos y de materias primas, necesita un mercado rural para colocar sus productos

² SUE-MU-CHAO, SU SING y LIN TSI-LI, *Transformación socialista de la economía nacional de China*, Pekín, 1964, p. 3.

y extraer parte de sus fondos del sector rural. Cuando la producción agrícola se atrasaba, se afectaba el ritmo de crecimiento de la industria y de toda la economía nacional. "Por ejemplo, en 1953, la producción industrial aumentó 30.2% sobre el año anterior; en 1954, el aumento fue sólo del 16.3%, en 1955, se redujo aún más, descendió al 5.6%. Este descenso gradual se debió principalmente al bajo incremento de la producción agrícola en 1954, más el malogro de algunos cultivos industriales por causa de las calamidades naturales. Esto demostró que era imposible el desarrollo exitoso de la industria socialista en gran escala cuando se hallaba cercada por una pequeña producción campesina dispersa y atrasada".³

Además "la reforma agraria no arrancó de la pobreza a las amplias masas del campesinado, aunque mejoró su condición económica. Se calcula que cada campesino obtuvo un promedio de tres mu (0.2 ha.) de tierra cultivable y cada familia campesina obtuvo un promedio de no más de 14 mu (1 ha.). En muchas localidades del sur de China, cada campesino tenía un promedio de sólo un mu o menos de tierra arable. Fuera de la tierra, otros medios de producción eran escasos. De acuerdo con una investigación hecha en 1954, en todo el territorio nacional cada familia campesina poseía, por término medio, menos de un animal de tiro; cada dos familias, un arado, y cada diez, una noria. Las familias campesinas pobres, a menudo no tenían animales de labranza, ni aperos importantes, y si algo tenían de estos últimos, necesitaban reparación o eran de muy mala calidad".

"Los campesinos ricos constituían apenas una pequeña proporción de la población rural. De acuerdo con la misma investigación efectuada en 1954, cada familia de campesinos ricos tenía por término medio 34.6 mu de tierra arable (2.4 has.), dos animales de labranza, un arado, y cada tres familias una noria. La investigación también señaló que el 77% de estas familias contrataban mano de obra, por lo que cada familia pagaba anualmente un promedio de 79 jornaleros, de las cuales 33 eran braceros permanentes".⁴

Para mejorar sus condiciones de vida y resistir las calamidades naturales, los campesinos pobres y los medios no tenían otra salida que organizarse en forma colectiva. En vista de que los campesinos poseían una antigua tradición de auxiliarse unos a otros en las faenas agrícolas, después de la reforma agraria se les organizó en numerosos grupos de ayuda mutua, al mismo tiempo que se establecían cooperativas de suministro y venta y cooperativas de crédito. En febrero de 1951, el Consejo Administrativo del Estado

³ *Ibid.*, p. 101.

⁴ *Ibid.*, p. 114.

citó a Mao Tse-tung (en un discurso pronunciado en junio de 1950), diciendo que "la organización es el camino inevitable de la pobreza a la riqueza", y pidió el fomento de la "ayuda mutua".⁵

II. *Grupos de Ayuda Mutua de Producción Agrícola*. Era una práctica tradicional de los campesinos chinos trabajar colectivamente en ciertas faenas importantes; sin embargo, cada familia continuaba en lo fundamental con su producción y administración individual. La productividad de los grupos de ayuda mutua era de un 10 a 30% mayor que los que trabajaban solos. Se formaron los grupos de ayuda mutua, para capacitar a los campesinos a trabajar colectivamente mediante el intercambio de mano de obra, de animales de labranza y de aperos. De aquí se pudo pasar a un tipo elemental de cooperativa. En un principio no se permitió que los campesinos ricos y los terratenientes ingresaran en las cooperativas. Sólo se les admitió paulatinamente cuando se habían logrado éxitos en el movimiento cooperativo, bajo ciertas condiciones, y después de haber participado en el trabajo manual. Al mismo tiempo que los campesinos ricos y terratenientes participaban en las labores, se les iba reformando y reeducando continuamente.

III. *Tipo elemental de cooperativas agrícolas de producción*. Existían unas cuantas antes del triunfo de la República Popular; a fines de 1952 había 3,600 y en 1953 llegaban a 15,000 con 275,000 familias como miembros. En ese entonces, las autoridades chinas guiaron a los campesinos para organizar cooperativas agrícolas, llamadas de producción semisocialista o de tipo elemental, que se caracterizaban por el aporte de tierra como cuota y por la administración unificada, pero los campesinos todavía eran dueños de la tierra, de los animales de labranza y aperos agrícolas importantes. La cooperativa tenía también propiedad en común, en parte formada con aportaciones de los campesinos al incorporarse, y en parte con los fondos de reserva de la cooperativa. Los dueños de la tierra y aperos de labranza recibían intereses por su uso y el resto del ingreso se distribuía según el trabajo de cada cual. Como la tierra estuvo bastante repartida no había concentración importante de ingresos por concepto de intereses y cuando las condiciones lo permitían, los animales de labranza y aperos agrícolas, e inclusive la tierra, pasaron a ser de propiedad común, previo pago a sus dueños. A medida que desapareció la propiedad privada de los medios de producción, desapareció el pago de intereses y aumentaron los fondos de reserva de la cooperativa. Se pudieron realizar obras básicas de riego y rotación de tierras, imposibles de realizar bajo

⁵ Citado por T. J. HUGHES y D. E. T. LUARD, *La China Popular y su economía*, Fondo de Cultura Económica, (México, 1961), p. 183.

el sistema de propiedad individual. Los campesinos decían: "La ayuda mutua es mejor que trabajar sólo en lo de uno y la cooperación es mejor que la ayuda mutua".⁶

IV. *Cooperativas agrícolas de producción de tipo avanzado.* Estaban basadas en la propiedad colectiva de los medios de producción. Antes de 1955 había más de 500 cooperativas de este tipo que agrupaban a unas 40,000 familias campesinas. Hay que recordar que, en China, la propiedad común de la tierra no se efectuó de inmediato por medio de la nacionalización, sino que se logró traspasando gradualmente la tierra de propiedad privada a propiedad colectiva, durante el proceso de transformación de las cooperativas agrícolas de tipo elemental en cooperativas de tipo avanzado. "La propiedad común de los animales y enseres de labranza se realizó en concordancia con el principio de participación voluntaria y beneficio mutuo al transferir estos bienes a propiedad colectiva de la cooperativa con previo pago a sus dueños. No se convirtieron en propiedad común los enseres domésticos, las pequeñas áreas de jardines, los árboles dispersos, las aves de corral, los animales domésticos, las pequeñas herramientas agrícolas o las necesarias para ocupaciones subsidiarias caseras".⁷

El ingreso global de la cooperativa se distribuía de la siguiente manera: fondos para el desgaste de los medios de producción; para la acumulación; para el pago de impuestos y distribución entre los miembros de la cooperativa, de acuerdo con la calidad y cantidad de sus trabajos. Se terminaron los pagos por intereses y se pudo planificar la inversión y la producción sin tropezar con las limitaciones de la propiedad individual.

A partir de 1955 comenzó el auge de esta forma de explotación agrícola, después de haber sido recomendada por el Comité Central del VII Congreso del Partido ("Decisiones sobre la Cooperación Agrícola"). "A fines de junio de 1956, más de 110 millones de familias campesinas, o el 91.9 por ciento del total, habían ingresado a las cooperativas; de las cuales más de 76 millones, o sea el 63% del total, participaban en las cooperativas de tipo avanzado. Entre abril y septiembre de 1956, después de regularizarse y consolidarse, las cooperativas se ampliaron, se fundieron o cambiaron del tipo elemental al avanzado. A finales del mismo año, el 96% del total de las familias campesinas chinas había ingresado en las

⁶ SUE-MU-CHAO, *et al.* *op. cit.*, p. 139.

⁷ *Ibid.*, pp. 142-143.

cooperativas agrícolas de producción, y el 88% pertenecía a las de tipo avanzado".⁸

En China se ha llevado a cabo la cooperación agrícola antes de realizar gradualmente la mecanización de la agricultura. Al unirse las cooperativas agrícolas se pasó a la etapa actual, caracterizada por la existencia de más de 70,000 comunas populares rurales.

Mao Tse-tung escribió durante la guerra civil: "Chiang caerá porque va en contra de las necesidades de los campesinos. Si nosotros, comunistas, podemos resolver el problema agrario, triunfaremos".⁹

II. La industria y el comercio

1. *Bases del desarrollo industrial en la China Popular.* El desarrollo industrial tuvo como bases: a) la confiscación del capital extranjero y del llamado capital burocrático—capital en manos de los detentadores del poder del gobierno anterior—que controlaban $\frac{2}{3}$ de la inversión industrial total en 1948 y abarcaban la producción de hierro y acero, carbón, cemento, petróleo, metales no ferrosos, la industria ligera y el comercio monopolista; y b) la expansión de la economía estatal de la República Popular que en parte se alimentó de las empresas confiscadas. Para 1959 el Estado había confiscado 2,858 empresas industriales que ocupaban más de 750,000 obreros. De inmediato las autoridades conservaron intactas la estructura, organización técnica y sistemas de producción de las empresas, y las pusieron bajo supervisión. Posteriormente se fueron introduciendo las reformas siguientes: a) se mejoró la administración, introduciendo una división científica del trabajo y estableciendo responsabilidades en la producción y en el trabajo técnico; b) se implantó una dirección planeada y se coordinó el plan de la empresa con el del Estado; c) se fijaron normas razonables de producción; d) se hizo un inventario de los fondos y una evaluación del capital para perfeccionar el sistema del cálculo económico.¹⁰

Se organizó casi totalmente el monopolio estatal en el comercio de mayoreo lo que impidió que los comerciantes y especuladores se dedicaran a lucrar con la escasez. "Finalmente mediante la ope-

⁸ *Ibid.*, p. 149.

⁹ Citado por ARMAND GATTI, *Chine*, Col. Petite Planet (París, 1957), p. 107.

¹⁰ Véase SUE-MU-CHAO, *et al*, *op. cit.*, cap. I.

ración de agencias estatales de menudeo, que vendían a precios reducidos, fue posible que los precios de menudeo se mantuvieran también en un nivel bajo".¹¹

2. *La posición dirigente del sector público y la centralización del control financiero y económico.* En un principio las empresas públicas coexistieron con las empresas privadas y con los artesanos y campesinos individuales. El Estado buscó la alianza con los campesinos, comprando los productos agrícolas y suministrándoles oportunamente materias primas, bienes de producción, artículos de consumo y créditos.

En marzo de 1950 las autoridades decidieron centralizar el control financiero y económico en tres campos: 1) control centralizado de los ingresos y egresos públicos, transfiriendo la mayor parte de las entradas de los organismos estatales a la Tesorería del Gobierno Central para cubrir sus gastos principales de manera unitaria; 2) control centralizado en la distribución de los recursos materiales de todo el país, lo cual capacitaba al Estado para centralizar los recursos dispersos, de manera que pudiera regular la oferta y la demanda, controlar los precios del mercado y atacar eficazmente la especulación; 3) control centralizado de las reservas monetarias del país en el Banco Central; con esto se logró una distribución unitaria de los fondos que reducía la cantidad del circulante y aumentaba los activos para uso estatal.

Con la primera medida se redujo el déficit gubernamental; en 1951 se obtuvo un superávit y en combinación con las demás medidas, se logró estabilizar los precios. Esta fue una realización notable que inspiró gran confianza, pues durante el gobierno nacionalista la inflación fue una de las plagas que más resintió la población.

Los cambios ocurridos en el sector público y privado alteraron radicalmente la correlación de fuerzas y los vínculos existentes. El sector estatal había puesto bajo su control las materias primas básicas para la industria, lo mismo que el mercado y la gran mayoría de los depósitos bancarios, mientras el sector privado resentía escasez de fondos y tenía serios problemas para abastecerse de materias primas y operar en el mercado. Si este último quería subsistir tenía que depender del primero, y en esta época, las industrias capitalistas se apresuraron a solicitar préstamos a los bancos del Estado, pidieron al sector estatal que les comprara sus productos y les colocara pedidos. De esta manera el sector público logró controlar y dirigir el mercado.

¹¹ HUGHES y LUARD, *op. cit.*, p. 39.

Desde fines de 1953 se implantó sucesivamente la compraventa centralizada de cereales y otros productos agrícolas, algodón y telas de algodón, y se establecieron contactos directos del sector público con los campesinos. Es decir, los campesinos vendían determinada producción al Estado y éste surtía a la población urbana y rural artículos de consumo de primera necesidad. Estaba prohibido que los comerciantes privados negociaran y transportaran estos productos. La industria y el comercio privados quedaron aislados y pasaron a depender del sector estatal para adquirir materias primas, fuentes de aprovisionamiento y para ejercer la compraventa. En estas circunstancias, un gran número de empresas privadas se convirtieron en empresas estatales y muchas otras aceptaron una operación conjunta. Al mismo tiempo se estableció una gigantesca red de ventas al menudeo que se coordinó con las empresas comerciales del Estado. De 1950 a 1953 las cooperativas de suministro y venta aumentaron el número de miembros de 26.000,000 a 150.000,000; se establecieron 120,000 negocios permanentes de minoristas y 40,000 puestos ambulantes de detallistas en todo el país. Puede decirse que el comercio estatal fue la fuerza mayor que utilizó el Gobierno para lograr el control de la empresa privada.

3. *El desarrollo de la economía estatal.* La primera etapa del desarrollo chino se caracterizó por la recuperación de la economía que concluye básicamente en 1952. A partir de 1953, China puso en ejecución su Primer Plan Quinquenal, 1953-1957. Se establecieron órganos planeadores en todos los ministerios económicos y agencias gubernamentales, centrales y regionales, incluyendo a las empresas, y se creó la Comisión de Planeación del Estado bajo las órdenes del Consejo o Gabinete Estatal. Las tareas fundamentales del Plan fueron: a) construir la industria pesada como eje para la industrialización; b) desarrollar las cooperativas de producción agrícola y artesanal para echar los cimientos previos a la transformación socialista de la agricultura y la artesanía; c) organizar la industria y el comercio privados en diversos tipos de empresas parastatales, con el objeto de cimentar la transformación socialista de la industria y el comercio privados.

En 1957, las industrias metalúrgicas produjeron 4,000 variedades de artículos de acero y abastecían en un 86% las necesidades del mercado interno. Se calcula que entre 1952 y 1957 el incremento medio anual de toda la producción industrial fue de 19.2%.

Algunos de los principales productos alcanzaron los siguientes niveles:

Productos	Producción		Porcentaje de aumento	
	1957	1959	1957/52	1959/57
Acero (miles de ton.)	5,350	13,350	296	250
Hierro (miles de ton.)	5,940	n.d.	208	—
Carbón (millones de ton.)	130	348	96	268
Electricidad (millones de Kwh.)	19,300	41,500	166	215
Cemento (miles de ton.)	6,860	12,270	140	179
Hilaza de algodón (miles de pacas)	4,650	n.d.	28	—
Cereales (millones de ton.)	185	270	20	146
Algodón (miles de ton.)	1,640	2,410	26	147
Obreros y empleados	24,500,000	—	35	—

FUENTE: SUE-MU-CHAO, SU SING y LIN TSI-LI, *op. cit.*, p. 94.

4. *La transformación socialista del capitalismo.* A raíz de la victoria de la República Popular, el Estado confiscó los negocios de los antiguos gobernantes, pero respetó las empresas industriales y comerciales de los empresarios nacionales. En realidad, el capitalismo nacional tenía pocos nexos con las grandes empresas extranjeras, era hasta cierto punto progresista y estaba invertido fundamentalmente en la industria ligera. En 1949, del valor total de la producción industrial, el 82% correspondió a la industria ligera y el 18% a la de medios de producción; mientras que la producción de maquinaria sólo llegaba al 1.4%. Además la industria nacional importaba gran parte de la maquinaria, equipo y materias primas utilizadas; estaba poco capitalizada, dispersa, atrasada y contenía un gran porcentaje de pequeñas empresas y talleres artesanales. En 1953 el 70% de las fábricas privadas empleaban menos de 10 obreros; el 4% tenía más de 50 obreros y sólo el 0.1% ocupaban más de 500.¹²

Tratando de obtener el mayor beneficio posible y de acelerar el desarrollo económico, el gobierno decidió utilizar las empresas privadas con objeto de: a) complementar la producción del sector socialista, a todas luces insuficiente; b) utilizar el personal técnico y administrativo con experiencia, y de allí obtener más técnicos y obreros calificados; c) permitir que obtuvieran utilidades para cobrarles impuestos y poder así convertir una parte en acumulación de capital estatal; d) utilizar sus relaciones comerciales y mantener el volumen de empleo, ya que ocupaban un gran número de trabajadores.

¹² Véase SUE-MU-CHAO, *op. cit.*, cap. III.

La actitud del gobierno frente a la industria y el comercio privados consistió en utilizar los aspectos positivos, limitar los negativos y transformarlos paulatinamente al socialismo. Se les utilizó porque se permitió su existencia e inclusive su desarrollo; se les limitó porque se controló el abastecimiento de materias primas, los precios, la distribución de utilidades y la política protectora del trabajo; se les transformó, porque con el tiempo se fueron convirtiendo en empresas paraestatales y, hasta una segunda etapa, en empresas socialistas. Esto no significa que las empresas privadas se hayan comprado, sino que se les impuso una administración unificada estatal-privada que les permitía obtener utilidades (según su eficiencia en la producción); más adelante se procedió a remunerar el uso del capital con un interés fijo y se asignó un sueldo a los empresarios por su trabajo.

Pueden distinguirse los siguientes tipos de capitalismo estatal:

1) *Empresas capitalista-estatales de tipo elemental*. Eran administradas por sus propietarios privados, pero tenían ligas con el sector socialista por medio de contratos. Transformaban las materias primas proporcionadas por el Estado, de acuerdo con las normas, calidad, cantidad y plazo determinados en los pedidos, y aceptaban el suministro y distribución estatal de toda o parte de su producción. En algunos casos, las fábricas privadas no podían vender ciertos productos sino por mediación del Estado. El Estado convirtió las tiendas privadas en minoristas acreditados o en sus consignatarios, es decir, les encargó la venta de sus mercancías. Las tiendas todavía compran al por mayor al Estado y venden al por menor a precios fijados por éste.

En 1949 el Estado absorbía el 12% de la producción industrial privada, en 1950 el 29%, y en 1952 el 56%. En 1953 el volumen de las ventas al menudeo del comercio controlado por el Estado y por las cooperativas fue el 1% del volumen total de ventas y en 1955 ascendió al 45%.

Los gastos de fabricación de las empresas comprendían: sueldos y salarios; otros gastos (materiales, servicios, fletes, etc.); los impuestos indirectos y un margen razonable de ganancias que podía ser del 10%, 20% ó 30% del capital.

A su vez, los ingresos netos de las empresas se dividían en 4 partes: a) impuesto sobre la renta; b) fondos de reserva de la empresa; c) fondos para mejoras de los obreros; d) utilidades (incluyendo dividendos y bonos).

La mayoría de los capitalistas privados estuvieron anuentes en establecer relaciones económicas con el gobierno, pues tenían asegurado el suministro de materias primas, sus mercados y sus utili-

dades, e inclusive colaboraron con iniciativa en la operación de sus empresas. Pero también hubo un número considerable de empresarios que se resistieron y trataron de especular, violar y defraudar.

II) *Empresas mixtas privado-estatales de tipo avanzado.* Las empresas privadas se transformaron en mixtas, primero individualmente, y más adelante, por ramas industriales. La empresa mixta privado-estatal consiste en que el Estado invierte en ellas y asigna personal para compartir la administración. En algunas, el Estado se apropió de las participaciones del enemigo y empezó a administrarlas como empresas mixtas. En 1949 había 193 empresas mixtas con unos 100 mil obreros y empleados; en 1955 había 3,000 con más de 780,000 trabajadores que aportaban el 50% de la producción industrial total. A partir de diciembre de 1952 todos los bancos privados se transformaron en empresas mixtas.

Originalmente los dividendos se distribuían de acuerdo con la aportación original de los inversionistas privados y la del Estado. A partir de 1956 comenzaron a reorganizarse las empresas mixtas por ramas industriales —mediante fusiones, reorganizaciones internas, reajustes, etc.— adoptándose la política de valuar las inversiones con objeto de que en adelante, se pagara un interés fijo a los capitalistas (generalmente 5% anual), en vez de utilidades. El número de accionistas al 1º de enero de 1956 ascendía a 1.140,000 quienes recibían 120 millones de yenes anuales.¹³

III) *Transición gradual de las empresas mixtas privado-estatales en empresas estatales.* Puede decirse que con la reorganización por ramas industriales las empresas mixtas se integraron totalmente a la administración socialista, excepto que se ha continuado pagando interés fijo a los inversionistas privados por su aportación inicial. En el campo todavía subsiste un pequeño sector de propiedad privada de los medios de producción y un mercado primario para ciertas actividades privadas. Sin embargo, se ha llevado adelante el desarrollo económico "tomando la agricultura como base y la industria como factor dirigente". Este lema tiene el siguiente significado en palabras de Mao Tse-tung: "China es un gran país agrario donde la población rural representa más del 80 por ciento del total. La industria debe desarrollarse a la par de la agricultura; sólo así podrá la industria disponer de materias primas y de mercado; sólo así se podrán acumular mayor número de fondos para crear una poderosa industria pesada. Todos saben que la industria ligera y la agricultura están estrechísimamente entrelazadas. Sin agricultura no puede haber industria ligera. Aun hoy no comprende bien la gente que la agricultura proporciona un importante mercado a

¹³ *Ibid.*, p. 243.

la industria pesada. Sin embargo, a medida que en la agricultura se realicen la gradual transformación técnica y la constante modernización, se desarrollarán las ramas de producción que la sirven, como maquinaria agrícola, abonos, obras hidráulicas, instalaciones de energía eléctrica y de transporte, combustible y materiales de construcción para la población. Entonces comprenderá la gente más fácilmente que la agricultura proporciona un importante mercado a la industria pesada. Si durante el período del Segundo y Tercer Plan Quinquenal puede darse un mayor impulso a la agricultura, y, en correspondencia con ello, se desarrolla más la industria ligera, resultará beneficiada toda la economía nacional. Si se desarrollan la agricultura y la industria ligera, la industria pesada encontrará mercado y fondos y se acelerará su desenvolvimiento".¹⁴

El Segundo Plan Quinquenal comprendió de 1958 a 1962. En los años 1958-59 ocurre lo que se llama "el gran salto adelante", caracterizado por una serie de reorganizaciones y reformas en la industria y en el campo, que dieron por resultado un aumento notable en la producción. En 1960-61 una serie de circunstancias anormales, calamidades naturales y el hecho de que en julio de 1960 la U.R.S.S. decretó el retiro de todos los especialistas soviéticos, motivaron una política de reajuste, consolidación y terminación de los proyectos iniciados con asistencia rusa. Fue una época difícil para el país, pero China logró superar esas dificultades y los años de 1962 a 1964 se han caracterizado por un continuo desarrollo y por condiciones muy favorables en la agricultura. Actualmente se elabora el Tercer Plan Quinquenal.

III. Las Finanzas

TRATAREMOS ahora de responder a la pregunta, ¿cómo se financió el desarrollo económico de China? El problema de encontrar recursos internos para la reconstrucción y expansión de la economía se resolvió al utilizar dos fuentes principales: 1) la más importante provino de aprovechar el superávit de las empresas estatales y canalizarlo directamente a la acumulación de capital; 2) la otra fuente consistió en convertir parte del valor producido por otros sectores económicos en fondos para el desarrollo por medio de impuestos. Como en un principio el sector público se desarrolló en coexistencia con el privado, el Estado pudo extraer fondos de las empresas privadas utilizando los impuestos y la política de precios. También gravó la agricultura, pues una vez abolida la propiedad feudal de la tierra, los campesinos ya no tenían que pagar arriendos

¹⁴ Citado por SUE MU-CHAO, *et. al. op. cit.*, pp. 267-68.

onerosos a los terratenientes. El impuesto agrícola se fija en un 12% del rendimiento *normal* de la tierra durante los tres últimos años. En la práctica el impuesto efectivo es menor, alrededor del 8% del valor de la producción y si la comuna tiene una elevada productividad llega a bajar hasta el 5%.

Muchos economistas y observadores extranjeros sostenían que China no sería capaz de obtener fondos suficientes para el desarrollo económico sin ayuda del exterior. Contrariamente a las expectativas, China ha resuelto el problema de obtener fondos para su desarrollo, fundamentalmente de fuentes internas. La proporción de la acumulación de capital (inversión neta) en la renta nacional alcanzó el 19.7% en 1952 y el 23.7% en 1957.¹⁵

En la actualidad el ingreso fiscal se obtiene fundamentalmente de las siguientes fuentes:

1^a Ganancias de las empresas estatales y fondos para la renovación del equipo. Estas ganancias representan del 50% al 55% del ingreso fiscal total, y constituyen la fuente más importante de recursos. La parte menor de las ganancias se queda como fondo para la empresa y se destina a dos usos: a) mejoramiento de las condiciones de trabajo (luz, aire, etc.); y b) bienestar colectivo de los trabajadores. La mayor parte de las ganancias constituye el fondo para renovación del equipo; dos terceras partes van al gobierno para obras de infraestructura y una tercera parte se queda en la propia empresa. Las utilidades generalmente son mayores que los fondos de renovación. El gobierno fija los precios, pero los costos de las fábricas varían en relación con su productividad y, por tanto, las ganancias fluctúan y hasta pueden desaparecer. El porcentaje de fondos de renovación que se estima razonable es del 10% del valor de la producción.

2^a El segundo renglón de ingresos son los impuestos que proporcionan del 45% al 50% del ingreso fiscal total. No existe el impuesto sobre la renta de las personas, ni nunca ha existido. Con anterioridad a 1955 existió el impuesto sobre las utilidades de los establecimientos privados que en 1956 pasaron a ser de propiedad mixta (privada y estatal). En realidad son establecimientos administrados por el Estado y siguen el mismo procedimiento de entregar todo su ingreso neto al gobierno.

Las cooperativas de artesanía todavía pagan un impuesto sobre las utilidades, pero tienen una exención durante los tres primeros años de operación.

¹⁵ CHON-MING-LI, "China", en Centro Regional de Ayuda Técnica, *Desarrollo Económico*, Agencia para el Desarrollo Internacional (México, 1964), pp. 346-362.

El impuesto más importante es el que gravita sobre el comercio y la industria y se causa en tres etapas:

a) Las fábricas pagan un impuesto sobre la producción que va del 3% al 120% del costo; por ejemplo, los vinos y el tabaco pagan el 120%;

b) Los comerciantes al mayoreo pagan un impuesto del 3.3% del valor de las ventas;

c) Los comerciantes al menudeo pagan otro 3.3% del valor de las ventas.

Los impuestos al comercio y a la industria constituyen el 82% del total de impuestos. Además del impuesto agrícola hay un impuesto de aduanas y varios impuestos locales, sobre patentes, vehículos, sacrificio de ganado, espectáculos, viviendas urbanas y servicios públicos (electricidad y gas).

3ª Otros ingresos varios constituyen un 1% del total de los ingresos fiscales.

Sistema Bancario. Se compone de las instituciones de crédito siguientes:

1. Banco del Pueblo Chino, que es una especie de Banco Central; emite billetes, dirige el crédito y los depósitos e inversiones de las empresas estatales.

2. Banco de China: se ocupa del ingreso y pago de divisas.

3. Banco de la Construcción: se utiliza por el Ministro de Hacienda para pagar todas las inversiones básicas que se determinen anualmente por el gobierno.

4. Banco Agrícola de China: maneja la inversión de las comunas populares.

5. Bancos Mixtos, estatal-privados: comprende más de 200 bancos privados que existían antes de la liberación y se unieron para formar este grupo. En realidad se trata de otro conjunto de la banca estatal.

Los bancos deben tener un equilibrio entre sus ingresos y gastos. No se permite la expansión de crédito, es decir, se exige un encaje del 100% y por tanto, la banca no genera presiones inflacionarias. Los depósitos de ahorro, las ganancias y las aportaciones del gobierno constituyen los recursos líquidos para préstamos. El Ministro de Hacienda deposita dinero en los bancos para que puedan prestar, mientras que en otros países en proceso de desarrollo ocurre lo contrario, es la banca la que proporciona fondos al gobierno.

Los establecimientos comerciales únicamente pueden solicitar créditos a plazo menor. Sólo la agricultura puede obtener préstamos a 3 y 5 años. La tasa de interés para los créditos agrícolas es muy baja y para los establecimientos industriales, del 5 y 6% anual.

Los depósitos de ahorro también reciben intereses del 2 al 5% anual.

Con una parte importante de la producción industrial en manos del Estado, con el control del comercio, con la existencia de estabilidad financiera en los bancos, con equilibrio presupuestal (casi no hay deuda pública) no es de extrañar que exista estabilidad de precios. En el extranjero se dudaba de que se pudiera evitar la inflación durante el Primer Plan Quinquenal, especialmente en vista de lo ambicioso de las metas; sin embargo, tomando 1952 como año base, el precio de artículos al menudeo era de 108.6 en 1957, o sea un incremento medio anual de 1.7% en ese período.

La Deuda Pública paga intereses del 5% y tiene una duración de 7 a 10 años. A partir de 1958 no se han vuelto a emitir bonos de la Deuda Pública. La deuda externa con la Unión Soviética era muy reducida; el Prof. Yung Lung Kuei nos informó que al final de 1964 quedaría casi totalmente cancelada, quedando pendientes tan sólo de 20 a 30 millones de dólares.

Hemos visto algunos aspectos acerca de cómo se desarrolla el trabajo y progreso del pueblo chino. Desde luego hay muchos otros aspectos de gran interés en la transformación de un pueblo semi-feudal en un país industrializado. Nos habría gustado, por ejemplo, enterarnos de los sistemas educativos y culturales, de la organización de la administración pública, la adaptación de la técnica, el progreso de la medicina y la salud pública, la emancipación de la mujer, etc. Los dirigentes y demás ciudadanos chinos son los primeros en darse cuenta de las limitaciones actuales y de que todavía queda mucho por hacer para llegar a satisfacer plenamente las aspiraciones de este gran país. Sin embargo, ante el extranjero queda el hecho notable y sorprendente de lo que han avanzado en 15 años. A cualquier hombre o mujer de buena voluntad no puede menos que llenarle de satisfacción que un pueblo, que representa más de la quinta parte de la población mundial, se encuentran en el camino de la paz, el progreso y el orden y no en el de la guerra, el estancamiento y el caos. Para terminar, me voy a permitir formular dos deseos: uno, que los países subdesarrollados y en proceso de desarrollo puedan progresar dentro del marco institucional que voluntariamente han escogido, tomando de sus distintas experiencias lo que pueda serles útil y adaptándolo a sus condiciones, tradiciones e idiosincrasia; y dos, que China ingrese y pueda tomar parte, muy pronto, en todos los organismos y proyectos de cooperación mundial que aprovechen los conocimientos adquiridos en los campos científico, técnico y social, para conducir a nuestra generación y a las venideras hacia una época de paz, de progreso y de respeto a la soberanía de las naciones, sin precedente en la historia de la humanidad.

Aventura del Pensamiento

NUESTRA SITUACIÓN EXISTENCIAL: ¿PERECEREMOS TODOS JUNTOS?

Por *Robert S. HARTMAN*

TODOS sabemos lo que es una catástrofe. La palabra griega significa "giro súbito": el giro súbito que pone fin a todo. El giro es súbito porque no puede predecirse. Hay situaciones en las que estamos conscientes de la posibilidad de una catástrofe, como en un aeroplano. Algunas veces, como en un drama griego, vemos atarse los hilos del destino en un nudo fatal. En tales casos, aun cuando vemos cómo se añade un lazo a otro lazo para cogernos y atraparnos, contemplamos con horrorizada fascinación, impotentes para intervenir, incapaces de resistir. Habitualmente, sin embargo, vivimos sin el sentimiento de una catástrofe. Nuestra vida sigue su curso ordenado —y ordinario—, o cuando menos trata de que así sea.

En realidad, estamos demasiado ocupados con las tareas de la vida cotidiana para sacar tiempo y reflexionar sobre la inestabilidad de los fundamentos en que descansa nuestra existencia cotidiana, en el fino equilibrio del medio ambiente que nos da vida y sustancia, en la precisión con que la Tierra se mueve alrededor del Sol, en la exactitud con que deben mantenerse en equilibrio los vientos y las mareas, el Sol y la lluvia y la naturaleza entera a fin de que podamos existir. Un poco más de calor y nos abrasamos, un poco más de frío y morimos congelados, una pequeña fisura en la corteza terrestre y nos precipitamos en un abismo sin fondo, como sucedió hace poco en Skoplje y en Alaska. Todos estos son riesgos naturales de la existencia, y estos riesgos nos unen. Todos nos unimos para impedir tales catástrofes o, cuando se producen, para mitigarlas. Desde todos los rincones de la Tierra una humanidad compasiva hace llegar su ayuda a las regiones solitarias, a Skoplje, a Persia, a las Azores, a Alaska. El Estado mismo no es sino una gigantesca compañía de seguros que moviliza los recursos de todos para ayudar a los pocos en desgracia. Todos le pagamos al policía de la esquina con la esperanza de no tener que recurrir nunca a sus servicios, del mismo modo que pagamos las primas de nuestras pólizas con la esperanza de nunca tener que usarlas. Nos complace dejar a otros

los beneficios de nuestras primas. Todos coincidimos con aquellos que en Baviera han inscrito en las puertas de sus casas la rima: *Oh heiliger Sankt Florian, verschon mein Haus, zuend andre an* (Oh, sagrado San Florián, cuidarás de mi casa y otras se quemarán). No queremos tener nada que ver con las catástrofes; se las dejamos a otros. Reconocemos su posibilidad, teóricamente, y nos protegemos como cuestión de rutina. Confiamos su ocurrencia a las estadísticas y estamos convencidos de que siempre será el prójimo el que se convertirá en una estadística. Pensamos que nuestras vidas están bien organizadas, protegidas de un modo u otro por la racionalidad que, a Dios gracias, es inherente al mundo y por lo tanto al curso de nuestras propias vidas. Damos por sentadas las horas de felicidad y nos sentimos desolados cuando nos golpea el infortunio, en lugar de agradecer cada minuto de alegría. Creemos que nuestras vidas están seguras. En esta creencia se funda toda nuestra concepción de la vida, nuestro sentido del bienestar.

Supongamos, ahora, que tomamos como punto de partida la idea de que nuestra existencia es precaria, insegura, y de que todo momento de dicha es un regalo inesperado. En este caso no daríamos por sentado el transcurso sereno de nuestra vida cotidiana. Toda nuestra manera de pensar se alteraría. Seríamos agradecidos y humildes: agradecidos a un destino bondadoso, o a Dios, o a un poder que nos cuida y nos protege del mal, y humildes en el conocimiento de nuestra propia impotencia. Tendríamos conciencia de la *Gracia*. No sólo *viviríamos* cada segundo, sino que conscientemente *experimentaríamos* el vivir, pues siempre estaríamos conscientes de los límites inherentes a nuestra existencia. Estaríamos conscientes de nuestra existencia como una *situación límite*, una *Grenzsituation*, para decirlo por voz de los filósofos existenciales alemanes, en el sentido de que cada momento podría ser el último, pero, a Dios gracias, no lo es. Las situaciones límites, dicen los filósofos existencialistas, son situaciones en las que el hombre se enfrenta a los límites irrevocables e impenetrables de su ser: la culpa, la muerte, el destino, el azar. En tales situaciones cobramos conciencia de nuestra propia existencia, que habitualmente damos por sentada, y todos nuestros valores adquieren un matiz distinto. Toda nuestra vida, como situación límite, sería vivida *sub specie aeternitatis*, desde el punto de vista de la eternidad. Estaríamos conscientes de la infinitud que rodea a nuestra propia existencia finita.

A veces les pregunto a mis alumnos qué es lo principal en sus vidas, y obtengo todo tipo de respuestas: el conocimiento, el dinero, el amor, el éxito, la salud, pero rara vez la respuesta que es existen-

cialmente la única correcta. *Lo principal en mi vida, es mi vida misma*: el hecho de que *soy*, de que nací. Esta *sustancia* de nuestra vida la olvidamos habitualmente, y nos contentamos con las cualidades de esta existencia: el dinero, el éxito, el amor, etc. Pero todas éstas sólo son posibles bajo la presuposición de que SOY. Si no soy, todas esas cosas tampoco son. Las cualidades *de* la existencia sólo son posibles si hay *existencia*. Por lo tanto, concentrarse en las cualidades y olvidar la sustancia que poseen, de manera exclusiva, esas cualidades, es concentrarse en lo secundario, en lo no importante; es olvidar lo esencial. Quien vive una vida de olvido existencial, concentrándose en los productos marginales de la vida y no en su esencia, no vive realmente en el sentido existencial. Quien así vive, vegeta; y su vida no es verdaderamente vida. Sólo tiene lo que los filósofos existenciales llaman *Dasein*, ser ahí, existencia accidental. Está como arrojado al mundo, y cuando muera no habrá contribuido nada a éste. Después de una estancia más o menos prolongada aquí será expulsado por el mundo, como indigestible, por decirlo así, pues el mundo es un gran organismo que se nutre de aquellos que verdaderamente viven, que existencialmente lo enriquecen. El mundo mismo moriría si no fuese enriquecido por el verdadero vivir existencial. Históricamente, damos a tal degeneración el nombre de decadencia, caída: la decadencia o caída de Roma, del Occidente, etc.

Importa por lo tanto cómo vivimos, pues nuestra verdadera vida es una contribución a la vida de todos. Si no nos preocupamos por nuestros propios Yos, nuestro propio ser, no sólo descuidamos nuestros yos, sino que descuidamos dentro de nuestros yos a todos los otros yos. Si no nos amamos a nosotros mismos, dice Jesús, no podemos amar a nuestro prójimo; y si descuidamos a la humanidad en nosotros mismos, dice Kant, descuidamos a toda la humanidad.

En tiempos de Jesús y de Kant estas admoniciones fueron tan verdaderas como lo son hoy, pero no fueron existencialmente necesarias en el sentido de que el descuido de mí mismo podría literalmente producir mi muerte, en el sentido exacto de la palabra, la de mi familia, la de mis hijos y los hijos de mis hijos, y la de todos los hombres. Anteriormente, yo podía, si así lo deseaba, desperdiciarme a mí mismo, y el mundo no sería demolido. El bienestar de los demás hombres no dependía enteramente de mi propio bienestar espiritual, a menos que yo tuviera una posición de responsabilidad y fuera un jefe de pueblos, un general o político, cuyos estados de ánimo pudieran destruir miles y hasta millones de seres humanos. Y, habitualmente, incluso en tales situaciones el individuo tenía una posibilidad de escapar de la catástrofe. Como dijo Hegel,

la deidad ciega de la historia aplasta a cuantos se interponen en su camino. Casi toda la población de Norteamérica consiste en los descendientes de quienes se apartaron del camino de la deidad ciega de la historia europea. La situación humana, en otras palabras, no fue, hasta ahora, una situación límite. Lo que estaba limitado eran las catástrofes. Y aun cuando ha habido muchos giros súbitos a través de las fuerzas de la naturaleza o de la historia, y centenares y millares de millones de seres humanos tuvieron que perecer juntos y sus muertes individuales, que es el acontecimiento más íntimo para cada uno de nosotros, tuvieron que ser espectáculos públicos, ello no obstante, pese a todo, siempre hubo lugares donde el curso tranquilo y bien organizado de la vida cotidiana, la secuencia del día y la noche, el cambio de las estaciones, pudieron continuar con el ritmo equilibrado de los meses y los años, y hombres, mujeres y niños pudieron vivir sus vidas hasta una edad avanzada.

Todo eso, ahora, pertenece al pasado. Nos encontramos en una situación límite, una situación en la que dependemos los unos de los otros en tal grado que, si no reconocemos la dimensión existencial de nuestra situación común, pereceremos todos juntos. Como en el drama griego, los hilos del destino se aprietan más y más a nuestros alrededores y el fin parece inevitable; y, como en el drama griego, todos parecemos ciegos para ver el destino irrevocable que nos aguarda, o, si lo vemos, somos demasiado impotentes para evitarlo. Sin embargo, a diferencia del drama griego, no somos creaciones de un poeta, sino que nosotros mismos somos los autores del drama, los poetas de nuestra propia perdición; y con ojos y corazones abiertos, podemos mediante nuestra propia acción, evitar la catástrofe y convertir lo que amenaza ser el desastre postrero del hombre en el triunfo definitivo.

La red que en estos momentos está siendo tejida en torno nuestro, implacablemente, como la que teje una araña alrededor de una mosca, no es cosa de ahora, sino que data de unos 2,500 años. La catástrofe que amenaza destruirnos, y con nosotros a toda la vida en la Tierra, no es un desastre natural. Su causa es una bien definida deficiencia del hombre y su incapacidad para la organización, que los filósofos han visto claramente durante dos mil años. Desgraciadamente los filósofos, hasta ahora, nunca han tenido el poder necesario para tomar cartas en el asunto. El Estado mismo, nuestra póliza contra la catástrofe, es el que nos amenaza con la catástrofe. Todos conocemos el famoso pasaje en la *República* de Platón, en el quinto libro, donde Sócrates dice: "A menos que los filósofos lleguen a ser reyes, o los reyes y gobernantes tengan el espíritu y el poder de la filosofía, de suerte que el poder político y la filosofía

se hagan una misma cosa, no habrá término del mal para los Estados *ni tampoco para la especie humana*". El Estado, dice Platón, debe erigirse sobre lo que él llama la *dikaiosyne* o la justicia. Una mejor traducción sería "la corrección", pues *dike* significa "juicio correcto". Los Estados deberían erigirse sobre la corrección, y corrección es lo que significa la definición platónica de justicia: que cada uno haga lo suyo, que cada uno haga lo que le toca hacer. Cada uno, dice Platón, debe ocuparse de una cosa al servicio del Estado, a saber, aquello para lo cual es más idóneo. Desgraciadamente, y ésta es la causa de la ruina de los Estados, los puestos más importantes en el Estado están ocupados por los menos idóneos. Dos tipos de personas, particularmente, se encuentran mal situados en el esquema del Estado: los políticos y los filósofos. Los políticos son gente con pensamientos pequeños en situaciones grandes, y los filósofos son gente con pensamientos grandes en situaciones pequeñas. La educación de los gobernantes-filósofos, o de los filósofos-gobernantes, es la solución para este desdichado estado de cosas. Ella coloca al hombre con pensamientos grandes en situaciones grandes, y al hombre con pensamientos pequeños en situaciones pequeñas. En la transposición de los dos tipos y sus situaciones en el Estado radica la necesidad de la catástrofe.

Platón muestra esto en la famosa parábola del piloto en el sexto libro de la *República*. La nave del Estado zozobra en el mar agitado, a la deriva entre los arrecifes y los remolinos. No hay nadie que pueda gobernarla. El capitán es más corpulento y más fuerte que el resto de la tripulación, pero es un poco sordo y sus conocimientos de navegación son incompletos. Los marineros disputan entre sí acerca del gobierno de la nave. Cada uno opina que tiene derecho a dirigirla, aunque nunca ha aprendido el arte de la navegación ni puede decir quién lo enseñó o dónde aprendió. Lo que es peor, todos insisten en que este arte *no puede* ser enseñado y están dispuestos a despedazar a quien diga lo contrario. Se agreden entre sí, se estrangulan, se arrojan por la borda. Someten al capitán con cerveza y vino, saquean las bodegas, empuñan el timón y convierten el viaje en una orgía desenfundada. La nave cruje y rechina mientras prosigue su travesía entre los escollos, hasta que zozobra y se hunde hasta el fondo del mar. Sólo había *un* hombre a bordo que no prestaba atención al tumulto. Permanecía sentado en un rincón, con las piernas recogidas y contemplando el cielo. Nadie reparó en él porque era considerado el tonto del barco. Era el filósofo, el único que hubiera podido conducir la nave siguiendo el curso de las estrellas.

Toda la gran obra de Platón consiste en el intento de idear

métodos por medio de los cuales el filósofo pudiera empuñar el timón del Estado; de idear la educación que el filósofo debía recibir con este fin y las instituciones que lo colocaron en primer plano. La obra constituye una bella lectura y cien generaciones la han disfrutado, mientras los políticos han estado ocupados arruinando Estados y naciones. Ni uno de los Estados de la Antigüedad ha durado hasta nuestro días. Uno tras otro zozobraron bajo las olas de la historia. Hoy nos encontramos en el punto en que la humanidad misma zozobrará. Nuestra situación es hoy tan peligrosa que la política y la filosofía ya no pueden ser separadas. El político, para que su país no perezca, debe ser filósofo; y el filósofo, para no permitirles a los políticos que destruyan el mundo, debe ser estadista. Hasta ahora, la jurisdicción del político ha sido limitada; la ciudad-Estado o polis griega, Roma y su imperio "mundial", que en realidad no era sino una pequeña parte del mundo, los dominios feudales y sus señores, y los Estados nacionales, todos ellos, hasta ahora, sólo han sido fragmentos, segmentos accidentales de la humanidad. Todas estas estructuras se encuentran hoy fundidas en una unidad. Los inventos de los filósofos de la naturaleza, desde Galileo hasta Einstein, han creado armas que no se detienen en las fronteras de sus Estados ni en las de los Estados enemigos, ni siquiera en las del planeta Tierra. Tales armas extienden sus efectos mortales sobre toda la humanidad y más allá, en el espacio. Todos somos miembros, no legal pero sí realmente, de una comunidad humana unida para bien o para mal. Juntos habremos de ordenar el universo o juntos habremos de perecer. No existe otra alternativa.

En esta situación, las viejas estructuras políticas de los Estados "soberanos", que nos han sido legadas a través de los siglos son obsoletas. Tenemos que pensar en nuevas categorías. El castigo que nos espera si *no* lo hacemos, será el de perecer todos juntos, en la colisión de poderosas naves de Estado enfrentadas en su peligrosa travesía, aun cuando nuestro propio Estado no tenga nada que ver con ellas, excepto vivir con ellas en la misma Tierra. La Tierra misma, en sus rotaciones alrededor del Sol, es la nueva nave del Estado. ¿Quién la gobernará, quién es capaz de orientar su travesía? ¿Dónde está el mapa del universo que permitirá trazar el curso político del planeta Tierra? ¿Cuál es la falla organizativa por culpa de la cual todos pereceremos, y cómo es posible corregirla?

La solución de Platón era sencilla, como él mismo lo dijo, pero nadie hasta ahora la ha tomado en serio. Las ciudades atenienses, el Imperio Romano, los Estados feudales y nacionales, todos fueron demasiado pequeños para reconocer la necesidad del filósofo-esta-

dista. Pero hoy todos advertimos que la situación es tan compleja que los políticos ya no pueden dominarla. Durante la crisis del Caribe, Kennedy y Kruhshev intercambiaron cartas en las que literalmente se imploraban el uno al otro ser prudentes, puesto que de otra suerte no serían capaces de dominar la situación. Esta se acercó peligrosamente al punto en que pudo escapar al control de ambos. Los dos, Krushchev y Kennedy, se encontraron al borde horripilante de la catástrofe, cuando lo racional se ve subyugado por lo irracional: la terrible situación del piloto que se da cuenta súbitamente de que su avión ya no le obedece y se precipita a tierra, fuera de control, víctima de la gravitación. Las catástrofes naturales son producidas por fuerzas de gravitación naturales; las catástrofes artificiales, como las de los Estados, son producidas por la gravitación artificial. Una situación universal de gravitación artificialmente creada se llama guerra. En esta situación todo se vuelve un arrojar y caer, toda la maquinaria del Estado se convierte en una enorme catapulta que lanza balas y granadas, proyectiles dirigidos, emanaciones, fuegos y gases. Tanto Krushchev como Kennedy vieron que sus países se convertían en esta catapulta. Vieron que su poder para controlar el destino de sus países se escapaba de sus manos. ¿Para ir a manos de quién? De los militares. Tanto Krushchev como Kennedy trataron desesperadamente de mantener el control de la situación en sus propias manos de civiles y fuera del alcance de los militares, agentes del desastre. A duras penas lo lograron. Con una sola bomba atómica accidental o intencionalmente detonada, todo nuestro mundo habría sido pasto de las llamas. Uno de los resultados de esa crisis fue la prohibición parcial de las pruebas nucleares y la línea directa entre Washington y Moscú: un reconocimiento desesperado del peligro que nos amenaza y de la maquinaria estatal en último término incontrolable, una frágil línea de salvación de nuestra civilización.

La crisis del Caribe fue, tanto para Kennedy como para Krushchev, la situación límite. Ambos vieron el abismo abriéndose a sus pies: el fin del mundo. Quizá eso los ayudó a hacerse estadistas más bien que políticos. En todo caso, como lo revelan sus cartas, les infundió temor existencial. También nos lo infundió a algunos de nosotros.

Cuando conocí a mi esposa, hace 28 años, le pregunté un día cuál era su finalidad en la vida. Me contestó que su finalidad en la vida era llegar a ver a sus nietos. . . y ni siquiera estábamos comprometidos en matrimonio. En aquel entonces ella tenía 18 años. Veintiséis años después viajábamos de México a Nueva York para ver a nuestro primer nieto. Recorríamos en automóvil el hermoso paisaje

mexicano, escuchando la radio, cuando súbitamente escuchamos que todos los norteamericanos debían sintonizar sus aparatos a las 6 de la tarde para oír hablar a su Presidente sobre un asunto de "urgencia nacional". A las 6 en punto, y varios centenares de kilómetros más cerca de la frontera, escuchamos el mensaje de Kennedy acerca de Cuba. Al día siguiente llegamos a San Antonio, en el momento culminante de la crisis del Caribe. La ciudad parecía encontrarse en un estado de tranquila desesperación. Los periódicos le habían advertido a la población que sólo mediaban cinco minutos entre las sirenas de alarma y los proyectiles dirigidos emplazados en Cuba. En el momento en que entrábamos en San Antonio las sirenas de alarma contra ataques aéreos empezaron a sonar repentinamente a todo volumen. Los periódicos se excusaron al día siguiente: se había producido un cortocircuito en el sistema eléctrico que hace funcionar las sirenas. Era el momento menos indicado para que hubiera un cortocircuito. Ese día, el 24 de octubre de 1962, la ciudad parecía muerta. Las calles estaban casi desiertas, y las hojas de los árboles danzaban silenciosamente en el pavimento, lo mismo que en las escenas finales de *En la playa*, la famosa novela de Nevil Shute. Nadie sabía qué iría a suceder. Nadie pensaba en términos de "defensa". Todo lo que había era la temerosa espera de lo inevitable. El Presidente había tomado su decisión y había actuado contra Cuba, y la suerte del mundo dependía de la reacción de Krushchev. Súbitamente, el que llegáramos o no a ver a nuestro nieto dependía de Krushchev, un hombre al que no conocíamos ni queríamos conocer. Mi esposa le escribió a una amiga: "Durante toda la semana de la crisis tuve la sensación de que se estaba jugando conmigo en un juego cruel e intencionado. No puedo describirte la frustración que sentí al verme obligada a considerar la posibilidad de no ver a mi nieto a causa de la política, al saber que los autores de esa política podían decirme cuándo tenía que morir y cuándo podía vivir. La insensatez de todo ello produjo en mí un furioso resentimiento. Con todo, no puedo culpar al Sr. Kennedy ni tampoco, por lo que a eso toca, al Sr. Jruschov. Ambos están atrapados por sus sistemas. Pero también lo estamos nosotros".

De repente todos caímos en la cuenta de que estábamos a merced de fuerzas que no podíamos controlar, fuerzas que decidían nuestra vida o nuestra muerte. Y posteriormente leímos en la correspondencia entre Kennedy y Krushchev que ellos también estaban, casi con la misma impotencia, a merced de esas mismas fuerzas, como pilotos de la nave del Estado que nunca habían aprendido a gobernar, como ingenieros de una maquinaria de dimensiones cósmicas cuyas leyes no conocían. Así, pues, tienen que mantenerse

desesperadamente aferrados a un delgado alambre eléctrico entre sus oficinas, como a una tabla de salvación, en lugar de acabar de una vez por todas con el gigantesco e ingobernable aparato militar.

Permitaseme primero describir este aparato, después mostrar cómo se originó y por último explicar cómo es posible vencerlo.

Durante la guerra de Hitler se hicieron caer sobre Alemania bombas con un poder explosivo de un millón de toneladas de TNT. Durante toda esa guerra, se hicieron estallar en todos los frentes 5 millones de toneladas de TNT.

Los Estados Unidos tienen acumuladas en la actualidad, listas para ser transportadas o detonadas, bombas con el poder explosivo no de una o dos guerras de Hitler, no de 500 ó 1,000, no de 5,000 ó 10,000, sino de *12,500 guerras de Hitler*. Rusia ha acumulado bombas con un poder explosivo equivalente a *4,000 guerras de Hitler*. Juntos, los Estados Unidos y Rusia han acumulado bombas con el poder explosivo de *16,000 guerras de Hitler*, y este poder explosivo aumenta cada minuto. Ha estado aumentando mientras usted lee este artículo. En la guerra de Hitler fueron muertos 54 millones de hombres, mujeres y niños. Para matar a toda la humanidad, sólo se necesita el equivalente explosivo de 60 guerras de Hitler. Rusia y los Estados Unidos pueden destruir el mundo 267 veces en el momento actual. Los Estados Unidos pueden destruir a Rusia no una ni dos veces, no 10 ni 100 veces, sino 450 veces. Tenemos una capacidad de sobrematar (*overkill*) que asciende al 45,000 por ciento. Y Rusia puede destruir a los Estados Unidos 145 veces, teniendo una capacidad de sobrematar que asciende al 14,500 por ciento. Más aún, el arma nuclear es sólo una de las tres armas principales en el arsenal: la atómica, la bacteriológica y la química. Los llamados estrategas de guerra ya no hablan de bajas o muertes, sino de megamuertes y millones-cadáveres. Un submarino Polaris transporta 1 millón de toneladas de TNT, o sea el poder explosivo que cayó sobre la Alemania de Hitler durante toda la Segunda Guerra Mundial. Y uno de dichos submarinos tiene 16 de dichas bombas. Así, pues, un submarino Polaris tiene el poder destructivo de 16 guerras aéreas de Hitler, o sea tres guerras de Hitler totales. Los Estados Unidos nada más están construyendo 41 de esos submarinos, lo cual significa que *toda la guerra de Hitler fue menos de 1% de la flota Polaris norteamericana*. Y esta flota es sólo una pequeña parte del arsenal nuclear acumulado en los Estados Unidos. Mientras tanto, Rusia está construyendo el mismo tipo de naves y el mismo tipo de bombas, además de sus bombas de 50 y 100 megatonas, de las cuales *cada una equivale a 10 y 20 guerras de Hitler respectivamente*.

La prohibición parcial de las pruebas nucleares sólo fue posible porque no amenazaba reducir la producción de estas bombas y superbombas. Durante los dos años de conversaciones sobre el desarme que han tenido lugar en Ginebra, de enero de 1962 a enero de 1964, el arsenal nuclear de los Estados Unidos se ha triplicado; y, como dijo el negociador norteamericano, William C. Foster, el 27 de febrero de 1964: "Las armas atómicas seguirán multiplicándose a menos que la Unión Soviética ayude a romper el círculo vicioso". Así, pues los "enemigos" se encuentran el uno a merced del otro. No pueden dejar de armarse sin la ayuda del otro; y, en caso de que se hicieran estallar estas bombas, cada país no sólo destruirá al "enemigo", sino que, como un bumerang, se destruirá a sí mismo debido a los vientos que prevalecen en el Hemisferio Septentrional. La guerra, dijo Clausewitz, es el medio de alcanzar objetivos nacionales por la fuerza. Como puede verse claramente, ya no es posible hablar de guerra, pues los objetivos nacionales no pueden alcanzarse por medio de bombas nucleares. Lo que tenemos por delante es la preparación de una orgía suicida. . . , y una orgía asesina, pues los países inocentes y no comprometidos también serán destruidos. Así, para tomar el caso de México, durante el simulacro de ataque con bombas atómicas en los Estados Unidos el 17 de octubre de 1958, con sólo 3,000 megatones —y los rusos han acumulado ya bombas atómicas que sobrepasan muchas veces esa cantidad de megatones— los vientos que soplaran sobre México contendrían tanta lluvia radiactiva de 600, 400 y 200 estroncio 90, siendo cada una de tales dosis fatal para la población. Esta lluvia radiactiva cubriría tan completamente a todo el país, que ni un solo mexicano habría podido sobrevivir. Ni tampoco, por lo que a eso toca, ningún cubano. La muerte borra todas las diferencias ideológicas. Todos pereceríamos juntos. Lo mismo vale para los vecinos de Rusia, neutrales o no. Ningún sueco, finlandés o mongol sobreviviría a un ataque contra Rusia; ni tampoco, por lo que a eso toca, ningún alemán, danés o noruego. Junto con nuestro "enemigo" barreríamos también a nuestros "aliados" de la OTAN. Se calculó que durante el pequeño ataque antes mencionado hubiera resultado muerto el 90% de la población norteamericana. Un ataque de intensidad media que ocurriera entre hoy y 1970 mataría nueve décimas partes de todos los norteamericanos, europeos, rusos y asiáticos comunistas. El Estado nuclear es una vasta máquina de destrucción, tanto para sus "amigos" como para sus "enemigos".

Semejante destrucción en masa de la humanidad no puede, por supuesto, seguirse llamando "guerra". La guerra, hasta ahora, ha sido una acción bien definida entre las fuerzas militares de dos

Estados, con la finalidad de destruir las fuerzas enemigas. Ya durante la guerra de Hitler fueron destruidas partes de la sociedad civil; y en una guerra atómica no sólo las sociedades civiles de los Estados en guerra serían destruidas, sino también las de los Estados no beligerantes. Tal guerra no sería ya una guerra entre dos Estados, sino un crimen contra la humanidad. Por lo tanto, hoy en día es una insensatez hablar de "guerra". El concepto mismo ha dejado de ser utilizable. Existe entre las ratas una enfermedad en la que un diente crece a través del paladar hasta llegar a la nariz, a través de la nariz hasta llegar al ojo, y a través del ojo hasta llegar al cerebro. Semejante diente monstruoso no puede seguirse llamando "diente". Su crecimiento gigantesco destruye su propia finalidad. Este es precisamente el caso con las armas de nuestros días. Su crecimiento gigantesco ha derrotado a su propia finalidad. Hoy ya no podemos hablar de defensa, sino sólo de destrucción. Si hablamos, por ejemplo, de defender a Berlín con armas atómicas, de lo que hablamos en realidad es de la destrucción de Berlín con armas atómicas, pues después de semejante "defensa", lo que nos proponíamos defender ya no existirá. Una sola bomba de 100 megatones lanzada sobre Alemania, otra sobre Francia y otra sobre Inglaterra destruyen a toda Europa. Es, por lo tanto, una insensatez de la OTAN hablar de la defensa de Europa con armas nucleares. Con tales armas sólo se puede destruir a Europa. Cuando se le preguntó a Confucio cómo habría de poner orden y moralidad en los asuntos del Estado, contestó: "Corrigiendo nombres". Es decir, llamando a cada cosa por su nombre correcto. Esto es más o menos lo que Platón dio a entender cuando dijo que cada uno debería hacer y pensar lo que le es propio. Cada concepto tiene que ser adecuado a la situación que le es propia. Confucio dijo: "Una escudilla que ya no se parece a una escudilla y la gente sigue diciendo: '¡Una escudilla, una escudilla!' ". Del mismo modo debemos decir nosotros: "Defensa que ya no se parece a la defensa y la gente sigue diciendo: '¡Defensa, defensa!' "

"Defensa", hoy en día, no es sino destrucción mutua. Cada vez que escuchemos o leamos esta palabra deberemos sustituirla por la palabra "destrucción". De ahí que la política en nuestros días ya no tenga que ver con la defensa de los países, sino con su destrucción no con la defensa de la libertad sino con su destrucción, no con la defensa del propio hogar, sino con su destrucción. Los ministros de defensa son ministros de destrucción, y especialmente de autodestrucción. La política nuclear, para grandes países como los Estados Unidos y Rusia, es suicidio; para un país pequeño como Alemania o Francia, no mayor que uno de los Estados norteameri-

canos o mexicanos, es una locura peor que la de Hitler. Los ataques aéreos sobre Hamburgo y Dresden durante la Segunda Guerra Mundial causaron tormentas de fuego que extrajeron por succión el aire de los refugios antiaéreos, arrancaron a los niños de los brazos de sus padres para hacerlos víctimas de las llamas, y abrasaron con su calor los pulmones de personas que creían haber escapado. Estas tormentas de fuego fueron el resultado de bombardeos de 1,500 toneladas de TNT, o sea ataques que tenían *cient milésimas partes del poder de una bomba de 100 megatones*, una milésima parte del uno por ciento. En estas tormentas de fuego perecieron 80,000 hombres, mujeres y niños en Hamburgo, y 300,000 en Dresden. La tormenta de fuego que causaría una bomba de 100 megatones, detonada a gran altura, tiene un diámetro de 320 kilómetros. Una sola de esas bombas, detonada sobre Columbus, Ohio, fundiría todo el Estado de Ohio, incluidas las grandes ciudades de Cincinnati y Cleveland. Detonada sobre Albany, capital del Estado de Nueva York, incineraría la mayor parte de ese Estado y todo Massachusetts. Detonada sobre Cassel en Alemania, causaría una tormenta de fuego que aniquilaría con su calor al rojo blanco las siguientes ciudades: Francfort, Mainz, Bonn, Colonia, Dusseldorf, Essen Dortmund, Münster, Hannover, Braunschweig, Erfurt. Detonada sobre Birmingham, quemaría a toda Inglaterra. Y éste sería sólo el efecto de la tormenta de fuego, no del poder explosivo ni de la lluvia radiactiva. Estas bombas abrasarían el corazón de las principales civilizaciones del mundo como antorchas de acetileno.

Cómo puede llamarse defensa a semejante destrucción segura, y cómo puede llamarse *política* a las negociaciones sobre tales monstruosidades, es algo inconcebible. Estos monstruos no encajan en ninguna estructura de pensamiento existente y considerarlos seriamente como recursos de guerra sólo es posible para quienes han perdido todo contacto con la realidad. En el Pentágono se ha ideado todo un ritual para aislarse de la realidad. Allí, se le da a esta aniquilación de toda vida y toda civilización el nombre de "considerable daño térmico (fuego)"; y en el Kremlin los militares usan eufemismos similares. Todos sirven para incorporar estos monstruos infernales en el sistema de la política de poder y para obnubilar los cerebros de los ciudadanos de esta época nuclear con pseudoconceptos que no tienen nada que ver con la realidad. Los militares de las grandes potencias están fomentando sueños de "defensa", de "victorias" y de todas las demás insensateces de épocas pretéritas. Viven en un mundo de sueños de formulaciones y jergas pseudocientíficas cuya enunciación inglesa es casi imposible de traducir a otros idiomas —*confidence of kill* ("confianza en la capa-

cidad exterminadora"), *yield spectrum* ("gama o espectro de rendimiento"), *resource input* ("cálculo de recursos"), *missile site weaponizing* ("armamentización de emplazamientos de proyectiles teledirigidos")—y sin embargo saben que "la pura multiplicación de la capacidad destructiva nuclear de una nación no produce necesariamente un aumento neto de su seguridad", como dijo el Secretario de la Defensa (Destrucción) de los Estados Unidos, McNamara, ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano el 14 de agosto de 1963. ¿Para qué sirve entonces esa capacidad destructiva? Las naciones deben detener a estos soñadores o bien se encontrarán en una definitiva y última pesadilla infernal.

El horror abismal de la guerra nuclear no se reconoce o se ignora o trivializa. Así, el llamado experto en guerra termonuclear en los Estados Unidos, Herman Kahn, dice con toda la seriedad de un argumento "político": "Bien podría suceder, por ejemplo, que los hombres encargados de tomar decisiones en los Estados Unidos estuvieran dispuestos a aceptar el considerable riesgo de que el 1% de nuestros niños nacieran deformes si eso significara *no ceder Europa a la Rusia soviética*" (*On Thermonuclear War*, p. 46. Cursivas en el original). Lo monstruoso de este *non sequitur* resultará obvio para quienes tengan una sensibilidad moral normal. Pero hay muchas personas a quienes semejante razonamiento les parece legítimo. Para ellas, los niños deformes y la hegemonía nacional están en una misma categoría y pueden intercambiarse en trueque.

Obviamente, aquí se oponen dos morales; una es la moral del Estado, la otra es la de la humanidad. La moral del Estado pone el interés del Estado por encima del interés del ser humano; la moral de la humanidad pone el interés del ser humano por encima del interés del Estado. Toma en serio el valor infinito de la persona humana. En la moral del Estado, una persona es una estadística. Jefferson escribió una vez que "nunca se empleó tanta aritmética falsa en ningún asunto como la que se ha empleado para persuadir a las naciones a hacer la guerra" (*Notes on Virginia*, Query XXII). Esto es especialmente cierto en nuestros días, cuando algunos llamados hombres de ciencia pueden hacer "cálculos" como los siguientes: El valor total de todo lo que existe en los Estados Unidos es de 1,500 billones de dólares. Los Estados Unidos pueden producir mercaderías con un valor de 500 billones de dólares cada año. Así, pues, aun cuando nuestras plantas industriales fueran destruidas totalmente en un ataque nuclear en masa, los sobrevivientes podrían producir otra vez en cinco años todo lo que hubiese sido destruido. (Edward Teller, *The Legacy of Hiroshima*, pp. 204 sig.). Este

"hombre de ciencia" no toma en cuenta el laborioso desarrollo de miles de años que ha culminado en una sociedad capaz de producir 500 billones de dólares al año. Cree simplemente que si todo esto fuese destruido, podría alcanzarse la misma capacidad productiva. Otro científico atómico, Ralph A. Lapp, en su libro *Kill and Overkill* (*Matar y sobrematar*), dice que no queda más que admirar la elegante sencillez de la aritmética de Teller. Según su razonamiento, con sólo tener los conocimientos técnicos y unas cuantas herramientas esenciales Grecia podría haber saltado hasta el siglo xx en cinco años, y lo mismo podrían hacer la China o el Congo en nuestros días.

Los argumentos como el de Teller son ejemplos de lo que Ortega y Gasset, en su clásica *Rebelión de las masas*, llama "el pensamiento del bárbaro especializado". Estos son científicos y políticos que viven en la civilización de hoy como los salvajes en la floresta primitiva. Dan por descontado todo lo que existe a su alrededor, como si no hubiesen sido los pensamientos y el sudor de miles de generaciones los que elevaron al hombre desde la caverna hasta la civilización actual. Estos científicos y políticos viven sin el sentido del tiempo, como animales o criminales. El criminal no tiene sentido del tiempo. Piensa que puede apropiarse en un momento lo que otros han construido mediante largos y persistentes trabajos, y con el mismo derecho. El bárbaro especializado es un criminal a la inversa: no le importa perder los tesoros acumulados por millares de generaciones humanas. Tales tesoros no significan nada para él, que borra toda la historia humana de un solo manotazo.

Quienes carecen del sentido del tiempo piensan que la civilización creció por sí sola, como la floresta primitiva. Ortega y Gasset, en el Capítulo X de su libro, titulado "Primitivismo e Historia", dice que quienes explotan a la civilización sin prestar atención a su mantenimiento, se encontrarán de repente sin civilización. El bárbaro moderno cree que la civilización en la que nació es tan espontánea y tan productiva por sí misma como la naturaleza. Al darla por descontada, se convierte *ipso facto* en un primitivo. La civilización, para él, es la selva. El bárbaro moderno es indiferente a los valores básicos de la cultura, no tiene relación con ellos. Es doloroso, dice Ortega, escuchar a personas relativamente cultas discutir los problemas más elementales del momento. Parecen rústicos gañanes que trataran de recoger, con dedos gruesos y torpes, una aguja que se encuentra en la superficie de una mesa. Los asuntos sociales y políticos son tratados con los mismos rudos instrumentos del pensamiento que servían hace doscientos años, cuando los problemas del momento eran doscientas veces menos complejos. En el

Capítulo XII, titulado "La barbarie del especialismo", Ortega habla del llamado hombre educado que porque conoce un campo cree conocerlos todos. El científico de hoy, dice Ortega, es el prototipo del hombre-masa. Debido a que su campo es por necesidad restringido, el hombre de ciencia pierde contacto progresivamente con el resto de la ciencia y con toda comprensión significativa del universo en su conjunto. "Conoce" su pequeño rincón del mundo e ignora radicalmente el resto, como el salvaje que conoce su valle o su parcela en la selva, exagera su importancia con tabús y fetiches y no sabe nada del resto del mundo. El especialista científico es el bárbaro moderno, un "ignorante culto" que se oculta detrás de su talento especial —y que resulta particularmente peligroso para nosotros en la actualidad porque puede usar al Estado para sus propios fines bárbaros. El Estado, dice Ortega, se ha convertido en nuestros días en una poderosa maquinaria que opera, gracias a la cantidad y precisión de sus recursos, con admirable eficiencia. El hombre-masa, anónimo como el Estado mismo, tenderá cada vez más a poner en marcha, bajo el menor pretexto, la maquinaria estatal. Pero, puesto que el Estado es sólo una máquina y depende para su existencia y mantenimiento del apoyo vital de la sociedad que la rodea, la extensión excesiva del Estado implica la pérdida de vitalidad social. La sociedad tendrá que vivir *para* el Estado, y el hombre *para* la maquinaria gubernamental. El Estado, después de succionar el túetano mismo de la sociedad, agotará su propia fuente de sustento y morirá: la muerte oxidada de una máquina que es mucho más fantasmal que la muerte de un organismo vivo. Tal fue, dice Ortega, el lastimoso destino de la civilización antigua. "Ya en los tiempos de los Antoninos (siglo II) el Estado gravita con una antivital supremacía sobre la sociedad. Esta empieza a ser esclavizada, a no poder vivir más que *en servicio del Estado*. La vida toda se burocratiza. ¿Qué acontece? La burocratización de la vida produce su mengua absoluta en todos los órdenes. La riqueza disminuye y las mujeres paren poco. Entonces el Estado, para subvenir a sus propias necesidades, fuerza más la burocratización de la existencia humana. Esta burocratización en segunda potencia es la militarización de la sociedad. La urgencia mayor del Estado es su aparato bélico, su ejército. El Estado es, ante todo, productor de seguridad (la seguridad de que nace el hombre-masa, no se olvide), Por eso es, ante todo, ejército. Los Severos, de origen africano, militarizan el mundo. ¡Vana faena! La miseria aumenta, las matrices son cada día menos fecundas. Faltan hasta soldados. Después de los Severos, el ejército tiene que ser reclutado entre extranjeros. ¿Se advierte cuál es el proceso paradójico y trágico del estatismo? La sociedad, para vivir mejor,

crea, como un utensilio, el Estado. Luego, el Estado se sobrepone, y la sociedad tiene que empezar a vivir para el Estado. . . El pueblo se convierte en carne y pasta que alimentan el mero artefacto y máquina que es el Estado. El esqueleto se come la carne en torno a él. El andamio se hace propietario e inquilino de la casa".

Lo que sucedió en Roma y causó la caída del Imperio Romano, dice Ortega, está sucediendo hoy. El mayor peligro para la sociedad es, hoy por hoy, el Estado. El mayor peligro que amenaza hoy a la sociedad es la intervención del Estado en los asuntos humanos, la absorción de la vida social espontánea por el Estado. El libro de Ortega fue escrito en 1932, y en vista de lo que ha sucedido posteriormente —la locura del Estado hitleriano y la locura nuclear de las superpotencias en nuestros días— se advierte que es una obra verdaderamente clarividente. En Rusia y en los Estados Unidos observamos hoy el mismo proceso que en el Imperio Romano. El aparato del Estado succiona la sangre vital de la sociedad. Más de una tercera parte de toda la producción industrial sirve a la finalidad militar del Estado. Lo que antes eran medios ahora viene a ser un fin. El Estado, fundado para hacer posible la vida de la sociedad, succiona el poder de la sociedad hacia sí mismo, inflándose hasta alcanzar proporciones gigantescas. La burocracia se convierte en un fin en sí. El aparato militar crece sólo a fin de crecer, aunque todos los ministros de la "defensa" admiten que la defensa es imposible y los armamentos no producen seguridad. Por el contrario, como reiteraron los Presidentes Kennedy y Johnson por igual, los armamentos inflados llevan en sí mismos el peligro de la guerra. Tal transposición de medios y fines es un fenómeno bien conocido en la Ética con el nombre de *metentelosis*, "los medios convertidos en fines". En los Estados Unidos y en Rusia, la maquinaria militar devora a la sociedad que se supone debe defender. Al igual que en Roma, vemos hoy cómo en esas naciones el valor del dinero mengua, el balance de pagos empeora, el desempleo aumenta a pesar de la gigantesca producción que es improductiva puesto que el por ciento mayor de la producción industrial está dedicado a los armamentos. El dólar pierde su valor a causa de la inflación repentina, y lo mismo pasa con el rublo, de suerte que de un solo plumazo todo se hace un 40% más caro. La producción de armas en Rusia aumentó en un 40% el año pasado, y en Europa un 45% en los tres últimos años. Para justificar el tratado de prohibición parcial de las pruebas nucleares, el Ministro de Defensa (de Destrucción) de los Estados Unidos, McNamara, testificó ante el Comité Senatorial el 13 de agosto de 1963 que la producción de bombas nucleares se había duplicado en los dos últimos años, en tanto que

el Sr. Foster dijo en Ginebra que se había triplicado. ¿Qué significa esto? Significa que, hace dos años, los Estados Unidos podían destruir a Rusia sólo 225 veces y ahora pueden hacerlo 450 veces. Significa que hace dos años los Estados Unidos habían almacenado sólo 6,000 guerras de Hitler y ahora ha almacenado 12,000 de esas guerras.

¿Qué clase de lógica es esta? Es la lógica de quienes tienen un sistema fijado en sus mentes y extraen las últimas consecuencias de ese sistema, sin considerar la realidad. Es, técnicamente hablando, la lógica del demente. En este sistema demente existe una pasión por "la supervivenciabilidad y la vitalidad" pero no de los seres humanos sino de las bombas y los emplazamientos de cohetes. Cuando todos estemos muertos, se supone que nuestro país vomitará bombas sobre Rusia, como las excreciones de un cadáver, y se supone que sucumbamos con el conocimiento de que otros también están sucumbiendo. Este, también, es el consuelo del demente: el espíritu en que Hitler, en sus últimas horas, dio la orden de destruir a Berlín. Algunos clérigos, que apoyan la carrera armamentista nuclear, rezan ahora por que este país, en la hora de prueba devastadora de un ataque nuclear, tenga la fuerza para no ordenar la represalia, puesto que la política de disuasión por la fuerza ya habrá fracasado de todos modos.

Toda la política nuclear de la llamada disuasión por la fuerza se basa en una contradicción fundamental. Nos apoyamos en la idea de que el adversario será disuadido de hacernos la guerra por nuestro arsenal nuclear. Esto, sin embargo, sólo será así si el adversario es racional. Pero si es racional, entonces podemos llegar a un acuerdo con él, sin que nos hagan falta las armas. Si el adversario es lo bastante demente para querer hacer la guerra, no será lo bastante racional para ser disuadido por la fuerza. Si es lo bastante racional para ser disuadido por las bombas, no es lo bastante demente para querer hacer la guerra. Así, pues, no importa desde qué ángulo contemplemos la política de disuasión por la fuerza, ésta es contradictoria, ilógica e irreal. Su único efecto posible no es la paz, sino la guerra. Si alguna vez un demente tomara el mando en una nación nuclear—quizá otro Hitler— sólo tendría que apretar un botón para ver sus sueños más desenfundados sobre pasados por la realidad. La situación, lejos de ser una de disuasión, es, por el contrario, una de irresistible tentación para los dementes: para la tripulación de la nave del Estado de Platón.

Nunca, en toda la historia, se ha mantenido la paz por medio de un equilibrio de poder. La llamada política de poder se basa en una falacia lógica, y toda la historia es la triste consecuencia de esta

falacia. *El intento falaz de preservar la paz por medio del poder siempre ha conducido, en último término, a la guerra.*

Tanto las naciones occidentales como las orientales utilizan hoy el porcentaje mayor de su formación de capital interno para fines militares. En un país racional como México, esta proporción alcanza al 5%. En los Estados Unidos es el 60%, en la Gran Bretaña el 45%, en Francia el 35%, en la URSS el 34%, y en los respectivos países aliados entre el 30 y el 16%, Grecia, Checoslovaquia, Polonia, Alemania Oriental, Alemania Occidental, etc. Todo el mundo occidental y oriental es hoy un enorme campamento militar.

Toda la economía civil de los Estados nucleares, especialmente de los Estados Unidos y Rusia, está estancada. Muchas de sus áreas más fundamentales se encuentran en plena degeneración. Los Estados Unidos sólo están produciendo una cuarta parte de las máquinas herramientas necesarias para el desarrollo de la economía civil. Rusia produce *sputniks*, pero carece de pan. En los Estados Unidos, el 25 por ciento de la población vive en la pobreza (con ingresos anuales de 1,000 dólares o menos), las escuelas claman por edificios y maestros, el analfabetismo va en incremento, toda la economía civil está subdesarrollada, la vivienda, la energía eléctrica, la sanidad, la renovación urbana, la irrigación, el control de inundaciones, la navegación, la reforestación, el mejoramiento de aeropuertos, las carreteras, los hospitales, los servicios de salud, la seguridad social... todo está desatendido, mientras el Congreso eroga más dinero para los militares de lo que el Pentágono puede gastar. "Cada cañón que se fabrica", dijo el Presidente Eisenhower el 19 de abril de 1953. "cada buque de guerra que se bota, cada cohete que se dispara, significa, en última instancia, un robo cometido contra aquellos que sufren hambre y no tienen que comer, contra aquellos que padecen frío y no tienen que qué vestirse. Por un solo avión de combate pagamos medio millón de fanegas de trigo. Por un solo destructor naval pagamos nuevos hogares que podrían haber alojado a más de 8,000 personas". Los presupuestos militares de las cuatro naciones nucleares son tan grandes como *el ingreso nacional total de todas las naciones subdesarrolladas juntas*. Todo esto sólo puede conducir, como condujo en Roma, a la bancarrota o a la guerra o a ambas cosas.

¿Cómo es posible que Estados modernos como los Estados Unidos de Norteamérica, con su revolución liberal de 1776, o Rusia con su revolución proletaria de 1917, puedan cometer el mismo error que la Roma antigua con sus emperadores-soldados? La razón de ello es que el Estado de nuestros días es sólo cuantitativamente diferente de Roma. Pero cualitativamente, moralmente, no hay ninguna

diferencia entre nuestros Estados y Roma. Macrocósmicamente, nuestro Estado penetra en el Universo y microcósmicamente en nuestros propios genes y en el futuro de nuestros hijos. Pero la moralidad que existe en nuestros Estados es la misma que existió en Roma, la moralidad que Maquiavelo describió tan claramente en su libro *El príncipe*, en 1513. Es la *regione di stato*, la *raison d'état*, la razón de Estado que es diferente de la razón humana. El Estado es soberano por encima de la ley moral. Es debido a esta clase de razón que un buen hombre como Truman pudo dar órdenes para lanzar la bomba atómica, un buen hombre como Kennedy pudo prepararse para la guerra nuclear y un buen hombre como Krushchev pudo dar la orden de hacer estallar bombas de 100 millones de toneladas. Al hacer tales cosas no se actúa como individuos sino como agentes del Estado. Se cree que la moral de los Estados es diferente de la de los individuos, exactamente el mismo error que Platón quería rectificar y que el Papa Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in Terris*, llamó la razón del mal de nuestro tiempo.

Maquiavelo demuestra que la razón de Estado de sus príncipes contemporáneos era la misma de los emperadores romanos; y nosotros podemos demostrar que la moral de nuestros Estados gigantes es la misma de los príncipes renacentistas. Una línea directa va desde la tragedia que sufrió Roma hasta la tragedia que nos amenaza a nosotros. Puede decirse sin exageración que la *guerra nuclear, si llega a producirse, sería la consecuencia directa del militarismo de Roma*, un militarismo que estamos repitiendo y que nos viene a través de una cadena causal que nos vincula inexorablemente con Roma. A causa del militarismo de Roma, los germanos derrotaron a Roma. La derrota de Roma acarrió la anarquía y su cura, el feudalismo. El feudalismo acarrió el absolutismo y el absolutismo el nacionalismo.

La derrota de Roma fue causada por el militarismo de Roma, que no fortaleció sino que debilitó a Roma al agotar la prosperidad de la sociedad civil romana. La derrota de Roma acarrió la anarquía política y económica. El dinero perdió su valor, y el único valor que quedó fue el de la tierra. El gobierno central desapareció y el Imperio Romano se fragmentó en incontables pequeñas regiones, cada una de las cuales necesitó una organización militar contra las bandas de salteadores, tanto locales como extranjeras. Estas organizaciones fueron creadas mediante la utilización del valor de la tierra. Los hombres libres de la región se pusieron bajo la protección del más fuerte y le ofrecieron su ayuda militar, a cambio de tierras como pago por sus servicios. Si ellos mismos eran terratenientes, ofrecían sus tierras a cambio de protección y las recuperaban

como renta. Tal tenencia, junto con la obligación militar, se llamó *beneficium*, y más tarde feudo. Así nació el feudalismo. El contrato feudal era un contrato de aseguramiento mutuo: la obligación de dar protección de una parte y la tenencia de tierras y los servicios como prima de la otra parte. Cada relación feudal se desarrolló según el temperamento del señor feudal y su éxito, y aumentaba o decrecía. A partir de algunos de esos feudos se desarrollaron los Estados nacionales de hoy: del Gran Ducado de Normandía, la Gran Bretaña e, indirectamente, los Estados Unidos de Norteamérica; del Gran Ducado de Kiev, Rusia; de la Ile de France, Francia; de la Marca de Brandenburgo, Alemania.

Así como Roma fue seguida por el feudalismo, éste fue seguido por el absolutismo. Así como el feudalismo fue la consecuencia de la tragedia de Roma, el Estado absoluto fue la consecuencia de la tragedia del feudalismo. La tragedia de Roma fue la explotación de la sociedad civil por los militares; la tragedia del feudalismo fue exactamente la misma explotación. Una vez más los militares se apropiaron lo que pertenecía a la sociedad civil, y una vez más ambos perecieron.

El contrato feudal estuvo justificado mientras imperaron la anarquía y el caos. Pero cuando cesó el caos, las comunicaciones regulares se restablecieron entre las diversas regiones y la sociedad civil resurgió en el comercio y la industria—proceso éste que quedó completo hacia el año 900—, la protección del señor feudal se hizo menos y menos necesaria, los habitantes de los burgos y los campesinos formaron su propia administración y su propia policía. El señor feudal se quedó sin empleo. Pero, puesto que sólo sabía pelear y no quería permanecer ocioso en su castillo, se lanzó en correrías por cuenta propia. El barón se convirtió en el barón asaltante. En lugar de proteger a sus feudatarios, los explotó, los obligó a servir en su ejército o los vendió como soldados a ejércitos extranjeros. El protector se convirtió en el explotador, el defensor en el atacante. Se provocaron nuevos conflictos y nuevas guerras una y otra vez; y el vencedor se convirtió de señor feudal en señor soberano de territorios cada vez más extensos. La creciente prosperidad de la región, el trabajo de los comerciantes, los burgueses y los campesinos fluyó a través de mil perversiones del contrato feudal a los cofres del soberano, que administraba sus tierras como un feudo que, según él, le había sido concedido primero por el emperador y después por Dios directamente. Se hizo gobernante por la gracia de Dios. Sus riquezas lo obligaron a organizar una burocracia fiscal, y a su ejército a organizar una burocracia militar. El resultado final fue la monarquía absoluta. El monarca absoluto fue el jefe de una nueva buro-

cracia militar-fiscal. El apogeo de este desarrollo tuvo lugar en Francia con Luis XIV, en Inglaterra con Enrique VIII e Isabel I, en Rusia con Pedro el Grande, en Alemania con el Gran Elector y Federico el Grande. La nación entera fue la heredad personal de estos monarcas. Ellos la aumentaban y se enorgullecían de que sus guerras perjudicaban lo menos posible a la sociedad civil. Sabían lo que les convenía y sabían dónde residía la "riqueza de las naciones". Cuidaban con esmero la gallina de los huevos de oro. Cuando Federico el Grande ascendió al trono el 1º de junio de 1740, les advirtió a sus generales: "Caballeros, deseo que protejáis a mi país, no que lo arruinéis". Cuando las guerras de los generales arruinaron a sus países, como sucedió en Francia con las guerras de Luis XIV, e incluso a Prusia bajo el reinado de Federico, tuvieron lugar las grandes revoluciones nacionales que, sin embargo, siempre llegaron demasiado tarde. La revolución contra Luis XIV se hizo contra Luis XVI, la revolución contra Enrique VIII contra Carlos I, la revolución contra Pedro El Grande contra Nicolás II, y la revolución contra Federico el Grande contra Guillermo II. Al ocurrir esas revoluciones, las dinastías ya habían dejado de ser hacía mucho las dueñas de las burocracias fiscales-militares. Estas burocracias se habían hecho autosuficientes y podían existir perfectamente sin sus monarcas. Se mudaron, sin ningún cambio estructural, ni siquiera ideológico, directamente al corazón de las nuevas repúblicas. Por consiguiente, la nueva forma de Estado, republicana o democrática, no cambió en un ápice la antigua razón de Estado, la antigua soberanía del Estado, su supremacía sobre la ley moral. Cada una de las nuevas Constituciones democráticas contó con una "cláusula" de emergencia a través de la cual, como a través de un escotillón, los derechos de los ciudadanos podían desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, y de hecho desaparecieron con frecuencia (recuérdense el uso que hizo Hitler del Artículo 48 de la Constitución alemana de 1918, el trato que se les dio a los *nisei*—descendientes de japoneses— en California durante la Segunda Guerra Mundial, etc., etc.). A la hora de las decisiones la antigua noción de soberanía se pone en vigor, junto con el estandarte militar del Estado, no importa lo que diga su Constitución.

Los grandes "revolucionarios" tomaron en sus manos el aparato militar-burocrático de los gobiernos absolutos anteriores y lo fortalecieron para los mismos fines que antes. Napoleón tomó en sus manos y amplió el aparato militar de la República Francesa, que a su vez había tomado el aparato militar de la monarquía derrocada, refinándolo y extendiéndolo enormemente con la invención social de la *levée en masse* o reclutamiento general. Hitler tomó el aparato militar de la República Alemana, como cuestión de hecho, directamente

de las manos de su mariscal-presidente, y lo convirtió en el monstruo de la Segunda Guerra Mundial, del mismo modo que la República Alemana había tomado el aparato militar del emperador, quien a su vez lo había heredado del rey de Prusia, cuyos antepasados lo organizaron durante 700 años de labor incesante. Trotsky tomó el aparato militar del zar, pues, como dijo Lenin entonces, la historia hace del problema militar la esencia del problema político; al cabo de tres años el Ejército Rojo revolucionario se había incorporado 30,000 antiguos oficiales zaristas. E incluso la revolución norteamericana tuvo, con Lafayette y Steuben, la conexión entre el naciente poderío de la joven república y las viejas monarquías europeas. Ni la revolución alemana, ni la rusa, ni la norteamericana, ni la francesa, ni la inglesa, ni la india, ni la china ni ninguna otra revolución ha eliminado *la soberanía del Estado sobre la vida y la muerte de sus ciudadanos*. Ninguna revolución, hasta la fecha, ha *separado a la sociedad civil del Estado militar*. Las revoluciones, hasta la fecha, sólo han significado *la transición del poder soberano de los propietarios a los administradores* del monarca absoluto a los burócratas republicanos, que se hicieron soberanos más eficientes y competentes que los antiguos monarcas. Luis XIV fue un chapucero comparado con Napoleón, Nicolás II un badulaque comparado con Trotsky, Guillermo II un mentecato comparado con Hitler, Jorge III un simple comparado con Churchill.

El nacionalismo nuclear de nuestros días es la culminación de todo este desarrollo histórico, esta trilogía de tragedias. La tragedia de Roma fue el despotismo militar, la tragedia del feudalismo fue el absolutismo militar, y la tragedia de la democracia en nuestros días es el gigantismo militar. Las tres tragedias han tenido la misma causa: la explotación de la sociedad civil por el Estado militar. El Estado nacional de hoy no es sino un Estado feudal desmesurado. Es un feudo, y los políticos de hoy no son sino administradores de ese feudo desmesurado. Los guerreros de hoy piensan en términos de los antiguos torneos y juegan a la guerra con computadoras electrónicas. El juego más nuevo, el que se juega en el Pentágono, es la llamada estrategia sin ciudades. Los datos de la guerra nuclear con que se alimentaba a las computadoras siempre daban como resultado el fin de la nación norteamericana. Entonces, sencillamente, se cambió el sistema. Los nuevos datos para las computadoras presuponen que ni los norteamericanos ni los rusos bombardearán ciudades, sino únicamente instalaciones militares. De esta suerte, las pérdidas de los EE. UU. se redujeron de 180 megamuertes a 80 megamuertes, lo cual dejó 100 megavidas, o sea 100 millones de sobrevivientes, para la siguiente guerra. La única falla del cálculo fue que los rusos

declararon que no jugarían de esa manera y que no aceptaban la estrategia sin ciudades. El senador Russell dijo en su discurso del 11 de abril de 1962 que era una insensatez usar como datos para las computadoras electrónicas el código de honor de los caballeros medievales. A pesar de ello, la política oficial del Pentágono es precisamente esta estrategia sin ciudades: otra ilusión de los Quijotes nucleares; y, al igual que en el caso de Don Quijote, su juego irrealista se derrumbará frente a la realidad. Si llega a estallar la guerra, sucederá lo mismo que sucedió a la caída de Roma y al término de la Edad Media: los Estados caerán *debido a* sus armamentos excesivos. Lo que consideran su defensa será su destrucción.

La Edad Media cayó como cayó Roma. Lo que sucedió en Roma cuando ésta se derrumbó debido a sus armamentos y a que el Estado no era más que una cáscara vacía que se quebró ante el primer leve empuje del enemigo, fue lo mismo que sucedió al concluir la Edad Media. Los armamentos inmensos condujeron a los Estados a la destrucción. El 24 de octubre de 1415, 50,000 caballeros franceses cubiertos de pesadas armaduras se enfrentaron a 13,000 ingleses en el campo de Azincourt. Había llovido toda la noche y, a fin de no hundirse en el lodazal, los caballeros franceses se pasaron la noche entera sobre sus caballos, en cuyos lomos habían sido colocados por medio de grúas. Al romper el día, los caballeros, para poder combatir, tuvieron que desmontar y echar pie a tierra en el lodo resbaloso, en el que se hundieron cada vez más profundamente. Cuando se empeñó la batalla, a las 11 de la mañana, los franceses estaban inmovilizados y sólo pudieron aguardar la embestida de sus enemigos: blancos fijos para el desastre. Los ingleses comenzaron a golpearlos, "y era como si martillarán sobre un yunque". Fue una matanza y una derrota en toda la línea, y a las 4 de la tarde todo había concluido.

Lo que sucedió en Azincourt es mil veces el caso en nuestros días. Los norteamericanos inmensamente armados y los rusos inmensamente armados, durante la crisis del Caribe, se enfrentaban desvalidos, blancos fijos para los proyectiles teledirigidos apuntados contra ellos. Los pueblos y los militares de estos Estados, nosotros incluidos, no somos sino objetos desvalidos de las matanzas. Si la guerra llegare a estallar, nos hundiríamos en el lodo arrastrados por el peso de nuestros monstruosos armamentos nucleares, al igual que los caballeros de Azincourt; y, una vez desintegrados, seríamos volados hasta el cielo para envenenar la atmósfera durante varias eras por venir.

En la medida en que todavía pensamos nacionalmente, pensamos conceptos feudales en un contexto nuclear. Tenemos que

sacar nuestro pensamiento de este surco y encontrar nuevos caminos. Tenemos que romper con toda la historia.

¿Qué debemos hacer entonces? En el Preámbulo de la Constitución de la UNESCO, la Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas, se encuentra la famosa oración: "Puesto que las guerras comienzan en las mentes de los hombres, es en las mentes de los hombres donde deben erigirse los bastiones de la paz", Juan XXIII, en *Pacem in Terris*, dice que es imposible detener la carrera armamentista, y más imposible aún ponerle término, a menos que el desarme sea tan completo que incluya las mentes de los hombres. Cada uno de nosotros, dice el Papa, tiene que arrancar de su corazón el temor y la pesadilla de la guerra. Esto, dice, sólo es posible si reconocemos que *la paz verdadera y segura entre las naciones no descansa en el equilibrio del terror sino en la confianza mutua*. El campo de la paz, en otras palabras, está en los corazones de los hombres. La paz es una cuestión moral y no una cuestión de armas. La política misma tiene que ser superada. El Estado nacional debe ser superado, tanto en la idea como en la realidad.

El poder de este Estado descansa exclusivamente en la subordinación de sus propios ciudadanos a él. Tan pronto como los ciudadanos calen la caducidad de este Estado y los absurdos de su juego suicida, dejarán de apoyarlo, del mismo modo que los ingleses, los franceses y los norteamericanos dejaron de apoyar a su rey. Retendrán sus contribuciones económicas y morales, y en ese momento el Estado se vendrá abajo al igual que el Estado absoluto que lo precedió. La sociedad civil, la vida humana misma, se hará soberana. La existencia misma saldrá por sus fueros y el feudalismo militar dejará de existir. Como dice Jacques Maritain en su libro *El hombre y el Estado*, todo ciudadano de un Estado militar es un vasallo de ese Estado, que le roba su libertad de vivir. El ciudadano tiene que liberarse del Estado y no debe darle su aprobación. El soberano de la vida no es el Estado, sino Dios. El Estado soberano es un fetiche que coloca al Estado en el lugar de Dios. Esta blasfemia mortal comenzó en el mundo cristiano con el emperador romano Constantino, quien se colocó en el lugar de Cristo: un golpe y una trampa de la que el cristianismo nunca se ha recuperado. La razón de Estado debe ser reemplazada por la razón moral, la inmoralidad del Estado por la moralidad de la persona humana. Todos debemos colocarnos conscientemente por encima del Estado, y prestarle nuestra ayuda sólo cuando sirva a fines morales.

Este programa —que no es sólo el de Jacques Maritain— significa, desde luego, una revolución más honda y más profunda que

cualquier revolución anterior. Es la revolución del individuo contra el Estado "soberano", la revolución de la sociedad civil contra el aparato militar. La paz en nuestros días no tiene nada que ver con el capitalismo, el comunismo o cualquier otra ideología. Tiene que ver con la vida y la muerte, con los valores fundamentales en cada uno de nosotros. Tiene que ver con nuestro respeto por nosotros mismos, nuestro interés en nosotros mismos y en nuestros hijos y nuestros nietos. Es un asunto de la filosofía: de la filosofía existencial de Kierkegaard y de la filosofía política de Platón. Sólo cuando la mayoría de nosotros adopte esta filosofía, la haga suya, la viva y extraiga sus consecuencias, desaparecerá el espectro de la guerra. Éste desaparecerá a través del poder mental y de decisión de cada uno de nosotros.

No podemos decir si nos queda tiempo para llevar a cabo esta acción o si el espectro se abatirá sobre nosotros antes de que hayamos movilizad nuestras fuerzas. Existen muchas señales de que los tímidos ciudadanos de los Estados nacionales están despertando a su propia humanidad. Aquellos de nosotros que luchamos por este despertar estamos compitiendo en una carrera con la muerte. Podemos ver la catástrofe, podemos ver el lazo de la muerte que comienza a estrangularnos, pero tenemos la fe de los antiguos profetas . . . , y de los nuevos filósofos.

"Nunca", dice Ralph A. Lapp en la parte final de su libro *Kill and Overkill*, "nunca en la historia tuvo la humanidad tal aspecto de un rebaño que marcha silenciosamente hacia el matadero . . . Nos encogemos de hombros: 'No es posible que suceda' o '¿Qué puede hacer un solo individuo?' Pero el poder del individuo no es insignificante; puede ser superior a 30,000 megatones". Puede, digo yo, en un nuevo despertar, arrancar el poder de manos de los administradores de los megatones. Puede construir una nueva sociedad, no a imagen y semejanza de los amos, sino de los pensadores.

No pereceremos juntos si empezamos a pensar juntos.

ARTE, CIENCIA Y ARTESANÍA

Por *Eduardo GONZALEZ LANUZA*

CUANDO hablamos de la edad de piedra o de bronce, así como cuando ahora nos referimos a la era atómica, las palabras edad y era nos anticipan un concepto cronológico muy engañoso que nos lleva a considerar un estado cultural como encerrado dentro de limitaciones temporales, como si tal edad o era comenzara en una fecha precisa y terminara en otra. Ello nos induce a olvidar que aún existen pueblos en esa edad, de piedra o de bronce, y que no todos los actualmente civilizados cumplieron esas etapas simultáneamente, y al mismo tiempo a pasar por alto la manera desigual en que un mismo hombre pertenece a distintas edades si consideramos por separado sus convicciones racionales, sus impulsos instintivos e incluso su ancestral inconsciente. De igual modo podría parecernos que en nuestra era de la tercera revolución industrial hemos superado por completo lo que llamamos el estado artesanal. Desde un punto de vista económico es evidente que la producción en masa se diferencia de la elaboración individualizada de objeto por objeto, y que cada vez son menos los que pueden recurrir a los servicios de un artesano tradicional para hacerse un traje o unos zapatos. Sin embargo, una buena parte de la humanidad civilizada se comporta en la práctica de sus trabajos diarios con el concepto que siempre guió a ese artesano tradicional: me refiero a las dueñas de casa que se manejan con recetas cuya utilidad práctica se desentiende de cómo y porqués: úsese tanto de esto con tanto de aquello, ya se trate de hacer una torta, lustrar un piso o quitar una mancha. Y las dueñas de casa están muy lejos de constituir a ese respecto, aunque numerosa, una excepción. El hombre común procede de idéntica manera, aunque lea con aire concienzudo los prospectos que acompañan a sus complejos medicamentos, pasa por alto su terminología técnica, inasequible para él, para llegar al "para qué" artesanal de sus efectos. Y cuando digo el hombre común no estoy pensando en el patán sea la que fuere la clase social a que pertenezca —desatendido de toda preocupación científica o artística. Entiendo por hombre común a la persona de capacidad intelectual satisfactoria, acaso ávido de conocimientos generales, pero impedido por sus urgencias

cotidianas de poderlos seguir en la multiplicidad creciente de sus direcciones. Y desde luego incluyo en la primera y más riesgosa línea de esa comunidad a los especialistas, en todo aquello que se relacione con lo que cae fuera de los linderos de su propia especialidad. Sucede, justamente, que el especialista al saber por experiencia directa lo vano y torcido del conocimiento a medias de los otros cuando se refiere a su propio ramo, teme incurrir a su vez en idénticas debilidades al incursionar no menos superficialmente en las actividades ajenas. Con anticipado desánimo se resigna a un deformado campo cultural, tanto más restringido en lo general cuanto más intenso en lo particular. ¡Cuánto desentrañador de espectros de nebulosas se conforma con los más precarios balbuceos en materia estética!

Ocurre que a ese hombre común la ciencia y el arte contemporáneos le resultan inaccesibles, y en el mejor de los casos apenas vislumbrables a través de vulgarizaciones deformantes casi siempre dirigidas hacia el "para qué" artesanal que se descuenta es lo que le interesa.

Comenzaré por señalar las dos actitudes antagónicas que ese hombre común adopta frente a esas dos actividades fundamentales.

Frente a la ciencia el reconocimiento de la ignorancia total o parcial, se admite con una naturalidad que ni siquiera puede calificarse de humilde, ya que puede haber en ella su dejo de soberbia cuando se la relega a los hombres de ciencia con algo de aquella genial insensatez de Unamuno en su famoso: "¡que inventen ellos!" Y digo ignorancia parcial o total porque es muy común oír al ingeniero que confiesa sin el menor rubor su desconocimiento de los rudimentos de la biología, mientras hay médicos que no consideran desdorado reconocer su flojedad en matemáticas. Se da por descontado el derecho a la ignorancia científica amparada en el "uno no puede saberlo todo" de evidencia cada día más lamentable. La ciencia pura rarísima vez alcanza popularidad. El auge de la literatura de ciencia-ficción no lo desmiente, puesto que sus obras siempre tienden a ubicarnos en otro marco de practicidad y de quehacer, es decir, en una ampliación del orbe artesanal.

Una de las escasísimas excepciones a ello fue cuando la divulgación de la teoría de la relatividad, allá por el veintitantos de este siglo, la convirtió en pasajero y pintoresco tema de discusión en las mesas de café, e incluso de canciones picarescas. Pero el hombre común la consideró como una de tantas cosas raras que le hacían mover dubitativamente la cabeza en la que sus fórmulas no tenían cabida. No pasaron mucho más de dos decenios y su mente artesanal advirtió espantada el para qué de aquellas fórmulas de aparente

inocencia para él equiparadora de masa y energía, ante la violencia flagrante de la bomba atómica. Tal paso de la teoría abstrusa a la contundente práctica no dejó de ser aleccionador. Las revistas de divulgación intervinieron de inmediato con sus esquemáticas simplificaciones reemplazando la ingenua ignorancia por otra ignorancia mucho más confusa y presuntuosa.

El artesano que persiste en el hombre común se resigna a ese permanecer al margen de la ciencia a cambio de usufructuar las posibilidades prácticas que ella le depara en forma de antibióticos, televisión, viajes interplanetarios en expectativa, o simples detergentes y telas inarrugables. Que detrás de todo eso existan escondidos anhelos desinteresados de conocimiento que sólo procuren el conocimiento por sí mismo, es algo que el hombre común acepta como acepta que existan estados de plenitud mística a los que descuenta no tener acceso personal jamás. Y desde luego adopta frente a quienes se interesan por el proceso vital en sí mismo más que por el hallazgo de una panacea, una actitud de respetuosa ironía. Pero en ningún caso se le ocurre la insensata irreverencia de contraponer su opinión personal desvalida de toda experiencia, como de mayor validez que la de los investigadores. Queda por ahí, es cierto, alguna que otra anciana señora con la osadía necesaria para declarar que ella "no cree en las bacterias", pero su corajuda disidencia no puede cargarse en la cuenta del hombre común cuyo defecto acaso sea el contrario: el de aceptar como artículo de fe lo que debiera ser racional convencimiento.

Con el arte contemporáneo las cosas ocurren de muy diverso modo. El hombre común que no tuvo reparo en confesar públicamente su ignorancia frente a la integral más simple, se ruboriza, y lo que es peor, monta en cólera si alguien se atreve a sospechar que no entiende lo que ve, oye o lee en materia de arte, incluso cuando el deliberado propósito de sus aviesos autores sea que aquello no deba ser "entendido" por nadie. Da por descontado que su rechazo proviene de su comprensión y constituye un acto de legítima defensa. Y como del arte no puede esperarse un subproducto que equivalga a la técnica con respecto a la ciencia—del cubismo, de cuya existencia se enteró por el mismo tiempo que de la teoría de la relatividad, no pudo temerse que ocasionara la destrucción de ninguna ciudad—y como los propios artistas son los primeros en desdeñar su labor de ayer en procura de la de mañana, el hombre común no encuentra un modo objetivo de verificar que su actitud frente al arte es de una soberbia en nada inferior a la de los propios artistas, pero con el agravante de estar contaminada por una ignorancia que, para su desdicha, le veda el acceso al mundo

de los valores estéticos empobreciendo lamentablemente su ser. Esta doble actitud del hombre común frente a su propia ignorancia: de mágica expectativa frente a la ciencia, acrecentada por su desconocimiento de los verdaderos problemas que ella enfrenta; y de impaciente agresividad contra el arte, provienen del original artesano que en él subsiste. De algún modo reacciona como el que tiene la intuición de que la ciencia atañe a su saber, siempre susceptible de mejora, mientras que el arte apunta a su ser que es lo que es, con fatalidad total.

La ciencia pura se ha alejado tanto o más que el arte en sus audacísimas conclusiones de lo meramente práctico, pero como el objeto de sus investigaciones no es otro que el del "como" de la realidad, aunque nos desmaterialice a ésta en paquetes de ondas o en partículas de millonésimas de segundo de duración, tarde o temprano tan perturbadores conceptos acabarán por cuajar en algo aprovechable para simplificar o hacer más efectivo el esfuerzo humano contra las limitaciones de tiempo y espacio. La dignidad del propio ser no corre riesgo si permanece en prudente expectativa.

El arte no sólo no depara esa materia utilizable, y hace como si el hombre común no existiera mientras se divierte—esa es su peor sospecha— con su incomprensión multiplicando insólitos aspectos de las cosas y los problemas de apariencia más sencilla, sino que encima lleva su insolencia hasta el punto de trabajar como si se sirviera de medios artesanales: nada de complejos ciclotrones, ni de espectrógrafos de escalofriante nombre, ni de intrincados reactores y destiladores que justifiquen el legítimo asombro de su ignorancia. El arte utiliza martillos, pinceles, tintas, todo el instrumental secular del artesano, ya se trate de pintar el más abstracto de los cuadros o de blanquear una pared, de escribir un impenetrable poema o una nota de crédito.

El artesano no puede ver con buenos ojos que mediante esas técnicas suyas, ancestrales, se obtengan resultados que él no pueda entender, porque de alguna manera eso afecta a su propia reputación artesanal.

La consideración de todos estos problemas que se plantean en la práctica diaria hace que resulte interesante considerar cuáles son en la actualidad las relaciones que median, y acaso los que debieran mediar, entre el arte, la ciencia y la artesanía.

La primera y fundamental dificultad que se presenta es la imposibilidad casi absoluta de encontrar un solo ejemplo de estas tres actividades en suficiente grado de pureza, es decir, sin un principio de contaminación con las otras dos. En la más rudimentaria labor de artesanía, subyace un anhelo de forma que por ello solo, tiende a

lo estético, y además si ha podido sojuzgar a su materia es porque ejerce sobre ella un dominio que parte de conocimientos de cuya sistematización surgirá la ciencia.

Por su parte en las supremas abstracciones la ciencia no puede desvincularse de una verificación experimental que comporta el manejo de instrumentos en cierto modo artesanal. En todo gabinete de investigación se pone de manifiesto esa necesidad de artesanía para la superación de engorros de índole práctica, y en cada conjunto de hombres de ciencia que trabajan en equipo acaba por sobresalir frente al de intuiciones clarividentes en el planteo intelectual, el de mayor sagacidad para solucionar dificultades de procedimiento, a veces mediante la introducción de un detalle de simplicidad genial, que presupone el conocimiento del intrincado problema científico, pero que parece antes dictado por la astuta pericia del artesano que por las reposadas consideraciones del investigador.

Se suele hablar también de la "elegancia" de tal demostración científica con lo que se aludiría a la intromisión de un elemento estético en su campo. En lo que respecta al arte es sabido que incluso lo que al profano le parece la más temeraria subversión artística responde muchas veces a imposiciones de oficio, y que su éxito —cuando lo logra— depende en muy buena parte de la escondida "cocina" de sus autores. Asimismo, lo que muchas veces queda como resultado útil de sus desaforados entusiasmos, es una nueva receta artesanal. A su vez numerosas tentativas estéticas de nuestro siglo, amparadas en el rigor de su estrictez formal —Valery, Mondrian— configuran una tendencia del arte hacia el conocimiento científico.

Pero todas estas reales o supuestas contaminaciones entre el arte y la ciencia son siempre problemáticas y no deben aceptarse sin beneficio de inventario. Arte y ciencia tienden a separarse como dos líneas divergentes, cada vez más a medida que se prolongan alejándose de su origen común: la artesanía.

El primer tallador de puntas de flecha de sílex ya es un artesano: hace algo para un fin ajeno a la cosa en sí. No puede ni soñar en un cálculo de elasticidad ni de velocidad de proyectiles, y no se extasia ante la belleza de un arco en tensión, pero sabe hacer volar a la flecha en procura de su presa donde todo eso ya está implícito. La necesidad de crear utensilios y armas que remedien sus limitaciones corporales le obligan a los primeros descubrimientos de la artesanía, entre los que figuran la utilización del fuego y de la palanca simple y su genial empleo en la rueda. Arte y ciencia permanecen en estado embrionario dentro de la magia, esa parte de la artesanía destinada a operar sobre las fuerzas ocultas de lo real por medio de técnicas especiales estimulantes a su vez de lo estético y

del conocimiento esotérico. Las danzas rituales o guerreras, el tatuaje, las máscaras, los exorcismos, el conocimiento de los venenos, la prevención del mal y el manejo de sus oscuras fuerzas son sus primeras manifestaciones, sin separarse entre sí todavía. Incluso en el simple trabajo manual, lograr un objeto de bronce presupone un estadio anterior de ensayos, de fracasos y éxitos relativos en el manipuleo y beneficio de los minerales y en sus mezclas, cuyo logro final no proviene de la aplicación de ninguna teoría previa sino del duro ejercicio de la perseverancia dentro de lo empírico. Pero la forja de un arma, espada o escudo, obliga a la elección, no sólo de un material sino también de una forma que le asigne validez, tanto por su resistencia como por el pavor que su sola contemplación pueda infundir al enemigo. El alfarero siente el goce físico que la curvatura de su cántaro proporciona a sus dedos, y algo que todavía ignora le lleva a preferir determinados perfiles. Si personalmente se expresa por la adecuada presión de sus manos creadoras sobre la plasticidad de la húmeda arcilla, lo considera natural efecto de su condición de artesano. Y así es. Nadie puede dejar de expresarse a través de sus movimientos: el andar, los guiños del rostro, la manera de mover las manos son elementos por los que la individualidad se manifiesta. Es pues, fatal que cada artesano tenga su estilo antes de que nadie piense en llamar así al resultado de las peculiaridades de su temperamento actuando sobre el material que conforma. Eso persiste hasta nuestros días y continuará en cada trabajo salido de las manos del hombre. Lo advertimos en el acabado inconfundible del traje de un buen sastre, en el punto inimitable de una compota provinciana por los que se revela en forma humilde pero intergiversable una personalidad, tanto como en las pinceladas de un gran pintor o en la forma del verso de un poeta. Lo que desde siempre ocurre es que el artesano se expresa sin proponérselo, no es ese el fin que guía su labor, aunque hoy por contraste con la deshumanizada artesanía del trabajo en serie, en la que los impulsos vitales del obrero se desvirtúan al ser absorbidos por la máquina y no llegan a impregnar al material elaborado, sabemos que eso era lo que lo valorizaba.

En el trabajo científico la expresión personal puede considerarse incluso como deficiencia. Toda teoría con demasiado estilo resulta sospechosa por esa sola circunstancia. El anhelo de objetividad total del conocimiento científico necesita prescindir de cualquier tonalidad personal que pueda teñirla de peligrosa subjetividad. Desde luego que en la práctica esto no deja de ser relativo, por cuanto el planteamiento de un método de trabajo de investigación no puede dejar de tener relación con la personalidad y el temperamento del investigador y su influencia final en los resultados obtenidos. Pero

incluso entre dos métodos distintos que alcancen idéntica finalidad, siempre será preferido como de mayor validez el que primero llegue a la extrictez matemática, a cuyas fórmulas descarnadas lo personal no tiene acceso.

En el arte, y digan lo que quieran algunos teorizadores, la voluntad de expresión constituye su fundamental razón de ser. Puede incluso discutirse, si se dispone de tiempo para perder, si la expresión debe constreñirse a lo personal o dilatarse a lo colectivo —la raza, el pueblo, la clase— lo que a mi entender constituye un tema bizantino no muy distinto al de la precedencia entre el huevo y la gallina. Lo que no creo posible es poner en duda que toda obra de arte, sean los que fueren sus medios técnicos o las formas de que se valga, pueda dejar de ser una voluntad expresiva: algo que alguien quiere decirle a alguien. La supuesta obra maestra válida de por sí, ¿quién si no un observador podrá reconocerla como tal? El artista que en verdad prescindiera de todo posible lector o contemplador de su obra, no daría mejores síntomas de cordura si se pasara los días dirigiéndole carta a Dios... o a sí mismo.

Tenemos así una primera escala de valores diferenciales que nos permite alguna orientación ordenadora entre ciencia, artesanía y arte de acuerdo con su capacidad y propósito de expresión. En sus extremos opuestos, y como resultado de sus tendencias respectivas, encontramos al arte y a la ciencia, y en su punto medio de entronque, la artesanía de la que ambos proceden.

La ciencia no sólo despojada de toda veleidad expresiva, sino incómoda por tenerse que valer del lenguaje común con su inseguridad semántica, viéndose obligada a crearse sus jergas particulares mientras no alcanza la deseada perennidad de los símbolos matemáticos, cuya capacidad de transmisión objetiva de lo a ellos confiado, es de permanente impersonalidad. Porque la ciencia desconfía de los individuales en su búsqueda de lo universal, trata de prescindir de los hombres falibles para alcanzar la glacial imparcialidad del hombre.

La artesanía en la que lo expresivo no constituye un elemento esencial de su labor utilitaria, pero aparece como deseable impureza, como valiosa adherencia accesoria pero vitalizadora, prescindible pero en ocasiones más deseable que lo imprescindible.

Y por último el arte, genéticamente derivado de esa aleatoria circunstancia artesanal que termina por adquirir conciencia de sí misma, y convierte a lo expresivo en núcleo fundamental de su quehacer. Porque el arte, en total oposición a la ciencia, prefiere los individuales a lo universal, cada hombre perezoso, limitadísimo, a la fría inmortalidad del Hombre, aunque paradójicamente, sólo a

través de ella pueda alcanzar una intimidad verdadera con los seres mortales.

Como es obvio, arte, ciencia y artesanía se enfrentan con idéntica realidad, pero su manera particular de hacerlo suscita en ella resistencias peculiares como respuesta a la diversidad de sus exigencias, hasta tal punto que pudieran parecer tres realidades distintas. Sus elementos fundamentales, tiempo, espacio, causalidad, parecen funcionar con autonomía propia en cada caso, pero se supeditan a sus particulares propósitos, lo que hace que toda terminología técnica aplicada lícitamente a una de esas actividades aparezca como enloquecida cuando se la considera desde el punto de vista de cualquiera de las otras. Cuando un músico, un físico y un relojero utilizan la palabra "tiempo", un escultor, un matemático o un estibador se valen de la palabra "espacio", un poeta y un ingeniero se enfrentan con algo que pueda llamarse "causalidad", cada uno de ellos se vale de conceptos sin correspondencia mutua posible. Este problema semántico no contribuye, por cierto, a simplificar la labor del que intenta esclarecer sus diferencias. Sus cuestiones de límites son insolubles sin que pueda resolverlas arbitraje alguno.

Para fijar frente a una obra dada lo que tiene de obra de arte o de obra de artesanía, la tal obra poco puede ayudarnos la mayoría de las veces, porque sería imprescindible introducirnos en la mentalidad de su autor y adivinar lo que se propuso al hacerla, cómo enfrentó a su realidad en el acto creador. Las cosas no se aclaran demasiado si pensamos que toda ambigüedad es sospechable y en una proporcionalidad imposible de establecer.

El artesano lo es, sea la que fuere su labor, en cuanto se ocupa no por el "cómo" ni por el "porqué" de lo real, a no ser en lo que pueda referirse a las dificultades que se le presenten al adecuarlo con el "para qué". El acto gratuito no lo concibe sino como forma más o menos disimulada de demencia. Y lo grave es que aunque pueda no atreverse a confesárselo a sí mismo, la obra de arte pura, la investigación científica encaminada al mero hecho de saber, tiene para él todas las apariencias del acto gratuito. Para el artesano todo debe hacerse con una finalidad inmediata, y a ser posible para que su resultado sirva a su vez para reiterar esa misma finalidad: el herrero forja un martillo que luego puede servir para forjar otro martillo, etc. Incluso en la artesanía de apariencia más desinteresada, como la orfebrería o la jardinería, la consecución de una armonía no se procura como finalidad en sí misma, sino como productora de valores de cambio. Salvo, naturalmente, cuando el orfebres, además de artesano, artista. Una joya o una rosa tienen para quien las produce artesanalmente idéntico sentido que una silla

o una tela: son artefactos usuales con su correspondiente para qué. Conviene observar de paso, ya que la palabra se presenta, que "artefactos" o "hechos con arte", nos está indicando por sí sola la amplitud originaria de la palabra "arte" que, etimológicamente, se refiere al quehacer del artesano. Por una de esas ironías en que a veces se complace la semántica, entre nosotros se llaman "obras de arte" a algo tan modesto como los puentecillos del alcantarillado en los caminos.

Para el artesano lo real se presenta como un bloque de hostilidad en el que es necesario descubrir los ocultos filones de lo útil, superando sus dificultades, e incluso sus indiferencias, para que mediante el trabajo realizado con sus herramientas, se transforme a su vez, en otras herramientas.

La artesanía nace con el hombre mismo, es el resultado de su previsión del futuro, que no es otra cosa que el reconocimiento de sus limitaciones. No podemos concebir una imagen del hombre primitivo si no es empuñando un instrumento así sea el rudimentario garrote, destinado a una finalidad bien precisa: conseguir la subsistencia, fundamental "para qué" de todos los posibles "para qué". ¿Cuándo aparece el arte en el sentido que en la actualidad le damos a esa palabra? Sería vano intentar establecer fechas demasiado precisas. Todo nos hace suponer que, como fugaces ramalazos en la conciencia de los grandes creadores, deben haber aparecido pasajeros destellos del nuevo sentido del quehacer.

Pero paradójicamente se puede asegurar que la mayoría de lo que hoy consideramos las producciones más extraordinarias del arte, son anteriores al advenimiento del arte con plena conciencia de serlo, independizado de sus propósitos artesanales. Lo que hoy llamamos Historia del Arte se extiende mucho más allá que el propio Arte. Los relieves y la estatuaria egipcia, el mismísimo Partenón, la poesía homérica y la trovadoresca, todas las maravillas del románico y el gótico, el canto ambrosiano y el gregoriano son, en el sentido estricto de la palabra, artesanía y así lo consideraron sus propios autores que en la inmensa mayoría de los casos permanecieron tan anónimos como los actuales autores de las "obras de arte" de nuestros caminos a las que se acaba de aludir. Incluso poco importa que en algunos casos, como en el del Partenón, conozcamos los nombres de sus autores, Fidias, Ictinos y Calícrates. Los tres fueron considerados como artesanos sin duda eminentes, pero artesanos al fin. Cuando realizaron su labor no pensaban en expresarse personalmente ni en expresar a su pueblo. Que lo lograran de modo tan cabal es otro asunto que nos está indicando cómo la modestia de la labor artesanal de

ningún modo tiene por qué impedir ir mucho más allá que la posterior soberbia del artista.

La verdadera Historia del Arte como actitud humana deliberada se inicia con tumultuosa timidez por la época del Renacimiento que en este sentido tampoco es merecedor de tal nombre, puesto que no renace un ideal antiguo, sino que lo reemplaza por otro insospechado. Adquiere plenitud hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, es decir con el auge del romanticismo que es el más desafortadamente "artístico" de los movimientos estéticos, y llega a sus últimas consecuencias en nuestros días. Acaso en un futuro no demasiado lejano el arte tal como hoy lo consideramos, pase a ser visto como una eventual desviación megalomaniaca de una rama de la artesanía. No pretendo profetizar que así sea, me limito a declarar que no sería sorprendente con exceso que así fuese. El artista aparece en el escenario cultural cuando enamorado de su quehacer y a través de él mismo y de su capacidad para aquello que tiene entre manos, resuelve superar el "para qué" artesanal y revierte su intención hasta convertir a su obra en un fin en sí misma, guiando hacia ello sus esfuerzos técnicos. El "para qué" es reemplazado por el "cómo". Pero no se trata del "cómo" que constituirá el inagotable tema de la ciencia, el "cómo" de la realidad que podría llamarse exterior, sino el de la realidad interna de su obra. El arte descubre o crea, como se prefiera, su particular realidad a fuerza de preocuparse por ella. La composición supera entonces en importancia a lo compuesto, la sintaxis predomina sobre lo que por su intermedio se quiere decir. Lo poético, lo pictórico, lo musical, alcanzan valideces particulares y dejan o tienden a dejar de ser vehículo expresivo para convertirse directamente en expresión. Sólo la arquitectura continúa ligada por insuperables fatalidades al tradicional "para qué", puesto que fueran las que fueren sus ambiciones expresivas mediante la adecuación del espacio, al final quedarán supeditadas a la necesidad artesanal de construir edificios habitables. Todavía nadie ha llegado a postular una "arquitectura absoluta" creadora de inhabitables ciudades de modo similar al que ha engendrado tantos inhabitables cuadros e intransitables poemas. No deja de ser significativo que de todas las artes contemporáneas sea ella, la más ligada a lo artesanal, la que goza de mejor salud estética.

Sabemos que los anónimos y ambulantes pintores de frescos o frontales de altares románicos, y los no menos anónimos frailes creadores de las monodias del canto gregoriano, que eran su equivalencia sonora, pensaron ante todo en el "para qué" de su trabajo. Para alcanzarlo pusieron de manifiesto una inventiva plástica o

musical insuperable que transformaba lo que salía de sus manos en algo que más tarde sería valorado de un modo insospechable para ellos. Su propósito nos es bien conocido y era muy semejante al del herrador o zapatero; así como estos últimos artesanos aplicaban sus afanes a facilitar el andar de hombres y caballerías por los duros caminos, ellos elaboraban otros medios para andanzas de mayor importancia, las que llevaran a la salvación del alma. Un objeto de culto cumplía una finalidad ajena a él mismo, ni más ni menos que una herramienta. No pretendía labrar una forma bella satisfactoria de por sí—aunque eso hicieran—ni comunicar sus inquietudes y ansiedades a los otros hombres—aunque eso también les fuese dado por añadidura—sino crear instrumentos cuya finalidad trascendente era para ellos de una evidente necesidad inmediata. Al comenzar en el Renacimiento la formación de una conciencia artística independiente que trueca el medio en fin, aparecen otros cánones ajenos a su propio destino. Una Anunciación ya no quiere limitarse a ser eso: una Anunciación, el urgente llamado a meditar sobre el misterio de la Encarnación y quiere ser "además" otra cosa con autonomía biológica, como si en la Tierra hubiese aparecido una forma nueva de vida.

Es entonces cuando se nos presenta la dificultad antes aludida, la de establecer si el creador frente a su obra se comporta como artesano o como artista. Si Miguel Angel frente a su Pietá se propuso como los imagineros medievales suscitar en el ánimo de quienes la contemplaran un movimiento encaminado a promover la salvación de su alma del mismo modo que ellos, se comportó como lo que de todos modos era: un artesano de condiciones fuera de lo común. Su conducta al asistir a las canteras para proceder al trabajo de arrancar al bloque en bruto del mármol, es bien elocuente. Pero si al labrarlo sintió que el tema se le transformaba en pretexto para lograr una forma satisfactoria que lo expresara a él por expresarse a sí misma, con prescindencia de la preocupación de que algún alma se salvara por su intermedio, a no ser en la salvación estética derivada del goce por lo satisfactorio de esa forma, entonces sí, su trabajo fue el de un artista. El "para qué" habría sido sobrepasado por el "cómo" en su creación. ¿Quién, ni en ese caso ni en ningún otro, sería capaz de establecer la relación artesano/artista? Todo este análisis de tales actitudes posibles es el resultado posterior, logrado por desarrollos críticos que en cierto modo los crean, y que, ni en Miguel Angel ni en ninguno de los artistas de su época pudo presentarse en la imaginación. Verosímelmente para él el "para qué" y el "cómo" aparecerían como un solo hecho, supeditados ambos al influjo arrollador de su voluntad creadora, tal como puede se-

guirle ocurriendo a cualquier artista sinceramente comprometido de hoy. Es necesario un largo proceso analítico extrapersonal para que podamos advertir la posibilidad de tal dicotomía y para que, como consecuencia de ella, el "para qué" artesanal sino identificado siempre entreverado con el tema, comenzara a sufrir un proceso de creciente menosprecio, tanto en las artes plásticas como en la poesía y la música. Todas ellas tienen su origen en un "para qué" ritual, amoroso o mágico, o en la necesidad de perpetuar las gestas de la estirpe por medio de la épica y son por ello pura artesanía, una labor manual o muy semejante a la manual y que por ello implicaba menoscabo y no prestigio para sus autores. Así podemos verlo en esas hoy para nosotros increíbles dedicatorias en las que poetas y músicos buscaban el amparo social de algún poderoso del que se declaran criados los más excelsos creadores.

Se escribe entonces poesía o música para una finalidad ajena a la música o a la poesía. Sus ritmos son formas accesorias para asegurar la perdurabilidad en la memoria de lo que a ellas se les confía, así sea el amor en la Vita Nuova o el odio en el Infierno. Posteriormente a lo sucedido en las artes plásticas, el barroco adorador de las formas como tales, induce a los poetas a considerar que la pura expresión puede permitirse prescindir incluso de tener algo que expresar, o reducirlo a un mínimo que se utiliza de pretexto tradicional, como en el caso extremo de las Soledades de Góngora. El poeta hace ostentación de su oscuridad para dejar públicamente establecido que ha resuelto liberarse de su condición artesanal de amanuense que en cierto modo escribe al dictado del vulgo, para adquirir la ya engolada dignidad del artista. En la poesía y en la música, del mismo modo que en el ejemplo de Miguel Angel podemos dar por descontada la coexistencia de lo artesanal y lo artístico en la mayoría de los casos. Pero es imprescindible citar a este respecto uno de los nombres más ilustres de toda la Historia del Arte que unió a la más pura inspiración artística la severa humildad del artesano. Es el de Juan Sebastián Bach, la mayoría de cuyas obras maestras fueron escritas respondiendo a exigencias cronológicas que hoy nos parecen casi periodísticas para determinada festividad o ceremonia, sin el menor desmedro de su insuperable calidad. Las relaciones entre ciencia y artesanía son de índole más compleja, tanto en sus orígenes como en nuestros días. También entre ellas resulta complicado discernir las diferencias, pues como en el caso del arte hay que indagar antes que en el trabajo en la actitud mental de quien lo realiza, añadiéndose aquí la dificultad de que mientras el "cómo" del artista no se refiere tanto a la realidad reflejada en su obra, cuanto a la manera de reflejarla, el "cómo"

que interesa a la ciencia es el de la propia realidad cuyos límites con el "para qué" de la artesanía es siempre cuestión de grado. En efecto, el artesano, aunque no se lo proponga, para obtener sus propósitos no puede desentenderse en ningún momento de ese "cómo" que aunque permanezca oculto para él, termina por condicionar su labor. Además, y esta diferencia es esencial, el arte como queda dicho, se propone producir fines en sí mismos, y así como ningún hombre puede reemplazar existencialmente a otro hombre por ser cada uno de ellos intergiversablemente él mismo, cada obra de arte conserva su validez ante las que le siguen, sin que en un sentido estricto pueda decirse que una supera a otra, ni ningún movimiento estético digno de ese nombre anule al anterior, enriqueciéndose en cambio por los nuevos sentidos que su coexistencia irradia entre ellos. En cambio cada nuevo conocimiento científico presupone, de algún modo, la revisión de los anteriores. Un concepto cosmológico no puede convivir con otro porque o lo perfecciona o lo anula, o en caso contrario se invalida él mismo. Rembrandt sigue siendo Rembrandt aunque Goya llegue a ser Goya y Picasso Picasso, y puede decirse que pasa a serlo más intensamente aún por el enriquecimiento de reflejos antes no advertibles que cada nueva visión incorpora a nuestra capacidad perceptiva. Pero el sistema de Tolomeo no conserva su vigencia frente al de Copérnico. Y lo mismo sucede en toda rama de la ciencia, sea física o biológica. En el arte la furibundez destructiva de cada doctrina digna de ese nombre, acaba finalmente traduciéndose en un enriquecimiento. Es sabido que en cambio la ciencia según añade conocimientos acrecienta nuestra ignorancia. Es de Pascal la imagen de que lo desconocido crece como la superficie de una esfera mientras el conocimiento lo hace como su radio. Esto tal vez no sea debido a una fatalidad implícita en el conocimiento científico, sino a un fenómeno semejante al del viajero que a medida que asciende por una montaña va divisando nuevas cumbres aún no alcanzadas, imprevisibles desde la llanura, y tantas más cuanto más alto sube. Con la diferencia de que en esta imagen podría concebirse la llegada a una cumbre máxima, lo que no ocurre con el conocimiento científico que se va elevando a medida que se asciende por él. Por eso en la ciencia cada conocimiento como finalidad en sí, carece de sentido, y ahí está su fundamental diferencia con el arte.

El trabajo científico, como el de Sísifo, es una interminable brega cuyo ansiado final siempre implica un recomienzo. La forzosa especialización a que obliga su crecimiento, no ya geométrico sino exponencial, del avasallador caudal de fenómenos enfrentados, datos, conceptos y teorías nos permite vislumbrar que ese proceso par-

celador de la realidad para su estudio, no puede sino continuar *in crescendo* con lo que el panorama de lo desconocido seguirá dilatándose sin término.

El artesano aunque también puede tener sus especialidades muy estrictas — pensemos en una tejedora de encaje a bolillo — tuvo en ocasiones amplitudes que hoy se nos ocurren incluso cómicas. Tal el caso, para no citar otros, del albeitar que en su aldea lo mismo herraba a un caballo, oficiaba de veterinario, afeitaba a sus vecinos, les sacaba las muelas o les aplicaba sanguijuelas, teniendo además, por deber tradicional, que ser diestro en el tañido de la vihuela. Es de suponer que todo ello con un mínimo de eficacia. Claro está que la ciencia contemporánea de los albéitares era no menos enciclopédica, no decantada aún, no ya en especialidades, sino ni siquiera en ramas demasiado precisas del saber. Ello les permitía asentar su sabiduría en el conocimiento de determinados textos y en el ortodoxo comentario de los mismos sujeto al juego de las reglas escolásticas, cuya exigencia se dirigía hacia la coherencia interna sin tolerar la menor ofensa al sagrado principio de identidad. No preocupaba en cambio la por otra parte inverificable oposición posible de la realidad exterior. De ahí que la artesanía dejase transcurrir milenios desinteresada de ese tipo de sabiduría cuyas conclusiones no podían influir sobre su labor por su divorcio de la praxis. Esto hizo que cuando los autores de las más prodigiosas obras de arte continuaban siendo considerados como artesanos, los sabios ya fuesen tenidos por sabios, ajenos a todo quehacer artesanal.

El conocimiento científico primitivo proviene en forma directa de esa rama de la artesanía que es la magia. El mago entrevera ciertos conocimientos empíricos con fórmulas y ensalmos cuya eficacia fundamental radica en su oscuridad. Esto se prolonga hasta tiempos no tan remotos de los nuestros. Piénsese en la Alquimia, cuya hermética sabiduría pretende provenir de una originaria ciencia oculta para los profanos, la de Hermes precisamente, y que a los iniciados en ella les permite el manejo de las causas primeras y actuar sobre la realidad alterando la apariencia de sus fatalidades por medio de la piedra filosofal trasmutadora de los metales viles en nobles y aseguradora de la larga vida. El hombre de *piedra filosofal* es bien revelador a ese respecto, pues difícilmente puede darse mayor oposición entre el sustantivo piedra y el adjetivo filosofal, entre materia y espíritu cuya síntesis se realizaba en ella. La falta de una auténtica relación causal entre sus teorizaciones y sus técnicas debía llevarla a reiterados fracasos en el logro de sus confesados propósitos, y como consecuencia de ello a una permanente mixtificación frente a los poderosos cuyo auxilio necesitaba para su

trabajo, facilitada sin duda en muchos casos por el autoengaño de los propios alquimistas. Pero de la multiplicidad de sus intentos, de esa compleja mezcla de bien intencionada estafa y sabiduría, a veces por azar, a veces por fatalidad de la propia insistencia ayudada por la oculta sagacidad artesanal, fue segregándose lateralmente una auténtica artesanía de incalculable utilidad posterior para el nacimiento de la futura técnica química. El desarrollo de la medicina sigue una línea muy pareja con el de la alquimia, con la que estaba emparentada.

La Cosmografía organiza desde el comienzo sus sistemas celestes con vistas a dar coherencia a los datos empíricos provenientes de la observación directa de los astros con fines agrícolas o náuticos, pero sobre todo para responder a las precisiones exigidas por la Astrología. En cualquiera de estos tres casos se comporta como artesanía puesto que utiliza sus datos para un directísimo fin práctico ajeno a su propia esencia. No debemos olvidar que Copérnico construye su sistema, base fundamental de la moderna Astronomía respondiendo a necesidades astrológicas. Sería insensatamente antihistórico pensar que él fingiera creer en la Astrología, de cuyo ejercicio, por el contrario, estaría muy orgulloso. Todo horóscopo tiene su importante "para qué" artesanal. Lo que puede parecer aleatorio es el valor práctico de tal horóscopo. Nada es tan admirable como el grado de precisión alcanzado con rudimentario instrumental en la determinación de las posiciones relativas de los astros, y no menos admirable es que todo ese juego de exactitudes sirviese de base a la suprema inexactitud de querer establecer por su intermedio un destino humano.

En toda la ciencia antigua hallamos no ya una interpretación de los hechos superada por las razones antedichas (a ese respecto es indispensable cuidarse de los "postjuicios" históricamente considerados más peligrosos que los "prejuicios") sino una desvinculación radical entre su práctica y su teoría, en la que esta última se considera falsamente dominante cuando lo verificable es siempre que, como en la Cosmografía, los datos empíricos, es decir meramente artesanales superaban no sólo en eficacia sino también en finura, a sus ocasiones delirantes interpretaciones científicas.

Por una época que sintomáticamente coincide con la del nacimiento de la conciencia artística empieza a desarrollarse lo que hoy entendemos como ciencia en el sentido de su rigor metodológico. Las cosas ocurren en direcciones diametralmente opuestas. El arte aparece como tal cuando se emancipa del "para qué" de la artesanía y lo reemplaza por el "cómo" de su propio quehacer. La ciencia moderna en cambio tiene su origen desde el momento en que abandona su

encastillado orgullo, su desmesurada confianza en la capacidad del raciocinio para explicarlo todo y toma, acaso sin clara conciencia de ello, ejemplo de la artesanía iniciando el método experimental que reconoce al empirismo un valor comprobatorio de los fenómenos de lo real por encima de lo real de los razonamientos más refinados y lógicos de las opiniones más autorizadas, que deben sacrificarse sin titubeos cuando resultan recusados por el villanesco tribunal de los hechos. La suprema autoridad del Magister queda de lado por el testimonio plebeyo de una bala de plomo y otra de madera que se obstinan en caer al pie de la torre de Pisa con idéntica aceleración por su total desconocimiento de los textos aristotélicos.

El origen de nuestra ciencia actual no es un distanciamiento, sino una voluntad de aproximación a la artesanía en lo que se refiere a sus métodos de trabajo, sino en sus propósitos.

El sabio deja de revolver polvorientos infolios y de confiar en la autoridad decisiva de los más altos espíritus humanos para enfrentarse con las cosas, a las que ya no trata de imponer sus teorías, sino que por el contrario, y esta es la verdadera revolución que se produce, forzando a sus teorías a conformarse con los hechos y sustituyendo a aquellas que no sean capaces de avenirse a ello. Pasa del gabinete de solitaria meditación y lectura al taller experimental, al laboratorio o sitio donde se labora, se trabaja con las manos. Su propósito sigue siendo descubrir el "cómo", no el "para qué", pero el hecho de que a ese "cómo" ya no se intenta imponerlo desde afuera a la realidad, sino ir extrayéndolo pacientemente de las entrañas de esa misma realidad, hace que cada uno de sus descubrimientos al respecto halle más pronto o más tarde interesantísimas aplicaciones artesanales.

Si la ciencia no hubiese decidido abandonar el camino escolástico por el experimental, su alejamiento de la artesanía prolongado sin fin por moverse ambas en distintos orbes sin comunicación posible, hubiera hecho que la revolución industrial no se desencadenara. La artesanía por sí sola no hubiese sido capaz de ello. Una ciencia teorizante, desentendida de lo experimental, lo hubiese considerado tan inconcebible como desdorado.

Pero desde el momento en que se decide a experimentar a sentir la palpitación de lo real entre sus manos el investigador, aunque lleve propósitos ajenos a los del artesano, se convierte en su avanzada. Lo que la ciega artesanía obstinada en el inmediato provecho de sus "para qué" fue incapaz de ver, comienza a iluminarse. Comienza por adquirir conciencia del "por qué" de la validez de muchos de sus actos, descubre la inocuidad, a veces aparatosa, de otros que respondían a seculares rutinas y ve abrirse ante ella insospechados

caminos para nuevas actividades. El desinteresado hombre de ciencia demuestra de pronto tener un inesperado valor práctico y como resultado lateral de su trabajo hace que la artesanía comience a progresar en años lo que antes hubiese requerido siglos o milenios. Como consecuencia de esa súbita iluminación que sus oscuros "para qué" reciben desde afuera, la artesanía no sólo se hace más fácil y rendidora, sino que encuentra nuevos motivos de acción y ve surgir inesperadas series de nuevos "para qué".

Los primeros pasos agigantados de la ciencia no tienen influencia inmediata sobre la artesanía que continúa dentro de su natural inercia, entre otros motivos porque carece aún de instrumental y organización para utilizar ese inesperado aporte. Luego surge una rudimentaria tecnología con todos los defectos de lo improvisado, pero tiene que enfrentar su inexperiencia de recién nacida con la milenaria experiencia del artesano tradicional, y sus resultados son demasiado burdos para poder competir en calidad. Únicamente su abaratamiento las hace viables. Avidamente la técnica se robustece desencadenando una tras otra las tres revoluciones industriales del vapor, la electricidad y la nuclear a cuyos albores asistimos. Las deficiencias de calidad ampliamente compensadas muy pronto por su menor precio, al ponerlas al alcance de las mismas personas paupérrimas que las fabrican, operan el milagro de improvisar simultáneamente producción y mercados donde antes hubiesen sido insospechables. El creciente ritmo de ese fenómeno, llevado al frenesí, impulsa a la técnica a multiplicar sus "para qué", anticipándose incluso a los "qué", creándolos cuando no existen por medio de la propaganda, otra artesanía nacida como consecuencia de originar necesidades no sentidas la víspera.

La artesanía tomada entre los engranajes de su impulso demoníaco transforma al tradicional artesano para quien su labor era el resultado de un impulso vital manifestado en la totalidad de su esfuerzo responsable, unida a él por lazos biológicos como los que ligan a la abeja con su panal, en el obrero de industria a quien sólo se le exige un rendimiento parcial de su ser, que no tiene por qué ser el más noble de su total capacidad humana, emasculándolo de su vitalidad laboral, transformándolo en un elemento maquinístico, algo como un perno, una polea, el accesorio de más fácil e inmediato reemplazo.

Por debajo de todos los elementos que condicionan la lucha de clases, el más oculto, pero no el menos pugnaz es esa oscura conciencia que cada obrero siente de ser utilizado, no como persona, sino por su accesoria capacidad infrahumana, y hasta tanto no se halle el ingenioso dispositivo electrónico que con ventajas económicas lo

sustituya. No es del caso extenderse sobre este punto por demás conocido. Pero ocurre algo con relación directa al tema, y es que pronto la técnica encuentra insuficientes los "cómos" develados por los sabios y para poder satisfacer los nuevos "para qué" que ella genera ya en forma automática empieza a exigirles que aceleren sus descubrimientos. Los grandes organismos industriales y los Estados invierten sumas astronómicas en el mantenimiento de laboratorios de investigación interesadamente desinteresada. Luego el furor competitivo de los grandes bloques económico-políticos en su lucha por el poder, llevan a la técnica que no puede dejar de ser fundamentalmente artesanal por su modo de encarar la realidad, desde su primera flecha de sílex hasta los satélites artificiales, a tiranizar a la ciencia hasta el punto monstruoso de mantener más reclusos que a los monjes medievales y punto menos que encarcelados a los investigadores de máxima importancia, a cuyo trabajo marcan rumbo y ritmo los profanos: dentro de tantos años, la Luna, para tantos otros: Marte.

Esa necesidad vital—mortal—de anticiparse en el dominio del campo energético nuclear y del espacio cósmico hace que de nuevo lo accesorio parezcan ser los conceptos científicos sin visible aplicación práctica inmediata. Algunos de ellos que en otros tiempos, no muy lejanos, hubiesen abismado a los hombres en profundas consideraciones metafísicas e incluso teológicas, tales como el de "antimateria", no han conseguido popularidad por el momento—sólo por el momento—porque la "antimateria" todavía no es aplicable al mundo material y en consecuencia aún no interesa a esos máximos regidores del supremo "para qué" artesanal que son los estados mayores de los Estados también mayores. La ciencia corre el riesgo hoy, como última consecuencia de haber entrado en el camino experimental de la artesanía, de convertirse en sierva de esa misma artesanía. El aprendiz de brujo parece ganarle, por esta vez, la partida al brujo. A la ciencia se le concede, por ejemplo, que averigüe el "cómo" de la herencia biológica, y hasta se le permite el lujo de creer que lo hace por limpia curiosidad del conocimiento. Pero por encima del hombro del investigador un técnico-artesano atisba el curso de sus experiencias para utilizarlas en el "para qué" orientador, o creador, de nuevas variedades vegetales o animales, con el fin de que algún día se apliquen a la producción en serie de un tipo funcional de seres humanos. La artesanía habrá llegado así a la cíclica paradoja de crear al propio artesano.

Puede considerarse, por último, a la ciencia arte y artesanía desde otro punto de vista que acaso ayude a comprender algunos de los hechos señalados hasta ahora, tanto en lo que las diferencia

entre sí, como en los que las ligan. Aunque pueda parecer artificioso, acaso resulte útil como ejercicio aclaratorio del pensamiento relacionarlas con lo que los teólogos llaman las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad.

Del mismo modo que fue difícil establecer prototipos de pureza para arte, ciencia y artesanía, siempre entreveradas de algún modo entre sí, estas tres potencias resultan difíciles de pensarse con prescindencia la una de las otras. No se concibe la voluntad sin una memoria previa que posibilite la equiparación de las voliciones entre las que deba decidirse y por supuesto, sin un entendimiento de lo memorizado. Como en los tres espejos triangularmente dispuestos del caleidoscopio se reflejan mutuamente las imágenes de imágenes de cada uno de ellos.

No es necesario establecer demasiada violencia para advertir una relación preferencial entre arte y memoria por un lado, puesto que la actividad de ambas es la obtención y retención de imágenes. En cuanto a la ciencia ha ido brotando y desarrollándose mediante la organización sistemática del entendimiento.

Por último, la artesanía está identificada con la voluntad del ser del hombre para subsistir dentro de la realidad en la que está inmerso.

Si pese a lo dicho tuviera algún sentido hablar aquí de orígenes, aun se podría aventurar que en el principio fue la voluntad, versión del evangélico: "En el principio fue el Verbo", o la acción que aparece como voluntad de sí misma. La persistencia de la voluntad originaría la memoria orientada hacia el pasado y el entendimiento atento a la previsión del futuro.

Ahora bien, según lo que va analizando, ¿qué es lo que le está sucediendo al hombre occidental a partir del Renacimiento?

El arte, o sea la memoria, paulatinamente tiende a desligarse de todo "para qué" de la voluntad artesanal, y en nuestros días con un ritmo cada vez más vertiginoso.

Vale decir que apunta a convertirse en una desvinculada "memoria en sí" en un mero "rememorarse" con aséptica prescindencia de todo asidero de recuerdo. Mejor no pensar en el nombre que los siquiátras reservarán para ese tipo de actividad. El entendimiento, por intermedio de la ciencia buscó sus propios fines aproximándose a los procedimientos experimentales de la voluntad artesanal con la final consecuencia de quedar supeditado a su imperio. La situación actual es ésta: Una memoria cuyo ideal es rememorarse exclusivamente a sí misma: algo muy parecido a la amnesia. Un entendimiento maniatado, no sólo por sus naturales limitaciones, que casi han pasado por ahora a segundo plano, sino por una voluntad que le es

extraña. ¿Puede extrañarnos que la voluntad a su vez oscile entre la abulia y el furor destructivo?

No es prudente alterar las relaciones mutuas de memoria, entendimiento y voluntad sin grave menoscabo del equilibrio del alma humana y es lo que se está haciendo con sus actividades representativas, arte, ciencia y artesanía. Tal es el resultado de un proceso histórico del que sería ridículo lamentarnos e insensato no tratar de enderezar en su rumbo.

No hay que pensar en la reintegración del alma humana dentro de un equilibrio que nunca tuvo, y del que no se sabe si será deseable siquiera. Hasta hoy toda la historia de esa alma no es sino una sucesión de una inestable serie de desequilibrios, y si el de ahora nos duele con mayor agudeza es porque todo presente no es sino eso: una intensidad de conciencia. Ni caeré en la temeraria ingenuidad de aventurar fórmulas salvacionistas. Pero ello no me impediría aventurar aquí mi desengañado anhelo de un arte que procure readquirir algo de su humilde dignidad artesanal y condescienda a no olvidarse del hombre que es, a fin de cuentas, quien lo hace, y el único por quien existe; de una ciencia que recupere su capacidad de libre vuelo sustentado en la hoy quebrantada comunión de todos los investigadores en su idéntico anhelo de persecución de la siempre huidiza, siempre relativa, pero siempre resplandeciente verdad; de una artesanía que resurja de su deshumanizada automatización maquinística, y que la lleve a tal extremo que pueda prescindir por completo del hombre, y deje a éste a solas con la terrible responsabilidad de su ocio a fin de que por cualquiera de ambas vías aplique su necesidad de "para qué", libremente iluminada por los "cómos" del arte y la ciencia a la alegría creadora que da dignidad a las formas.

ORTEGA Y EL FRACASO DE LA METAFÍSICA

Por José Luis ABELLAN

EN el plano filosófico la personalidad de Ortega adquiere su máxima significación. Por ello hemos ido acercándonos lentamente¹ a esta dimensión de su figura, lo que no quiere decir que vayamos a proponernos aquí una exposición sistemática de su pensamiento. Una exposición tal no sólo nos parece impropia de su pensamiento, sino que lo tergiversaría en última instancia.

En los anteriores ensayos hemos visto que las meditaciones de Ortega son inaceptables en muchos aspectos, pues reflejan sus condicionamientos sociales, históricos o incluso temperamentales. Por el contrario, creo que el pensamiento orteguiano alcanza su máxima radicalidad en el tema de la historia en el que logra situarse a la "altura de los tiempos", para utilizar el concepto por él mismo acuñado. A mi juicio, Ortega sobresale como filósofo de la historia, y entre los mejores de nuestra época.

Me parece que en este punto debe evitarse toda esa confusión que ha sido el destino inevitable de la obra orteguiana. Los escritos que culminan su evolución filosófica, no sólo por ser los últimos de su producción sino también por ser los más profundos y rigurosos en la expresión, son sin duda los titulados *Historia como sistema* (1935), *Apuntes sobre el pensamiento* (1941) e *Ideas para una Historia de la Filosofía* (1942).² En ellos ha desaparecido el titubeo que, por tanto tiempo, caracterizó la producción de Ortega, sobre todo en lo referente al primado entre la razón vital y la histórica, como hemos visto en páginas anteriores. Por el contrario, aquí Ortega aparece seguro de sí mismo y dueño de su pensamiento. La razón

¹ Este constituye el último de una serie de ensayos que no tardarán en aparecer bajo forma de libro.

² *Historia como sistema* apareció por primera vez en traducción dentro del volumen *Philosophy and History*, Oxford University Press 1935, dirigido por Klibansky como homenaje a Cassirer; *Apuntes sobre el pensamiento* se publicó en *Logos*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1941; *Ideas para una Historia de la Filosofía* se publicó por primera vez en 1942 como prólogo a la edición argentina de la *Historia de la Filosofía* de Emile Bréhier.

histórica ha acabado por triunfar de la vital, quedando ésta subsumida en aquélla. Por ello en las nuevas ediciones de *El tema de nuestro tiempo*, Ortega reinterpreta su biologismo en un sentido biográfico y, aunque no abandona la razón vital, queda simplemente como válida dentro de la órbita de lo individual; una mayor comprensión del sujeto exigiría el uso de la razón histórica, puesto que el individuo humano sólo cobra pleno sentido dentro de la corriente histórica. "El hombre enajenado de sí mismo —dice Ortega— se encuentra consigo mismo como realidad, como historia", donde *realidad e historia* se identifican.

La historia es, pues, la disciplina fundamental, la única a cuya luz puede desentrañarse el misterio de lo humano como se desprende de la rigurosidad de su método. "La razón histórica es, pues, *ratio, logos*, riguroso concepto —nos dice—. . . Al oponerla a la razón físico-matemática no se trata de conceder permisos de irracionalidad. Al contrario, la razón histórica es aún más racional que la física, más rigurosa, más exigente que ésta".³ Por eso no nos ha de extrañar su conclusión: "La historia es ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida".⁴

Quizá a algún lector le haya extrañado la anterior referencia a la física. Sin embargo, no debe ser así, pues ello es la pista que nos conduce al origen de este pensar: la crítica de las ciencias, principalmente de la Física y la Lógica.

La atención de Ortega hacia las ciencias es una constante de su obra que fue sufriendo una curiosa evolución desde su admiración incondicional en las "mocedades" hasta un creciente sentirse liberado de su imposición en la madurez, pasando por una etapa de frecuente apelación a las teorías científicas para sus pensamientos. Recordemos, por ejemplo, la presencia de Uesküll, Köhler, Frobenius, Einstein en algunos de sus escritos.

Por lo que respecta a la Física, Ortega nos llama la atención, en varios y de los más importantes escritos suyos,⁵ sobre el carácter "simbólico" de esta ciencia, utilizando una terminología de Hermann Weyl, a quien Ortega suele citar cuando habla de estos temas. El hecho que Ortega quiere presentarnos una y otra vez es el mismo; la falta de ejemplaridad del "conocimiento" físico, hasta el punto de no constituir ni siquiera conocimiento, a menos de restringir mucho el significado de éste. "La física —nos dice Ortega— no nos

³ J. ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas*, VI, p. 49 (Revista de Occidente, Madrid, 1947).

⁴ *Ibid.*, p. 44.

⁵ ¿*Qué es la filosofía?*, *Historia como sistema* y *La idea de principio en Leibniz*, que yo recuerde en este momento.

pone en contacto con ninguna trascendencia"; por eso su saber tiene un carácter "casero, inmanente, intrahumano". "Lo que hoy queda de fe en la física se reduce a fe en sus utilizaciones. Lo que tiene de real—de no mera idea—es sólo lo que tiene de útil".⁶ En una palabra, la física ha fracasado como modo de conocimiento de la realidad.

Una situación semejante a ésta es la que se ha creado en torno a la Matemática y a la Lógica, unidas ambas en el azaroso destino de las ciencias en nuestro tiempo. El hecho pavoroso que Ortega quiere ponernos ante los ojos es el fracaso, en nuestro tiempo, del que desde hace veintitrés siglos viene llamándose pensamiento *lógico*, encontrándonos con que éste no ha sido otra cosa que una más—quizá la más importante, la básica y fundamental—entre las ilusiones del hombre occidental. Nos dice así: "Desde hace tres generaciones ha acontecido con la logicidad lo que con otros grandes temas de la ciencia: que se les ha ido, de verdad, al cuerpo. Y cuando se ha querido en serio construir lógicamente la Lógica—en la logística, la lógica simbólica y la lógica matemática—se ha visto que era imposible, se ha descubierto con espanto, que no hay concepto última y rigurosamente idéntico, que no hay juicio del que se pueda asegurar que no implica contradicción, que hay juicios los cuales no son ni verdaderos ni falsos, que hay verdades de las cuales se puede demostrar que son indemostrables; por tanto, que hay verdades ilógicas".⁷ Es decir, que las llamadas "leyes del pensamiento lógico" son invención humana, meramente utópica, cuyo uso no nos garantiza la posesión de la verdad. Para decirlo en una palabra, la lógica ha fracasado también como modo de conocimiento de la realidad.

La crítica de las ciencias en nuestro siglo conducen a Ortega a la búsqueda de una nueva disciplina de lo humano, que permita descubrir la realidad que se escapa a la física y a la lógica. Y esta disciplina no será otra, no podrá ser otra que la historia, la "ciencia histórica", como Ortega la denomina, sin percibir la ironía de elevar a ciencia una disciplina que nunca lo ha sido, precisamente cuando acaban de fracasar las que más habían querido serlo. Pero hay aquí algo más que una simple ironía: el serio y enérgico esfuerzo por constituir la historia como disciplina científica. Este intento es, sin duda, el más importante que se ha hecho en nuestros días, y quizá nunca, haciendo de Ortega el mejor filósofo de la historia en lo que va de siglo, según mi opinión; hasta qué punto lo consiguió es cosa que está por ver. Por nuestra parte nos limitaremos a sistematizar un poco sus hallazgos.

⁶ *Op. cit.*, VI, p. 48.

⁷ *Op. cit.*, V, pp. 523-524.

El método de la historia es, como ya sabemos, la "razón histórica", proyección en el plano colectivo de lo que es la razón vital" en el plano individual, y su función es simplemente —puesto que el hombre no tiene naturaleza, sino historia— explicar el presente por el pasado. "Aquí —dice Ortega— el razonamiento esclarecedor, la *razón*, consiste en una narración. Frente a la razón pura físico-matemática hay, pues, una razón narrativa. Para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal cosa y es así *porque* antes hizo tal otra y fue de tal otro modo. La vida sólo se vuelve un poco transparente ante la *razón histórica*".⁸

Ahora bien: una historia constituida en sistema no puede elaborarse por la simple aplicación del método narrativo, si en auxilio de éste no vienen otros instrumentos intelectuales de captación de la realidad histórica.

Entre esos instrumentos intelectuales, sin duda el principal es "la idea de generación", aportación fundamental del pensamiento de Ortega. En 1914 había ya rozado el tema; después en 1923 dedica al asunto el primer capítulo de *El tema de nuestro tiempo* y posteriormente en *En torno a Galileo* (1933) desarrollo con gran detalle el que llama "método de las generaciones". El tema de la historia se precisa en este último libro como el estudio de las formas o estructuras que ha tenido la vida humana; es decir, que no se trata del estudio de los sujetos o las vidas por sí mismas, sino de las "condiciones objetivas en que los individuos vivieron sumergidos", o en otras palabras de "cómo ha variado la estructura objetiva de la vida". Ortega se aparta, pues, de las interpretaciones individualistas o colectivistas de la historia para buscar un término medio. He aquí sus palabras: "las masas humanas son receptivas; se limitan a oponer su favor o su resistencia a los hombres de vida personal e iniciadora. Mas, por otra parte, el individuo señero es una abstracción. Vida histórica es convivencia. . . No cabe, pues, separar los 'héroes' de las masas. Se trata de una dualidad esencial al proceso histórico. La humanidad, en todos los estadios de su evolución, ha sido siempre una estructura funcional en que los hombres más enérgicos han operado sobre las masas dándoles una determinada configuración. Esto implica cierta comunidad básica entre los individuos superiores y la muchedumbre vulgar".⁹ Claro que estos párrafos de 1923 manifiestan un tono despectivo para la colectividad a la que siempre llama masa o muchedumbre; con ello no haría sino patentizar el carácter clasista de su teoría, que se convertiría en una teoría

⁸ *Op. cit.*, VI, p. 40.

⁹ *Op. cit.*, III, p. 147 (Madrid, 1950).

defensiva del orden burgués, como hemos visto que ocurría con muchas otras de sus concepciones. Me parece que este defecto proviene de haberse mezclado a su idea de generación, la concepción sociológica de masas y minorías; sin embargo, creo que este no es un defecto esencial a la teoría generacionista y puede extirparse fácilmente de él; y de hecho, Ortega así lo hizo más adelante. Pues lo que le interesa sobre todo, la "estructura objetiva de la vida", en la que el concepto de generación ocuparía el lugar central de la marcha histórica. "La generación —dice—, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimientos".¹⁰

Una mayor precisión del concepto de generación le lleva a Ortega a distinguir entre contemporáneos y coetáneos. Aquéllos son todos los que viven al mismo tiempo y en el mismo mundo; éstos, todos los que tienen la misma edad y los únicos que constituyen en principio una generación. Los atributos primarios de una generación son, pues, comunidad de fecha y comunidad espacial. Ahora bien: en todo presente coexisten varias generaciones cuya articulación, según las respectivas edades, constituye el sistema dinámico de coincidencias, repulsiones, atracciones, que es la vida histórica de cada momento. "La idea de las generaciones, convertida en método de investigación histórica, no consiste más que en proyectar esa estructura sobre todo el pasado. Todo lo que no sea esto es renunciar a descubrir la auténtica realidad de la vida humana en cada tiempo —que es la misión de la historia. El método de las generaciones nos permite ver esa vida desde dentro de ella, en su actualidad."¹¹

La dificultad está en determinar la zona cronológica que corresponde a cada generación. Según Ortega, la vida humana se divide en tres etapas principales: la niñez y juventud, primero, es una etapa de formación; la de madurez, en segundo lugar, y la vejez, en tercero. De ellas sólo la de madurez que va de los treinta años a los sesenta es plenamente histórica; en ella hay que distinguir la etapa de iniciación en la vida pública que dura quince años y otra de predominio histórico que dura otros quince años. Estas dos etapas —la de los hombres que están entre los treinta y los cuarenta y cinco años y la de los que están entre los cuarenta y cinco y los sesenta— son, sin embargo, dos generaciones distintas, aunque ambas tengan las manos puestas sobre la realidad histórica al mismo tiempo. La primera, la de los 30 a los 45, es una generación que está en su momento de creación y de polémica; la segunda, la de los 45 a los 60, está en la etapa de predominio y mando. Mientras estos últimos

¹⁰ *Ibid.*, p. 147.

¹¹ *Op. cit.*, V, pp. 39-40.

viven instalados en el mundo que se han hecho, aquéllos están haciendo su mundo. La interacción que se establece entre estas dos generaciones es el hecho radical de la historia. Ahora bien: la difi-cultad, como decíamos, es saber a qué generación está adscrito un determinado personaje. Para ello, Ortega fija el siguiente método: coger al "epónimo de una generación decisiva" en sus treinta años; pertenecerán a la misma generación todos los que cumplan los treinta años siete antes o después de dicha fecha. Los sucesivos períodos de 15 años nos darán las fechas de las sucesivas generaciones del período en estudio.

Ortega tiene cuidado de señalar que el concepto de edad para precisar los coetáneos de una generación no tiene sustancia mate-mática, sino vital. Por ello el automatismo matemático no debe im-ponernos sus estúpidas decisiones, sino que, por el contrario, la caracterización histórica servirá para orientar a aquél. La generación histórica no debe confundirse, pues, con la genealógica, como ha acontecido con frecuencia; la serie biológica de hijos, padres y abue-los es, pues, independiente de los fenómenos históricos. Por ello, la identidad de destino entre los de la misma generación no viene dada tanto por la coetanidad como por la unidad de su estilo vital.

Esta unidad de estilo vital nos pone en contacto con otro de los instrumentos que debe utilizar la ciencia histórica; se trata del concepto de "sensibilidad vital" que Ortega considera como "el fenómeno primario en historia". Esta "sensibilidad vital" es la sen-sación radical ante la vida en su integridad indiferenciada que tiene una época determinada; de ella dependen las transformaciones de orden industrial o político, las preferencias morales o estéticas y, en definitiva, la ideología de cada tiempo, que son fenómenos de superficie frente a la profundidad de aquélla. Ahora bien: cada cambio de la sensibilidad vital no puede estar realmente encarnado más que en una generación; de aquí que las "variaciones de la sensi-bilidad vital que son decisivas en la historia se presentan bajo la forma de generación".¹²

Un concepto afín al de sensibilidad vital es el de "la altura de los tiempos", que expresa el nivel histórico alcanzado en una deter-minada época. Este concepto refleja muy bien la concepción orteguiana, hasta el punto de no poder comprenderse sino a su luz. En el prólogo a la *Historia de la Filosofía* de Brehier, nos dice Ortega: "El tiempo de hoy reclama los tiempos anteriores y *por eso* una filosofía es la verdadera no cuando es definitiva —cosa inimaginable—, sino cuando lleva en sí, como vísceras, las pretéritas y descu-ubre en éstas el 'progreso hacia ella misma' ". Pues bien, este mismo

¹² *Op. cit.*, III, pp. 146-147.

pensamiento trasladado a la historia en general nos da el horizonte preciso para comprender su concepto. Acudamos a sus propias palabras: "El progreso exige que cada nueva forma supere la anterior y, para superarla la conserve y aproveche; que se apoye en ella, que se suba sobre sus hombros, como una temperatura más alta va a caballo sobre las otras más bajas".¹³ Esta concepción progresista de la historia explica cómo cada época alcanza un nivel histórico determinado, donde quedan subsumidas las épocas anteriores; ese nivel histórico es "la altura de los tiempos" a que nos hemos referido.

La concepción orteguiana no quedaría completa si dejamos de expresar lo que entiende por *ideas y creencias*, conceptos claves para comprender algo tan importante en la historia como son sus crisis. El hecho es que en el conjunto de circunstancias que constituye la vida del hombre nos encontramos muy fundamentalmente con ideas y creencias. Las ideas son convicciones que tenemos, las creencias convicciones que somos o en que estamos. Mientras las primeras son objeto de nuestro discurso y, por ello, disputamos o discutimos acerca de ellas, las segundas son objeto de nuestra suposición, pues están tan arraigadas con nosotros, han hecho cuerpo de tal modo en nuestra vida que ni nos damos cuenta de ellas. Podemos decir, por tanto, que así como dominamos nuestras ideas, estamos dominados por nuestras creencias. Por las ideas se puede luchar y hasta morir, pero lo que no se puede es *vivir* de ellas, a menos que se conviertan en creencias. El paso de las ideas a creencias es frecuentísimo en la historia, puesto que las primeras suelen acudir a cubrir las fisuras que se abren de continuo en las segundas. Estas creencias son como el suelo en que pisamos, el conjunto de convicciones que soporta nuestra vida y que, por supuesto, no se refiere exclusivamente a las *creencias religiosas*, ya que el mundo de convicciones en que se está en la vida del hombre normal es mucho más amplio y, a veces, ni siquiera entra en él ninguna fe religiosa. Ahora bien: las creencias nos abandonan en ocasiones, dejamos de creer en ellas y el pavoroso vacío que se abre ante nosotros necesita llenarse con ideas nuevas, que sustituyendo a las creencias idas, mantengan a flote nuestra vida. Se da así una dialéctica de ideas y creencias que es peculiar de la historia humana. Ambas suelen darse conjuntamente, como conjuntamente se dan también teoría y práctica o pensamiento y realidad; pero a veces fallan en una cultura las creencias y entonces entramos en una crisis histórica. He aquí, pues, el valor de esta teoría en la comprensión de éstas cuya fecundidad ha revelado el mismo

¹³ *Op. cit.*, VI, p. 419.

Ortega en los análisis hechos sobre la decadencia del Imperio romano o el cambio histórico del Renacimiento.

Todo lo anterior recoge, en mi opinión, las principales aportaciones del pensamiento orteguiano a la constitución de una historia como ciencia, aunque la comprensión cabal de lo anterior sólo se logrará a la luz de su concepción del hombre.

La obra de Ortega es en parte tan importante como una filosofía de la historia, una analítica de la vida humana, hasta el grado que ambas se complementan y apoyan inextricablemente. Vida e historia vienen a constituir en nuestro filósofo una misma cosa, puesto que "el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene. . . historia. O lo que es igual: lo que la naturaleza es a las cosas, es la historia —como *res gestae*— al hombre".¹⁴

La vida del hombre es, pues, un hacer constante. Su nota más trivial es que nos es dada, aunque no nos es dada hecha, sino que tenemos que ir haciéndonosla, cada cual la suya. "La vida es quehacer. Y lo más grave de estos quehaceres en que la vida consiste no es que sea preciso hacerlos sino, en cierto modo, lo contrario —quiero decir que nos encontramos siempre forzados a hacer algo, pero no nos encontramos nunca estrictamente forzados a hacer algo determinado, que no nos es impuesto éste o el otro quehacer, como le es impuesta al astro su trayectoria".¹⁵ En una palabra, que el hombre no sólo tiene que hacerse a sí mismo, sino que debe determinar "*lo que va a ser*", elegir un programa vital. "Este programa vital es el *yo* de cada hombre, el cual ha elegido entre las diversas posibilidades de ser que en cada instante se abren ante él".¹⁶ Claro que estas posibilidades tampoco le son regaladas al hombre, sino que cada uno debe inventarse sus propias posibilidades, mediante la imaginación. "El hombre es novelista de sí mismo, original o plagiario", dice Ortega. Y de aquí que el *proyecto* sea una de las categorías esenciales a la vida humana.

La capacidad de darse el hombre a sí mismo un proyecto nos remite a lo que sin duda constituye su dimensión radical: la *libertad*, que no debe confundirse con la actividad que ejercita un ente que tiene un ser fijo y estable. Por el contrario, "ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva, no estar adscrito a un ser determinado, poder ser otro del que era y no poder instalarse de una vez y para siempre en ningún ser determinado. Lo único que hay de fijo y estable en el ser libre es la constitutiva inestabilidad".¹⁷

¹⁴ *Op. cit.*, VI, p. 41.

¹⁵ *Op. cit.*, VI, p. 13.

¹⁶ *Ibid.*, p. 33.

¹⁷ *Ibid.*, p. 34.

En resumidas cuentas: el hombre es un ser infinitamente plástico, cuya característica principal es precisamente no "ser" nada definitivo, sino "ir siendo" lo uno y lo otro. Es decir, que el hombre es historia y su comprensión sólo puede abrirse a la *razón histórica* que nos cuenta o narra lo único que el hombre posee: su pasado, lo que le ha pasado o le ha ido pasando a lo largo de su vida. Me parece, pues, que está clara la inextricable conexión entre la concepción orteguiana del hombre y la de la historia, que señalábamos anteriormente.

Una cuestión también capital de la orteguiana analítica de la vida humana es la de la *autenticidad*, que constituye el fondo moral de todo hombre. La vida es quehacer, evidentemente, pero no cualquier quehacer, sino el que cada uno *tiene* que hacer impuesto por su yo íntimo, que nos impele a una "vocación" o a un "destino". Cada individuo tiene, por tanto, un proyecto de vida individual o intransferible, aunque teóricamente sus posibilidades sean infinitas. Puede ocurrir a veces que la "vocación" y el "carácter" sean incompatibles, pero esto no afecta al hecho de que sea la "vocación" el elemento último y constitutivo de la realidad de una vida. Realidad, verdad y autenticidad vienen a identificarse en Ortega. Precisamente por no tener el hombre naturaleza puede dar a su vida más o menos grados de realidad, hasta llegar incluso a falsificarla convirtiéndola en *inauténtica*, al seguir una "vocación" que no es la suya. En la naturaleza no puede ocurrir esto, puesto que la naturaleza "es lo que es" y en ella no cabe el más o el menos, no hay grados de realidad. La doctrina de la autenticidad queda, por tanto, entrañablemente unida en esa concepción a la teoría de la verdad, hasta el punto de ser una y la misma. Verdad es, en la analítica que estudiamos, la coincidencia del hombre consigo mismo, el estar en claro con respecto a sus propios pensamientos; es decir ser auténtico.¹⁸

Al llegar a esta altura es necesario hablar del punto que está a la base de toda esta analítica: la idea de la vida como un *drama* entre el yo y las circunstancias. Este hallazgo, anticipado en 1914, no es realmente tenido en cuenta hasta 1929, bajo la influencia de Heidegger, expuesta por Ortega en su curso *¿Qué es la filosofía?*, donde le da toda la importancia que merece. Traigamos algunos párrafos de

¹⁸ La influencia de Heidegger es manifiesta en esta "doctrina de la verdad", que Ortega expone en *En torno a Galileo* (Op. cit.), sobre todo si la comparamos con la que expone en el último capítulo de *El tema de nuestro tiempo* (Op. cit., III, p. 197). No debe sorprendernos, pues ya estamos en antecedentes del hecho. Entre el 1923 del segundo libro citado y el 1933 del primero, el paso de Heidegger por la obra orteguiana es sobradamente notorio; es la diferencia que va de la "teoría perspectivista" de la verdad a la "teoría de la autenticidad" de la misma.

esta obra: "El dato radical del Universo no es simplemente: el pensamiento existe o yo pensante existo —sino que si existe el pensamiento, existen, *ipso facto*, yo que pienso y el mundo en que pienso— y existen el uno con el otro sin posible separación. Pero ni yo soy un ser substancial ni el mundo tampoco —sino que ambos somos en activa correlación: yo soy el que ve el mundo y el mundo es lo visto por mí" . . . "Por tanto, el dato radical e inflexible no es mi existencia, no es yo existo, sino que es mi coexistencia con el mundo".¹⁹ La realidad radical es, pues, la vida humana —"mi vida"—, entendida en este sentido de interacción del yo con la circunstancia; todo lo demás son ya interpretaciones de esa realidad primaria. Por ello, la filosofía de Ortega, una vez descubierto este fenómeno inicial, se ocupa en una analítica de la vida humana, para no caer en nuevas interpretaciones.

Henos aquí en el punto más difícil y delicado de toda la filosofía que exponemos, por ser también el más radical y profundo. Resulta que toda esa concepción del hombre exige una reforma radical de todo el pensar filosófico, pues el concepto de ser, el simple concepto de ser, que recorre toda la tradición de Occidente desde los antiguos griegos, es ya una interpretación de la realidad —la interpretación de que lo más profundo de las "cosas" es algo fijo y estable, su "ser". Este venerabilísimo concepto está *a radice* e inexorablemente teñido de estatismo. Pero, la vida humana —la realidad radical— es todo menos algo estático y fijo; la vida humana es devenir constante, perpetuo dinamismo, hasta el punto que de ella no podemos decir que *es*, sino que *va siendo*. "No digamos —escribe Ortega— que el hombre *es*, sino que *vive*". La vida, el vivir humano —he aquí la realidad son sofisticaciones.

El hecho es sobremanera grave. Resulta que si el concepto de "ser" no es más que una interpretación de la realidad, nada nos dice acerca de ésta. Las mismas leyes lógicas del intelecto son mera invención humana, proyección en la mente del concepto estático de ser que origina los principios de identidad, de contradicción, de tercio excluso. Ahora bien, si estos conceptos son también interpretación humana, la verdad es inasequible por medio de ellos. En una palabra, la teoría tradicional del conocimiento que considera la verdad captable por las leyes lógicas del intelecto, se nos viene abajo. Y, de la misma manera, se nos viene abajo toda la Metafísica, como disciplina que se ocupa del "ser". Por eso me parece un error hablar de la "Metafísica de la Vida Humana", como se ha hecho por algunos discípulos del filósofo. En Ortega desaparece toda Metafísica e incluso toda ontología, a menos que trastoquemos más de lo debido

¹⁹ "¿Qué es filosofía?" *Rev. de Occidente*. Madrid, 1958; pp. 210-211.

el sentido de los términos; su filosofía es, desde cualquier ángulo que se mire, una antropología, al modo que lo ha sido en Europa la filosofía existencialista de las últimas décadas, principalmente en Heidegger, cuyas huellas observamos continuamente en los escritos orteguianos.

Más aún: yo veo en Ortega un representante típico del fracaso de la metafísica en nuestro siglo y él mismo parece corroborarlo así en algunos pasajes de sus obras maduras. Leamos este significativo pasaje de sus *Apuntes sobre el pensamiento*, una de sus obras más importantes, y, no obstante, más desatendida. "Si —dice— el conocimiento es lo que el hombre ha hecho y tiene que hacer siempre, su crisis significaría la crisis del hombre mismo. Pero transformado en mera forma histórica de la vida humana, vemos antes de él otras maneras igualmente normales de afrontar el hombre el enigma de su vida, de salir de la duda para estar en lo cierto y vislumbramos después de él otras posibilidades. Así obtenemos por vez primera una filosofía que entrevé el fin o término de sí misma, y preforma ensayos de reacción humana que la sustituirán".²⁰ Un diagnóstico parecido se desprende de otro párrafo de *La idea de principio en Leibniz*: dice allí: "Este progreso (el de la filosofía) puede consistir a la postre, en que otro buen día descubramos que no sólo éste o el otro 'modo de pensar' filosófico era limitado, y por tanto erróneo, sino que, en absoluto, el filosofar, todo filosofar, es una limitación, una insuficiencia, un error, y que es menester inaugurar otra manera de afrontar intelectualmente el Universo que no sea ni una de las anteriores a la Filosofía, ni sea esta misma. Tal vez estemos en la madrugada de ese otro 'buen día' ".²¹ Estos textos parecen bastante significativos y puestos en conexión con todo lo anterior, nos dan la medida de hasta qué punto Ortega debía pensar que la hora de la Metafísica había pasado. El silencio de Ortega durante los últimos años, ¿no podría encontrar aquí una de sus causas?

La concepción filosófica de nuestro filósofo culmina, pues, en un historicismo total, que no puede dejar de incluirse a sí mismo. Ahora bien, un historicismo que se incluye a sí mismo o cae en contradicción o termina en un subjetivismo individualista. Una buena prueba de ello sería examinar la trayectoria de gran número de los discípulos de Ortega.

Sin embargo, no era este el caso de Ortega. Tenía éste demasiada fe en la filosofía y demasiado altruismo intelectual para caer en un subjetivismo infecundo. Por el contrario, su historicismo peca de

²⁰ *Op. cit.*, V, p. 533.

²¹ "La idea de principio en Leibniz", *Rev. de Occidente*, Madrid, 1958; p. 325.

absolutismo, hasta el punto de abocar a una idolización de la historia. El irreligioso Ortega llega en *Historia como sistema* a una teología de la Historia; todo el libro se encamina a la búsqueda de una "revelación" que le ponga al hombre ante lo "trascendente". Esta revelación, como sabemos, no es otra cosa que la *razón histórica* que nos pone en contacto con la trascendencia de nuestra vida como historia y de la historia como sistema. La fe en la historia como "sistema de las experiencias humanas que forman una cadena inexorable y única", es patente en todo el libro. La misma fe casi religiosa, en la vida histórica del hombre se aprecia en la aplicación a éste de conceptos teológicos: el hombre como *causa sui* o *cui hoc est natura quod fecit*.²² Claro que, al fin y al cabo, todo esto no son más que características que Ortega compartiría con otros muchos pensadores de nuestros días: la tendencia a la secularización de conceptos religiosos. Pero me parece que, en cualquier caso, hace patente lo que yo quiero decir: el absolutismo larvado que alienta bajo el contenido que propone, el absolutismo que revelaría la contradicción propia de todo historicismo.

Estamos llegando al final de estas páginas. Tenemos la convicción de que Ortega llegó en los temas examinados a uno de los niveles más altos de pensamiento en nuestros días. Pero, dada la peculiaridad de su vida y de su producción, creemos también que dejó elementos muy fecundos de pensamiento arrinconados en sus obras. Entre estos elementos ocupa lugar excepcional el tema de las metáforas como modo de conocimiento. Ortega tenía conciencia del valor de metáfora en cuanto tal y sobre ello nos ha dejado páginas magníficas que caben ser aprovechadas en la dirección de una nueva filosofía hispánica, ya que él no lo hizo a pesar de estar a las maravillas dotado para semejante tarea. Hemos visto que su forma natural de expresión era la imagen. Y además de este dejó escrito: "las metáforas elementales e inveteradas son tan verdaderas como las leyes de Newton. En esas metáforas venerables que se han convertido ya en palabras del idioma van encapsuladas intuiciones perfectas de los fenómenos fundamentales".²³ Lo extraño es que Ortega no sacara el provecho que podía de tales disposiciones, pero hemos ya visto cómo su vida se debatió entre la circunstancia y el sistema. Quede, pues, como una de sus mejores promesas incumplidas, sugestión para los que en torno a la filosofía española nos afanamos. Si Unamuno "mitologizaba" y Ortega "metaforizaba" no cabe duda que esto no es pura casualidad, sino una de las dimensiones que cuenta entre las mejores posibilidades de nuestra raza.

²² *Op. cit.*, VI, p. 41.

²³ *¿Qué es filosofía?* p. 234.

Presencia del Pasado

TUPAC AMARU

Por *Felipe COSSIO DEL POMAR*

El precursor

EN 1544 hemos visto terminar en una disputa de juego la vida pintoresca del inca Manco II. Lógico fin de un emperador de prestado, jefe de un gobierno sostenido gracias a los recursos de la astucia. Manco jamás trata de restaurar el imperio de los incas, en sus planes tampoco entra el de poner término al dominio de los conquistadores; su principal fin es pactar con los españoles con la mira de disfrutar ventajas en el papel de soberano.

Han de transcurrir más de doscientos años hasta la aparición de la señera figura de su descendiente Tupac Amaru. Un salto de dos siglos en el inmutable escenario de los Andes para enlazar la beligerancia guerrillera de Manco y la revolución reivindicadora de Tupac Amaru. Como en el Génesis: Nacimiento y holocausto.

En medio de una sociedad de indios sufridos, de la explotación de los obrajes, de las minas y las encomiendas, en la aparente tranquilidad del régimen colonial, nace en 1742, en la antigua parcialidad de Tungasuca, de la provincia de Tinta enclavada en el corazón de la región andina, José Gabriel Condorcanqui descendiente directo del inca Waina Capac, conocido en la historia rebelde de América bajo el nombre de Tupac Amaru.

El pueblo de Tungasuca está incorporado al universo de los Andes. Rodeado de nevados, su chato caserío se confunde con los tonos metálicos de los cerros; sólo cobra forma cuando en los crepúsculos se reviste de escarlata y oro, y las torres de su iglesia destacan sobre la laguna de Campamarca.

Recorrer hoy sus calles es ponerse en contacto con las voces irreconocibles de esos pueblos lóbregos que aún quedan como testimonios de pasadas bonanzas. Al atardecer el lento gemir de las quenas y el rasguear de charangos acompañan el triste canto del Yarahui. Alrededor de la plaza, de pavimento apisonado por pies descalzos, casuchas de anchos aleros se levantan espaciadas entre sobras de terrenos, tapias y vallados. Uno que otro indio de raído poncho y de miseria a cuestas camina hacia la iglesia. Amplio atrio

donde solípedos y puercos arrancan del suelo la dura grama andina. En la fachada un pórtico de piedra con dos medias columnas que sostienen un frontón renacentista. En el interior, humedad, luz sombría y pobreza. En el altar mayor un Cristo cubierto de sangre renegrida exhibe entre papeles dorados y papalinas su dolor inútil. A sus pies una virgen cubierta de raso desteñido, probablemente María Magdalena, hace la humilde ofrenda de unas mazorcas de maíz.

Ni rastros de la casa donde nació y vivió José Gabriel Condorcanqui, la que fue de su padre Miguel Condorcanqui, cacique de Surimana, Tungasuca y Campamarca. Ni rastros de su recuerdo en el pueblo que lo ve nacer, donde queda huérfano desde temprana edad y donde vive hasta la adolescencia.

Cerca de la iglesia debió levantarse la casa solariega. En este terreno baldío, tan regado de sal por los oficiales de la Colonia, un molle (pirul) sombrea la tierra calva por ese odio estéril que es nervio vital de la Colonia. Sus raíces han prendido como prenden en cualquier parte, y en primavera sus espesas ramas lloronas se engalanan de zarcillos rojos. Aquí parece tener la misión de revivir el recuerdo de Tupac Amaru, su gran sueño frustrado, su callada y profunda tortura.

Podemos evocarlo en sus paseos por las orillas del río Vilcanota que serpentea entre sembradíos de maíz y cebada bordeados de árboles desaliñados. Podemos revivir la imagen de Tupac Amaru: de mediana estatura, algo cargado de hombros, el andar pausado con los pies un poco abiertos. Contraído al estudio, siempre con un libro bajo el brazo, "parecía que aquella alma se hallaba de continua retirada en su propio seno".

¿Es verdad que reveses de fortuna le llevan a ejercer el oficio de arriero entre Lima y Cuzco como aseguran algunos historiadores? ¿No fue más bien su afán de conocer de cerca la mísera situación de su pueblo la que le lleva primero a Lima y luego al Cuzco donde termina sus estudios universitarios? En todo caso el "oficio" de arriero —si alguna vez lo ejerció— le servirá para palpar y ver con sus propios ojos lo que acontece en los obrajes, en las haciendas y chacras. En todas partes comprobará la misma iniquidad, igual esclavitud; en todas partes hará contactos útiles para pactar alianzas y unificar la proyectada revolución.

Concluidos sus estudios en el Cuzco, a Tinta regresa ya hombre, más acentuada su inclinación al drama, "muy blanco para indio pero poco para español", de complexión robusta, marfilado y rollizo pescuezo sin barruntos de nuez, largo de brazos, grande la cabeza de cabellera retinta, lacia y dura; verdadero pelo de "cholo"; la

boca fresca, el labio superior adornado de pequeño bigote de carácter español dieciocheno. En la nariz aguileña y los ojos negros, muy grandes, de párpados achinados, asoman inconfundibles trazos de la raza qeshwa. Tupac Amaru personifica la distinción sobria de las razas de cultura heredada, la discreción, la reserva y la parquedad del indígena andino.

Un jefe español que le conoce personalmente dice de él: "En sus maneras era un caballero; se conducía con dignidad con sus superiores y con formalidad con los aborígenes. Hablaba con perfección la lengua española y con gracia especial la qeshwa; vivía con lujo, y cuando viajaba siempre iba acompañado de muchos sirvientes del país, y algunas veces de algún capellán. Era generoso. Su traje, cuando residía en el Cuzco consistía en una casaca, pantalones cortos de terciopelo negro, que estaban entonces de moda, medias de seda, hebillas de oro en las rodillas y en los zapatos, sombrero español de castor que entonces valían veinticinco pesos, camisa bordada y chaleco de tisú de oro. Era muy estimado por todas las clases sociales".¹

A estas muestras de fortuna personal podemos agregar en su vida particular una esposa devota, hijos, amigos, todo lo que hace florear el camino de la felicidad humana. Y todo lo va a arriesgar Tupac Amaru en una noble revolución libertadora. Durante años el cacique de Tungasuca ha tenido ante sí la visión de la tremenda injusticia que pesa sobre sus hermanos. De nada han servido las periódicas sublevaciones contra el dominio español. Por cada merecido castigo que recibe algún oficial de la Corona, las autoridades hacen correr arroyos de sangre india. Tremendas represalias dejan desoladas a provincias enteras, y en el corazón indígena un mayor rencor contra los opresores.

Jamás en libros ha leído lo que sus ojos han visto en los caminos del Perú. Nunca en cátedras de historia ha escuchado relatos de tan crueles oprobios. Las víctimas llaman a su puerta con urgencias de responsabilidad mientras día a día se encienden los odios en la comarca. ¿Cómo podrá evadirse Tupac Amaru de lo que considera su deber de heredero del Imperio de los Incas?

El cacique de Tungasuca es un jefe nato. Sabe cultivar los ánimos de las personas que le rodean, y no hay otro que con mayor autoridad pueda guiar a su pueblo hacia una meta libertadora. Tupac Amaru medita mucho antes de emprender una acción que venga a remediar tantos males. Quiere avanzar en terreno firme. Sabe que una vez iniciada la lucha, retroceder sería la muerte. Cuenta con

¹ Coronel PABLO ASTETE, en el *Diccionario Histórico del Departamento de La Paz*. La Paz, 1915.

el apoyo de gran número de terratenientes, descontentos unos, ambiciosos otros, cuenta con la promesa de apoyo del bajo clero y, sobre todo, con la mayoría de la población indígena.

Pero quedan adversarios poderosos: las fuerzas compactas y temibles al servicio político del rey, entre ellas el alto clero católico. Nada le ha valido demostrar ante él la sinceridad de su fe cristiana. Los jefes de la Iglesia consideran la proyectada rebelión como delito de alta traición, y le advierten que se opondrán a cualquier acto que signifique el desconocimiento de la autoridad del rey de España. El camino de lágrimas y perdón que ofrece la religión es contrario al camino de sangre y venganza que escoge Tupac Amaru. Por apartado de la senda del Señor que el rebelde conduzca al rebaño indígena, Tupac Amaru ha de reconocer que la prédica desde el púlpito puede más que el oro de las promesas. Terminará por encarrilar al pueblo a la incondicional lealtad y a la sumisa obediencia que comandan los Evangelios. El mismo Tupac Amaru, cristiano creyente, se debate en conflicto entre la meta del dios cristiano y el dios de sus antepasados. Parte a la reconquista de un reino cuyo templo es el Coricancha. Predica la rebeldía contra el invasor, y al mismo tiempo aconseja la paciencia para lograr resultados profundos. Por un lado ataca y castiga, por otro reza y se justifica. Carente de sentido histórico, no acierta a atacar el mal tan radicalmente como es necesario en tiempos en que política y religión epitomizan toda acción social. Tupac Amaru parte dualizando la acción de la una, ignorando la otra, a pesar de estar convencido que la rebelión puramente india no podrá tener buen éxito. Enterrada en la desesperación, dormida, está la conciencia de su pueblo. Por eso confía en la valiosa ayuda que le puedan prestar los criollos y mestizos entre los que goza fama de generoso y justiciero. Las proclamas y edictos que aparecen en las calles del Cuzco, demuestran sus aptitudes políticas, la visión clara de los problemas sociales y un certero planteamiento para remediar males seculares.

En 1870 José Gabriel Condorcanqui toma el título de Tupac Amaru I por la gracia de Dios, Inca, rey del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y Continentes de los Mares del Sur, etc. Otros títulos le reconocerá la historia, entre ellos el de precursor de la independencia americana y el de representar la síntesis racial de América ya en pugna con los métodos prestados al continente europeo.

Uno de los primeros edictos del inca dice: "don José Gabriel Tupac Amaru indio de sangre real, y tronco principal: hago saber a los paisanos criollos, moradores de Tinta y sus inmediaciones, que

viendo el yugo fuerte que nos oprime con tanto pecho, y la tiranía de los que corren con este cargo, sin tener consideración de nuestras desdichas, exasperado de ellas, y de su impiedad, ha determinado sacudir el yugo insoportable, y contener el mal gobierno que experimentamos de los jefes que componen estos cuerpos".

La noche del 4 de noviembre de 1780, el nuevo inca decide actuar contra el dominio español. No le mueve la ambición ni la vanidad. Su decisión brota de un mandato que considera ineludible, una orden ancestral de "abolir los trabajos forzados impuestos a los indios, los obrajes y las alcabalas..." "y el único ánimo de cortar el mal gobierno a tanto ladrón". No titubea en ponerse él mismo a la cabeza de los primeros movimientos militares, por intrascendentes que fueran. El primer ajusticiado es el odiado corregidor Antonio de Arriaga, tipo de verdugo y bestia, genuino funcionario del virreinato: la cruz de Santiago al pecho, la ignorancia y el fanatismo justificando al inquisidor.

Tupac Amaru y su gente salen a su encuentro. "Echáronle un lazo al cuello y lo trajeron de la mula a la tierra, y dieron a un criado con que él venía y presos dos negros esclavos que a alguna distancia le seguían". A media noche le juzgan en un calabozo de la propia casa del cacique, y considerado culpable de muchos crímenes, es ahorcado en el pueblo de Tungasuca.

Consumada esta primera ejecución, el inca insurrecto arenga en lengua quechwa a la multitud. Hace saber a todos que el objeto del movimiento es abolir las mitas, los repartimientos y "extirpar el empleo de los corregidores causantes de tantos males y miserias".²

Al extenderse la revolución por la provincia de Tinta, Tupac Amaru se traslada a la quebrada de Quispicanchi, cerca del Cuzco, pasa luego a Paucartambo donde organiza otro cuerpo de ejército. De regreso a Quispicanchi, acampa frente a Sangarara defendida por los españoles al mando de Landa y Escajadillo. Tras reñido combate las tropas reales tuvieron que refugiarse en el templo "donde quinientos setenta y seis soldados perecieron entre las llamas del incendio provocado por el inca". Esta matanza resucita el temible grito de Valverde en Caxamarca: "¡Venganza hermanos. Los Evangelios por tierra!" ¡Venganza! ¡Venganza! El grito repercute de púlpito en púlpito hasta llegar ampliado de crueldades y horrores a la corte virreinal de Lima.

Relatos de posteriores cronistas afirman que "Tupac prosiguió su avance dejando tras de sí la muerte y la desolación, ya que su crueldad no reconoció límites". "Pocas veces —escribe el autor de

² MENDIBURU, *Diccionario Biográfico*. Artículo sobre José Gabriel Tupac.

otra relación de la época— se habrá visto desolación tan terrible, ni fuego que con más rapidez se comunicara a tanta distancia. Desde el Cuzco hasta la frontera del Tucumán, en que se contienen veinticuatro provincias, en todas prendió, casi a un mismo tiempo, la rebelión”.³

Del corregimiento de Tinta, que será en adelante el cuartel general del inca rebelde, salen cientos de *chasquis* a los cuatro confines del antiguo imperio. Portan mensajes secretos, noticias, órdenes y programas dirigidos a curacas y caciques. Un aliento vindicativo sacude la población indígena del virreinato. Quito, el Alto Perú y las provincias del Plata están en armas. Una nueva esperanza estremece ayllus, pueblos y ciudades. En las minas los mitayos y en las haciendas los peones y yanacunas se apresuran a unirse al movimiento. Aparecen proclamas en las más remotas regiones, informando que el programa de la revolución es “castigar a los malos corregidores, abolir las mitas y librar al pueblo de la opresión”. En ciudades del Altiplano, de población en su mayoría indígena: Puno, La Paz, Potosí, Jujuy, Salta y Tucumán redoblan los tambores congregando al pueblo para escuchar bandos en lengua queshwa. Por primera vez en América hispánica toma sentido real el derecho de las mayorías.

La acción revolucionaria del inca incluye la organización de un ejército, la expulsión de los oficiales de la Corona y la restauración del imperio incaico. En sus filas militan no solamente indios sino criollos y mestizos.

El gobierno virreinal decide poner término a la rebelión a sangre y fuego. Desde el Cuzco envía a Tinta un ejército con órdenes de traer vivo o muerto al “indio alzado”. “Vinieron —dice Tupac Amaru—, una porción de chapetones, arrastrando a mis amados criollos quienes pagaron con sus vidas su audacia y atrevimiento. Sólo siento de los paisanos criollos, a quienes ha sido mi ánimo no se les siga algún perjuicio sino que vivamos como hermanos y congregados en un cuerpo, destruyendo a los europeos”.

Después de señaladas victorias sobre las tropas realistas, el 20 de mayo de 1781, un ejército de cincuenta mil indios al mando de Diego Cristóbal Tupac Amaru aparece en las puertas del Cuzco. Al mismo tiempo otras fuerzas armadas ocupan lugares estratégicos, lo que prueba la existencia de un comando militar organizado. Cuenta un documento inédito que Tupac Amaru “o en su defecto Micaela Bástidas” otorgan salvoconductos sin los cuales es absolutamente imposible transitar por las provincias sublevadas.

³ PEDRO DE ANGELIS, Citado por Boleslao Lewin. *Tupac Amaru*. Edit. Claridad, Buenos Aires, 1938.

En Sangarara, a cinco leguas de Tinta, Tupac Amaru obtiene su primer triunfo de importancia sobre el ejército enemigo, pero este triunfo viene a demostrarle la inferioridad del armamento de su gente y, sobre todo, el desconocimiento que tienen los indígenas del manejo de armas de fuego; "ni arcabucero hay que sepa manejar las armas arrebatadas a los españoles". Por esta razón el ejército de Tupac Amaru, elevado ya a sesenta mil hombres, se ve obligado a abandonar precipitadamente el sitio del Cuzco ante la acometida de un ejército de diecisiete mil quinientos sesenta y seis hombres en su mayoría de "indios fieles".

Esta tropa es enviada desde Buenos Aires por el virrey Juan José Vértiz, militar de profesión a quien sus compatriotas reconocerán más tarde "el más ilustre gobernante que en el Nuevo Mundo tuvo España". El virrey de Lima le ha dado plenos poderes para actuar como crea conveniente. Bajo el mando de Manuel Valle, mariscal de campo, llega al Cuzco con la orden de terminar con la rebelión. En Quisquijana el inca sufre una sangrienta derrota que lo obliga a retirar sus mal armadas huestes. En esta batalla caen prisioneros el valiente Puma y Juan Zegarra, parientes de Tupac Amaru. En Tinta reorganizan su ejército y en las montañas de los alrededores presenta nuevos combates. Pero nada pueden las victorias y la decisión del ejército español para terminar con el "indio alzado". Hace falta recurrir a esas traicioneras maquinaciones tan de acuerdo con los gobiernos opresores.

"Los españoles se burlaban con harta frecuencia de la palabra dada a los indios; hasta se consideraban moralmente libres de las obligaciones contraídas con ellos, por tratarse de rebeldes. Ningún caudillo principal fue hecho prisionero en el campo de batalla. Todos ellos cayeron en manos de los realistas gracias al empleo de los más refinados métodos de traición". (Lewin).

Una traición salva a los realistas de un seguro desastre, y por otra traición, Tupac Amaru con catorce mil hombres cae prisionero de Ventura Landa en Tamanico, el 14 de abril de 1781. El inca, su mujer, dos hijos, Hipólito y Fernando, y su Estado Mayor son conducidos al Cuzco y entregados al famoso visitador general Areche. Este terrible juez va a emplear cincuenta días en arrancarles, por todos los medios, el nombre de los cómplices.

Este visitador general, presidente del tribunal que juzga a Tupac Amaru, merece ser conocido de cerca. Como documento informativo, además del expediente del famoso proceso, existe un retrato de Areche, pintado con la condescendiente generosidad de los pintores cortesanos de la época. ¡Vaya un ejemplar de servidor absolutista! Nada de lo repelente ha podido mitigar el bordado

de oro de la casaca. Bajo las espesas cejas erizadas, los ojos claros de feroz expresión; nariz de aguilucho; pálida piel enmarcada por el pelo lacio y desteñido que cae en dos mechás desvaídas hasta la altura de la boca acuchillada, al parecer lista a lanzar el pavoroso "¡Viva la muerte!"

El visitador general, con gran habilidad, dirige interrogatorios, ordena torturas y decreta arrestos de todo sospechoso. Es elocuente la respuesta del inca cuando Areche insiste en conocer el nombre de sus cómplices: "Nosotros somos los únicos conspiradores: V. Merced por haber agobiado al país con exacciones insoportables, y yo, por haber querido libertar al pueblo de semejante tiranía".

El visitador parece no escuchar: "Usted, a quien tan arriesgadamente le conduce su mano y corazón, piense en el estado a que llegaron los males que refiere, *aunque sean ciertos*, le pudieron poner cura. Su Majestad quien tiene de muy antiguo ordenado por las sabias leyes lo que se debe hacer en favor de estas provincias, y en especialidad por sus amados indios, en quienes ha vertido mil veces y con ternura su venerable dignación, entendiéndoles, y formándoles privilegios, no con la caterva de proposiciones abstractas, que si en uno y otro caso son ciertas, son en lo demás inciertas; pero aunque lo sean todas, ¿por qué no ha llegado a mi tribunal para remedio? Nada he omitido hacer en favor de esta nación tan privilegiada, cuando me exigen las leyes y sus presentes atrasos".

Tupac Amaru exhala grandeza al afirmar sus convicciones: "Los indios nada han ganado con el amor y las providencias de Su Majestad, ni con el amor de los ministros del Señor. Muchos no tienen ni con qué casarse, y por decir que son solteros no pagan el tributo entero y a veces nada. Y la razón es que después de haber hecho alferazgos, mitas y padecido en las panaderías, arrendados como esclavos, o que por quedar sumamente desamparados de los corregidores o porque sus padres son pobres por las obligaciones de los pueblos u otros motivos, los curas por no perder *recushicos* y otros abusos, los dejan vivir a su agrado; y cuando ellos menos piensan los coge la muerte en mal estado, y no sé cómo puedan dar su descargo al Juez Divino".

El visitador no quiere oír razones. Patético, apunta el largo dedo acusador. Le tutea como a un indio cualquiera: "Vuelve la cara a la desolación en que has puesto a todo el territorio invadido. Cuenta los miles de muertos que has causado, medita el fin que habrán tenido estas miserables almas seducidas con tantos errores como les han inspirado sus jefes a tu nombre. Compara el pecado de los infelices que murieron y deduce luego si hubiera sido mejor sufrir un poco más los males antiguos, interceder con Dios para que los

remediare e informar a los altos jefes de la nación, con el fin de que no pasaren adelante..."

Y el proceso continúa en la rutina de trámites interminables. Los jueces fracasan en obtener confesiones, y fracasan los obispos en lograr arrepentimientos. Tupac Amaru insiste, inflexible, en justificarse ante Dios. Nada ni nadie lo hará arrepentirse de lo que los opresores llaman "crímenes" y los sacerdotes llaman "pecados mortales". Audiencia tras audiencia, entrar y salir de confesores, de torturadores, de alguaciles, de soldados, de testigos y traidores. Olor a cosa decrepita y a muerte. Mientras, en apartados valles y quebradas los indios sublevados siguen dando pelea al mando de los tíos, sobrinos y hermanos de Tupac Amaru, asaltan pueblos, incendian y destruyen haciendas y se vengan sin piedad en los caídos.

Convencido Areche de que no puede abatir la reciedumbre del inca, el 15 de mayo de 1781 dicta sentencia. ¡Y qué sentencia! Digna de figurar en los anales de la ferocidad humana: "Yo condeno a José Gabriel Tupac Amaru a que sea sacado a la plaza principal y pública de esta ciudad, arrastrado hasta el lugar del suplicio donde presencie la ejecución de las sentencias que se dieron a su mujer, Micaela Bástidas, sus hijos Hipólito y Fernando Tupac Amaru, a su tío Francisco Tupac Amaru, a su cuñado Antonio Bástidas y algunos de los principales capitanes y auxiliares de su inicua y perversa intención o proyecto, los cuales han de morir en el propio día; y concluidas estas sentencias, se le cortará por el verdugo la lengua, y después amarrado o atado por cada uno de los brazos y pies con cuerdas fuertes y de modo que cada una de éstas se pueda atar, o prender con facilidad a otra que penden de las cinchas de cuatro caballos; para que, puesto de este modo, o de suerte que cada uno de éstos tire de su lado, mirando a otras cuatro esquinas, o puntas de la plaza, marchen, partan o arranquen de una vez los caballos, de forma que quede dividido el cuerpo en otras tantas partes, llevándose éste, luego que sea hora, al cerro o altura llamada Picchus, a donde tuvo el atrevimiento de venir a intimidar, sitiár y pedir que se le rindiese esta ciudad, para que allí se quemara en una hoguera que esté preparada, echando sus cenizas al aire, y en cuyo lugar se pondrá una lápida de piedra que exprese sus principales delitos y muerte, para sola memoria y escarmiento de su execrable acción. Su cabeza se remitirá al pueblo de Tinta para que estando tres días en la horca, se ponga después en un palo a la entrada más pública de él; uno de los brazos a Tungasuca, donde

fue cacique, para lo mismo; y el otro para que se ponga y ejecute lo propio en la capital de la provincia de Carabaya; enviándose igualmente, y para que se observe la referida demostración, una pierna al pueblo de Livitica en la de Chumbivilcas, y la restante al de Santa Rosa en la de Lampa, con testimonio y orden a los respectivos corregidores, o justicias territoriales, para que publiquen esta sentencia con la mayor solemnidad por bando, luego que llegue a sus manos, y en otro igual día todos los años subsiguientes: de que darán aviso instruido a los superiores gobiernos a quienes conozcan dichos territorios. Que las casas de éste sean arrasadas y abatidas y saladas a vista de todos los vecinos del pueblo o pueblos donde las tuviere. Que se confisquen todos sus bienes. Que todos los individuos de su familia, que hasta ahora no hayan venido, ni vinieran a poder de nuestras armas, y de la justicia que suspira por ellos para castigarlos con iguales rigurosas y afrentosas penas, quedan infames e infalibles para adquirir, poseer u obtener de cualquier modo herencia alguna o sucesión. Que se recojan los autos seguidos sobre su descendencia en la expresada Real Audiencia quemándose públicamente por el verdugo en la plaza pública de Lima, para que no quede memoria de tales documentos... y se averiguará a dónde paran los originales, dentro del término que se sigue, para la propia ejecución..."

EL 18 de mayo doblan a muerte las campanas del Cuzco. Gran cantidad de soldados forman barrera de rejonos y bocas de fuego alrededor de la horca y el garrote levantados en el centro de la plaza. Delante de la catedral un estrado para las autoridades principales. En los balcones flotan pendones y sederías. Ritual de autos de fe y corrida de toros. Olor a estiércol de caballos. Asisten pocos indios al espectáculo. En cuclillas, con esa indiferencia inmóvil de la piedra, tan andina, esperan la representación del drama. La población indígena ha buscado refugio en las chicherías; como siempre toda esperanza termina para el indio en gemidos, lágrimas y chicha. Cual la madre de Memnon quien saluda con llanto a cada aurora.

Al aparecer los presos por la puerta de la compañía se hace un gran silencio. Sólo el zumbido de las moscas y el ruido de aceros al calar los soldados las bayonetas en la boca de los fusiles. Tupac Amaru es el primero. No ciñe ya el llauto o insignia real que siempre ha lucido en los combates. La voz de Dios que lleva dentro hace firmes sus pasos sobre la tierra blanda como ceniza. Pronto dejará toda esta pestilencia. Parte después de confrontar una verdad

que no había tomado en cuenta: la historia nunca retrocede. Se lo impide el apretado valladar de nuevos intereses, de firmes egosmos. La feroz pujanza del mañana.

Ahora sólo la "María Angola" tañe con su badajo de oro. Dobla por "los nueve sujetos: José Bermejo, Andrés Castelo, un zambo, Antonio Oblitas (esclavo de color del corregidor, que luego fue el verdugo que lo ahorcó), Antonio Bástidas, Francisco Tupac Amaru, hijo del traidor, Micaela Bástidas su mujer, el insurgente José Gabriel. Todos salieron a un tiempo, uno tras otro venían con sus grillos y esposas metidos en unos zurrones de estos en que se trae yerba del Paraguay, y arrastrados a la cola de un caballo aparejado. Acompañados de los sacerdotes que los auxiliaban, llegaron todos al pie de la horca y se les dieron por medio de dos verdugos las siguientes muertes:

"A Bermejo, Castelo y Bástidas se les ahorcó llanamente; a Francisco Tupac Amaru, tío del insurgente, y a su hijo Hipólito se les cortó la lengua antes de arrojarlos de la escalera de la horca; y a la india Condemaita se le dio garrote en un tabladillo que estaba dispuesto con torno de fierro que a éste se había hecho, y que jamás habíamos visto por acá; habiendo el indio y su mujer visto con sus ojos ejecutar estos suplicios hasta en su hijo Hipólito, que fue el último que subió a la horca. Luego subió la india Micaela al tablado, donde asimismo a presencia del marido, se le cortó la lengua, y se dio garrote, en que padeció infinito porque, teniendo el pescuezo muy delicado no podía el torno ahogarla, y fue menester que los verdugos, echándole lazos al pescuezo, tirando de una y otra parte, y dándole patadas en el estómago y pechos, la acabaron de matar. Cerró la función el rebelde Tupac Amaru, a quien se le sacó a media plaza: allí le cortó la lengua el verdugo, y después despojado de los grillos y esposas le pusieron en el suelo: atáronle a las manos y pies cuatro lazos, y asidos éstos a las cinchas de cuatro caballos, tiraban cuatro mestizos a cuatro distintas partes: espectáculo que jamás se había visto en esta ciudad. No sé si porque los caballos no fuesen muy fuertes o el indio en realidad fuere de fierro, no pudieron absolutamente dividirlo, después que durante un largo rato lo tuvieron tironeando, de modo que le tenían en el aire, en un estado que parecía una araña".⁴

Es tan horrenda la escena, que Areche enfurecido y nauseado manda que el verdugo decapite a la víctima. Al mismo tiempo ordena la detención del corregidor de la ciudad por "el fracaso del desuartizamiento".

⁴ PEDRO DE ANGELIS, "Relación Histórica". En el citado libro de Boleslao Lewin.

Jamás contemplaron los Andes espectáculo más estúpidamente cruel. Los indios sabían, por las prédicas, cómo se daba muerte a los mártires de la Iglesia. Por eso dudan que fueran cristianos estos victimarios implacables; los verdugos de "estos afortunados criminosos", afortunados porque les acompañan en su calvario "sacerdotes de aprobada conducta, sana doctrina y letras..."

Del exterminio salvan los hijos menores Mariano y Fernando. Su medio hermano Juan Bautista Mariano muere camino al desierto, Fernando en España, Juan Bautista en tierras de América, "llegó a escribir, ya octogenario, sus memorias, un interesante y trágico documento".

Al cronista le faltó auscultar la tristeza en los ayllus, en los pueblos, en las parcialidades y las minas donde el indígena quedó de nuevo abandonado a los Nemrobs. La historia del sacrificio del inca corrió de pueblo en pueblo, de boca en boca. A corregidores, a justicias y a ciudades, y llegó la noticia de que "a Picchu se llevaron los restos del rebelde y su mujer para ser reducidos a cenizas y arrojados al riachuelo". No se sabe qué induce a los españoles a seguir una antigua costumbre del imperio: "Oh río—exclamaba el inca al confesar sus pecados—recógelos y llévalos al mar donde nunca más aparezcan". Y el riachuelo llevó las cenizas de Tupac Amaru en la corriente de sus aguas. Así parte más allá del odio y la traición, su magnífico sueño justiciero terminado. Sobre su nombre el silencio por decreto. Pero sus cenizas desde entonces fecundan el Ande con el anhelo de la revolución.

EL INDIGENISMO DE MARTÍ Y EL ANTINDIGENISMO DE SARMIENTO

Por *Jaime ALAZRAKI*

Desde distintos puntos de vista, dos hombres miran el mismo paisaje. Sin embargo, no ven lo mismo. La distinta situación hace que el paisaje se organice ante ambos de distinta manera. Lo que para uno ocupa el primer término y acusa con vigor todos los detalles, para el otro se halla en el último y queda oscuro o borroso. Además como las cosas puestas unas detrás de otras se ocultan en todo o en parte, cada uno de ellos percibirá porciones del paisaje que al otro no lleguen. ¿Tendría sentido que cada cual declarase falso el paisaje ajeno? Evidentemente, no; tan real es el uno como el otro.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET,

El tema de nuestro tiempo

El tema del indio

LEYENDO las páginas que Martí y Sarmiento escribieron sobre el indio, confrontando la imagen que uno y otro han trazado del indio americano, no puede menos que asombrarnos el contraste entre el indio martiano, y aquel que se dibuja a lo largo de los 52 volúmenes que encierran la obra de Sarmiento. Este contraste trasciende a los límites de un antagonismo que difícilmente puede conciliarse, y aun suavizarse; a Martí lo han llamado "el amigo de los indios"; de Sarmiento han dicho sus compatriotas que él ha detractado y negado al indio. El primero ha dicho: "Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América"; Sarmiento: "Muchas dificultades ha de presentar la ocupación de país tan extenso; pero nada ha de ser comparable con las ventajas de la extinción de las tribus salvajes, o conservarlas tan debilitadas que

dejen de ser un peligro social".¹ Sarmiento ve en la historia de América "toldos de razas abyectas, un gran continente abandonado a los salvajes, incapaces de progreso";² Martí recorrerá con amor y admiración la historia de la América precolombina, "de sus ciudades y de sus fiestas, del mérito de sus artes, y de la gracia de sus costumbres", y viendo flores y plumas en el aire dirá emocionado: "¡Qué linda la historia de América!".³

Aquí están, pues, estos dos grandes de América frente al indio; cada uno lo ve desde su atalaya; encaramados en los mástiles de sus naves, vigías celosos y despiertos, cuidan con fidelidad de madre la dirección de sus proas: la de Sarmiento dirigida a civilizar la Argentina, la de Martí apuntando hacia la independencia de Cuba. La estela luminosa que han dejado es una herencia fabulosa de cuyas arcas se nutren hasta hoy los pueblos de la América hispana. A diferentes destinos, diferentes travesías y paisajes, y aunque a veces sea el mismo, cada uno lo está viendo desde el ángulo de su curso: allí donde el uno ha visto el paisaje ensombrecido, el otro lo ha visto iluminado; allí donde uno ha visto grises alternando con negros, el otro, irradiaciones de verdes, amarillos y azules. ¿Quién podrá enrostrarle al uno exceso de luz y al otro de sombras? ¿Quién podrá decir que éste ha sido corto de vista y el otro largo de vista?

Revisemos pues con cuidado la imagen que cada uno nos ha legado del indio, y luego busquemos ubicar las perspectivas desde las cuales han sido proyectadas estas dos imágenes opuestas del indio.

El punto de vista de Sarmiento

EN una carta inédita a su hija Faustina, escribe Sarmiento en respuesta a las advertencias de la niña sobre lo delicado de la situación del país y la conveniencia de quedarse en los Estados Unidos, en los días de la víspera de su elección como presidente de la Argentina:

Las maldiciones de los unos, las injurias de los otros, serán mi recompensa, pero tengo la fe que no me abandonó nunca, de que con trabajo, con decisión, con conocimiento de los males del país y sus causas se puede llegar al fin a levantar ese país y elevarlo, al menos a la condición de los que se cuentan por civilizados.

¹ *Obras*, XLI, p. 328.

² *Id.*, II, p. 214.

³ *Lex II*, p. 1254.

Este es Sarmiento; todo lo ha visto en función a esa palabra que ha sido la gran locura de su vida: civilización. Esta palabra que busca como alucinado en los diccionarios⁴ y que ha definido mejor que nadie en los centenares de escuelas que ha levantado, él la ha hecho carne en la historia de su pueblo. No ha especulado con el concepto; lo ha ido sembrando con la tenacidad inexorable del genio. ¿Qué arrastra a este gaucho que ha dejado la montonera? Todo lo que le ayude a arrancar de la tierra casi virgen la espiga con la que sueña. Por eso aborrece las montoneras y los malones: ¿la lanza y el caballo, sedienta la una y desbocado el otro, no son una amenaza para esta Argentina que él está gestando con la devoción del creyente? ¿Cómo echar a crecer los trigales en aquella pampa inconmensurable? ¿De qué abonos servirse para estimularlos y acelerarlos? ¿Cómo proteger la semilla y preservar su eclosión hacia la luz?

Ubicándolo entre dos momentos decisivos en la historia argentina, la independencia y la organización nacional, ha dicho Ricardo Levene que Sarmiento "es un arco entre dos generaciones";⁵ pero la identidad de Sarmiento como pensador y hacedor hay que ir a buscarla en el segundo de estos momentos. El es un arco, es cierto, pero su punta está siempre señalando hacia aquella generación que organizó el país y lo puso sobre rieles, y de la que él ha sido numen y músico. El tránsito de un extremo del arco al otro está lleno de angustias y dolores, y... de sangre. ¡Cuántas sangrías ve el ojo avezado de Sarmiento: Facundo, Aldao, El Chacho, Rosas! Y a todas las describe con colores exacerbados. El siente su provincia, y luego el país entero, tajeada, casi degollada por... la barbarie. He aquí el primer gran hallazgo de Sarmiento; el motor de la historia argentina él lo verá en la lucha entre estos dos opuestos: la civilización y la barbarie.

Sarmiento ha elaborado su sociología; tiene ya la etiología de los males que aquejan al país. Europa primero, los Estados Unidos después, le enseñan cómo se construyen países; lo que le falta, pues, es tener las riendas en sus manos y él echará al país a andar civilización adelante. Se las dan y él se hace el campeón de la civilización. Todos los problemas de América pasan por su platina; él observa y clasifica según los dictados de su ocular: la civilización. Después que Sarmiento ha visto Europa y los Estados Unidos no podrá resignarse a la realidad de su país: hay que levantarlo y elevarlo, y él es el gran brazo de esta transformación

⁴ RICARDO ROJAS, *El pensamiento vivo de Sarmiento*, p. 15.

⁵ RICARDO LEVENE, *Sarmiento, sociólogo de la realidad argentina y americana*.

titánica. "No es fácil comprender a Sarmiento" ha dicho R. Rojas,⁶ y menos fácil aún comprender la imagen del indio que él nos ha legado. Todo lo prueba Sarmiento, todo lo ensaya, todo lo aprovechable lo enrola en su misión civilizadora; buscando las causas del atraso americano sienta sucesivamente en el banquillo de los acusados al gaucho, al jesuita, al español y al indio. El indio, "perpetua e impotente crisálida del hombre" en la expresión de Martí;⁷ ¿qué podía ofrecerle a Sarmiento para su obra civilizadora? Desde este, su punto de vista, va a ver Sarmiento al indio; y con este metro, saltando por encima de los siglos, va a medirlo:

Los araucanos eran más indómitos, lo que quiere decir, animales más rehacios, menos aptos para la civilización y asimilación europeas.⁸ En la escala de valores de Sarmiento es tan poco lo que puede alcanzar el indio que aun en sus virtudes sale menoscabado y menguado. Citando un fragmento del poema de Ercilla en el cual se exaltan la extraordinaria capacidad militar del araucano y su destreza para la lucha, responde Sarmiento con una crudeza rayana en la ironía: "No conocían todavía el hierro ni los metales duros".⁹ Así ha ido decantando en el pensamiento de Sarmiento su antindigenismo.

El punto de vista de Martí

MARTÍ que por su exilio de 14 años en los Estados Unidos ha debido ver y liberar a su patria desde la nostalgia, en la expresión de J. Mañach, ve a su Cuba a través de este vidrio de aumento, en la metáfora del Profesor A. Iduarte.¹⁰ Desde Nueva York, donde la vida es "una locomotora de penacho humeante y de entrañas encendidas", como el mismo Martí la ha definido, Cuba aparece aumentada y exagerada en las retinas del poeta. En Chile todo le recuerda a Sarmiento su propio país; en los Estados Unidos, tan diferente a Cuba, todo evoca a Martí añoranzas por lo cubano, todo enardece lo que ha dejado en el terruño. Definiendo a Martí escribe el Profesor Iduarte: "Sin esta Cuba por la que vive, canta y muere, no hay Martí,¹¹ y esta Cuba no es aún cubana, es española. Martí es el artífice de la independencia de Cuba: él ha templado la espada que la emancipa; el metal, lo extraerá de las mismas fuentes en las

⁶ RICARDO ROJAS, *El pensamiento vivo de Sarmiento*.

⁷ JOSÉ MARTÍ, "Escenas mexicanas", *Lex II*, p. 794.

⁸ SARMIENTO, *Obras*, XXXVII, p. 59.

⁹ *Id.*, p. 62.

¹⁰ ANDRÉS IDUARTE, *Martí escritor*, p. 221.

¹¹ *Id.*, p. 222.

cuales la América hispana encontró el suyo: emancipación del yugo español. El brazo de Martí se hace en este levantar el martillo para forjar la espada. Todo quedará supeditado a esta misión, que es para él sagrada; de la España que ama procurará callar lo que siente, en cambio de la otra revelará toda la delincuencia de la conquista. Hay que emancipar a Cuba; Martí enrollará todas las fuerzas al alcance de su mano para llenar el cometido: los cubanos que lo acompañan, el indio esquilado por el conquistador, los pueblos de América y todos los hombres que aman la libertad y la justicia. Será necesario mostrar toda la ignominia del conquistador, las lacras que han inyectado a esta América silvestre, la corrupción y el crimen "que matan al quetzal al quebrar su cola". Y Martí que por sobre todo ama la verdad, y cuya nobleza campea en cada línea que él ha escrito, lo dirá a boca llena, con la fuerza del poeta de los "Versos Sencillos". Aquí están las víctimas de la conquista buscando sus bocas en la boca de Martí; por eso en su voz se escucharán miriadas de voces; más que la voz de un hombre es la voz de un pueblo. La primera víctima es América y luego su habitante, el indio:

De cantos tenía sus caminos el indio libre y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando en su trecho la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos.¹²

El conquistador tiene encadenada a la Cuba de Martí; esta cadena que desde los días de San Lázaro ha dejado cicatrices en los tobillos del poeta,¹³ es la misma que arrastra el indio y es la misma que Martí siente que lleva en sus tobillos de exilado. Pero algo más que el dolor mancomuna al indio y a Martí, y es la comunidad de ancestro: América es la misma matriz que ha dado a luz a uno y a otro:

Se viene de padres de Valencia y madres Canarias y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas.¹⁴

Quando el español vino a América la vida del indio era un lirio y el conquistador lo ha roto;¹⁵ la raza americana una larva.

¹² J. MARTÍ, "Gestación de la América", *Lex II*, p. 98.

¹³ A. IDUARTE, *Martí escritor* p. 23.

¹⁴ J. MARTÍ, *Trópico XXIII*, p. 112.

¹⁵ J. MARTÍ, *Lex II*, p. 342.

juna larva de águila!¹⁶ y el conquistador le ha clavado un alfiler de insectario:

...en el pecho del último indio valeroso clavan, a la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del santo oficio.¹⁷

Mientras rompía aquella cadena, viendo al "indio Juárez al frente de una nación de un millón de blancos y siete millones de indios",¹⁸ y soñando con la "soberbia mariposa" que saldrá de la larva atravesada, se acrisola en su obra el indigenismo martiano.

El indio visto por otros

VEAMOS primero qué han encontrado Sarmiento y Martí en ojos ajenos que han visto al indio y han buscado revelarlo al mundo occidental. En las primeras páginas de *Conflictos y armonías de las razas en América* Sarmiento hace suyas las citas de Prescott que ha escrito la *Historia del Perú y México*, de Wilson, autor de *Nueva Historia de México*; de Don Juan de Ulloa, que recorrió gran parte de las Américas; de M. F. Depons, agente francés en Caracas. En casi todos los casos el juicio es similar; así por ejemplo Ulloa:

La propensión al ocio y a la desidia es la misma en los indios de Luisiana y del Canadá, que los del Perú y partes meridionales de la América, ya sean civilizados o gentiles.

Y M. F. Depons:

El indio se distingue de la manera más singular por una naturaleza apática e indiferente que no se encuentra en ningún otro. Su corazón no late ni ante el placer ni ante la esperanza; sólo es accesible al miedo. . . Su alma no tiene resorte, ni su espíritu vivacidad.

Y Sarmiento, luego de citar al abate Molina, que exalta la indipeidez y amor a la libertad del indio:

Verdad es que tan bellas cualidades, las ofuscan vicios que las niegan: la pereza, la embriaguez, la ignorancia del salvaje, y la altanería del animal de presa.¹⁹

¹⁶ J. MARTÍ, *Trópico*, XIX, p. 59.

¹⁷ J. MARTÍ, *Lex II*, p. 98.

¹⁸ J. MARTÍ, *Trópico*, IX, p. 131.

¹⁹ D. F. SARMIENTO, *Obras*, XXXVII, p. 61.

Martí en cambio citará a aquellos que han visto el verso y reverso del indio, sus males y las causas. Por eso trae el mensaje de la Convención de Amigos de los Indios, reunida en Lake Mohawk; la palabra de Helen Hunt Jackson, que ha trabajado con sensatez y ternura, año tras año, por aliviar las desdichas de los indios, de Erastus Brooks del Presidente Cleveland y el senador Ingalls. Así por ejemplo Erastus Brooks:

¡No hay vicio suyo (hablando del indio) de que no seamos responsables! ¡No hay bestialidad de indio que no sea culpa nuestra! ¡Mienten al indio los agentes interesados en mantenerlos embrutecidos bajo su dominio!²⁰

O el Presidente Cleveland:

Ebrios y ladrones son porque así los hicimos: pues tenemos que pedirles perdón por haberlos hecho ebrios y ladrones, y en vez de explotarlos y de renegarlos, démosles trabajo en sus tierras y estimúlos que les muevan a vivir, que ellos son buenos, aun cuando les hemos dado derecho a no serlo.²¹

Y el senador Ingalls:

Los cheroqueses con ventaja sobre cuanto pueblo civilizado conocen, tienen resuelto el problema de la tierra.²²

Y de nuevo Erastus Brooks:

He aquí a decenas, a centenas, los ejemplos de la historia americana, que demuestran que el indio, en condiciones iguales, es capaz mental, moral y físicamente de todo aquello que es capaz el hombre blanco.²³

Y Martí agregará:

Pero hemos hecho de él un vagabundo, un poste de taberna, un pedidor de oficio.²⁴

Con el mismo tenor comenta y divulga Martí los estudios del americano Daniel G. Brinton sobre obras y literatura indígena y el libro *La Pampa* de Alfredo Abelot.

²⁰ MARTÍ, Carta al Director de *La Nación*, *Lex I*, pp. 1638-1655.

²¹ *Id.*

²² *Id.*

²³ *Id.*

²⁴ *Id.*

Cuando Sarmiento comenta un libro de apología indígena, como el trabajo del señor Lastarria sobre *La Conquista Española en Chile* será para negarlo:

El autor no ha podido en estos conceptos emanciparse de las ideas que puso en boga la revolución de la independencia para azuzar los ánimos contra la dominación española, mintiendo una pretendida fraternidad con los indios, a fin de ponernos en hostilidad con nuestros padres a quienes queríamos arrojar de la América.²⁵

Y allí donde Martí dice, comentando la gesta que el indio ha dejado en la historia de América:

"¡Qué augusta la Ilíada de Grecia! ¡Qué brillante la Ilíada indígena!"²⁶ dirá Sarmiento con sarcasmo de "La Araucana":

...Y para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes nobles y civilizados que los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar ahora, si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla.²⁷

El indio y la conquista

A LO largo de toda su obra ha visto Martí al indio como la víctima trágica de la conquista; nos lo dice primero el poeta nato que hay en Martí, hablando de la literatura indígena:

...Y esto no lo vemos sólo los que amamos a los indios como a un lirio roto.²⁸

Y lo dirá luego el Martí que ha visto e investigado la cultura indígena en sus más variadas expresiones y en toda la gama de sus valores:

No más que pueblos en ciernes, no más que pueblos en bulbo eran aquellos que con maña sutil de viejos vidiores se entró el conquistador valiente, y descargó su ponderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió

²⁵ SARMIENTO, *Obras II*, p. 213.

²⁶ MARTÍ, *Obras Lex II*, p. 343.

²⁷ SARMIENTO, *Obras II*, p. 214.

²⁸ MARTÍ, *Obras Lex II*, p. 342.

dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la Naturaleza. ¡Robaron los conquistadores una página al Universo!²⁹

De Sarmiento hemos dicho que saltando por encima de los siglos busca cambiar la realidad de su pueblo y elevarlo a la condición "de los que se cuentan por civilizados"; la conquista ha sido un gran impulso para el salto que él quiere dar, por eso dirá del español:

Español, repetido cien veces en el sentido odioso de impío, inmoral, raptor, embaucador, es sinónimo de civilización, de la tradición europea traída por ellos a estos países.³⁰

Y de la página robada al Universo y el tallo tronchado, dirá Sarmiento:

Puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacies, conquistar pueblos que están en posesión de un terreno privilegiado; pero gracias a esta injusticia, la América, en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está ocupada hoy por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra; merced a estas injusticias, la Oceanía se llena de pueblos civilizados, el Asia empieza a moverse bajo el impulso europeo, el Africa ve renacer en sus costas los tiempos de Cartago y los días gloriosos del Egipto. Así pues, la población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables; las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes.³¹

Para Sarmiento es ésta una ley ciega, algo así como el eje de esa rueda, la historia, que si quiere andar, y andar ligero debe aplastar lo que encuentra a su paso; Sarmiento que está moviendo esa rueda se interesará y estimulará todo aquello que le ayuda a acelerar su curso; y aquello que frena la rueda... habrá que extirparlo o soslayarlo:

Muchas dificultades ha de presentar la ocupación de país tan extenso; pero nada ha de ser comparable con las ventajas de la

²⁹ *Id.*, p. 341.

³⁰ SARMIENTO, *Obras XXXVII*, p. 195.

³¹ *Id.*, II, p. 214.

extinción de las tribus salvajes, o conservarlas tan debilitadas que dejen de ser un peligro social.³²

Para Sarmiento ha sido la conquista, con todos sus crímenes y crueldades, una victoria de la civilización, y puesto que él está del lado de los vencedores buscará justificar y explicar las víctimas tendidas sobre el campo de batalla:

Porque es preciso que seamos justos con los españoles; al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar, hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes, lo que la Colonia efectúa deliberada o indeliberadamente con los indígenas: absorbe, destruye, extermina.³³

Martí en cambio hablará por los vencidos; la conquista ha destruido una raza en flor, "estancada por el choque súbito con la acumulada civilización de los europeos".³⁴ "La muerte se ha llevado a millones de los hijos de la raza",³⁵ pero los que han quedado vivos llevan el dolor en andas y la progenie lo recibirá en herencia. Este choque trágico para el indio lo ha descrito con trazos de protesta; describiendo la vida chisporroteante en las calles de agua o de tierra de Tenochtitlán en la América precolombina, se lamentará Martí, casi con rabia:

¡De toda aquella grandeza apenas quedan en el museo unos cuantos vasos de oro, unas piedras como yugo, de obsidiana pulida, y uno que otro anillo labrado! Tenochtitlán no existe. No existe Tulan, la ciudad de la gran feria. No existe Texcuco, el pueblo de los palacios. Los indios de ahora, al pasar por delante de las ruinas, bajan la cabeza, mueven los labios como si dijese algo, y mientras las ruinas no les quedan atrás, no se ponen el sombrero.³⁶

Y hablando de Heredia, que es como si hablara de sí mismo, pintará con la crudeza que una verdad de tales dimensiones exige, el rostro feroz de la conquista:

Pero nada pudo tanto en su genio como aquella ansia inextinguible de amor. . . Así amó a los indios infelices, por quienes se le

³² *Id.*, XLI, p. 330.

³³ SARMIENTO, *Obras*, II, p. 214.

³⁴ MARTÍ, *Lex II*, p. 1640.

³⁵ MARTÍ, *Lex II*, p. 1290.

³⁶ *Idem.*, pp. 1256-1257.

ve siempre traspasado de ternura, y de horror por los "hombres feroces" que contuvieron y desviaron la civilización del mundo, alzaron a su paso montones de cadáveres, para que se vieran bien sus cruces.³⁷

La cultura indígena

EXPLICANDO la distribución de las civilizaciones indígenas en la geografía de América, nos dice Martí:

En lo más elevado y fértil del continente es donde se civilizó el hombre transatlántico primero. En nuestra América sucede lo mismo; en las altiplanicies de México y del Perú, en los valles altos y de buena tierra, fue donde tuvo sus mejores pueblos el indio americano.³⁸

La Argentina, ha sido, pues, de los países menos favorecidos en este sentido; los diaguitas, que han habitado en las zonas montañosas del norte argentino, son los que han alcanzado el más alto grado de desarrollo; de las diferentes razas que poblaron la Argentina, ellos son los únicos que conocen el adobe, que a su vez lo trajeron del norte; tobas, maticos, guaraníes, comechingones y patagones para no citar más que algunas de ellas, sólo conocen los toldos. Es tan poco lo que estas razas pueden ofrecerle a Sarmiento, como manifestaciones del grado de civilización que alcanzaron, que por el contrario los ejemplos son para él exponentes de lo poco que pierde América cuando la conquista abre ríos de sangre para colonizarla.³⁹ Así nos dirá de los indios tobas, comentando el libro de Pelleschi *Nueve meses en el Gran Chaco*:

...Penetremos con el Sr. Pelleschi en el toldo del indio del Chaco para sorprender al hombre primitivo que no ha podido, porque no ha necesitado, contarse los dedos, ni los de una mano entera siquiera, pues su numeración no alcanza sino hasta cuatro.⁴⁰

Y comentando el canto xxxiv de *La Araucana*:

Mas no son las cualidades pugnativas de nuestros padres de estirpe araucana y nuestros conciudadanos chivilcoyanos, guaraníes, tuyuteses, lo que nos interesa, sino su capacidad social; y a este res-

³⁷ MARTÍ, *Lex I*, p. 762.

³⁸ *Id.*, *Lex II*, p. 1245.

³⁹ SARMIENTO, *Obras*, XXXVII, p. 192.

⁴⁰ SARMIENTO, *Obras* XLII, p. 276.

pecto tenemos que ir a buscar entre los esquimales, o entre los indígenas de Australia, razas más atrasadas en la organización de la sociedad.⁴¹

Y luego analizará Sarmiento los aspectos sociales en la sociedad y familia indígena:

Fuera de las cacerías y de la guerra, no hay autoridad alguna que evite las querellas y los robos entre unos y otros. . . No hay Juez de Paz instituido; no hay comandante del campo, ni guardia de policía. Todo está abandonado al sentimiento de la propia conservación, y a la práctica de algunas nociones de moral tradicionales de la tribu. El padre no pretende autoridad sobre sus hijos; se venga cuando castiga; y la madre tiene tantos deberes, que poco después de terminada la lactancia, deja crecer los chicuelos a su albedrío, donde no hay aseo, y los juguetes: bolear, enlazar, pelear, serán las ocupaciones de la vida.⁴²

Sarmiento que por lo visto ha ignorado las monumentales creaciones artísticas del indio americano, porque la plástica maya es hasta nuestros días una elevadísima expresión de la sensibilidad humana y que, en la palabra del muralista Diego Rivera, ha inspirado en el arte mexicano contemporáneo una de las más extraordinarias corrientes del arte pictórico universal: el muralismo; Sarmiento, decíamos, ha conocido solamente expresiones tan pálidas como "las piedras pintadas del Zonda", que él comenta en uno de sus artículos literarios:

Sábase que el dibujo natural instintivo del niño cristiano o civilizado es una cara de perfil, un ojo entero, y por pescuezo, brazos, piernas y dedos, rayas que harían la imagen de cerillos; pues nunca o tarde le ocurre poner dos rayas para figurar cuello, brazos, etc.

La pintura instintiva indígena es análoga; pero el individuo está de frente siempre aunque los brazos sean dos ángulos lineales a cada costado.⁴³

No podría decirse que de esta ausencia de valores culturales en las razas que poblaron la Argentina, le viene a Sarmiento su anti-indigenismo; pero estas civilizaciones achaparradas, en comparación con aquellas que poblaron el Perú y México, fueron acicate

⁴¹ *Id.*, XXXVII, p. 63.

⁴² *Id.*, p. 65.

⁴³ SARMIENTO, *Obras* XLVI, p. 92.

que fortalecieron sus convicciones; no ha encontrado en esta herencia magra nada que pueda servir a su concepto pragmático de civilización; por el contrario, ha visto en ella un obstáculo a sus afanes.

Veamos cuán diferentes son las cosas con respecto a Martí. El poeta ha vivido en la ciudad de México casi dos años,⁴⁴ ha viajado "de Acapulco a México en mula, diligencia y ferrocarril; allí se hace periodista. Allí lee, oye y escribe los nombres aztecas de la altiplanicie, los tarascos de Michoacán, los zapotecas de Oaxaca, los mayas de Yucatán, Campeche y Tabasco".⁴⁵ En México ve las grandezas que ha creado el indio: sus monumentos, sus palacios, sus ciudades, sus templos, sus acueductos, su cerámica, su platería, su escultura, sus murales, sus circos y plazas, sus vestidos, sus danzas, sus música, su literatura, sus escuelas y talleres; entonces exclamará con admiración:

¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! ¡Qué bravos Mayapán! Teotitlán, ¡qué escuelas! Copán, ¡qué circo! México, ¡qué talleres, plazas y acueductos! Zempoala, ¡qué templos! Los Andes, ¡qué calzadas!⁴⁶

En México y luego en Guatemala descubre los tesoros que ha creado su raza; toda una civilización que supera a la que corresponde en edad en otros pueblos, allende los mares:

No con la hermosura de Tetzcontzingo, Copán y Quirigua; no con la profusa riqueza de Uxmal y Mitla, están labrados los dolmenes informes de la Galia; ni los ásperos dibujos en que cuentan sus viajes los noruegos; ni aquellas líneas vagas, indecisas, tímidas, con que pintaban al hombre de las edades elementales los mismos iluminados pueblos del mediodía de Italia. ¿Qué es, sino cáliz abierto al sol por especial privilegio de la Naturaleza, la inteligencia de los americanos?⁴⁷

Por eso le duele a Martí cuando el conquistador en México profana los templos y destruye las moradas de los indios; porque no sólo están vejándolo, están tajando su sensibilidad proyectada en una obra extraordinaria y amasada a través de los siglos, creada con amor y sabiduría; sólo respetarán lo que les fue útil o aquello que ellos no pudieron hacer:

⁴⁴ A. IDUARTE, *Martí Escritor*, p. 233.

⁴⁵ *Id.*, p. 234.

⁴⁶ MARTÍ, *Lex II*, p. 343.

⁴⁷ *Id.*, p. 341.

En nuestra América las casas tienen algo de romano y de moro, porque moro y romano era el pueblo español que mandó en América, y echó abajo las casas de los indios. Las echó abajo de raíz; echó abajo sus templos, sus observatorios, sus torres de señales, sus casas de vivir, todo lo indio lo quemaron los conquistadores españoles y lo echaron abajo, menos las calzadas, porque no sabían llevar las piedras que supieron traer los indios, y los acueductos, porque les traían el agua de beber.⁴⁸

Martí se ha preocupado en descubrir y revelar todo lo que el indio ha creado en América; de la arquitectura pasará a la literatura, seguirá con interés la obra admirable de Daniel G. Brinton "que publica en Philadelphia una librería de literatura americana aborigen, de la que lleva ya sacados cuatro tomos".⁴⁹ Comentando su obra señala sus hallazgos más importantes:

¿Cómo pudiera ser que no tuviera la literatura indígena las condiciones de esbeltez, armonía y color de la naturaleza americana? Y esto no lo vemos sólo los que amamos a los indios como a un lirio roto; precisamente un autor americano halla esas cualidades en los retazos de obras que de los indígenas se conocen, y en todas aquéllas en que después de la conquista mostró su abundancia y gallardía, ya en las lenguas patrias, ya en la de los conquistadores, el ingenio nativo.⁵⁰ Daniel G. Briton descubre en los indios, y señala con calor, una facultad literaria poderosa. Como la impresión en ellos era viva, la necesidad de la expresión era inmediata. Gustaban de narrar, y lo hacían con abundancia y gracia.⁵¹

Precisamente porque cree Martí en la capacidad de narrar y representar del indio, buscará reconstruir la comedia indígena; lo que hoy se sabe y se conoce del legado indígena es sólo lo que se ha salvado de ese "bárbaro rastrollo con el cual nivelaron la tierra india los conquistadores"; por ello, "no es maravilla que tan poco se sepa ahora de lo que expresaron y escribieron en Yucatán los ymetes y en el Perú los amautas".⁵² Animado de esa fe en la facultad literaria del indio, conjetura Martí la imagen de la comedia indígena:

⁴⁸ *Id.*, p. 1249.

⁴⁹ MARTÍ, *Lex II*, p. 342.

⁵⁰ MARTÍ, *Lex II*, p. 342.

⁵¹ *Id.*, p. 343.

⁵² *Id.*, p. 344.

En Nicaragua es seguro que existieron bailes hablados, y en México que hubo por lo menos complicadas pantomimas; pero de esto mismo se deduce que la pantomima debió subir a comedia, porque de mudo no peca el pueblo americano.⁵³

Martí recorre lo que se ha escrito del indio en la América colombiana; con tal familiaridad nos habla de los cuentos de los amores de la princesa maya Ara, de la historia del indio Ixtlilxóchitl, de la "Recordación Florida" del capitán Fuentes, de las crónicas de Juarros, de la historia del conquistador Bernal Díaz del Castillo, de los viajes del inglés Tomas Gage, de la "Destrucción de las Indias", de Bartolomé de las Casas, que parece estar viviendo entre ellos, compartiendo sus alegrías, sus epopeyas y sus dolores:

Se hace uno de amigos leyendo aquellos libros viejos. Hay allí héroes y santos, y enamorados, y poetas, y apóstoles. Allí se describen pirámides más grandes que las de Egipto.⁵⁴

Obsérvese qué distancia abismal media entre "las piedras pintadas del Zonda" que Sarmiento elige para emitir su juicio sobre el grado de desarrollo que alcanzaron los indios en la plástica, y los murales de Yucatán que Martí conoce y a través de los cuales mostrará las maravillas que el indio ha creado en la pintura:

En las pinturas de los muros está el famoso cuento de la guerra de los dos hermanos locos que se pelearon por quién se quedaba con la princesa Ara.⁵⁵

Nada escapará a la atención meticulosa de Martí, cuando sus ojos, deslizándose por el tiempo, escudriñan las ciudades y la vida cantarina del indio antes que la conquista pusiera sordina a su canto y rompiera su corola. El poeta sabe que con este hilo que él está desmadejando podrá tejer, en parte, la urdimbre interrumpida por la pólvora. Por eso todo le interesa: los juegos de los indios y el encaje de plata que sus dedos han labrado. ¿No son éstas nuevas hebras, nuevos colores que al trasuntarse en el tejido, iluminarán esta imagen del indio que él está bordando?:

Los ingleses creen que el juego del palo es cosa suya. Los indios de México tenían, cuando vinieron los españoles, esa misma danza del

⁵³ MARTÍ, *Lex II*, p. 344.

⁵⁴ *Id.*

⁵⁵ *Id.*, p. 1258.

palo. Tenían juegos muy lindos los indios de México. Eran hombres muy finos y trabajadores, y no conocían la pólvora y las balas como los soldados del español Cortés, pero su ciudad era como de plata, y la plata misma la labraban como un encaje, con tanta delicadeza como en la mejor joyería.⁵⁶

El indio y la Independencia

MARTÍ no ha conocido a Cuba después de la independencia, pero en cambio conoció a México libre, a Guatemala y Venezuela emancipados; vivió en los Estados Unidos y de esta manera tuvo una visión clara y real de cómo se organizan y crecen los pueblos libres de la América. ¿Cuál ha sido el destino del indio en la América emancipada? ¿Cómo se ha integrado el indio a este proceso de organización de los países nuevos? En cada país la respuesta será diferente, pero el indigenismo de Martí será consecuente también en este punto. Pensando en México, donde "un indio descalzo, que aprendió latín de un compasivo cura, echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo continente",⁵⁷ dirá Martí en su conferencia en la Reunión de Emigrados Cubanos el 24 de enero de 1880, respondiendo a los fatídicos anuncios de los españoles respecto a los indios y a su emancipación:

Y la independencia de América se hizo. . . Los indios no vinieron como torrentes desbordados de la selva, ni cayeron sobre las ciudades, ni quemaron con sus plantas vengativas las yerbas de los campos, ni con huesos de blancos se empedraron los zaguanes de las casas solariegas. . . De viejos males vinieron los males nuevos, que no de la venganza ni de la independencia de los indios.⁵⁸

Y sin embargo en la Argentina, desde Belgrano, pasando por Rosas, hasta Alsina y Roca, el país ha debido contener levantamientos de indios, asaltos e incendio de ciudades. Los malones entran en los pueblos, roban, saquean y queman. Esta es la realidad que vive Sarmiento, y en esta realidad el indio se torna un enemigo del país naciente desde sus comienzos mismos:

Los indios aunque tradicionalmente enemigos de sus conquistadores, permanecen indiferentes en la lucha. El general Belgrano, deja

⁵⁶ MARTÍ, "La Edad de Oro", *Lex II*, p. 1236.

⁵⁷ MARTÍ, *Lex II*, p. 81.

⁵⁸ MARTÍ, *Lex I*.

en libertad bajo palabra de honor, a tres mil prisioneros, que vuelven a tomar las armas contra los patriotas, simplemente porque les mandan y el sentimiento de honor caballeresco no ha penetrado en su alma quichua.⁵⁹

Rosas organizará una campaña al desierto para exterminarlos. El General Urquiza sale a la India Muerta a exterminar la poderosa tribu de los charrúas.⁶⁰ Roca regresa de la Campaña del Desierto transformado en héroe nacional, después de haber matado a miles y empujado el resto hacia el vértice de la Patagonia. El rubro "Indios y Fronteras" acompaña todos los informes al Congreso del Presidente Sarmiento. Así, por ejemplo, en el Mensaje de Apertura al Congreso del año 1873:

Varias tribus del norte se han sometido espontáneamente a reducción, y en el último parlamento tenido con los enviados del sud y oeste, los capitanes jóvenes se han mostrado inclinados a abandonar la vida errante del desierto. Los usos civilizados que cada día ganan terreno en los toldos, y la dificultad y peligro de proveer a las nuevas necesidades por el robo, acabarán por fijarlos e imitar el ejemplo de Catriel, Coliqueo y otros que gozan de las comodidades de la vida civilizada y de la protección del gobierno.⁶¹

Y en el mensaje del año 1874:

Los indios están virtualmente sometidos, y se acerca el tiempo de que sus disminuidas y aisladas tribus sean traídas a reducción. .⁶²

Y saludando la Campaña al Desierto:

Hacemos votos por el éxito de la Campaña del General Roca en cuanto pone término a un estado de cosas violento.⁶³

Todo el país celebra el éxito del General Roca sobre el enemigo nacional, y Sarmiento lo dirá a voz llena:

¡Hoy los toldos no existen! Hay guaridas en que se esconden los restos de las diezmadadas tribus; pero no el hogar antes tranquilo en que se perpetuaba la vida salvaje del hombre primitivo, no remo-

⁵⁹ SARMIENTO, *Obras*, XXXVIII, p. 277.

⁶⁰ *Id.*, p. 262.

⁶¹ SARMIENTO, *Obras*, LI, p. 275.

⁶² *Id.*, p. 210 (?).

⁶³ *Id.*, XLI, p. 331.

viéndose la movable tienda sino para cambiar de local cuando las inmundicias de los alrededores hacían insoportable la residencia.⁶⁴

Martí ubicado en el otro lado de la barricada, junto al indio, viéndolo sublevarse en los Estados Unidos, explicará lo que el indio no pudo explicar:

En 1778, cómo no se iban a sublevar los cheyenes, si los agentes del gobierno en las reservas de indios, les robaban, los esquilaban, los sometían a trabajos inucos, les negaban la medicina y el alimento.⁶⁵

Martí describirá el sistema de las reducciones, corrompido por agentes deshonestos, que hundieron al indio en la más espantosa de las tragedias; explicará la huida natural del indio de aquellos infiernos que lo destruyen por fuera y por dentro, que lo acaban de la manera más inhumana:

A los cheyenes del norte, los sacaron de sus hogares, en la agencia de la Nube Roja, y los llevaron con los cheyenes del sur, al territorio indio. Al año se huyeron, saqueando a su paso. Cómo no, si morían uno sobre otro de malaria, y semanas enteras había, en que no se les daba un medicamento; si en vano se quejaban de que les habían traído de sus hogares fríos y sanos, en que prosperaba su naturaleza, a una tierra ardiente y pestífera, donde se secaban los senos de las madres, y la piel no servía más que para dibujar los huesos de los pequeñuelos; si el gobierno contrató con ellos pagarles por su tierra, entre otras cosas con raciones, y los agentes se negaban a darles raciones que eran suyas por contrato, y su único recurso de alimento, a menos que no acabasen un trabajo rudo que no tenían obligación de hacer.⁶⁶

Martí enrolará todos los amigos de los indios, todos aquellos que se han reunido en la Convención del Lake Mohawk "para tratar el modo de traerlos a una vida pacífica e inteligente", para mostrar, como lo dice Erastus Brooks, que "no hay vicio del indio de que no seamos responsables."⁶⁷ El indio, víctima primero del conquistador lo es ahora del americano; este americano que ha nacido en su tierra "lo despoja de la comarca en que ha nacido, lo com-

⁶⁴ *Id.*, p. 328.

⁶⁵ MARTÍ, *Lex I*, p. 1638.

⁶⁶ MARTÍ, *Lex I*, p. 1638.

⁶⁷ *Id.*, p. 1653.

pele a que aprenda en lengua extraña, la lengua odiada de sus dueños, libros cuya utilidad no se explica y cuya aplicación no ve jamás; le vende cachivaches relucientes, armas y bebidas; lo apresan en un espacio estrecho donde se revuelve entre sus compañeros acorralados".⁶⁸ Todo esto ha envilecido al indio, lo ha degradado retrotrayéndolo a un estado de vergüenza en el cual ha perdido todo incentivo que lo mueva a vivir. Así nos lo dice Martí en este cuadro que es un vigoroso alegato en defensa del indio:

No le damos trabajo para sí, que alegre y eleva; le habituamos a una vida de pereza, sin más necesidades y goces que los del hombre desnudo primitivo; el hombre blanco que conoce es el tabernero que lo corrompe, es el buhonero que lo engaña, es el racionero que halla modo de mermarle la ración, es el maestro improvisado que le repite en una lengua que él habla apenas palabras sin gusto ni sentido, es el agente que lo despide a risas o a gritos cuando va a él a demandar justicia.

Sin trabajo, sin propiedad, sin esperanza, sin la tierra nativa, sin más goces de familia que los meramente físicos, los indios de las reducciones: ¿qué han de ser más que hombres torvos, perezosos y sensuales, nacidos de padres que ya vieron a sus padres, apagada la pipa y el alma, lloran sentados en cuclillas en el suelo por la nación perdida, por la sombra del árbol grande que presencié siglo por siglo, sus matrimonios, sus justicias, sus regocijos y consejos? Un esclavo es muy triste de ver; pero aun es más triste un hijo de esclavo... Grandes criaderos de hombres son esas reducciones. Segarlos de cuajo hubiera valido más que envilecerlos.⁶⁹

Resumen

ESBOZADOS el indigenismo de Martí y el antindigenismo de Sarmiento nuestra primera conclusión, y tal vez la única, será la misma premisa que nos ha servido de punto de partida al iniciar esta excursión: de la misma manera que el indio de Martí debe verse desde el punto de vista que él lo ha visto, así también el indio de Sarmiento debe ser visto desde el punto de vista que Sarmiento vio el suyo; se comprueba de inmediato que a pesar de lo opuesto y divergente de ambas imágenes, en cada una por separado hay una lógica y palpita una verdad. Hemos buscado

⁶⁸ *Id.*, p. 1655.

⁶⁹ MARTÍ, *Lex I*, p. 1656.

revelar esta lógica con la convicción "que todo conocimiento lo es desde un punto de vista determinado";⁷⁰ Sarmiento y Martí tuvieron el suyo y desde estas perspectivas pensaron y actuaron.

Hay momentos en que el uno parece explicarse en el otro; así Sarmiento nos recuerda a Martí:

Al hablar pues de los indios, por miserable que sea su existencia, y limitado su poder intelectual, no olvidemos que estamos en presencia de nuestros padres prehistóricos, a quienes hemos detenido en sus peregrinaciones e interrumpido en su marcha casi sin accidente perturbador a través de los siglos.⁷¹

Y Martí con desazón, como recordándonos algo de la imagen del indio de Sarmiento:

No quiere el boletinista hablar de cosas tristes, por más que sea para él un día oscuro el día en que ve vagando por las calles grupos acusadores de infelices indios, masa útil y viva, que se desdeña como estorbo enojoso y raza muerta. Y es que hace dolorosísimo contraste la mañana, nacer del día, y el indio, perpetua e impotente crisálida de hombre. Todo despierta al amanecer, y el indio duerme: hace daño esta falta grave de armonía.⁷²

Pero estos son momentos excepcionales que sólo corroboran la constante; nos sorprenderían si se presentaran más a menudo. Véase cómo hasta en la obra de sus últimos años, *Conflictos y armonías de las razas en América*, Sarmiento continúa viendo al indio como una de las causas fundamentales del atraso de los países hispanoamericanos:

Sin ir más lejos, ¿en qué se distingue la colonización del norte de América? En que los anglosajones no admitieron a las razas indígenas, ni como socios, ni como siervos en su constitución social.

¿En qué se distingue la colonización española? En que la hizo un monopolio de su propia raza, que no salía de la Edad Media al trasladarse a América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil.⁷³

Martí en cambio, alentado por su fe en las fuerzas potenciales del indio, en sus capacidades de raza, ratificará esa fe mil veces;

⁷⁰ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *El tema de nuestro tiempo*.

⁷¹ SARMIENTO, *Obras*, XXXVII, p. 37.

⁷² MARTÍ, *Lex II*, p. 794 ("Escenas Mexicanas", 35).

⁷³ SARMIENTO, *Obras*, XXXVIII, p. 415.

su palabra cantarina es un monumento de amor y fe en el indio. Así nos dice respondiendo a un joven pintor yankee que ha publicado en la prensa norteamericana su reseña de un viaje a México, viendo sólo una cara de la moneda:

No ve el indio médico, el indio pintor, el indio comerciante, el indio juez, el indio presidente, el indio triunfante, el indio libre: no ve más que "la pobreza desesperada y la miseria y sufrimientos diarios de esta gente infeliz, y la injusticia y la crueldad de todo."⁷⁴

Y revelando su profundo conocimiento de México:

No se paró a ver lo que México ha vencido.⁷⁵

Puede verse que la fe de Martí no es utópica, ni ilusoria; emerge de un país que le ha enseñado lo que el indio alcanzó y puede alcanzar en el México de Benito Juárez.

De la misma manera el antindigenismo de Sarmiento es el antindigenismo de toda una generación que vivió y combatió en la realidad de Sarmiento; en esta realidad ha nacido y se ha formado Sarmiento, en ella encuentran pábulo y estímulo sus teorías sobre el indio americano.

"Fácil es señalar contradicciones en la teoría y errores en su acción",⁷⁶ nos dice R. Rojas de Sarmiento. Pero estos errores son más bien los errores de una época; más aún, hoy los vemos nosotros como errores, pero no lo fueron en el momento histórico que a Sarmiento y a su generación les tocó actuar. Sarmiento mismo nos ha enseñado esta ley del relativismo que actúa en la vida de los pueblos y en la historia de la cultura; citando a Buckle nos dice sobre los jesuitas:

Una institución admirable para un cierto estado de sociedad en su infancia, era poco adecuada para esa sociedad en un estado más maduro. En el siglo XVI los jesuitas estaban más adelante de su época. En el siglo XVIII se habían quedado atrás.⁷⁷

Veamos pues a Sarmiento dentro del escenario que le tocó actuar, estudiemos sus ideas a la luz de aquella realidad que él ha vivido: la Argentina de los años de la Anarquía y la Organización Nacional. Se comprueba de inmediato que visto desde sus perspec-

⁷⁴ MARTÍ, *Lex I*, p. 965.

⁷⁵ *Id.*, p. 979.

⁷⁶ R. ROJAS, *El pensamiento vivo de Sarmiento*.

⁷⁷ SARMIENTO, *Obras*, XXXVII, p. 49 (?).

tiva, sus contradicciones en la teoría se suavizan y sus errores se explican. Así por ejemplo su *Facundo* puede hoy parecernos un tanto anacrónico e inactual, pero en su tiempo el *Facundo* es la mejor explicación sociológica de la realidad argentina y americana y a su luz se educa la generación que organiza la Argentina. "Ave-llaneda, cuenta que siendo estudiante leyó el libro magnífico y de inmediato obtuvo una explicación sociológica de la República, de sus luchas, de sus pasiones".⁷⁸ Sería, pues, injusto e ilegítimo pretender y exigir de Sarmiento respuestas a la realidad argentina o americana de nuestro tiempo, porque entonces tales respuestas "serán poco adecuadas para una sociedad en un Estado más maduro", como él nos lo ha enseñado.

Todo lo que Sarmiento ha escrito, pues, sobre el indio debe ser leído y estudiado desde aquella perspectiva que ha sido la Argentina del siglo pasado; desde esta perspectiva Sarmiento se hace "uno de los grandes constructores de la República";⁷⁹ desde esta perspectiva el indio aparece ante sus ojos como un escollo. Recuérdese que Sarmiento "sabía que la historia de los pueblos viejos abarca siglos y siglos de civilización, y no obstante él quiere en cincuenta años llenar este vacío de siglos",⁸⁰ y de la misma manera que no acepta y no se resigna a la Argentina de la "barbarie" y quiere transformarla bruscamente, así niega al indio en el cuadro de esta nueva Argentina que él está levantando.

Se critica a Sarmiento por su concepción pragmática de civilización: "No distinguió entre cultura (conciencia de valores) y técnica (aplicación mecánica al bienestar general)",⁸¹ y partiendo de esta premisa se enjuicia su antindigenismo: "Estamos formando el pueblo argentino con elementos de tradición y de realidad y aquel constructor (Sarmiento) niega al indio, 'pata al suelo y piojoso', como él dijera; pero él no ve los aspectos míticos y místicos del indio".⁸²

Pero la creación de un espíritu nacional y una fisonomía de nación no ha sido el problema de Sarmiento; la Argentina de Sarmiento, "envuelta en sangre y lágrimas, atravesaba el trance doloroso de su alumbramiento";⁸³ cuando Sarmiento es elegido Presidente de la República, el país está en los primeros años de su organización nacional, en su infancia. ¿No era, pues, lo más apro-

⁷⁸ JUAN PABLO ECHAGÜE, *Sarmiento: su espíritu y su obra*.

⁷⁹ JUAN MENTORANI, *La pasión civilizadora de Sarmiento*.

⁸⁰ R. ROJAS, *El pensamiento vivo de Sarmiento*.

⁸¹ R. ROJAS, *La personalidad de Sarmiento*.

⁸² RICARDO ROJAS, *La personalidad de Sarmiento*.

⁸³ MATÍAS SÁNCHEZ SORONDO, *El espíritu de Sarmiento*.

piado construir "escuelas para educar al soberano niño?" Así lo entendió Sarmiento y de esta tarea hizo su nave de titán.

Martí, formado en la realidad que sucintamente hemos descrito, teniendo "a la muerte por almohada y a Cuba por su sueño", como él lo ha dicho, ha visto un indio diferente a aquel de Sarmiento. Hemos tratado de explicar cómo se ha fundido este monumento de la fe en el indio. Martí ha legado a los pueblos de la América hispana un indio que es un sólido fundamento para su formación espiritual: raíz que se adhiere con fuerza a la tierra ancestral; savia que enriquece y fortalece el espíritu de sus hijos.

No se busque pues en Sarmiento una herencia que él no ha dejado.

Hay momentos en que estas dos visiones del indio parecen medirse y acaso desafiarse; así dice Sarmiento hablando de Martí:

Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos latino, menos español de raza y menos americano del sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo del hombre moderno, hijo de aquella libertad, cuya colosal estatua nos ha hecho admirar al lado de aquel puente colgado de Brooklyn, que parecen responder a la cascada del Niágara por los tamaños.⁸⁴

Y Martí como aludiendo a Sarmiento:

Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y arrivato por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan. La inteligencia americana es un penacho indígena.⁸⁵

Los dos parecen no querer convencerse que no ven lo mismo; ni éste ni aquél aceptan tal o cual aspecto del paisaje invisible para el otro. ¿No es ésta la mejor prueba de nobleza y sinceridad que campea en el pensamiento de estos dos grandes de América? Esta fidelidad a la realidad de cada uno, ¿no es la claridad que ilumina toda la obra de Martí y Sarmiento?

Pero nosotros no midamos la claridad del uno con la del otro. No hay aquí sol y luna; son dos soles independientes y majestuosos.

⁸⁴ SARMIENTO, *Obras*, XLVI, p. 167.

⁸⁵ MARTÍ, *Lex II*, p. 343 (Autores Americanos Aborígenes).

LA CRISIS ARGENTINA DEL '30 EN GÜIRALDES, SCALABRINI ORTIZ Y LUGONES

Por Dardo CÚNEO

EL año '30 fue para Argentina, en coincidencia con la crisis con que declinan los módulos del mundo liberal, propia crisis en la que pugna por ampliar su economía, su sociedad, su historia. Desde 1910, el Año del Centenario, el país ya está recluso en la represión que significa su economía vaquera, su agricultura extensiva, el sistema de transporte ferroviario diseñado como instrumento complementario de la exportación de sus productos básicos. Si hasta esa fecha ha venido creciendo dentro de los ritmos conjugados por su dependencia colonial al mercado inglés; si dentro de esas limitaciones de República pastora pudo presumir como la *canasta de pan del mundo*, como país-carnicero, ya no va cabiendo expansión mayor a la dada. La vaca, la agricultura extensiva y esa red ferroviaria tendida para el servicio exterior, no actuarán ya como fuerza de creación de nuevos desenvolvimientos; apenas mantendrán sus niveles anteriores; vale decir: estancamiento. Alejandro Bunge sostendrá: "Desde 1908, la Argentina empezó a ser un país estático desde el punto de vista de su organización económica". "Debemos convencernos —es el mismo Alejandro Bunge quien, a mediados de la década del '20, lo recomienda— de que esta es la última generación de importadores y estancieros. En la próxima generación —augura—, la de nuestros hijos, el predominio será de los granjeros e industriales".

En el año '30, Argentina quiere, necesita —y puede— ser algo más que vacuno de invernada para la elaboración del *chilled beef* de exportación, meta última de la estructura cancelada. Todo lo que podía esperar como país ganadero ya está ofertado; la vaca no es ya suficiente para sostener al país y justificar a la República.

Tres libros documentan, a su hora, desde distintos ángulos esta crisis. Uno, es relato anovelado, libro de despedida: *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. Otro, una radiografía —antecipación de psicoanálisis colectivo— del argentino de Buenos Aires,

sus posibilidades e inhibiciones: *El hombre que está solo y espera*, de Raúl Scalabrini Ortiz. El tercero es documento polémico y programático: *La Grande Argentina*, debido a Leopoldo Lugones, el argentino que mayores polémicas suscitara y que más rotundamente se atreviera a definir la crisis liberal. Una ubicación actual de estos tres documentos ayudan a explicar los significados de aquella crisis dentro de cuyo ciclo aún estamos viviendo.

1. Don Segundo Sombra: *Despedida*

1) *El personaje.* Martín Fierro había sido el desertor del orden social instituido por las *leyes de vagancia*, instrumentos con que se encuadra, en su versión de estancias más o menos patriarcales y campos que se alambran, la Argentina liberal que aún tenemos a la vista. La suerte del paisano de su tiempo estaba echada en estas dos exclusivas cartas de asimilación o deserción, es decir, tener patrón o rebelarse a tenerlo, circunstancias que aparecerán como formas de violación de su instinto o de concordancia con él. Todo el resto del mazo no provee de variantes; queda neutralizado, fuera de juego. Se es, en definitiva, peón de estancia o gaucho alzado. Una u otra cosa. El instinto debía dar paso al orden; una economía natural, sin necesidades, o de necesidades elementales que se satisfacen sin esfuerzo, es reemplazada por una economía de colonización que crea necesidades, establece para la satisfacción de ellas un precio, de la misma manera que al exigir un esfuerzo lo valúa con un trato social. Del otro lado de este orden instituido para que los barcos tengan suficientes lanas, cueros y tasajos que llevarse, estaba la llanura improductiva. Y entre uno y otro término, entre ese orden que se cierra sobre los hombres y esa llanura que se distiende hacia el infinito, estaba la frontera de los desertores, de aquellos que no han consentido *conchavarse*, de los que prefirieron *matrevrear* antes que encerrarse en las rutinas inevitables de la estancia. Martín Fierro fue de éstos. Don Segundo Sombra viene de los otros, de los que aceptaron el sacrificio, de los que se condujeron, con remordimiento de alma, atándose al Código Rural que les soldaba los pies a la tierra y les reprimía toda esa cuota grande de espontáneas energías que no encajaban dentro de las jerarquías sociales y las funciones económicas de la estancia. En esa reducción de escalas pasa don Segundo su vida; en ese consentimiento hay abundancia de tristezas, reminiscencias nostálgicas en las sangres, lo cual constituye el clima del libro de Güiraldes, pues los rústicos júbilos masculinos que por ahí aparecen, entremezclados en circunstancias muy contadas, son más que precarios y nunca componen una gran ale-

gría. La imagen que, al cerrar el libro, alude al protagonista que se repliega "como quien se desangra", bien puede definir y representar ese período de historia humana del país en que el paisano sometido a jerarquías y funciones sabe a su vida como un desangrarse todos los días, como un ahuecarse de naturaleza, de instinto de libertad, para integrar el escalafón y la obediencia de la estancia. En la estancia los Don Segundo hacen sus labores con la mejor dignidad de sus oficios; consumen en ellas las artes y las fuerzas acompañando de alardes justos a unas y a otras; pero, la conciencia del rústico sabe que todo ello es a la medida chica de la tierra alambrada, mientras la medida grande, infinita, está más allá del alambrado, en los caminos. Mas entre estos Don Segundo hay un personaje de sobrevivencia, de transición, que, perteneciendo a las jerarquías y funciones de la estancia, permanece, sin ser enteramente parte de ellas, como volcado sobre los caminos. Es el resero, el que se responsabiliza, con sus propias artes y fuerzas mayores, de conducir las tropas de ganado de estancia a estancia, de estancia a mataderos. Su vida no se achica demasiado en ningún rincón, porque se desplaza casi constantemente sobre la distancia, y si en esta tarea marcha sobre huellas conocidas y respeta alambradas, no deja, por eso, de asociarse toda la pampa posible a su vida. De ahí, la calificación admirativa del personaje que monologa en el libro: "De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían alma de reseros, que es tener alma de horizontes". De ahí, que sea ese "el más macho de los oficios", porque el camino es, siempre, una difícil sucesión de pruebas. De esa índole, Don Segundo es ejemplar completo. Apenas lo ve, el muchachito que monologa el libro lo sabe, sin explicárselo, ungido en niebla de misterio, de presueta leyenda, de esa sorpresa fantasmal con que se ve a los últimos de una estirpe en retirada. ¿No era un resto de las medidas grandes, infinitas? ¿No era a la escala de la tierra anterior al escalafón y la obediencia? Cuando el muchachito ya ha andado suficiente camino a su lado, lo calibra, así, perfectamente: "¡Qué caudillo de montoneras hubiera sido!" Fue cuando a Don Segundo le escuchó decir: "Yo no me puedo quedar mucho en ninguna estancia porque enseguida estoy queriendo mandar más que los patrones".

2) *El sentido.* Este personaje no es de los que quedan en escena. Está marcado por caracteres enérgicos en sí, pero débiles y estrictamente ocasionales en relación con la escena de su desempeño y las variaciones que ocurren en esa escena. Por ser hombre de camino, no asentado, sin familia; por no hacer pie en ninguna parte, su mismo

paso tiende a borrarlo, a no dejar detrás de él sino memorias que, también, se borran. Sobreviven con él, resero, en alguna manera, las distancias por sobre los alambrados, y protagoniza una aventura de relativa libertad y mínimas necesidades que le permitían no entrar a permanente trabajo de diario jornal, es decir, que hace posible resistirse a proletarizarse; pero, su andanza estaba demarcada en los relojes del país en transformación. La niebla de misterio que ungió a Don Segundo ante la imaginación del muchachito en las primeras páginas del libro, se deshace al cabo del tránsito del personaje por el libro y su despedida inviste, a las claras, la desaparición del tipo humano que representó. Tal vez de ahí el apremio de Ricardo Güiraldes de no dejarlo ir del todo y de retenerlo en el libro aun cuando el mismo paisano Sombra, de paso lento, siguiera viviendo el resto de su vida en los alrededores del pago, sobreviviendo a su autor, a su recreador. ¿No era manera, por parte de Ricardo Güiraldes, de obstinarse en rehacer —lo que es, también, manera de despedir— una edad del campo argentino que tiende a cerrarse hacia esas fechas que se acercan a 1930? Entre las críticas que inmediatamente de publicado tuvo *Don Segundo Sombra*, sólo una advirtió que algo de esto estaba ocurriendo. "En *Don Segundo Sombra* —escribió en *El Sol*, de Madrid, Ramiro de Maeztu—, la Argentina parece despedirse de su gran mito popular. Es verdad que todavía es el ganado su mayor industria: que entre los años 1910 y 1925 ha visto triplicarse el número de las reses vacunas y porcinas sacrificadas para la exportación y el propio consumo, que la vida de sus gauchos reseros es su máxima fuente de riqueza. Pero al gaucho trashumante sigue el estanciero sedentario, y a lo que en España llamamos la dehesa sucede la pequeña propiedad de cultivo intensivo, y de la agricultura va surgiendo el complemento de la industria, y el gaucho se aleja y desaparece, sin dejar otra cosa que el recuerdo y la obra realizada: el alambrado de la pampa".

3) *El autor.* Juan Carlos Ghiano acierta en esta ubicación "Ricardo se sintió miembro inútil de una clase que ya había cumplido su misión nacional sin encontrar nuevos cauces para sus aspiraciones. Este convencimiento provoca las inquietudes de los años juveniles, cuando aún no veía con claridad su vocación literaria. En los desacuerdos con su grupo, en la primera fuga a París, en los viajes por una Europa que debió ganarse sin errores, en el primer retorno a la tierra, persiste la actividad externa de un argentino sin rumbo,

extraviado entre incomprendiones y rechazos". (*Ricardo Güiraldes*, 1961).

Ismael B. Colombo había aportado esta pauta decisiva: "Con los ejemplares que le quedaban (de *El cencerro de cristal*) y con casi toda la edición de *Cuentos de muerte y de sangre*, dirigióse a San Antonio de Areco. Días antes había pensado hacer una fogata con esos volúmenes, pero cambió de idea: mejor iba a tirarlos a un pozo de 'La Porteña'. Las palabras volverían así a la tierra que había inspirado las mejores de entre todas ellas..." (*Ricardo Güiraldes*, 1952).

La letra inicial, vacilante, se hace tierra para hacerse, luego, letra madura, cargada de sentidos—letra con tierra— en *Don Segundo Sombra*.

4) *El libro*. Un argumento de novela conjuga el libro de Güiraldes; mas, el argumento suele demorarse para dar paso, complacido, a la narración de sucesos, cuentos, episodios, alusiones que sirven bien para documentar, en una minucia de registro poematizado, aquellos aspectos de la vida campesina que van siendo alejados por la mudanza de los tiempos, circunstancia ésta que está presente a través de un toque si-no-es romántico en casi todas las páginas. En la entrada al tema, se anteponen algunos elementos de disociación, de desacomodo artificioso; por ejemplo: cuando en los primeros párrafos, tan pronto aparece el muchachito, Güiraldes lo fuerza a pensar; pensar es el primer ejercicio que se anota en este libro de vida primitiva, sensorial; y para dejar registrada, esto a su favor, una primera señal romántica, el muchachito piensa en sí mismo. En el lenguaje con que le hace relatar a éste lo suyo, Güiraldes filtra algunas expresiones que no se avienen espontáneamente con su naturaleza; esa es, también, zona deficitaria del relato desde exigente estimación. Pero, en cambio, el lenguaje con que presenta a Don Segundo es de precisiones, y mucho más el lenguaje con que Don Segundo se manifiesta. En toda página se revela de parte del autor ese apremio de levantar registro de los hechos antes de que ellos se esfumen del todo. El libro ya supone una recomposición de ecos, que acuden investidos de representación poética; mas ello no perturba la inevitable recopilación de datos y circunstancias como para que la idealización del personaje no oculte las precarias bases del medio que lo hizo solitario, a la intemperie, una intemperie geográfica y una intemperie social. El tiempo del libro es espacioso, desapresurado, casi quieto, que apenas se le ve golpear en los relojes, tiempo de estanque ansioso por retener la imagen

de la nube, es decir, tiempo más de narración que de novela. Porque los pasos de sus personajes se mueven así, pasos lentos en escena enorme, y porque *Don Segundo Sombra* es libro de una despedida, su propio autor parece querer demorarse en cada uno de sus instantes, aplazar la ruptura, componer prórrogas, reencontrarse en esa tardanza, rehacerse, en definitiva, él mismo en esa deshora dulzona y reivindicadora de las sangres y hazañas de su héroe popular, enroscarse en el recordatorio que comienza por incorporar el testimonio romántico del puente viejo con que la novela define su índole: más recuento que acción; la acción, efectivamente, se desmenuja al compás del recuento, como que su personaje grande fue acción que no vuelve. Y porque es el recuento quien en el relato manda, no tiene el libro estructura unitaria; después de sus primeros diez capítulos, el orden se descompone para dar curso a aquello que, espontáneamente, sin plan, se va acercando a la memoria y ésta dicta; es, entonces, en esos capítulos, sin duda los más ricos entre hechos y meditaciones, entre historias viejas y alma sentenciosa del rústico pastor, donde la figura de Don Segundo recibe fuerza de pequeño mito, donde comparecen, desde su pasado irrecobable, sus lucitas de leyenda. Después vendrá el final con la anécdota menor: el muchachito transformado, de la noche a la mañana, en propietario, en patrón, pretexto para desenlazar el relato; pero lo esencial ya está dado; ya Don Segundo Sombra está en camino de alejamiento; ya se nos iba yendo cuando en el capítulo quinto quedaba anotado "ese silencio despreciativo que usan los que se van, cuando hablan con los que quedan en las casas"; ya le hemos estado prolongando nuestro adiós; ya el país se estaba vaciando de él y él, al irse, desangrándose.

II. El hombre que está solo y espera: *Introspección*

1) *El autor*. Bajito, menudo, pero suponiendo reciedumbre de gimnasta, de nadador, preparado para la destreza de seguirle, cómodamente, a la ciudad sus pasos desiguales y hacerse fácil lugar junto a ellos, y no dejar de seguirselos, sin trato prefigurado, sin afectación formal desde ella, desde él. El hombre, aquí Raúl Scalabrini Ortiz, no municipalista descriptivo, nada reminiscente, puede hacer de la ciudad su tema, su diario universo, pidiéndole a esa mágica capacidad de inquisición que parte de su alma —de su ternura—, a través de ojos y piel sorbedores, que le sirva para describirla en plan de descubrirla desde su día hacia adelante, de descubrirla entre sus entrañas futuras, es decir, de levantarle acta de las vacilaciones con que anuncia su próxima seguridad. El trámite es

callejero; a la ciudad la anda; a ella le consagra sus tardes enteras, demorándose para palpitarla, en grande y en pequeño, en esquinas, cafés, salas de cinematógrafos, en otras caminatas, careos, suspensos, otras demoras. La ternura del recreador de la ciudad se hace tiempo generoso de comprensión, y por eso, no se la recrea a golpe de reconvenções, de prejuicios de fiscal; ternura y comprensión componen amor, no amor a primera vista, sino el otro, el más seguro, el más amor; amorosamente Scalabrini Ortiz acaricia a la ciudad en todos sus barrios; la ciudad es unidad de conflictos y armonías para su amor. Y el amor, ¿no necesita creer? Este Scalabrini Ortiz, recreador de la ciudad, ¿no le está buscando, en verdad a la ciudad una fe? En cuanto nota que por ahí apunta algo que en algo se parece a una fe, algo por donde una fe asoma, su ternura, su comprensión, su amor se hacen júbilo. Y el júbilo es manera de compartir esa fe entrevista, de cargar con ella. Y en la prosa de su libro se entrelaza una plegaria sobre la posibilidad cercana. Y ¡qué ganas de dejar escritas algunas profecías!

2) *El estilo.* Estilo a la medida del *porteño* que se demora en palabras, que necesita de varias palabras para aprehender el significado de una, que necesita gastar palabras porque es un estilo de infancia, recargado de palabras como de supersticiones. No es lenguaje directo como no es directo el camino que lleva al alma del *porteño*, o parte de ella, que se distrae por los lados, que no se centra, porque esa inclinación a mirarse hacia adentro es sólo timidez, y la timidez da, precisamente, ese reverso de palabras que se atropellan sin decir mucho, postergando significados y compromisos.

3) *El porteño.* Desde la primera página, el hombre *porteño* de Scalabrini Ortiz quiere creer; y en su lealtad a una posible creencia, ¿quiere atreverse a un sentido para su vida? En una de las últimas páginas, insiste: "En el sentimiento porteño hay una fe que está esperando. Este porteño del año '30 es, todavía, primera generación hija de inmigrantes. Si se hace —o deja— llamar *hijo del país* no es porque se sienta tal, sino porque elude ser aludido como *hijo de gringo*, que es peyorativo. Pudiendo ser las dos cosas a la vez, se queda en el disimulo de ambas. Este *porteño* es —¡atención!— solamente *porteño*; no refleja al país, aunque Scalabrini Ortiz le haya querido investir de más amplia representación, situándolo, incluso, en el centro mismo del sistema sentimental argentino, y como tal afluente principal en el que todos se citan; este *porteño* es un

vértice del país; es país retenido por la avenida General Paz y el Riachuelo, que es, en definitiva, país sustraído, enajenado, a la posibilidad de un grande país argentino que aún no hemos hecho, que Buenos Aires haciéndose ha deshecho. En la esquina de Corrientes y Esmeralda hay sólo una fracción del país. El *porteño* de esa esquina es, desde luego, solitario; por eso, precisamente por eso, su culto a una amistad, no a una amistad cualquiera; en él, Scalabrini Ortiz advierte la existencia de "un desprendimiento afectivo tan compacto que es casi amoroso", tentativa que no logra; queda incomunicado. Si tiene por culto mayor a la amistad es debido a que su prefiguración solitaria lo veta para ella, a su imposibilidad de institucionalizarla en grande. Su soledad más cruel está hecha por la falta de trato noble con el otro sexo. Las anotaciones de *La ciudad sin amor* ponen exacto énfasis en ese notorio déficit de sentimientos que comienza por proscribir a la relación con la mujer a zonas en donde sólo pueden darse el mayor respeto o la más infame burla. La mujer está en un extremo o en el otro. Entre uno y otro extremo, un inmenso hueco en que el hombre en soledad se cree fuerte, entero, y la mujer, en la suya, igualmente defendida y entera. Entre ambos, las mayores barreras de desconfianza. El *porteño* de Corrientes y Esmeralda no es ambicioso; a poco o nada aspira; de la misma manera que no pide no da; cuando se decide a no pedir es que ya está dispuesto a no dar; inepto para el intercambio. Al final de cuentas, la vida es un mate, un bife y un pedazo de imprescindible amistad para la charla sin consecuencias; es decir, amistad sin pactos, sin obligaciones casi. La vida es algo que pasa, que no se le queda. "La vida resbaló sobre él. Él no la vio pasar".

De este *porteño* de Scalabrini Ortiz es posible inferir la actuación de un subconsciente que le dice que hay muchas cosas que hacer en el país, pero todo el esfuerzo de su modorra ciudadana consiste en disimular y desalentar a ese subconsciente y quedar frenado dentro de una inmensa expectativa sin desenlace, en la que actúa no sólo el desinterés —*irla pasando*—, sino el repliegue —*no te metás*. Scalabrini Ortiz, nada rezongón, silencia cargos y condenaciones; sólo le rezonga a sus pares, a los de la *apostasía intelectual* para decirles: "Estas no son horas de perfeccionar cosmogonías ajenas, sino de hacer las propias". Y tomando a su cargo la causa del desatrevido, del replegado, del que la va pasando y no se mete, apresura disculpas en razón al origen del personaje: "Es el hijo primero de nadie que tiene que prolongarlo todo". Pero, cuando Scalabrini Ortiz escribe estas palabras de programa infinito, ya el libro está ganando por ese clima ciudadano de dejar pasar,

de no hacer nada, al punto que sus páginas saben a acta de la indiferencia del *porteño*. Y el *porteño* queda como bloqueado por propia falta de voluntad con respecto a expectativas y posibilidades del país, aquellas que Scalabrini Ortiz, por su propia cuenta, presente y se dispondrá a anunciar. Este alejamiento del *porteño*, esta sustracción de sus energías será, sin duda, uno de los toques que explican y ahondan la crisis argentina que se institucionaliza el año '30.

III. La grande Argentina: Programación

1) *El autor*. En Leopoldo Lugones, la abundancia de energías ponía en uso toda índole de recursos y se desplazaba sobre simultáneos planos. No hay argentino, en lo que va de este siglo, que se haya abierto—y aplicado— a radio mayor de comprensión y labranza. Ningún tema faltó a su cita y todos ellos se le fueron dando porque quien los convocaba tenía voluntad personal de dominio que se afirmaba en intrépidas sangres criollas que sabían a juego y a desafío. En el desempeño de esa capacidad—y entereza— de proponerse ruedo sin limitaciones, se condujo como excursionista en algunos extremos, logrando cubrir, sin embargo, con ingenio y destreza de situación, oportunistas, la ocasional superficialidad; pero, donde escribe el nombre del país pone—o grava a profundidad— su rúbrica completa. Y en los últimos años firma—desafia— casi con exclusiva energía el tema argentino. Su madurez es el reexamen del país, de sus problemas, necesidades, augurios, en una escala de conformidad con la figura criolla de su hombre, con su hazaña anterior, con su pasado de pueblo rústico y agudo a la vez, tal como lo cuenta y exalta en los *Romances del Río Seco*, y es de simultáneo ejercicio de inconformidad con su presente institucional, con su deficitaria sociedad democrática que, para él, no significaba resguardo alguno desde hacer futuro y trabajar grandeza nacionales, tal como lo razona en *La Grande Argentina*. En estas actitudes, Lugones se acompaña de sus personales virtudes, entre las cuales fue la mayor su generosidad¹ para

¹ Extremadamente generoso, Lugones salió, reiteradamente, al encuentro de los que llegaban, mas no para cobijarlos en ademán de caudillo, sino para otorgarles ciudadanía y advertirles del posible destino propio para el que venían hechos. Así, desde *La Nación*, saludó a Luis Franco (9, 8, 1923), a Nale Roxlo (18, 11, 1923), a Rega Molina (15, 11, 1925), a José Pedroni (13, 6, 1926). ¿Devolvieron la generosidad que les acercó el maestro, prestando atención y ofreciendo auspicio a los nuevos que vinieron tras ellos?

darse entero en cada una de sus líneas, afectos y desafectos, para *quemarse* en cada proposición, y que es virtud ésta del que se sabe fuerte y asienta su alma en esa virilidad acaso bárbara con que sostenían su coraje y sacrificio nuestros viejos soldados montoneros. Entre tales actitudes asociadas está el mejor Lugones, el que se nos queda, el que quedará. Este reconocimiento hacia Leopoldo Lugones no llega en quien esto escribe por camino directo; todo lo contrario; bastante lo receló y algo escribió sin afecto en prensa militante sobre sus últimas apariencias; este reconocimiento se hace al saberlo, siempre, desde diferentes posiciones, desde todo lado, el enemigo de las rutinas y las mediocridades,² que en lucha con ellas a todo se arriesga; y se sabe, también —y es esto lo esencial— al ubicar su heterodoxia antiliberal en el cuadro de la crisis argentina del '30.

A Lugones, el poeta de las desorbitadas retóricas admirativas del Centenario —es decir, exaltación de la Argentina propiamente liberal—, le correspondería, por deliberada determinación, sostener las más persistentes y frontales impugnaciones al liberalismo en las vísperas del '30. Dotado de tan robusta sinceridad que procura estar rigurosamente al día consigo misma, que no le consiente demorarse en lo que entiende por propio error, quien fue liberal apasionado —y a conciencia— como había sido apasionado —e impaciente— socialista es, ahora, el más apasionado —y rotundo— exponente de tesis nacionalistas y de metodologías de tipo totalitario. Se apoya en éstas con la extrema honradez y altiva disciplina mental que se apoyó en aquéllas; la pasión que actúa en la impugnación del constitucionalismo importado está sustentada en la misma decencia de toda índole —personal, intelectual— con que ayer no más celebró, exaltando en la *Historia de Sarmiento* y en las *Odas Seculares*, las creaciones argentinas del liberalismo, y anteayer ponía en circulación, con bizarría, el verso nuevo de *Las Montañas del Oro* y las alarmas de su juvenil credo insurgente. En todas estas estaciones, Lugones es apersonó entero, con precisa entereza, de cuerpo presente, sin quitarle el cuerpo a ninguna contingencia, sin eludir enemigos, dándoles la cara, buscándolos. La conducta de esa sinceridad le hace darse de cabeza contra los muy sólidos muros que sostienen las convenciones y lo pone al alcance de todos los agravios. Golpearse y ser golpeado. Lugones ha buscado ese destino. Y ahí está en medio de la pelea con la arrogancia de sus enmiendas, con la altivez de su agresiva y agredida sinceridad, trabajando

² DARDO CÚNEO, en *Cuadernos Americanos*, núm. 2, 1955. *El romanticismo social en la Argentina: y en Aventura y Letra de América Latina*, Pleamar, 1964, ensayo sobre *Lugones y Mariátegui*.

a desvelo sus votos, suscitando más que formación de solidarios a su lado la repulsa y el insulto entre los que ayer o anteayer fueron devotos de su poderosa inteligencia. Deodoro Roca, el caudillo juvenil de Córdoba, le ha gritado, de cerca, los dos insultos que ya le venían, de lejos: el de *poeta-bufón*, de José Vasconcelos, y el de *león de alfombra*, de Blanco Fombona. Él, por su parte, suele parar y devolver con disparos de oportunidad esos agravios, lo que evidencia que no declina ningún derecho y aptitud de guerrillero; mas no encontraremos entre sus boletines de guerra ninguna alusión directa al adversario, ninguna referencia a personales desafectos ajenos. El hombre más insultado —con excepción de Hipólito Yrigoyen, en ese momento—, no devuelve el insulto; su réplica está situada no en zona de lo personal sino en la de la tesis, y en esa zona, sí, agravia enérgica, activa, desesperadamente. En esa zona, aparece como despanzurando fantasmas.

Los fantasmas son, para él, las instituciones importadas que envejecieron. Si disculpa la vigencia de ellas hasta ahí —al fin y al cabo el país se organizó con ellas, y él sigue elogiando a esa organización en su admiración al general Roca, cuya biografía programa—, las condena ya porque no resultan decididamente eficaces sino disgregadoras. El país será en la medida que se centre en sí mismo, en que sus hijos profesen un sentimiento incondicional, intransferible de patria, en que el orden social sea garantía de desenvolvimiento de aptitudes individuales y de gestas comunitarias, en que su democracia esté fundada en la jerarquización de sus ciudadanos de acuerdo con un ordenado esfuerzo nacional en la producción. La República ha de ser taller disciplinado de voluntades originales; el orden es grandeza nacional; nuestra posible y urgente grandeza pide orden y disciplina. Ese es el plan de Lugones. ¿Poeta-bufón? ¿León de alfombra? Cuando reúne, en los primeros meses del '30, para la *Biblioteca del Oficial*, del Círculo Militar, sus polémicos artículos recientes de *La Nación*, precedidos por su discurso en el Centenario de Ayacucho, define, desde el prólogo, ese plan doliéndose primero de que la vida del país presente como lastimada la necesaria virtud de la disciplina. "El restablecimiento de la disciplina —dice ahí—, perturbada como se ve en los fundamentos de la existencia colectiva: familia y educación, administración y trabajo, viene, pues, a plantear un caso de verdadera defensa nacional". De ahí, también, para él, el necesario enlace entre disciplina y Ejército, pues ella es virtud en el seno de éste. "Socialmente hablando, la disciplina militar es la civilización de la fuerza; y con ello un precioso elemento de cultura, puesto que este resultado espiritual consiste en la formación de la conciencia". En ese pequeño libro se va cimien-

tando su disidencia antiliberal con las tesis del desenvolvimiento argentino, como para que se evidencie, desde entonces, que en este Lugones que se sabe y se proclama argentino antiguo y que pide fidelidad a la patria en la advocación de su pasado histórico—y nada de esa historia intenta revisar y a toda ella acata—, no provee de recetas de restauración, no miran en una palabra, hacia atrás, pues el pasado tiene, en su plan, la certidumbre de un épico punto de partida, intransferible en los sentidos que como pasado le corresponde y que merece aparecer como hecho coherente para auspiciar mejor la aventura del porvenir. El pasado está en sus sangres, y el porvenir en su plan. Si exige retener una visión de grandeza del pasado ha de ser para que esa grandeza sea la escala de los días nuevos. Y ahí mismo incorpora como metodología de su plan la necesidad de integrar las ramas de la producción nacional. "La independencia completa—escribió en *La Patria Fuerte*— es inseparable de la potencia". Y la independencia completa, es decir, la Argentina potencia, tiene bastante que ver con estos materiales que definen la arquitectura de una comunidad moderna: hierro, hulla, carbón. Si solamente somos productores de materias primas, renunciando al progreso industrial—situación insostenible, además, dado el deterioro de los precios agrícolas—, necesitaríamos armarnos en nuestra defensa, porque las zonas que producen materias primas son las más codiciadas; pero, para armarnos necesitamos, a la vez, "alta industria de pertrechos y transportes, cuyos productos y máquinas es muy difícil introducir del extranjero en caso de guerra". "A pesar de nuestra riqueza y prosperidad agropecuaria, no nos bastamos; es decir, no somos potencia. Nuestra independencia económica es condicional y nuestra defensa insuficiente hasta lo angustioso". Bajo el título *La encrucijada*, otra de las páginas de ese libro, advirtió: "La ganadería y la agricultura, en crisis persistente, no bastan". "La solución de nuestra crisis—explica— es de orden interno y consiste en la ruptura del círculo vicioso que nos pone en trance de perdición". "Hay que proceder sin demora—postula— a la transformación industrial del país, pero esto no puede hacerse mientras la legislación obrerista nos mantenga en condiciones de insostenible competencia con los rivales vecinos y lejanos". En estos mismos años, desde *La Nación* hace campaña en favor de la explotación de nuestras reservas carboníferas. Para realizar su plan, propone la "Democracia de la espada", como previo "deber de potencia". Aquí, ya podemos inventariar, en estas afirmaciones, la vigencia de una poco lúcida contradicción: ¿puede darse, acaso, desenvolvimiento del país hacia potencia a través de la represión de la vida obrera? Nos dirá que sí y dispondrá toda su fe, su mucho

entusiasmo, en esperarlo todo de la espada, espada solitaria con respecto al resto de la comunidad, espada por sobre la comunidad. Quitándole bases populares a sus tesis nacionalistas las obliga a auxiliarse en mecánicas de tipo totalitario, suponiéndole a esa espada solitaria función represiva. ¿Contra quién? Precisamente, contra la clase obrera. En *La Grande Argentina*, libro que se resentirá en este juicio, sostiene que los problemas obreros eran "asunto de policía". "La cuestión social es acá—se empeña en afirmar—una postiza adopción extranjera fomentada por el soborno electoral. Cosa de políticos, que acabaría junto con ellos en un trimestre. Al receso de esos parásitos tendría que corresponder la expulsión de los agitadores". Lo que importa es reducir los costos de nuestros productos para que hallen fácil aceptación en el mercado internacional. En párrafo anterior al del juicio acerca de la cuestión social y la agitación obrera, había responsabilizado en el "obrerismo la desmesura del costo de producción, que reduciendo las exploraciones, deprime la riqueza nacional en otro tanto". Cuando en Australia triunfó el laborismo—es su ejemplo—, la carne australiana, encarecida por el aumento de los salarios obreros, pudo ser desalojada del mercado internacional por la carne argentina. "La lección—deduce—no puede ser más concluyente. Por lo tanto, bajo costo con represión y sacrificio de la vida obrera. ¿Cuestión social? Asunto de policía. ¿Es que han sostenido otra cosa los viejos liberales, aquellos que se empeñaran en no desenterrar el carbón, la hulla y el hierro como él quiere desenterrarlos? ¿Es que se puede tener la misma concepción superficial de ellos, coloniales, cuando se procura suponerle función a la clase obrera en el des-entrevimiento nacional? Precisamente, ¿se someterá a la clase obrera como en una colonia cuando lo que se trata es de integrar la nación? ¿Puede ordenarse la vida de esa clase para servir, indefinidamente, a la exportación, en lugar de aprestar la más activa participación de ella en el conjunto de la vida nacional, creando riqueza hacia afuera y hacia adentro? La consideración del antiliberal Lugones del '30 sobre la clase obrera es consideración liberal y colonial. En todo lo otro, lidiará, denodadamente, contra el liberalismo y por la certidumbre de nación, por la posibilidad de potencia.

2) *El libro.* Desde la primera letra, *La Grande Argentina*—que está en las librerías, con puntualidad paralela a la de la conspiración antiyrigoyenista, en los primeros meses del '30—, enuncia el objetivo nacional: realizar el destino del país equivale a llevarlo

a la categoría de potencia. Tras ese enunciado, acusa dos factores visiblemente adversarios que, hasta aquí, fueron dos errores: las instituciones extranjeras y la ideología liberal. Enfrentarlos no significa prescindir de las estructuras básicas; democracia y república son inseparables; se trata de que sean argentinas, no anglosajonas; el no ser argentinas hace nocivas a las instituciones de setenta años de liberalismo; ineficaces por inadecuadas. "Cuanto más adelanta el país, o sea cuanto más dueño de sí mismo se vuelve, más torpe también va resultando su ejercicio". De ahí la divergencia entre política y bien público, términos irreconciliables, ante los cuales es imperioso optar en nombre del porvenir de la nación, comprometido por la política. El problema argentino de ese momento no es una Constitución violada; es esa Constitución de inspiración anglosajona. "A despecho del liberalismo, no son las ideas lo que nos gobierna. Son las necesidades. Y como las nuestras no encajan en aquel sistema anglosajón, gobernamos fuera de él, es decir, en falso, porque debemos acomodarnos a la letra". Reaccionando, en su hora, frente al *gauchismo*, "el liberalismo constitucional exageró la nota extranjera". La acertada intención —así la ve Lugones— que pudo guiar a ello, descaracterizó al país. Pero, "entretanto, crecía; y este crecimiento fue llevándolo, como es evidente ya, al rehallazgo en sí mismo". De ese crecimiento y rehallazgo saldrá la grande Argentina.

Exactamente, año '30 argentino. ¿Qué venimos siendo? Un *Estado geórgico*; nuestra carne vacuna ha ganado el mercado mundial; primeros exportadores de maíz; segundos exportadores de trigo, en escala mundial en ambos casos. Pero, el precio de nuestra riqueza nos es impuesto: "la servidumbre que padecemos, debido a esa intervención económica, proviene de la monocultura y de la desorganización del mercado interno". Causas precisas; buen camino de comprensión. Frágiles son las bases del *Estado geórgico*. Nuestra clientela de productos de primera necesidad está formada por potencias y las guerras han sido, siempre, motivadas en la necesidad de conquista, por parte de ellas, del suelo que producen aquellos productos. Ojo en esto: "Peligro y responsabilidad aumentan con la aduetez, que ya hemos alcanzado como nación". El peligro tiene esta versión: "La subordinación de nuestros productos a la cotización impuesta desde el extranjero, es un Estado colonial sometido a otra deficiencia concurrente: las ramas fundamentales de toda industria nacional, es decir, la siderurgia y la construcción, dependen del suministro extranjero de hierro y de hulla, que poseemos pero no explotamos; con lo que nuestro progreso industrial hállase a discusión de los países proveedores" ¿Cómo proceder con el capital ex-

trajero? Una política hostil de parte de nuestro gobierno comportaría "una manifestación de impotencia deprimente para su crédito y su capacidad, y una subordinación a intereses extranjeros mucho más sospechosos que los sospechados". Cuando se trata de capital extranjero y de inmigración, todo puede complicarse "si el patrimonio nacional carece de preservación y riqueza"; privarse de ellos sería "costarnos la seguridad con atraso y la miseria"; si no viene el capital privado del extranjero, terminaríamos por endeudarnos a los Estados extranjeros; aquel capital es barato; este otro es caro. La solución consiste en recibir aquél, tomando estas previsiones: posesión de la tierra sólo por argentinos nativos o naturalizados; nacionalización de las hipotecas y los seguros; funcionamiento en el país de directorios de empresas que explotan servicios públicos; precios mínimos y tipificación de nuestros productos agrícolas para la exportación; inmigración selectiva; "ley de gobierno bancario". La enseñanza, también, será previsora: la universidad deberá "formar los tipos de ciudadanos más adecuados a las actividades útiles del país". "Esta es, ante todo, una República agraria cuya mayor entrada proviene de la exportación de sus productos rurales, y cuya exigencia más perentoria consiste en la transformación industrial que aumente el valor de aquéllos, explotando al par las materias primas para bastarse cuanto antes con su propia riqueza; pues la evolución económica de la posguerra ha rebajado hasta la insuficiencia su rendimiento ganadero y agrícola". A tales necesidades, corresponderá la enseñanza. "En vez de limitarse a una decena de títulos doctorales", "la enseñanza que el Estado imparte debe tener un objetivo determinado por las conveniencias peculiares de la nación. Así resulta nacional y propia del país, cuyo carácter robustecerá recíprocamente". La conveniencia del país: no la ideología. "Preparemos hombres para la República Argentina en vez de entes abstractos para la humanidad". Todo se supeditará a las necesidades nacionales; ante ellas, un ciudadano será un soldado. El país desaprovecha sus recursos—desde la salud del *hijo del país* por desfavorables condiciones de trabajo; y, en cambio, ha de movilizar su riqueza: "creación y perfeccionamiento de dos industrias, tan indispensables a la vida civilizada como el orden, la instrucción, el alimento, el vestido y la vivienda: la metalúrgica y la forestal"; esta última explotada como en plena barbarie. Y el poeta se aplica, inmediatamente, a trazar una guía para la construcción de un país fuerte, anotando las industrias indispensables que lo hacen. Todo hay que hacerlo. "El país—repara en este extremo—no fabrica, o lo hace con material extranjero, ni una herramienta, ni un utensilio de labor, ni el tarro más insignificante, ni una herradura, ni un freno,

ni un vehículo, fuera de la carreta primitiva o de la canoa, ni un riel, ni un almacén de edificio, ni un fleje, ni un clavo siquiera —poseyendo en abundancia todos los elementos para elaborarlo bien. Paga a peso de oro—deduce, así, la significación de ese hecho— la llave de oro de su seguridad, y la deja, todavía, en mano ajena". El ferrocarril: "órgano del comercio exterior y no del mercado interno, mientras su función de mero tránsito a puerto no fuera transformándose en distribuidora de la riqueza nacional". Habrá de "adecuarse a la evolución de la producción y el comercio nacionales" la red vial con ferrocarriles, caminos, ríos y canales.

Evidentemente, "la República rural que hasta hoy somos, constituye de hecho un Estado colonial". El Estado colonial, el *Estado geórgico*, no construye nación, no consiente independencia. "El dilema es fatal: o la nación hace su política económica, o se la hacen desde afuera". Plan inmediato: crédito agrario y elevadores de granos; tarifas protectoras de las industrias que elaboran nuestra materia prima; producción nacional de hierro y hulla; "adopción del carburante nacional"; fijación periódica del poder adquisitivo de la moneda. Pero este plan requiere ejecutores diferentes a los conocidos. Aquí, las mecánicas de tipo totalitario: el camino no es el del comicio; "el único remedio está en acabar con la política" y con los ideólogos, pues "el principismo pertenece ya a la historia"; "adoptar un decenio de vacaciones políticas"; el "conjunto político llamado pueblo" no es capaz de instrumentar el progreso nacional que nos haga potencia; reorganizar el Estado a través de la representación de instituciones y asociaciones: desde la academia universitaria al gremio manual; el poder ejecutivo en manos del Ejército; la Justicia designada por colegios de abogados y universidades. Mientras tanto, "la nación está sacrificando su prosperidad y su porvenir a la vanidad de los ideólogos y al provecho de los políticos. Su democracia de importación ha fracasado, precisamente, por ser extranjera desde el texto hasta el espíritu".

Así están abundantemente razonados los temas principales del ordenamiento de la nación en *La Grande Argentina*, libro representativo con relación a los que componen el conjunto del quehacer de expositor y crítico político de Lugones en esos años inmediatos al '30, y cabe decir que tal quehacer era político, porque, a pesar de su repudio a la política como ejercicio menor, no hay otra manera de aludir a la insistente preocupación de quien dispone todas sus fuerzas en discutir—y agitar— cuestiones que hacen la finalidad del Estado y al destino de la comunidad. Mas, la calidad de representativo del libro está, también, dada en que sus páginas revistan, con prolija pasión, todos los problemas del país en acuerdo

a sus medidas potenciales, bajo una apresurada inspiración de engrandecimiento.

Desde el libro, las tesis nacionalistas de desenvolvimiento y las propuestas mecánicas para impulsarlo se trasladan al curso de la revolución de septiembre de ese año '30 y que tiene en su autor al consejero del general que la conduce.

Dimensión Imaginaria

POEMAS

Por Susana FRANCIS

PALABRAS

LAGUNA antigua.
Honda caverna irrellenable.
Cayeron de los hombres
guarecidas como trigo
en los silos de su historia,
como guijarros en sazón
erosionando las mejillas
de las caras geológicas.

Amar y desamar . . .
Soplo perdido
o desecado en líneas
de páginas sembradas,
o —lanza en ristre—
acometiendo orejas
como tercos molinos.

Mira ¡oh Dios! quienquiera que tú seas:
qué microvidas —hombres—
infectan esta tierra.
Dondequiera sus costras virulentas
la supuran, laceran . . .
Pero ¡ay! ¿qué son, desde el insecto al ave
y al mamífero humano,
sino pobres criaturas de tu mano?
¿Qué hacen aquí, mordiéndose, sangrando,
ridículas criaturas duelo a cuevas
que inventan desbocadas sus caminos
—laberintos sin metas?
¿Qué harás oh Dios,
con esa etérea masa:
nuestro esperar-desesperar perpetuo?

*¿Para qué, las palomas escondidas
dentro del corazón de mi cerebro,
dilapidan sus alas?
¿Para quién desenredan su mensaje
—tarea sin fin, indescifrable empeño—
en su idioma nativo:
muerto lenguaje o tal vez no nacido?
¡Ay de mis voces locas, desprendidas
del grito en llamas!
En cavernas sin fondo sepultadas:
sordos, sordos oídos.*

CARTA A MI

OLVIDA. *Olvida.
Nada debes a nada.
Lo aprendido, disuélvelo,
como una exhalación dentro del aire.
Sé nueva. Tus ojos al abrirse
inauguraron la luz.
El mundo comenzó cuando naciste.*

*Eres tan sólo un hilo, una puntada
sobre la vasta tramazón. La raza
de los hombres desde el principio
oscuro se devana. Te entretejes allí.
Y sin embargo el mundo es tuyo ¡hoy!*

*Hemos pasado el tiempo
en encender la flama
ictérica, insegura,
de lámpara votiva
ante la imagen nuestra.
Y hemos dado en ofrenda
nuestro ramo de lástima
porque tanto nos duele
nuestra propia fortuna.*

*Pero tú y yo sabemos:
ese es el falso dios,
el becerro dorado.*

*Y en nuestro sobresalto
leemos la sentencia:
"será purificado el altar:
seremos arrancados de la tierra".*

*Somos los reos atados
a la misma cadena.
Condenados al hambre
y a la sed. Con la cara
hacia muros ensordecidos.
Convictos todos
de soledad, purgamos
la condena perpetua.*

*Tú que rompes el eco
de tu lamento, ¡calla!
No hay a quién apelar.
Somos reos del vivir,
presos dentro del claustro
de la piel. Sin embargo
yo no busco mi consuelo
en tu pena y tu pena
no se siente la hermana
de mi mal.*

*Todas las horas roen
algo de nuestra vida.
El tiempo ara los campos
de nuestra piel, y dentro,
el bastío cultiva su oquedad.*

*Goznes aquilosados
del clown—¡fin de la fiesta!—
que después de la risa,
los cordones por tierra,
sobrevive al olvido
tras olvido.*

*Algún día seré
sólo polvo en el viento,*

*y el viento, en las cavernas
de su soplo, gustará
de mi buella, un momento.
Y en los viajes del aire
lloraré con la lluvia
tal vez, o tal vez viaje
en hombros de un insecto.*

*Pero entonces mi voz te alcanzará,
futuro Prisionero
—oído que en noche sin ventanas
oses vagar, jinete en igual sueño—.
Y llenarás el túnel de tu oreja
con mis voces perdidas.
Y lloraré una lágrima en tu lágrima
otra vez, como un eco.*

A SOCRATES

***E**N el refugio inmenso de tu casa pequeña
déjame entrar ¡oh Sócrates! quiero ser tu amigo,
sentarme ante tu mesa al lado de Jantipa
y consumir mis ansias de saber, como leña*

*en la pira que enciende tu palabra que preña.
Asomarme en tu pozo: descubríme en la ortiga
—semen de la rotunda madurez de la espiga—
y mirar en su espejo la ignorancia que enseña.*

*Es tan ligero el vino que se escancia en tu vaso,
son tan pocos los labios que abreven en tu mesa,
que podemos, amigo, preparar nuestro brazo*

*para que, como brindis final de sobremesa
apuremos, sonriendo, nuestro último ocaso
—un adiós que saluda a otra vida que empieza.*

RESPONSO A LA EDAD MEDIA

*C*AMPO en que Europa aró su sementera
Tiempo en que nuestro tiempo otoñecido
cantó, anónimo juglar, su primavera.
Terror divino en bóvedas vertido.

*Largos perfiles de las catedrales
que espigan en la gótica ladera,
de vírgenes curvadas en vitrales
con el niño sonriendo en su cadera.*

*Conocen de la ciencia ya olvidada
de vivir sin jamás preguntar nada
y morir descansando en la certeza.*

*Sólo la fe dio alas a las manos;
nadie calzó su firma en los retablos
donde el cristo desmaya la cabeza.*

TRES ESTAMPAS ANTROPOIDALES

Por Luis CARDOZA Y ARAGÓN

Al Doctor Enrique Cabrera

I

Consecuencias de la expedición Hagenbeck

HE narrado en mi *Informe para una academia* las peripecias de mi ascenso. A pesar de que deseé que no hubiera ningún énfasis en mis palabras, siento que sí lo hay y que una especie de sucia satisfacción, a veces veladamente triste o torpemente irónica, muestra mi nostalgia del falso paraíso perdido.

Lo que no tenemos es lo que anhelamos; lo que perdimos nunca podemos recuperarlo, ni aun recuperándolo. Hipócritamente, hablamos de que estamos satisfechos como somos, como vivimos. Esta fue una asociación de ideas clara y hermosa que debió, en cierto modo, ocurrírseme en la barriga, ya que los monos piensan con la barriga, y perdón por autocitarme. Hay no se qué residuo excremental en todas las palabras. La satisfacción que nos dan es una costra de légamo fermentado.

Mi recuerdo, antes de dejar el mentido paraíso, sin manzana o con ella, es un verde mar apacible a partir de lo que considero encuentro feliz con la expedición Hagenbeck. Creo en el progreso y pongo la mayor diligencia—sin duda alguna, real y sincera—en mis estudios. No puedo evitar seguir avanzando. El futuro me sonrió más y dejé el music-hall. Todo está a la luz del día: no hay nada que ocultar. Hace meses entré en una escuela de adiestramiento contra los guerrilleros que combaten en mis montañas. El uniforme con sus botones dorados, las charreteras y medallas que tapizan mi pecho, los pantalones azules de los días de gala o de color de selva que uso en las maniobras me sientan bien, y hasta creo que los merezco.

Quisiera saber cabalmente de qué se trata, pero no alcanzo a distinguir todas las verdades ocultas en los textos y en las explica-

ciones de los grandes gorilas, como llamamos con cariño a nuestros jefes. Son éstos unos hombres admirables que oponen fuertemente el pulgar y manejan con suma facilidad y destreza las ametralladoras, las granadas, los hilos telefónicos. Mis compañeros, si a veces alcanzan mejores notas en las materias teóricas, están siempre muy lejos de mi capacidad en las prácticas sobre el terreno. Todos somos buenos amigos, leemos historietas de "monitos", de viajes interplanetarios, proezas de Mandrake o de Tarzán, y vemos mucha televisión en las horas de reposo. La serie "Los intocables", que cuenta la vida de Chicago en los años que mis maestros llaman de la depresión, es nuestra preferida.

Hoy supe del Premio Nobel y pienso seguir escribiendo para cualquier academia de verdad. Acaso... ¿Quién puede afirmarme que no tengo posibilidad alguna de ganar el premio y conocer Estocolmo? Soy un mono sencillo del campo y carezco de prejuicios raciales o de cualquier otro orden, cosa que no comprenden y desagrada a mis maestros. Esperan que al avanzar logre adquirirlos, como conviene a todo ser civilizado.

El instructor que nos dirige me asegura que cuando yo progrese un poco más podré entrar en alguna sociedad secreta o en algún club muy distinto al casino de la escuela. Hay, me dice, sociedades en las que sus miembros celebran interesantísimas ceremonias rituales con la cara oculta tras un capuchón cónico y el cuerpo ennoblecido con un solemne camisión hasta los pies. Antes de la salida del falso paraíso, ninguno de nosotros habría pensado ni en sueños en organizar algo tan inesperado y atrayente. Yo no habría podido imaginarlo, y eso que, según se afirma, modestia aparte, no soy un mal ejemplar de "mono sapiens". Salto de una ciencia a otra, como de una rama a otra, aunque no sean, precisamente, del árbol de la ídem.

Mis colegas, siguiendo impulsos de reflejos condicionados, gobiernan con sabiduría la mayor parte de los pueblos del Continente. En algunos pueblos parece que no son ellos quienes gobiernan, según el rubio gorila que nos instruye, pero destaca que de mis correligionarios depende que se cumplan las graves decisiones que nos llegan del norte. Tenemos firme sentido de clase, y hasta diría que de especie: somos algo aparte, lo creo cada día más, y esta metamorfosis me da seguridad de que nacimos para mandar en estos países nuestros y rescatarlos de su absurdo patriotismo. No es por Nietzsche que pienso en el supermono, ni por los amaestradores a quienes a veces no les entendemos los gritos porque están masticando chicle cuando dan sus órdenes en las maniobras. El más competente de mis maestros nació en Dallas y vivió dos años en las selvas del

Vietnam, en donde los aborígenes disfrutaban de magníficos especialistas en Napalm y otras bromas.

Hay tanta ingratitud en el mundo, tanta infiltración de ideas exóticas que se nos calumnia y nuestra obra benéfica es repelida con arrojo digno de mejor causa por los nativos que estamos liberando. La tarea es ingente; son muchos los que poseen verdadera vocación de perderse, y en tales circunstancias es imposible lograr para ellos la salvación. En la Escuela Superior, a la cual habré de entrar más tarde, estudiaré técnicas psicológicas, economía política, marxismo y antropología, para servir con mayor eficacia. Soy mediano para la música y el canto. Sé algunas canciones. Después de las prácticas en el polígono de tiro, acaso para reposar los nervios deliciosamente enardecidos, escuchamos la Serenata de Schubert, leemos en voz alta a Darwin y a Kafka, bailamos mambo y comemos cacahuates.

Nuestra educación es tan exquisita que aniquilar a los nativos revoltosos que no quieren extraer las riquezas de las minas, cargar los plátanos de las compañías fruteras o los barcos petroleros para beneficio del mundo libre lo hacemos con reconfortante fruición y nos colma de sano orgullo. Algunos compañeros aún mal amaestrados, al principio son tan bellacos que experimentan cierto malestar al sentir el olor de la carne asada por los lanzallamas. No faltan los timoratos, los bobos que no comprenden la altísima misión que cumplimos. Estos son muy pocos, sin embargo. Hemos sido seleccionados minuciosamente. Las pruebas son exactas, y cuando por algún motivo ya en los simulacros se descubre que alguien carece de las virtudes indispensables para nuestra noble investidura, se le ocupa en menesteres muy secundarios, como servir en la cocina, o se le retira para que vuelva al rebaño del comercio, las profesiones liberales o las estupideces artísticas.

Sabemos que algunos ingratos se han quedado en la selva con los réprobos y que con ellos combaten a nuestras misiones pacificadoras y humanitarias. Estos ingratos se identifican con los nativos y olvidan toda la ciencia que simulaban haber aprendido para servir la causa de la humanidad. Su lastimosa actitud, que los nativos consideran heroica, no solicita nuestro desprecio sino nuestra piedad. En mis prácticas de paracaidista, al ir cayendo sobre la selva, aunque esté muy formado y uniformado con mi ropa de leopardo que me disuelve en los follajes, me he dado cuenta de que no es muy fácil olvidar lo que fuimos. Pero llevamos, como se puede, la civilización a los pobres nativos indolentes, con el sacrificio de su vida, y, a veces, aun de la propia.

Hoy concluye el semestre en que nos explicaron la Alianza para el Progreso. ¿Qué sería de los millones de nativos de sangres

mezcladas, bastardos de varia especie, sin tanta compasiva abnegación de nuestra parte? Asidua, indulgentemente, vamos hasta ellos con cereales y leche condensada, helicópteros, biblias, ametralladoras, técnicos e inversiones. Hay que cumplir con el deber sin pararse en minucias, para lograr que estas pobres gentes vivan mejor y sepan ganarse el pan en los socavones de las minas o en las costas palúdicas.

Todas las reflexiones apuntadas en mi cuaderno de "Tácticas represivas" no me explican, sin embargo, lo que aconteció ayer por la mañana. Por lo contrario, creo que mi razón ha jugado con mis perplejidades como un gato con un ovillo. Cuando releo lo escrito descubro que inconscientemente deseaba esquivar tal inquietud inexplicable. Inexplicable, dije. Y así lo creo. ¿Cómo los propios parientes nos odian y desprecian? ¿Viven engañados por un orgullo sin base y por ello rechazan nuestra misión? El asunto se presenta sencillo. Se presenta, pero no lo es. No acierto a ver con claridad. Mis heridas fueron leves. Sangré mucho por la boca y la nariz, y tengo otros golpes no tan espectaculares, aunque más dolorosos, regados por todo el cuerpo.

Aconteció —sonríamos al decirlo— que un grupo de "gorilas", vistiendo el uniforme del día de salida, fuimos a contemplar a las muchachas que arrojan cacahuates a los changos enjaulados. Pero cuando los changos nos vieron con nuestros espadines, metidos en nuestros uniformes de vivos colores, los muy canallas se comunicaron entre sí rápidamente y una lluvia de piedras nos hizo desbandarnos en orden, de acuerdo con tácticas para nosotros muy conocidas. Nos replegamos con gran concierto hasta donde los osos siberianos, con tranquila majestad somnolienta, hacían verdaderas monerías a las hermosas muchachas que los admiraban. En el repliegue fueron abatidos seis de los compañeros mejor amaestrados. Por fortuna, no corre peligro la vida de ninguno de ellos. Los abominables changos del zoológico se comportaron como sucios guerrilleros nativos. Sin hacer juegos de palabras—odiosos siempre y de mal gusto—debo admitir que fue un rechazo contundente.

No quisimos repeler la agresión de estos idiotas. ¡Era tan fácil imitar a la gente!

II

La huelga de Dolores

CADA año, el Viernes de Dolores, los estudiantes universitarios guatemaltecos celebran un festejo satírico y atroz: la Huelga de Dolores.

La noche del jueves se lleva a cabo la velada en un gran teatro de la Capital. Es un acontecimiento extraordinario, sintomático y desgarrador. Ya en la velada circula el periódico clásico del festejo: *No nos tientes*.

Para las 9 de la noche del último jueves de cuaresma estaba anunciado el comienzo de la velada. Horas antes, un río de gente principió a entrar en el teatro que se llenó por completo. Como siempre, con muchos días de anticipación, los boletos se agotaron a precios muy altos.

En las primeras butacas se encontraba con su séquito el presidente de la república, gorila con entorchados en todas partes, deyección de la historia reducida ya a repugnantes efemérides.

Al comenzar la velada, un estudiante, desde el escenario, pidió al público que se pusiera de pie, porque se tocaría el himno nacional de Guatemala.

Con el requerimiento del estudiante el público se puso de pie. Empezó a escucharse el himno nacional de los Estados Unidos. Una tremenda carcajada resonó en el teatro. La carcajada crecía y arremolinábase como nube espesa sin lograr salir por puertas o ventanas. El presidente la sintió como un puntapié, seco y poderoso, en salva no sea la parte. Vio para todos lados. Se sonrió. Se puso lívido, verde, bugambilia, y siguió de pie, estupefacto, demudado y colérico. La carcajada no se apagaba nunca, renacía su trueno corrosivo y su alud de púas estentóreas rasgaba la quejumbrosa música del himno extranjero.

Prosiguió el espectáculo: el pueblo desollado por amor impaciente burlándose del pueblo desollado, de sus verdugos y traidores, herido y violento, confuso y sagaz al mismo tiempo, de verse burlado y de burlarse, de abrirse las entrañas. Un gran espejo para cada uno era la catástrofe que acontecía en el escenario, en donde los muchachos derramaban su resolución y su dolor en injurias, sarcasmos y blasfemias. Espectáculo exasperado y trastabillante, pero dirigido su humor, a veces burdo, descarnado y cruel siempre. No se encubría ninguna esperanza, ninguna resignación: arrancábanse máscaras fogosamente. Se animaba una pesadilla procaz, la realidad vista con lente de aumento y desde un solo ángulo y, en el fondo, sin exageraciones. Porque cuando los estudiantes gritaban en el diálogo que fulano era un hijo de puta, en verdad antojábase eufemismo seráfico.

No nos tientes se agotó pronto, a precios excepcionalmente altos, a pesar de que habíase triplicado el tiraje del año anterior. Al leerlo se tenía, por su pólvora mojada, una oscura impresión de solidaridad y decaimiento crispado. En lo patán inenarrable del pe-

riódico y en los pésimos dibujos soeces que lo ilustraban, la indignación estudiantil agredía atormentada y anárquicamente.

El arzobispo, "Monseñor Ganzúa", amenazó con la excomunión a quienes participaran en el festejo y a cuantos lo presenciaran. La amenaza fue tan buen estimulante como el reciente asesinato de los universitarios en las calles. A las celdas de la penitenciaría llegaron ecos de las farsas más aplaudidas y algún ejemplar clandestino de *No nos tientes*.

Se advertía que no sabiendo cómo deshacerse de la fermentación de inquietudes durante años domeñadas, los universitarios creaban aquel tenso simulacro en espera de la batalla con la que hacía años soñaba todo el pueblo. Siempre, como arrinconada y pequeña, quedábase la más tajante palabrota. La impetuosidad mal contenida hacía perder la cabeza a los actores improvisados. Una serie de asmáticas escenas grotescas, a veces muy pobres de ingenio, desbordadas de ira y asco minuciosos. Qué tortura que las armas de su exigencia carecieran de mayor alcance, que lo más enfurecido fuera musgo sobre las murallas.

De un silencio de hambres y humillaciones, de ríos de patadas y latigazos, de la polilla y las cucarachas de los expedientes de los juzgados y sus escupideras de peltre, de los piojos y las chinches de los petates de los cuarteles y los hospitales, de los cadilacs de los pistoleros, de la fetidez de las prisiones, de la tinta podrida de los plumíferos y del engrudo de los oradores oficiales, de los latrocínios, de los sobornos y las propinas, saltaba el chorro de pus sanguinolento que cruzaba el escenario y embarraba la cara del público.

Las risotadas atronaban a cada momento por los gestos en los diálogos de las comparsas vociferantes. Sotanas y espadones, en la ocasión, obsedían a los muchachos concentrados en lo más inmediato y sórdido. Sorprendía que el público se olvidara de las tragedias que lo convulsionaban con turbia risa acongojada. Todo era como para gritar de coraje y de impotencia momentánea. Sin embargo, la risa cundía, amarga y contundente. Y cundía de nuevo, mientras la palabrota y la mímica impúdicas empeñábanse en multiplicar la voracidad del linchamiento.

En cada número del naufragio se imaginaba que se había tocado el fondo de la desesperación. Con frecuencia, en ese aquellarre de estiércol furibundo, un relámpago magnífico quedábase cimbrando como saeta solar clavada en la pústula. Pero el número siguiente del programa vencía lo ya visto, siempre en un crescendo de cabezazos contra la roca. Se evocaba a Chichicastenango, con el limbo de su liturgia férvida abofeteada por los dioses. Aquí acon-

tecia algo de lo mismo, aunque de otra índole, ya que los estudiantes nada esperaban de las mentiras de lo maravilloso y de las promesas de los esclavistas y los gorilas. Era como la transposición oscura de un acto mágico, una torpe denuncia con carcajadas y gemidos. Y estos accesos de risa de notarios, mercaderes, empleados, obreros, artesanos, desnudaban a manotazos a un pueblo famélico y rebelde, las llagas expuestas a la luz cruda y rasante, librándose, desde hace siglos, del tiro de gracia. Y el público se hacía actor y los actores público, sin poder expresarse, pujando, farfullando, rechinando, fascinados por desplomes y relámpagos. Acontecía una sola y misma cosa, un *strip-tease* de la furia, a veces casi apático, otras devorante, en el cual participaban aun las multitudes de las aldeas lejanas.

Nuevas formas de sacrificios humanos, y puesto que no eran posibles de verdad y parecían necesitarse tanto, hacíanse en parábolas rotas e inexactas. En vez de corazones, extraían piltrafas de los muñecos sacrificados. Pocos meses atrás, los estudiantes, muchachas y muchachos, desfilaron cantando frente a las balas de los gorilas. Nueve fueron abatidos en las calles; otros, encarcelados y torturados; otros, exilados, como en viejas tragedias que recordaban los bisabuelos, los abuelos y los padres a los bisnietos, los nietos y los hijos que ahora encabezaban las luchas, mientras no pocos de los bisabuelos, los abuelos y los padres, en el Congreso reconocieron como libertador al fante alquilado para extinguir un balbuco de luz.

Concluida la velada, el presidente encargó a sus ayudantes que felicitaran a los muchachos por su ingenio. El presidente se sintió agobiado por el turbión de escupitajos que no atinaba cómo limpiárselos: aquella carcajada, pertinaz de congojas restituidas, no dejaría de oírse nunca, como si fuera la oculta en su propia calavera. El arzobispo, que poco se distinguía del presidente en entendimiento, escuchó de sus informantes las burlas recibidas. Era un viejo enjuto, con no sé qué de ave disecada, ojos hundidos y rostro amojamado. Durante algunas semanas, curas y militares no salieron a las calles con sus uniformes o vestimentas.

La noche del jueves, después de la velada, muchos estudiantes amanecieron cantando. Alegría opaca de dolor que se estrellaba como águila implume y ciega. Qué voluntad en el fondo de la ira y qué altivez en la derrota insepulta. Noche de centellas de cieno.

Se previnieron los taparrabos de la mojiganga del Viernes de Dolores. Un velorio de locos, la tertulia orgiástica en que los más débiles fueron doblegados por las garras de trapo del alcohol. Er-

guíase el cristal de roca de la juventud, a pesar de todo, sobre la tempestad incicatrizable. Yo estaba con ella, y conocía su enardecida luz maravillosa. Vivía el difícil, lento amanecer. El canto estudiantil, "La Chalana", hipaba su monótono clarinazo de guerra.

La policía amenazaba de lejos.

En la propia superficie de la mascarada trascendía el ansia de gritar para que se le oyera, la urgencia de pureza, de lucha y de triunfo. Una juventud espléndida pugnando por librarse de ser destruida bajo los cascos de las bestias. Desesperaciones sin rumbo confundíanse con las inquietudes más nobles, como en la lucha de la sangre limpia en una llaga. Año con año, la catarsis cumpliase en aquella enorme vomitada a fecha fija, bufa y siniestra, cruzada por latigazos de sol que enrojecían torres desmoronándose.

Los campesinos asesinados, los estudiantes asesinados, los obreros asesinados por el dictador en turno.

Las hogueras de libros quemados por los esbirros brillaban en la noche.

Desfilaron féretros negros. Y se oía de nuevo "La Chalana", insumisa y ramplona, entre los fognazos de los fusilamientos.

El viernes siguiente, Viernes Santo, el pueblo con sus túnicas moradas de nazarenos, vela en mano, seguía a Cristo camino de su martirio. En el recogimiento de la procesión religiosa, mientras las campanas supuraban lutos medievales, aún se aprobaría la befa a "Monseñor Ganzúa", colgado en efigie por los estudiantes, como aquél del beso cómplice en la mejilla del Señor.

¿Dónde estaban los jóvenes universitarios de ayer? ¿Los que derrocaron a déspotas como Estada Cabrera o Jorge Ubico?

Llenaban el teatro, mientras los hijos desgarraban las sombras y cantaban sobre los escombros. Eran esos viejos gordos, calvos, genuflexos. Las plantaciones de café, las clínicas de abarroteros de la medicina, los bufetes de los notarios de los monopolios, habían pasado de los abuelos a sus manos, como no deberían pasar a los estudiantes de hoy.

Dos o tres semanas después, ya nadie recordaría las túnicas negras o moradas de los nazarenos y las estrofas de "La Chalana". Y gran parte del pueblo que presenció el festejo estudiantil del Jueves de Cuaresma, del Viernes de Dolores y las procesiones de la Semana Santa, desfilaría el 1 de mayo, con los estandartes de los trabajadores, rodeada por las ametralladoras de los gorilas.

Al volver a casa, más de un obrero o estudiante contempló, nostálgicamente, la imagen puesta en la pared con cuatro tachuelas: un joven barbado empuñando en la montaña un fusil con mira telescópica.

III

El Amatl de Gumarcaab

¡A y oh cielo, ay oh tierra! Mi palabra dice con veracidad que yo he podido posesionarme aquí, bajo el cielo, sobre la tierra, de las bellas montañas, de los bellos valles. ¿Es vanamente, inútilmente, que yo vine aquí a terminar numerosos días, numerosas noches bajo el cielo, sobre la tierra? Así, habló la queja de mi corazón sobre este *Amatl de Gumarcaab*,¹ señor de cualquiera infinidad de minutos. Y aun si el cielo mismo quisiera castigarme, si la tierra misma quisiera castigarme, yo diría mi palabra, lanzaría mi desafío, mi grito. Coloqué mis señales de Popol Vinac de la casa de los Quechés, en la tierra de los coyotes en que viví el exilio, tierra anciana hija del escudo de Cuauhtémoc, a orillas del que fuera el lago en que los Tenochcas levantaron la Gran Ciudad.

Esta es la historia de la nueva estirpe, porque no se ha cortado la cepa, el tronco de los de Iximché, de los Gumarcaab de los hombres de las Tierras de las Hermosas Florestas.

Las escudillas, las ollas, los comales, los apaxtes corrían persiguiendo a los hombres de madera, los seguían por las llanuras hasta el mar donde se ahogaban. Tantas torturas habían sufrido las ollas, los comales que acompañaron a los pavos, a los venados, a los perros en la sublevación contra los hombres de madera. Tientos y animales hablaron juntos, manifestaron sus rostros y decidieron sacrificar a los hombres de madera (los muñecos) que les habían hecho daño. El turno de sufrir, de ser sacrificados había llegado a los maniqués, los hombres de madera.

¿Cómo no razonabáis? ¿Cómo no pensabáis en vosotros mismos cuando nos golpeabáis, cuando nos perseguíais? Por ello os matamos ahora, les repitieron los pavos, los animales pequeños, los animales grandes. La denuncia total la hicieron las piedras de moler a la faz de los hombres de madera, como la lluvia tenebrosa que no callaba, lluvia de día, lluvia de noche. Y he aquí (lo que les dijeron) sus piedras de moler: "Teníamos cotidianamente, queja de vosotros; cotidianamente, por la noche, al alba, siempre. Ahora que habéis cesado de ser hombres, probaréis nuestras fuerzas: amasaremos, mordremos vuestra carne".

En el espacio se tejía la justicia para aquellos hombres de madera (aquellos muñecos, aquellos maniqués), en la doble lluvia de resina que se alzaba de la tierra hacia las estrellas y en la que

¹ Autor anónimo. Versión literal.

caía de las estrellas sobre la tierra, mientras los comales, las ollas, los perros, los pavos, las piedras de moler que habían manifestado su rostro los golpeaban de muerte, sin librarse en parte alguna bajo los cielos, sobre la tierra. Si subían a los árboles, éstos se sacudían y los arrojaban muy lejos de sí; si subían a los techos de las mansiones, éstas se dejaban caer. Hasta los agujeros en que intentaron refugiarse despreciaron sus rostros. La tierra los digería con náusea.

Tal fue la ruina de aquellos hombres formados para ser destruidos, hombres (muñecos) para ser aniquilados. Su posteridad son esos monos que sobreviven en las selvas con sus fundas de leopardo para desvanecerse en los follajes, o blindados de condecoraciones en los palacetes y en los postreros cuarteles. "Por eso —dice el Popol Vuh— el hombre se asemeja a ese mono, posteridad de una generación de hombres contruidos pero que sólo son maniqués". A causa de ellos se oscureció la faz de la tierra.

El Cavador de Rostros les arrancó los ojos; el Murciélago de la Muerte les cortó la cabeza; Brujo-Pavo comió su carne; Brujo-Buho vino a triturar, a romper sus huesos, sus nervios; fueron triturados, fueron pulverizados, en castigo de sus rostros, porque no habían pensado ante sus Madres, ante sus Padres.

Se oscureció la faz de la tierra. Comenzó la lluvia tenebrosa, lluvia de día, lluvia de noche. Uno que otro sobreviviente reconoció su naturaleza antropeoidea; su posteridad es esa de hombres contruidos, de hombres formados, pero (que sólo son) maniqués (muñecos) contruidos de madera para servir como tales.

Y después del diluvio de resina, de la sublevación de las piedras de moler, de los perros, de los comales, de los pavos, los Procreadores, los Engendrades crearon un nuevo hombre, hombre a quien en verdad se debía amar el hijo del alba, el engendrado del alba, en Casa sobre Pirámides, en Mansión de los Peces, así llamadas, en donde nacían las mazorcas amarillas, las mazorcas blancas. La memoria fue, existió. Vieron al instante, su mirada se elevó. Todo lo vieron, conocieron todo el mundo entero; cuando miraban, en el mismo instante su vista alrededor, lo veía todo, en la bóveda del cielo, en la superficie de la tierra. Veían todo lo escondido sin antes moverse. Cuando miraban el mundo veían, igualmente, todo lo que existe en él. Numerosos eran sus conocimientos. Su pensamiento va más allá de la piedra, la madera, los lagos, los mares, los montes, los valles. En verdad, hombres a los que (se les debiera) amar: Brujo del Envoltorio, Brujo Nocturno, Guarda-Botín, Brujo Lunar. Mirad pues y ved el mundo, si no aparecen los montes, los valles; ved para intuímos, se les dijo. Vieron enseguida el mundo

entero y después dieron gracias a los Constructores, a los Formadores. Verdaderamente dos veces gracias, tres veces gracias. Vemos lo grande, lo pequeño, en el cielo, en la tierra. Su afán de conocimiento engendró celos en los Procreadores, quienes les velaron los ojos como el aliento sobre la faz de un espejo.

Tristes quedaron, y comenzaron a escalararse dentro de sí, a asomarse a la luz por los ojos; al viento por la palabra que creó lo que nombraban; al mar lo tocaron con los caracoles del oído, con el paladar, con el vidrio velado de los ojos y los ojos sin párpados del tacto. Y la luz, el viento, el mar, el sonido, los sabores, los pulpos microscópicos de los aromas erguían selvas de ahíncos, cordilleras fosforescentes, profundos ríos sin márgenes en donde el sueño del hijo del alba colmaba el cauce con un torrente de leones de miel y sedas frenéticas. Tristes quedaron, y escaláronse dentro de sí, ilimitadamente; pero cuando despertaron, a pesar de sus ojos velados como el aliento sobre la faz de un espejo, sus corazones se regocijaron al instante a causa de sus esposas.

La posteridad del Brujo del Envoltorio, del Brujo Nocturno, del Brujo Guarda-Botín, del Brujo Lunar no se olvidó de quienes los escarnecían, los monos de Hagenbeck que informan en las academias, se degradan en los circos o se envilecen amaestrados por los gorilas del Norte, sobrevivientes como aquellos dinosaurios que recorren el Paseo de la Reforma, cuando ya se rindieron la prostituta más desvelada y la última estrella. A esos náufragos de un tiempo ido se les han sublevado los hijos del alba, las máquinas, los calendarios, la luz que les roe los sueños, les tatúa el rostro y les ulcera con pesadillas el cuerpo y la memoria.

La posteridad de los Cuatro Varones dijo que había llegado el momento de no sufrir más a los náufragos (maniqués) en que sólo mala madera se había puesto para que fueran destruidos, aniquilados, y sobre sus vestigios se creara, se formara la Tierra Excelente.

¿Cómo no razonabáis? ¿Cómo no pensabáis en vosotros mismos cuando nos golpeabáis? Vuestro instrumento estaba listo siempre para golpearnos mientras comiais. Somos nosotros quienes os borramos de la faz de la tierra.

Si subían a los techos de los rascacielos, éstos se hundían; si subían a los árboles, éstos se sacudían hasta arrojarlos muy lejos de sí. Despreciaron su rostro hasta las cavernas en que se refugiaron para salvarse de las radiaciones.

¿Cómo no razonabáis? ¿Cómo no pensabáis en vosotros mismos?

El diluvio de luz acabó con la posteridad tenebrosa de ese go-

mila que se asemeja al hombre, que sólo era un maniquí (muñeco) de mala madera, náufrago ya barrido de la faz de la tierra.

El rostro del hombre, de nuevo, espejo vivo, sin paño de aliento.

Hasta los animales grandes, los animales pequeños, manifestaron su rostro esculpido por la alegría.

PRÓLOGO ACERCA DEL TEATRO ESPAÑOL DE LOS AÑOS VEINTE DE ESTE SIGLO

Por Max AUB

Prólogo al prólogo

UNA editorial madrileña me pidió, en 1959, que prologara un volumen titulado "Teatro Inquieto Español" que comprendería *Sombras de Sueño*, de Unamuno; *Angelita*, de Azorín; *El Señor de Pigmalión*, de Grau; *Los medios seres*, de Gómez de la Serna; *Así que pasen cinco años*, de García Lorca, y *Espejo de Avarencia*, de Aub. Diéronme hecha la selección, si no, como es natural, no hubiera incluido una obra mía. Aun haciéndolo constar, me costó trabajo escribir estos folios. Pasaron por la censura pero luego la editorial me pidió que edulcorara ciertas apreciaciones acerca de uno de los autores. Me negué a ello. El libro no se publicó. Tal como lo escribí lo transcribo.

TEATRO INQUIETO ESPAÑOL

Prólogo y notas de Max Aub

Las obras que incluye este volumen fueron escritas, más o menos, de 1920 a 1930.

La época

VISTA desde lejos esa década no tiene gran carácter comparada con las que le preceden y siguen, las de la primera y segunda guerras mundiales; la de la aparición del cubismo, el futurismo, los bailes rusos y la del triunfo del nazismo.

Es la década de Mussolini y Primo de Rivera, la del arreglo "definitivo" de la guerra marroquí. Sólo al final el desastre económico norteamericano pone su premonitora nota trágica. Los veinte son la época del charleston, del afianzamiento de las revoluciones

rusa y mexicana; de la lenta cristalización, en España, de una conciencia liberal, bien anclada en Madrid por la Institución Libre de Enseñanza y, en Barcelona, con tintes menos recios, por la Fundación Bernat Metje. Como siempre España marcha retrasada; sólo unas reducidas minorías están al tanto de la hora del mundo, careciendo de influencias en la vida pública. Lo peor es que no se figuran que la van a tener dentro de muy poco. El teatro refleja ese ambiente: muchos espectáculos sin relieve y los de vanguardia en manos de aficionados. Período de confusión y búsqueda que acaba prácticamente con la década. La sublevación de Galán y García Hernández, las elecciones de abril de 1931, señalan el principio de una época distinta. Llega a las tablas, ya no sólo al libro, lo que pudo ser un nuevo teatro español: se estrenan *Divinas palabras*, *Bodas de sangre*, *El hombre deshabitado*, *La corona*, *La sirena varada*.

Poco después, los que parecíamos obligados a formar la nueva generación de dramaturgos españoles fuimos desparramados; callados sin remedio Federico García Lorca y Miguel Hernández. Algunos hicieron su obra, otros perdieron un tiempo irreparable, desterrados; los humoristas—Neville, Tono, Mihura—, que son de la misma camada, no tuvieron más remedio que ocupar los escenarios. Los que siguen tuvieron y tienen que construir en terreno movedizo.

Consideraciones generales

Las generaciones literarias son un método excelente para las historias de la literatura aunque tengan poco que ver con la realidad. Refiriéndose a la década que nos interesa no hay duda que en ella conviven, se entremezclan, se influncian tres generaciones: la del '98, nunca más vivaz: Baroja en la novela, Unamuno en todos sus aspectos, lo mismo que Valle-Inclán, Azorín o los Machado; la de los epígonos del '98 (tan eficaces en la crítica teatral como Pérez de Ayala, Enrique Díez-Canedo, Enrique de Mesa o Melchor Fernández Almagro) con José Ortega y Gasset a la cabeza y la de las nuevas voces capitaneadas por Federico García Lorca.

La generación que sigue a la del '98 no está bien definida. "La guerra—dice Juan Chabás—que dividió a la burguesía española en dos bandos expectantes—germanófilos y aliadófilos—no apasiona a los escritores y artistas jóvenes que se desinteresan igualmente por las peripecias políticas internas. Ellos tenían entonces de 20 a 30 años; aquella primera contienda mundial se les aparecía como el producto de un mundo anterior a su toma de posesión de la vida. Las batallas se reñían lejos y las discusiones sobre el conflicto eran polémicas de la generación anterior.

"Que Benavente fuera germanófilo como Baroja, Ramiro de Maeztu anglófilo como Pérez de Ayala y *Azorín* francófilo como Valle-Inclán, no interesaba a Gómez de la Serna ni a sus amigos y contertulios. Vivían ajenos a toda peripecia social y política. Hijos de familias más o menos acomodadas, por lo general eximidos del servicio militar y por consiguiente libres de la trágica sangría que la guerra colonial de Marruecos imponía a la juventud campesina y obrera, los jóvenes escritores que comienzan a destacarse por los años de 1914 a 1917 se caracterizan por su desinterés por las luchas sociales y políticas en general y las realidades nacionales especialmente. Es notable que cuando en el mundo entero estallan a cañonazos los más graves problemas, estos escritores jóvenes creyesen que podían representar cierta audacia y ser síntoma de juventud el taparse los oídos ante el estallido, ignorar lo que la guerra significaba, cerrar los ojos ante la vida española, grávida de tantas agonías, y consagrarse, con desinterés absoluto, al cultivo de su propia obra. Tal actitud revela una de las características más subrayables de estos grupos de transición: su esteticismo intelectualista y aristocratizante.

"Ese comportamiento que implica tan desenfadada ausencia de solidaridad con el mundo, condujo a esos escritores a la falta de solidaridad ideológica entre ellos mismos. Creer en una *nueva literatura* no es suficiente religión. No podían hacer una generación nueva en torno a afirmaciones como de la superioridad del automóvil de carreras sobre la Victoria de Samotracia (manifiesto futurista de Marinetti) y alrededor de la negación de la lógica y la sintaxis; sobre todo, cuando esas afirmaciones y negaciones, que tenían un sentido en la literatura europea posnovecentista, se reducían simplemente a un mimético juego literario de ademanes entre los escritores españoles jóvenes.

"No hubo, pues, en España una generación de la guerra. Hubo una casi generación, grupos literarios sin cohesión íntima, sin el vínculo de una misión que cumplir, entre cuyos componentes, dispersos siempre y disgregados muy pronto, sobresalió alguna individual personalidad...

"...Carecen de gran público. No parecen buscarlo y ostensiblemente lo desdennan. Flamean como una bandera su postura minoritaria".

De 1918 a 1923, España vive "en un estado frenético de violencia social—dice Ramos Oliveira—. Mandan las pistolas. Se esfuman las últimas apariencias legales y el Estado, impotente, delega en el hampa, armada por él, las funciones de juez y verdugo". El rey sólo tiene esperanzas en el ejército: la catástrofe de

Annual le brindará la oportunidad de establecer una dictadura militar. El 13 de septiembre de 1923, el general Primo de Rivera se subleva en Barcelona y no encuentra oposición. Era el fin de otra dictadura que había durado cincuenta años.

Los desplazados empezaron a laborar en contra de la dictadura. La oligarquía desplazada demostró de pronto amor por la libertad y la democracia. En 1930 cayó Primo de Rivera, que había enfurecido a la aristocracia, perseguido a los viejos políticos, disgustado a la clase media sin lograr ganarse al pueblo. Cayó al empuje del estudiantado español sostenido por la opinión pública, a la que se conformó el rey.

Sobre este fondo no surge un teatro nuevo: no existe público para él. Los esfuerzos son individualistas y, como tales, reducidos. Los intentos de un nuevo teatro lo mismo se deben a integrantes de la generación del '98 —Unamuno, Valle-Inclán y Azorín— que a los de la generación que les sigue —Rivas Cherif y Grau— que a los más jóvenes —García Lorca y Alberti— pero no cuaja en un movimiento.

La República abrió otros horizontes, pronto oscurecidos por la guerra civil que fue particularmente cruel para con el teatro español: acabó con lo mejor que tenía: Federico García Lorca; con el que más prometía: Miguel Hernández. Sin contar la desastrada muerte de Pedro Muñoz Seca. En 1936, por si fuera poco, mueren Valle-Inclán y Unamuno.

El ambiente

LA década española 1920-1930 está intelectualmente bajo la égida madrileña de José Ortega y Gasset, a pesar de que Miguel de Unamuno da más que hablar de sí. Machado no ha otorgado todavía cuerpo entero a su Juan de Mairena y si Juan Ramón Jiménez influye en los mejores poetas es auténticamente la época de *La Revista de Occidente*, de la razón vital, de *La deshumanización del arte*. La cursilería del régimen sirve de buen resonador. Los que tienen algo que decir oyen a Ortega, toda la literatura crece a su alrededor. Está en Madrid; Unamuno, desterrado. Ortega escribe en *El Sol*, Unamuno en América y algunos de sus libros más importantes aparecen primero en francés. En España, como dice tan donosamente Pedro Henríquez Ureña, precisamente en 1920, "quien observa el cuadro actual con sentido de la *estrategia literaria* (arte sobre el cual saben tantas cosas los franceses) se dará cuenta de que existen en Madrid cinco clases.

"Una, los escritores que están fuera y por encima de todo

grupo, ya por su mérito excepcional (tal fue el caso de Pérez Galdós), ya por una combinación de mérito y fortuna (como en el caso de Blasco Ibáñez). Otra, 'todo el mundo', la democracia literaria del periódico y del libro improvisado, donde no faltan a veces grandes talentos, como el humorista Julio Camba. Otra, el círculo de las reputaciones oficiales, y a menudo artificiales o inexistentes, resto de la época de la Restauración: por ejemplo, muchos académicos. ¿Sabe nadie, entre el público de simples lectores, quién es el señor Gutiérrez Gamero? Otra, muy interesante, los excéntricos: tales son, por ahora, los poetas *ultraístas*. Y otra, en fin, la aristocracia cerrada.

"Es larga y compleja la formación de esta aristocracia que, bien se comprende, surge después de 1898. Para unos, existe como cosa de selección consciente y voluntaria; para otros, como ambiente natural, sin que parezcan pensar en ello. Sus miembros se distinguen por la depuración de los gustos, por amor al *decorum*, que se extiende a las formas sociales. Se les conoce, en la conversación, por los adjetivos discretos: nada del 'genial' y del 'sublime' de que abusan los gacetilleros; comúnmente les basta decir: 'está bien', a la francesa, o 'es interesante', a la inglesa. Juzgan rápidamente las cosas mediocres, y no vuelven a hablar de ellas. Pero sus exigencias reconocen límites prudentes: cuando el escritor representa valores nuevos, aunque tenga extravagancias personales, como Valle-Inclán o Pío Baroja, se le incluye en el círculo selecto, sin esfuerzo, y aun sin que ellos lo sepan. Para dar idea de lo que es la clase, bastará mencionar unos cuantos de sus miembros mejor conocidos: Unamuno es su filósofo místico; José Ortega y Gasset es su filósofo intelectualista; Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado son sus principales poetas; Azorín es su crítico; Enrique Díez-Cañedo es su humanista moderno... En la pedagogía social, la clase entronca con la Institución Libre de Enseñanza, con la clara y fecunda tradición de Giner. En el mundo de la erudición, es aliado del grupo que encabeza Menéndez Pidal, hombres de disciplina perfecta y saber acrisolado... Ahora el grupo cuenta con miembros americanos como Alfonso Reyes, y aun entre hombres de generaciones anteriores tienen excelentes amistades, como la de don Francisco A. de Icaza"¹

(La dictadura de Primo de Rivera llevó al anarcosindicalismo a la clandestinidad, el socialismo no se mostró agresivo y aun colaboró con el régimen, los tenderos jugaron a ser "somatenes"). Pedro Salinas, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda cantan sin trabas. El surrealismo hace de las suyas. Se festeja incomparablemente a Góngora. El teatro es negocio, domi-

¹ En torno al poeta Moreno Villa. (*Obra crítica* pp. 212-3).

nado por Benavente. Si algunos tienen algo que decir por ese medio, no es en función del público; ni siquiera el mayor dramaturgo de esos años: Ramón del Valle-Inclán. Habrá que esperar a que la política salga del letargo, en parte, gracias a Ortega y a Unamuno.

Para conocer lo que fue el teatro español de ese tiempo habrá que recurrir a las críticas de Enrique de Mesa (muerto en 1928), a las de Melchor Fernández Almagro, a las de Enrique Díez-Canedo, muestras de su mesura, buen gusto, conocimientos sin falla; las de los historiadores de la literatura muchas veces se resentían de un saber exclusivamente libresco, cuando no se limitan a copiar a sus antecesores. Ramón Pérez de Ayala, dejando aparte su entusiasmo por Carlos Arniches, juzga, los autores ante todo "por sus defectos" como apunta, siempre con justicia, Enrique Díez-Canedo, que escribió el mejor ensayo acerca del teatro de ese tiempo, publicado en inglés en 1937 y en español en 1938 (*Hora de España*, Barcelona, abril de 1938).

El pasado

EL teatro es de por sí un género conservador, mejor dicho los autores dramáticos de renombre suelen ser de opinión conservadora entre otras cosas porque

a) dependen de un público obligado a pagar una entrada generalmente fuera del alcance del proletariado,

b) porque la puesta en escena de una obra teatral suele ser cara,

c) porque el teatro es el único género literario que, en España, produce dinero a su autor y el numerario propio suele o solía engendrar conservadores.

Repáse la lista de nuestros dramaturgos de éxito desde que el drama moderno pasó a ser lo que todavía es hoy: Excmo. Sr. don Tomás Rodríguez Rubí, Excmo. Sr. don Abelardo López de Ayala, Excmo. Sr. don Manuel Tamayo y Baus, Excmo. Sr. don José Echegaray, Excmo. Sr. don Leopoldo Cano; claro que frente a ellos se puede hablar de Eusebio Blasco o de Enrique Gaspar, pero son menos en todo; Galdós es aparte y no autor dramático sino novelista venido a más. Añádanse los que siguen y prosiguen: Benavente, Linares Rivas, Millán Astray, Marquina, Ardavín, Pemán, los Quintero, Muñoz Seca; Maura, Luca de Tena, Calvo Sotelo, en sus nombres llevan la nombradía; añádase Jardiel Poncela, etc. Claro está que pueden aducirse Dicenta y los saineteros, Casona y los incluidos en este volumen.

El teatro español del primer tercio del siglo obtuvo dos veces

inesperadamente el premio Nobel, pero no fue otorgado ni a Unamuno ni a Galdós ni a Valle-Inclán ni a Machado sino a Echegaray y a Benavente. Del teatro al uso de este último quedarán algunas obras, añádase, antes de parar de contar, algunos sainetes de los Quintero y de Arniches. Lo demás sólo contó para el negocio farandulero. Pero había algo más, "Más de una vez lo he dicho—escribió Enrique Díez-Canedo, en 1932—. Este teatro, apenas representado, temido casi siempre por los 'hombres de teatro', salvaría en el porvenir a nuestro tiempo de una nota demasiado persistente de friolidad".

De lo aquí reunido

Las obras que siguen no fueron escritas para ser leídas—como pudieron hacerlo algunos neoclásicos—, tampoco fueron juego sino que, sencillamente, no fueron destinadas a servir de vehículo al lucimiento de los actores o únicamente para agrado de los espectadores. Vienen a decir algo más de lo que suelen expresar personajes "metidos en situación". Ni Unamuno ni García Lorca ni Gómez de la Serna ni Azorín "hacen" teatro; adoptan esa forma que les parece precisa para expresar lo que llevan adentro, lo que les tiene a pecho.

El teatro que queda y hace historia dista mucho del más representado, idéntico en ello a la poesía y a la novela. La estadística no ha entrado todavía en las costumbres de la crítica. Asombraría la divergencia de los gustos del vulgo con lo que queda cernido por la historia. La del teatro español de los últimos cien años dejará constancia, por lo menos por partes iguales, de obras que conocieron muchas representaciones y de otras que apenas se asomaron a los escenarios. Los aplausos no otorgan calidad, ni el repudio.

El teatro de Galdós monta más que el de Echegaray, el de Unamuno tanto como el de Benavente, el de Valle-Inclán infinitamente más que el del autor más representado de ese decenio, Muñoz Seca.

El teatro es comercio; como tal ofrece su mercancía y la vende; allí se revuelve todo. Lo más barato tiene gran salida: nada queda. Sin contar que la actualidad juega un papel considerable que los años reducen a poco. Lo prueba las muestras—de muy distinto valor—aquí reunidas. Unamuno estrenó a hombros de su gloria periodística y política, igual que Azorín. El único que, con razones sobradas, tuvo éxito popular entre los aquí representados—que lo fueron poco—fue Federico García Lorca; tuvo genio y si en poesía en verso dio posiblemente cuanto tenía, no así en el teatro: lo enterraron con vida. Ramón Gómez de la Serna escribió dramas

porque todo le venía estrecho. Desbordando, hizo teatro como novelas, cuentos, biografías o inventó las greguerías. Grau fue otra cosa: obseso por el teatro que, en parte, se le negaba; vago, un tanto tartamudo, sin saber exactamente lo que buscaba, luchó siempre con cierta dificultad de expresión. De mí, como es natural, no hablaré. Si acepté escribir estas líneas en un volumen donde aparece una de mis viejas farsas es porque no escogí las obras que aquí se reimprimen.

Los antecedentes

EL fenómeno que separa al poeta de la muchedumbre, consecuencia de la llegada al poder de la burguesía, juega también para el teatro. El público, razón directa de la existencia del teatro como espectáculo y negocio, lo forma en España casi exclusivamente una clase que busca diversión. A veces logra excelente expresión, negocio redondo y fama aunando gracia y calidad como en la zarzuela, el mejor teatro español de la Restauración. De esa época no hay obra dramática comparable a *La Verbena de la Paloma*. De López de Silva, Ricardo de la Vega, Ramos Carrión a Arniches y Fernández Shaw existen una docena de piezas cómicas que no tienen el nombre literario que merecen.

Hubo Echegaray, como en Francia, Sardou; existieron Benavente, Bernstein o Bataille, excelentes servidores de una maquinaria pesada, con sus enormes trastos dorados en grandes salas construidas para oír óperas italianas. El actor, durante todo el siglo XIX y su desborde en el XX, cobra una importancia nacional. El renombre de Máiquez, Vico, Tallaví o Borrás, sólo puede compararse con el de los divos o el actual de las estrellas cinematográficas. Para lucirse los actores necesitaban obras hechas a la medida de sus desmedidas. Se las ofrecieron, las representaron, murieron con sus intérpretes. A los cincuenta años ese teatro dramático se ha cubierto de ridículo; inimaginable crueldad sería que Monnet-Sully viera cómo convierten hoy en películas cómicas lo que tan en serio interpretó para el cine mudo.

Nada de lo que fue el gran teatro europeo de fines del siglo XIX y principios de éste llega al teatro español: ni Ibsen ni Maeterlinck ni Shaw ni Barrie ni Chejov ni Gorki. La influencia es puramente literaria, no afecta al teatro en sí. La gran novedad que encarnará Benavente proviene de otra influencia: la del teatro del *boulevard*, valga lo que valiere, que representa una ruptura con las obras melodramáticas perfectamente construidas que tuvieron a Sardou por capitán bajo la égida de Alejandro Dumas, hijo. No

es Ibsen el que sustituye al teatro de Echegaray sino Maurice Donnay, pongamos por ejemplo, o Lavedan o Hervieu. No es Chejov sino Wilde.

Amants, de Maurice Donnay, se estrena en 1895. Según Leo Claretie esa "comedia repudia los medios dramáticos en uso y tiende hacia un género rejuvenecido o nuevo que no se puede saber si tendrá éxito. No se puede decir que la obra está mal hecha porque sería hablar el idioma de la antigua estética que ya nada tiene que hacer aquí; tal como si se hablara español en Turquía. Según la crítica consuetudinaria, en su viejo sentido, la obra está mal construida, mas se duda en formular un reproche porque ¿quién sabe lo que será el teatro futuro? Las formas nuevas siempre han intimidado al público a su aparición, y se acostumbra uno a ellas, y gustan y, a su vez, pasan de moda. Para sus contemporáneos *El Cid* fue una obra mal hecha y se batalló mucho acerca de ello".

El mediocre crítico francés no se decide, se defiende asegurando que hay innovaciones que nacen muertas mientras otras duran y envejecen. Lo único que importa es no aburrir, asegura sumando los elementos de interés de la nueva comedia: "confusión de frases brillantes, perfecta interpretación, limpieza de la puesta en escena, encanto de los diálogos en sí y separadamente, que nada tienen que ver con el interés dramático que se estaba acostumbrado a considerar imprescindible en el teatro".

"Si el movimiento se prolonga —sigue diciendo— vamos a llevar hasta sus últimos límites la revolución romántica, acabando con lo poco que queda. El abate de Aubignac había impuesto la famosa regla de las tres unidades, el romanticismo abolió dos: las de tiempo y de lugar; respetó la unidad de acción. La nueva manera suprime ésta, anulándola más categóricamente que las otras dos, reemplazadas por la multiplicidad de tiempos y lugares; nuestros nuevos estetas lo suprimen todo: unidad y acción.

"Desde hace algún tiempo es moda dialogar las novelas como si fuesen pequeñas escenas dramáticas de movimiento lento. Esta costumbre acerca de la novela al teatro por la división en escenas y la disposición del teatro. Ahora el teatro se inclina hacia esta forma nueva de novela para adaptarla y asimilársela. Asistiremos tal vez a la fusión de estos dos géneros, lo que creará un teatro bastardo y permitirá hacer de nuevo auténticas novelas y auténticas obras de teatro".

Benito Pérez Galdós ya lo había previsto y, en cierta manera, llevado a cabo, yendo más allá, intuyendo el cine.

"La obra del señor Donnay —dice Claretie, y lo mismo puede decirse del primer teatro de Benavente— es un bonito revoltijo de

diálogos mundanos que hubiesen podido publicarse separadamente en *La Vie Parisienne*. Fino, suelto, mordaz y espiritual. No le falta sino la composición... Tal es la tendencia de este arte nuevo. Queda por saber si es teatro". Lo fue.

El gran arte nuevo, de 1850 a 1900, es la novela, de Balzac a Tolstoi. ¿Cómo no había de influir en el teatro? No hay intercambio: el teatro se nutre de novela; las más conocidas se adaptan; en cambio habrá que esperar al cine (que se nutrió de novela y teatro) para que a veces y siempre mal se conviertan algunos argumentos en novelas. El cine influirá en el teatro del siglo xx igual que la novela influyó en el del xix. Añádase el desarrollo de la escenografía en los últimos cien años para darse cuenta de la influencia de otras Bellas Artes.

Los principios de siglo

TODO el arte de principios de nuestra centuria está bañado en la concepción bergsoniana del tiempo, como luego por el problema del ser que en Ortega y Heidegger llegará a ser obsesionante. El verdadero teatro de la época tendrá las mismas cadenas, lo mismo en Pirandello que en Unamuno, que en los intentos más o menos fallidos de Azorín, Grau, Ramón Gómez de la Serna; y aunque no sea la tónica general de las obras dramáticas de Federico García Lorca, el solo título de *Así que pasen cinco años* da la clave del interés de su autor por idénticos problemas. Sólo Valle-Inclán obra por otro lado.

El movimiento renovador del teatro europeo (que tiene su base de una parte en el esplendor de los bailes rusos de Diaghilev y por otra en el ascetismo de Jacques Copeau) no tiene repercusión en España. De 1920 a 1930 escriben algunas de sus mejores obras Pirandello, O'Neil, Brecht, Shaw, Toller, Kaiser, O'Casey, Crommelynck, Lenormand, Achard, Pagnol, Capek, Giraudoux, Cocteau, Romains, de inmediato renombre mundial.

"El dramaturgo de hoy —escribió por entonces O'Neil— debe cavar en las raíces de la enfermedad del día tal como la ciencia: la muerte del Dios de antaño y el fracaso de la ciencia y el materialismo en la tentativa de darnos otros días satisfactorios para el sobreviviente instinto religioso primitivo, de hallar un sentido a la vida en él y de consolar sus temores de muerte con él. Me parece que todos los que acometen hoy una gran obra, deben tener este gran tema detrás de los temitas de sus dramas o novelas, o su labor se limitará a un garabateo sobre la superficie de las cosas y no pasarán de ser anfitriones de sociedad".

Frente a tantas obras importantes, los grandes éxitos del teatro español, en Madrid, durante esta década, son los siguientes: *Mariquilla Terremoto*, *Tambor y Cascabel*, *La boda de Quinita Flores*, *Cancionera* y *Cristalina*, de los Quintero; *La mala ley*, de Linares Rivas; *Es mi hombre*, de Arniches; *Usted es Ortiz*, *La tela*, *Los Chatos* y *La pluma verde*, de Muñoz Seca; *El niño de oro*, de José María Granada; *Culla corazón*, de Felipe Sassone; *La casa de salud*, de Dicenta y Paso; *Rosa de Madrid* y *Doña Diabla*, de Fernández Ardavín; *El juramento de la primorosa* y *La tonta del bote*, de Pilar Millán Astray; *No quiero, no quiero*, *La otra honra*, *Lecciones de buen amor*, *Pepa Doncel*, *La mariposa que voló sobre el mar*, de Jacinto Benavente; *Un alto en el camino*, del *Pastor poeta*. *Mariana Pineda*, de García Lorca, y *Sin razón*, de Ignacio Sánchez Mejías no pasan de ser éxitos parciales. No se me oculta que, por esos mismos años, lo mismo en París, que en Londres o en Berlín, también se estrenan multitud de obras mediocres, pero es la década de *Siegfried*, *Juno y el pavo real*, *Juan de la Luna*, *Strange Interlude*, *R.U.R.*, *El magnífico cornudo*, *Knock*, *Topaze*, *Un día de octubre*, obras de valor dispar pero que no puede compararse con el de las que se estrenan en España. Ahora bien, Valle-Inclán y Unamuno escriben un teatro que muy bien se puede comparar al mejor de la época, pero se queda por ver.

En Madrid, son actores americanos los que se atreven a más: Alfredo Gómez de la Vega —mexicano— lleva por primera vez al teatro comercial un esperpento de Valle-Inclán; María Tereza Montoya —mexicana— estrena una comedia de Alberti y Lola Membrives —argentina— las de los Machado.

Mientras tanto, Cipriano Rivas Cherif hace continuos intentos en salas pequeñas que son casi lo único que puede apuntarse en pro de un teatro nuevo. Tras *Fedra*, de Unamuno, en el Ateneo, en 1917 y *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen, en la Casa del Pueblo, todo son, a lo más, obras en un acto: en 1921 en el "Teatro de la Escuela Nueva": *Compañeritos*, de los hermanos Millares, *La verdad*, de Benavente; *El rey y la reina*, de Tagore. En 1925-1926, "El mirlo blanco", en casa de Pío Baroja: *Arlequín*, *Mancebo de botica*, *Adiós a la Bohemia*, del propio don Pío; *Ligazón*, de Valle-Inclán; *Trance*, de Rivas Cherif; *El entremés del sereno*, de Azaña; *El viajero*, de Claudio de Torre; el prólogo de *Los cuernos de don Friolera*, de Valle-Inclán; *Adán y Eva*, de Gustavo Pittaluga; *Taberna vasca* y *El maleficio*, de Ricardo Baroja; *El gato de la mère Michel*, de Carmen Baroja de Caro. En 1925 con "El cántaro roto", en el Círculo de Bellas Artes, se atreve a más: *El café*, de Moratín, y, en los jardines del Círculo Artístico de Granada, *Las*

crónicas de Argel y La pradera de San Isidro, de Ramón de la Cruz. En 1928 y 1929, "El caracol", en la Sala Rex, *Un duelo*, de Chejov; *Dr. Death*, *La arañita en el espejo* y *Lo invisible*, de Azorín (cuyo prólogo dijo el autor): *Asclepigenia*, de Valera; *Orfeo*, de Cocteau; *Un sueño de la razón*, del propio Rivas Cherif.

En 1930, director de la Compañía de Arte Moderno, estrena *Sombras de sueño*, de Unamuno y, en el Español, con Margarita Xirgu, *La zapatera prodigiosa*.

Así se funde el teatro de aficionados con el comercial para la breve y renovada vida del teatro bajo la República.

El teatro "aparte" español de esa época anterior carece de la fuerza del "teatro de vanguardia" europeo del mismo tiempo, porque ni siquiera se apoyaba en una minoría devota como pudo ser el caso de Cocteau, o el de un público ya formado —por reducido que fuese— como el de O'Neil, Crommelynk o Giraudoux.

SOMBRAS DE SUEÑO

A FINES del siglo XIX, la revolución teatral tiene a Ibsen por capitán. Lleva a la escena sus problemas personales. No se trata ya de las dos grandes corrientes anteriores, la intriga o el carácter, o su mezcla en los aciertos mayores, sino de exponer, discutir, el propio yo. Igual sucede en poesía, en filosofía, en pintura.

"Yo tengo mi lucha —dirá Miguel de Unamuno— y cada uno de vosotros tiene la suya. Mi lucha no puede asegurar que sea por el mejoramiento de la humanidad. ¿La humanidad? ¿Y si luego resulta que de aquí a diez, a cien, a mil, a un millón, a un millón de siglos la humanidad ha desaparecido sin dejar rastro alguno de sus ciencias, sus artes, sus industrias, que más importa eso? Yo no soy filántropo. Siento demasiado al hombre y la sed de Dios para amar a los hombres al modo filantrópico. Hay que sembrar en los hombres gérmenes de duda, de desconfianza, de inquietud y hasta de desesperación... Yo, lo confieso, tengo un sentimiento trágico de la vida... soy la espada y la muela y aguzo la espada en mí mismo".

Desde que empezó a escribir se aferró al teatro con igual tenacidad que a la poesía o al ensayo. Si logra antes la maestría en prosa o en verso es en el diálogo donde se puede seguir mejor la evolución de su grandeza; sus últimos dramas son mejores que los primeros —lo que no es novedad en dramaturgos. Su afán por las tablas fue constante, como el de Valle-Inclán.

Nunca le importó el tamaño —la duración— de los actos, cosa que llegó a ser tan importante en el teatro moderno, por los entre-

actos, la hora de salida del público, y aún en el siglo xvii cuando los autores los medían por pliegos, añadiendo versos donde faltaban situaciones. Don Miguel corta por donde le parece cuando ha dicho lo que cree que tenía que decir. Dejando aparte que la representación de sus obras le importó más como anuncio para que se vendieran impresas que para otra cosa.

Como es natural, igual dice en poema, cuento o teatro; idénticos sus temas, igual Miguel de Unamuno frente a Miguel de Unamuno, mirándose en el espejo de la muerte, exponiéndose en busca de la inmortalidad.

¿Qué personaje, qué protagonista de don Miguel no dice como el Julio Macedo de *Sombras de sueño*: —Soñé que vivía?

¿Hay algo más lejano del proceder teatral al uso que las constantes repeticiones obsesionadas de Solórzano llamando a su hija, diez veces, en las primeras escenas: —Quijotesa? ¿Algo más brusco que ese planteamiento artificial, de buenas a primeras, en boca de amo y criado, de cuanto ha acontecido y acontece? Y, sin embargo, no importa.

Es, otra vez, el viejo tema de Caín y Abel, revivido: —Luchamos como luchan dos hermanos que sirven causas contrarias, noble, pero sañudamente, como acaso lucharon, diga lo que diga la Biblia. . .

Y aquí, Caín y Abel en uno, en busca de salvación humana, en esta tierra. En esta disputa sin fin entre un hombre que le tenía "a la vida un miedo loco" y el gritón que lo proclama; entre el ente de ficción y el callado oscuro Miguel de Unamuno, que lleva a la escena el terrible problema, corre *Sombras de sueño* sin importarle al autor un comino la verosimilitud, y sí únicamente la verdad de su tragedia, sólo acabada con la vida. Por eso, al igual que todos los personajes en que se adentra y refleja, muere al final de su drama.

En este tipo de teatro no existe el problema de la "cuarta pared", hija del naturalismo. Ni cuarta ni tercera; de hecho es ya teatro para ser visto desde cualquier ángulo, sin decorado valedero, rodeado de público por todas partes: isla, aislado. Todos los personajes de don Miguel sólo saben monologar, tropezando a ciegas con otros monólogos. Apartes. En cierta manera, puras entelequias, y de ahí cierta vuelta al simbolismo —ni arte por el arte, ni arte social, es decir procurando por el futuro de la sociedad, sino arte por la salvación de su alma. Unamuno quería salvarse por su profesión no sólo de fe sino de escritor. Arte que ya no tiene nada que ver con el realismo y el impresionismo. A lo sumo, tal vez, se le podría buscar ciertas inesperadas ligazones con el expresionismo. Y siempre, presentes, los problemas del ser —de la personalidad— y del tiempo;

igual es en Azorín, en García Lorca (el que viene aquí), en Ramón Gómez de la Serna que en mi *Narciso* que tal vez hubiese sido —por esto— más normal reimprimir aquí que no la farsa escogida.

ANGELITA

AZORÍN escribe teatro de 1926 a 1930, de *Old Spain* (1926) a *Angelita* (1930). No tuvo éxito en las tablas y esta última comedia —lo mejor de la pluma del dramaturgo— la entrega a un grupo de aficionados de su pueblo natal, Monovar.

Hay en el teatro de Azorín cierta influencia de Maeterlinck. Juega con él y los misterios y con el mayor de todos, los problemas del tiempo que con él, levantino, viene a apólogo oriental. Angelita tiene que resolver divertidos problemas al hacerlo discurrir según su gana: —¿Y quién te dice a ti que el ensueño no sea la realidad, y la realidad no sea ensueño?

El sueño del vasco Unamuno se convierte en ensueño en el alicantino. Lugar común de la generación y, al mismo tiempo, idea muy entrañablemente española. La raigambre oriental y católica es muy útil para no hacer gran cosa sino ver transcurrir el tiempo, como si nada.

Igual sucede con el problema de la personalidad. *Angelita*: —¡Acudan, acudan a ver a un hombre que fabrica damas y caballeros, y luego todos mandan en él! (Aquí enlazamos con el Grau de *El señor de Pigmalión*).

Azorín, tan buen lector, tomó su teatro un poco de todas partes. Ahora bien, bien pensado —como dicen los franceses—, buena persona, remata en "bondad, fe, amor", un tanto candoroso, de color de rosa, rococó dorado y crema. Ese Azorín que siempre quiere parecer un poco bobo —oye crecer la yerba— callado, cazarro, Labrador levantino que las sabe todas, con su cara de panquemado. Y cierto aliento poético cierto.

El teatro de Azorín, con todas sus limitaciones, es importante.

EL SEÑOR DE PIGMALIÓN

EL caso de Jacinto Grau es distinto de los anteriores, que sólo abordaron el teatro a medias o de refilón. Para el dramaturgo catalán el teatro lo fue siempre todo, si no alcanzó nunca el éxito que persiguió con ahínco durante su larga vida quizá hay que achacarlo a defectos personales: cierta suficiencia, un desprecio demasiado

evidente de cuantos codeaba, un orgullo desmesurado teniéndose en mucho, incapaz de ocultar su sentimiento.

Se supuso mayor de lo que fue, los mismos temas que abordó dan cuenta de su monomanía de grandeza; personalmente no era, además, persona de fácil comercio. Empresarios y cómicos, muy vejados en sus escritos, se vengaron feamente de sus obstinaciones, proclamándole *gafe*,² dejando aparte, como es natural, que su teatro —salvo raras excepciones— nunca "dio dinero".

Tiene la lengua demasiada suelta, fáltale vigor, gusto, estilo. Huyendo de lo trillado lo esquivó con los asuntos no con la manera. Su éxito en París y Praga se debió precisamente a que "ganaba mucho con la traducción". Algo hay de eso, lo cual no quita que su afán por un teatro más decoroso le permitió escribir unos cuantos dramas interesantes.

El teatro de Grau, epígono del simbolismo, contiene además una mezcla de impresionismo y expresionismo, en el que quiere predominar una trascendencia que difícilmente se compagina con su decir indeciso y abundante y sus deseos de éxito popular.

Sus obras, mejor construidas que las de Unamuno, Azorín o Ramón Gómez de la Serna, están mal escritas y no vale decir que porque nació catalán.

El señor de Pigmalión es quizá su obra más característica. Como muchos dramaturgos de la época toma un viejo mito y le da la vuelta.

LOS MEDIOS SERES

EN 1928, Valéry Larbaud aseguró que los grandes escritores españoles de su tiempo eran Gabriel Miró y Ramón Gómez de la Serna. Valéry Larbaud no tenía nada de tonto y conocía a Azorín, a Baroja, a Unamuno, a Juan Ramón, a Antonio Machado. Miró desapareció a poco, Ramón siguió escribiendo desafortadamente desde entonces. Sin embargo, hoy, Ramón cuenta poco para las generaciones jóvenes si no ha caído en olvido. Su obra se mantiene por sí misma, por lo entretenido, por el gusto que produce directamente en el lector; no se le compra por lo que fue. Enorme injusticia.

Durante la década 1920-1930 Ramón conoció la gloria europea, vinieron las guerras y fue borrado, como lo hubieran sido Apollinaire, Cocteau o Max Jacob si no fueran franceses. No hay influen-

² El declarar *gafe* a alguien es movimiento de defensa de los más contra un defecto de la persona señalada; pesadez, suficiencia, pedigueñería, fealdad, etcétera.

cia de éstos en el español —ni siquiera cronológica— sino identidad de época y de reacciones.

En esto Ramón y Picasso se parecen mucho; ahora bien, el magaleño, más genial —si puede decirse— supo —en la gran ocasión— mostrarse a la altura de las circunstancias; no así Ramón, más fiel a su inconsistencia fundamental (como Cocteau).

Se lee hoy de Ramón sus biografías, sus recuerdos ¿quién su obra fundamental? Y sin embargo con ella se entró a pie firme en las artes de nuestro tiempo. Nadie dio mayores y mejores explicaciones de las maneras de ser actuales.

Las cosas, los objetos fueron las raíces sagradas del arte de Ramón. Su pasión por lo feo, lo desagradable, lo vulgar es la que le sugiere lo auténtico de su enorme obra informe; en cambio los hombres le interesan poco, razón por la que ni sus novelas, ni su teatro, tuvieron éxito. Sólo cuando se refiere a personas conocidas (sus biografías, sus recuerdos) estructura gracias a ellas algo parecido a una historia. Lo demás es un amasijo fenomenal de contradicciones que tienen cierta poesía superficial por meollo. Ese desinterés por lo humano está a la base de la deshumanización del arte que vio en Ramón un futuro cuando no era más que un enorme presente. (Un regalo, además).

Ramón no admite más maestro influenciador que Goya. Con razón. Si el gran aragonés vino a representar lo que significa como protesta social no fue por sus arrestos. Tampoco Ramón. Pero el día de mañana tal vez su obra cobre la importancia que hoy le niegan los que le ignoran porque no lo *ven*. En esto Ramón no pasó nunca de ser, como sus personajes, un medio-ser o mejor dicho dos medios seres, medio blanco y medio negro, continua contradicción que, en el teatro, no podía acabar de definirse.

ASÍ QUE PASEN CINCO AÑOS

¿CUÁNDO escribió esta tragedia Federico García Lorca? Lo cierto es que la leyó —completa— el 4 de octubre de 1931 en casa de Carlos Morla. Basta leer obra tan compleja para sentir que no la escribió de un tirón. Para mí tengo que la fue haciendo poco a poco desde 1929.

Es normal que el pensamiento señale caminos a la literatura. La filosofía del siglo XIX está a la base de la novela de su tiempo, como la irracionalista de fin de siglo da vía libre a los *ismos* de principios de éste. Aun no nos vemos libres de su influencia. Nietzsche, Bergson, Scheller, Heidegger, Ortega y tantos otros de

parecidas bases dan normas, tal como las artes influyen las ciencias del espíritu.

No es por casualidad que *Así que pasen cinco años* juegue con los mismos pensamientos básicos que las obras anteriores. El tema fundamental del tiempo —como en Unamuno, como en Azorín— es muy de esos años. Bazuquea ahí García Lorca muchos temas que le preocupaban en Nueva York. Es hoy de una actualidad absoluta: parece influido por la película de Resnais *El año pasado en Marienbad*, hecha treinta años después. (Claro está que puede ser que la obra de Robbe-Grillet no sea más que un callejón sin salida, hijo de aquella época fulgurante en que el surrealismo sacó a tantos de sus casillas).

Así que pasen cinco años iba a estrenarse en julio de 1936, por el Club Anfistora, dirigido por Pura Urcelay. De la copia que ésta conservó se hizo la edición definitiva. Germana Heygel, que iba a interpretar el papel del maniquí lo conservaba y representó esa escena, ya con el nombre de Germaine Montero, en la Sala Iena, en París, en 1937.

ESPEJO DE AVARICIA

EL primer acto de *Espejo de avaricia* fue escrito en 1927, los demás en 1929 ó 1930. Tal como hoy se reimprime fue publicado (*Cruz y Raya*) en Madrid, en 1935, a 350 ejemplares.

ANÁLISIS ESTILÍSTICO DE EL LLANO EN LLAMAS DE JUAN RULFO

Por *Hugo RODRIGUEZ-ALCALA*

...Arreola es la corrección y la fiesta del lenguaje; Rulfo, la muerte del lenguaje elegantemente construido, el motín y el triunfo del pueblo.

EMMANUEL CARBALLO

...El diálogo es ya, como siempre en Rulfo, monólogo ensimismado.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

Rulfo posee una de las virtudes capitales que distinguen al buen cuentista: la economía de medios.

JAMES EAST IRBY

Rulfo composes parables but his dream-people have a life of their own.

SELDON RODMAN

Una valoración estricta de la obra de Rulfo tendría que ocuparse, necesariamente, del estilo que este escritor ha logrado manejar en forma tan diestra. . .

ALFONSO REYES

El mundo creado por Rulfo es una parcela de la realidad mexicana, de cierta realidad social de México.

MARIANA FRENK

Si l'ambiance en est celle de la vie populaire dans ce qu'elle a de plus mexicain, l'auteur a su se garder de toute vaine recherche de pittoresque.

ROGER LECOT

...Rulfo es un fino artista cuyos recursos expresivos, de tan sencillos, ni parecen recursos.

EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO

Seine Leistung ist ohnegleichen. Er hat eine Kontinuität des ältesten mit dem jüngsten Mexiko hergestellt.

WERNER HELWIG

Introducción

UNA virtud esencial entre las que confieren a este cuento categoría de obra maestra consiste en la creación de un lenguaje y en la adopción de un tono maravillosamente ceñidos a los propósitos artísticos en mira. En *El llano en llamas* como en otros relatos, Rulfo atribuye con exquisita sagacidad este lenguaje y su tono

congruente a su narrador-protagonista. Este se nos revela psicológicamente, gracias a tal artificio, con la espontaneidad y naturalidad más perfectamente adecuadas al tipo de personaje que Rulfo se ha propuesto crear—un criminal empedernido—y a la clase social a que pertenece: el proletariado rural de Jalisco. En efecto, el campesino alzado que relata sus aventuras revolucionarias, evidencia en su peculiar elocución el modo de ser y de estar en el mundo en que se halla inmerso como si en este mundo sólo tuviera conciencia de los seres y cosas campesinas que le son familiares. O, por decirlo en otras palabras, que están a su mano en su contorno estrictamente rural.

De aquí que las comparaciones y metáforas del protagonista asocien siempre similitudes entre seres y cosas adscritas al trozo del universo que le es atribuido. Y el tono que emplea es el propio de quien concibiera la realidad de la vida colectiva e individual con una absoluta carencia de sentido moral. Esto último es, entre paréntesis, de radical importancia en su caracterización, pues el narrador cuenta las cosas más atroces como quien viera llover mientras evocara sucesos normales, comunes y corrientes. Nada parece conturbarle, indignarle o dolerle en sus evocaciones de crímenes propios o ajenos. No pierde nunca una *objetividad*¹ entre indiferente y cíni-

¹ La *objetividad* del narrador. Cuando narra—para dar un ejemplo de la mentada *objetividad*—el incendio de ranchos, potreros y milpas nos transmite un sentimiento estético de signo adverso al que debiera, como si el espectáculo evocado lo dejara moralmente indiferente. O dicho de otro modo: el sentimiento estético está fuera de lugar. El sentimiento requerido sería de índole muy distinta: un estremecerse de horror ante lo que su mente revive en el recuerdo. Veámoslo:

Evoca el protagonista la desolación que su partida de alzados lleva a San Pedro y a Petacal:

Era la época en que el maíz ya estaba por pizcarse y las milpas se veían secas y dobladas por los ventarrones que soplan por este tiempo sobre el Llano. Así que se veía muy bonito ver caminar el fuego en los potreros; ver hecho casi una pura brasa todo el Llano en la quemazón aquella, con el humo ondulado por arriba; aquel humo oloroso a carrizo y a miel, porque la lumbre había llegado también a los cañaverales (p. 74).

No puede decirse lenguaje más expresivo en su sencillez y naturalidad. Y aquí está naturalidad, gráfica en cuanto a la representación del paisaje en llamas, resulta enormemente caracterizadora en lo que atañe el narrador cuando sin inmutarse, comenta: "... así que se veía muy bonito ver caminar el fuego en los potreros..."

"¡Se veía muy bonito!" ¡Qué fuerza expresiva la de ese "bonito" colocado allí, coloquialmente, sin que la inflexión de la voz denote ninguna emoción aparte de la puramente estética ya mentada! El ánimo del hablante, pues,

ca. Por eso, para caracterizarse a sí mismo, apenas en rigor necesita contar peripecias de su vida personal. El tono con que refiere las de los demás resulta suficiente: nos dibuja, por así decirlo, su perfil moral en el espejo de su estilo narrativo.

Rulfo es consumado maestro en la reproducción del léxico, sintaxis y giros del habla campesina de su Jalisco natal. Trabaja con esa materia bruta como un ceramista con arcilla, y la transforma a la alta temperatura de su arte de modo tal que, sin desvirtuarla, sin privarla de su autenticidad viviente, hace que esa habla espontánea, inculta, adquiera extraordinaria plasticidad y expresividad.

Se advierte que su maestría, sin embargo, consiste más que en un conocimiento insólito del idioma coloquial, en una comprensión profunda de la mentalidad de los que lo emplean. No es que la pluma de Rulfo, pues, tenga la fidelidad de una cinta magnetofónica que capte infaliblemente de labios campesinos la expresión más genuina, el modismo más oportuno y pintoresco. No. El es, ante todo, un conocedor a fondo de almas jaliscienses o, si se quiere, del alma rural de su Jalisco nativo. De aquí que, capaz como es de captar los movimientos más ocultos de los seres humanos que conoce en la realidad y crea en la ficción, pudiera inventar, si se lo propusiera, un habla rústica de su propia minerva e imponérsola como auténtica: lo que ella nos transmitiese como verdad anímica se superpondría entonces a lo que fuere mera materia gramatical y no la misma emanación del espíritu de sus criaturas.

Por otra parte la estilización que el habla campesina sufre en la prosa de Rulfo constituye el más sutil de los procesos literarios. Porque el resultado —la claridad, la sencillez— finge una facilidad y espontaneidad debidas a un seguro poder de trasmigración espiritual y de adaptación idiomática y a una certera visión artística. Es muy posible por ello que una rápida lectura pueda despistar al lector corriente y no corriente porque las evocaciones del narrador de *El*

permanece moralmente imperturbable. Y tal imperturbabilidad que colegimos debió de existir en el momento mismo del incendio —no sólo ahora— se refuerza con una nueva manifestación de emoción estética, nada más que estética, con que termina el párrafo. En efecto, junto a las placenteras sensaciones visuales que el llano "hecho casi pura brasa" suscitó en el evocador del incendio, hay que subrayar las olfativas, revividas, como las primeras, con obvia delectación: las que despertó "aquel humo oloroso a carrizo y a miel, porque la lumbre había llegado también a los cañaverales..."

Al caracterizarse el narrador con este lenguaje exento de afectividad moral, nos hace intuir en sí "un artista" dentro de un criminal. (Gracias a esta calidad que el autor le confiere, el monólogo en que consiste el cuento puede enriquecerse con finas observaciones y vívidas imágenes: el que habla es un campesino, un criminal, etcétera, pero es también alguien extraña, pero verosímilmente dotado de fino sentido artístico).

llano en llamas parecen salidas directamente de la boca de un parlurdo ignorante y brutal. Pero si bien se mira, la prosa del relato es producto de una sabia destreza literaria. No me refiero a la estructura del cuento mismo donde se percibe tras breve análisis un armonioso equilibrio entre las partes que lo constituyen. Me refiero, insisto, a la dicción, a las figuras enormemente expresivas que en esa prosa se disimulan, por así decirlo, como músculos de un cuerpo ágil del que sólo se viera la agilidad y no lo que hace a ésta posible.

En este trabajo me propongo, tras ofrecer una síntesis del argumento, estudiar el introito de *El llano en llamas* —las primeras doce líneas—, luego el desenlace y, por último, la imaginería. Espero así descubrir en qué consista la peculiaridad, o, como dice Dámaso Alonso, "la unicidad" de este relato en la obra narrativa de Juan Rulfo.

Argumento²

Los revolucionarios que acaudilla Pedro Zamora libran un combate con las fuerzas federales del general Petronillo Flores. Comienza el combate con una emboscada tendida por los insurgentes. Un lienzo de piedra les sirve de parapeto. Entre los emboscados está el narrador-protagonista cuyo apodo es *el Pichón*. (Nunca nos enteramos de su verdadero nombre). Cada tirador tiene su carabina colocada en troneras formadas por huecos en el muro. Al ponerse a tiro los federales y darse la señal convenida, comienza la primera fase del combate, que consiste en una matanza a mansalva de las tropas regulares:

Fue fácil. Casi tapaban el agujero de las troneras con su bulto, de modo que aquello era tirarles como a boca de jarro y hacerles pegar tamaño respingo de la vida a la muerte sin que apenas se dieran cuenta. . . (p. 68).

No dura mucho, sin embargo, la ventaja que, debida a la sorpresa, llevan los alzados. Los federales reaccionan y desalojándolos de sus posiciones y causándoles muchas bajas, los ponen en fuga. Una nueva derrota en un combate posterior obliga a los insurgentes a dispersarse en pequeños grupos. Se suspende la lucha y la paz, por un tiempo, vuelve "al Llano Grande".

El narrador y cuatro compañeros hallan refugio "en el escond-

² Las citas todas están extraídas de la quinta edición de *El llano en llamas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

drijo del cañón del Tozín". Allí pasan meses de vida temerosa y sedentaria. Crían gallinas y, cuando apetece caza mayor, trepan la sierra en busca de algún venado. Esperan el olvido de sus aventuras revolucionarias. Y anhelan ya volver al Llano para reiniciar su existencia normal de campesinos. Pero una mañanita suena "el pitillo de un cuerno". Es un emisario del cabecilla que trae armas y nuevos planes de acción. Y se reinicia la guerra. Esta vez Zamora consigue reunir una partida mucho más numerosa. Acontece, sin embargo, que el nuevo mando que guía a los federales es mucho más eficaz que el de antes, y las tropas bajo ese mando mucho más aguerridas. Zamora, entonces, opta por no hacer frente al enemigo. Más vale caer sobre los ranchos y así, impunemente, sin arriesgar sus efectivos en masa, desperdigarlos en múltiples puñados de merodeadores. Los alzados se truecan en bandoleros. Menudean las atrocidades. Los federales se fatigan vanamente en la inmensidad del Llano en persecución de un enemigo que golpea en muchos puntos sin dar la cara en ninguno.

Esta revolución —les ha dicho Zamora a sus secuaces— la vamos a hacer con el dinero de los ricos. Ellos pagarán las armas y los gastos. . . Y aunque no tenemos por ahorita bandera ninguna por qué pelear, debemos apurarnos a amontonar dinero para que cuando vengan las tropas del gobierno vean que somos poderosos. . . (pp. 74-75).

Entre tanto, prosiguen los robos, los asesinatos, los incendios. Despidados los federales, se alejan de donde operaba el cabecilla. Zamora, entonces, se toma unas vacaciones cuya diversión mayor consiste en jugar a los toros. No hay más toro que el mismo jefe de la partida, pero abundan los toreros: federales capturados o empleados de haciendas saqueadas. A todos éstos, uno por uno, se les presta una cobija a modo de capa de lidia. Y Zamora, armado de un verdugillo que hace las veces de cuernos, los ataca sucesivamente en el improvisado redondel de un corralito en torno al cual se apiñan, feroces, los bandoleros.

El ascendiente del cabecilla sobre sus hombres se fortalece con estos espectáculos y con el botín del bandolerismo sin freno. Se le unen secuaces de otros pagos. Zamora a todos los acaudilla con una eficacia en que el don de mando y la vigilancia continua suscitan una adhesión en que lealtad y miedo se confunden en el automatismo de la obediencia. A todos sus hombres conoce íntimamente y para cada uno de ellos tiene un orden o una incitación dirigida con seguro instinto de dominio. Es fama que sus ojos no duermen y que ven en las tinieblas:

Oíamos las pisadas de su caballo y sabíamos que sus ojos estaban siempre alerta; por eso todos, sin quejarnos del frío ni del sueño que hacía, callados, le seguíamos como si estuviéramos ciegos. (p. 79).

Una atrocidad perpetrada en gran escala, moviliza finalmente a los federales en una persecución de implacable exterminio de los alzados: el descarrilamiento del tren de Sayula (pueblo natal de Juan Rulfo) en que perecen multitud de hombres y mujeres. Con este crimen—explica el narrador—Zamora "le picó la cresta al gobierno".

Ya la vieja y bien conocida táctica del desperdigarse en grupitos de hombres que buscaban escondite por su cuenta no va a salvar a la partida. La caza del hombre por el hombre tiene esta vez el acicate del escarmiento ejemplar. Cuando los federales cogen a un rebelde lo cuelgan "en cualquier palo del camino". Muy pocos logran salvarse. El cabecilla desaparece. Se dice que ha ido a México en pos de una mujer y que allá le han dado muerte. Al narrador mismo le meten en la cárcel. Pero no por secuaz de Zamora sino—como él mismo dice—por "muchos delitos". Entre ellos, su "costumbre de robar muchachas".

Al cabo de tres años sale de la prisión. En la puerta una mujer le espera acompañada de un muchacho. Con esta mujer vive ahora el protagonista. Fue una de las que robó y violó en los días de sus andanzas de bandolero. El muchacho es hijo suyo y lleva también, como su padre, el apodo de *el Pichón*. El comentario del desenlace queda para después.

El introito

ANALICEMOS el comienzo del cuento, esto es, las doce líneas iniciales que constituyen su introducción:

"¡Viva Petronillo Flores!"

El grito se vino rebotando por los paredones de la barranca y subió hasta donde estábamos nosotros.

Por un rato, el viento que soplaba desde abajo nos trajo un tumulto de voces amontonadas, haciendo un ruido igual al que hace el agua crecida cuando rueda sobre pedregales. En seguida, saliendo de allá mismo, otro grito torció por el recodo de la barranca, volvió a rebotar en los paredones y llegó todavía con fuerza junto a nosotros:

"¡Viva mi general Petronillo Flores!"

Nosotros nos miramos. (p. 66).

¿Dónde está la barranca dos veces mentada en esta introducción? ¿En qué parte de México, de Jalisco? ¿Lejos o cerca de una ciudad o de un pueblo? ¿Dónde los hombres que —sospechamos ya— esperan algo de que les traen anuncio los ecos de la hondonada? Para ninguna de estas preguntas hay respuesta no sólo en esas primeras doce líneas iniciales sino en la totalidad del cuento. Muchas más podrían formularse que tampoco obtendrían respuesta aunque releyéramos cien veces el relato desde la primera hasta la última línea. El lector que quisiera hacerse una composición de lugar exacta o, mejor dicho, *objetiva*, conforme a detalles inequívocos del texto y, por consiguiente, similar a la que otros lectores puedan hacerse, fracasaría. Las imágenes que se les susciten serán siempre subjetivas en el caso supuesto; subjetivas en el sentido de ser suyas y únicamente suyas porque el lector mismo —éste, ése, aquél— es quien ha de verse obligado a figurarse el escenario con un *máximum* de colaboración con el autor y un *mínimum* de precisiones por éste ofrecidas.

Analicemos estas precisiones. Rulfo maneja, digamos, dos únicas sensaciones correspondientes al oído y a la vista. (La intervención del viento cuyo soplo trae desde abajo el grito, añade un sentido más a los mentados: el del tacto. Pero esto, de pasada).

El cuento se inicia con un grito que estalla en un ámbito más de una vez mentado: la barranca. Este grito se repite al poco rato de haberse deshecho. El viento, en el intervalo de ambos gritos, trae un tumulto de voces cuya índole auditiva se nos trasmite por medio de una ecuación sensorial: el ruido de esas voces amontonadas es "igual al que hace el agua cuando rueda sobre pedregales".

Estos pedregales, ¿no nos despiertan imágenes que por asociación —sólo por asociación— contribuyen en cierto modo a la figuración de la barranca, o, mejor dicho, a la intuición de lo que yace a sus pies? Algo de esto ocurre en nuestra psique, pero de modo muy impreciso. En rigor no se nos dice aquí ni se nos va a decir después cómo es la barranca, qué proporciones la identifican, ni qué colores predominan en ella. Esto no le interesa a Rulfo. Lo que sí parece interesarle es que cuando suene y luego vuelva a sonar el grito "¡Viva Petronillo Flores!" (la segunda vez con la jerarquía militar añadida al nombre del vitoreado) se descargue sobre nuestra psique una llamada de alerta colmada de sugerencias dramáticas conllevadas por sensaciones auditivas a lo largo de lo que, *visualmente*, intuimos como amplio espacio limitado a pico, en uno de los flancos de la barranca: los paredones.

Vemos, pues, cómo lo visual y lo auditivo desempeñan su predominante papel representativo con prescindencia de todo lo inesen-

cial para la suscitación de la expectativa de lo que va a pasar, no de la intuición de lo que queda.

Volvamos, por tanto al grito: es el heraldo de la acción, de lo que importa. El grito rebota por los *paredones de la barranca*. ¿Qué vemos? Dos cosas: la trayectoria del desafío —adivinamos que es un desafío—, por un lado; y, por otro, gracias al aumentativo ese de *paredones*, indirecta pero suficientemente, "vemos" el tamaño del corte de la barranca. El ámbito no descrito de frente, se organiza, por decirlo así, de soslayo.

Esta indirecta e imperfecta organización visual del ámbito va a desarrollarse un poco más con ayuda "de lo auditivo" bien que lo visual acompañe virtualmente las sensaciones gracias a las cuales la nota de profundidad de la barranca se nos hace intuible.

Volvamos a la intervención del viento en el viaje del grito. Este elemento de aprehensión táctil

que sopla *desde abajo* nos trajo un tumulto de voces amontonadas, haciendo un ruido igual al que hace el agua crecida cuando rueda sobre pedregales. En seguida, saliendo de allá mismo, otro grito torció por el recodo de la barranca, volvió a rebotar en los paredones y llegó todavía con fuerza junto a nosotros.

Nosotros nos miramos.

Volvamos a preguntarnos, muy elementalmente, ¿qué vemos en este minucioso análisis de las primeras doce líneas del texto? Y nos adelantamos a observar lo siguiente: el *protagonista* de esta docena de líneas es el grito, y por consiguiente, toda la *descripción* que hay en ellas se subordina a lo auditivo porque es lo auditivo lo que a esos "nosotros" advertidos al comienzo —y entre los cuales está el narrador, el verdadero protagonista— es lo auditivo lo que los tensa y los tiene allí, no se sabe a qué distancia, de la barranca. Pero la profundidad de ésta interesa porque constituye el recorrido del grito. Por eso también *actúa* el viento. Es un viento que sopla *desde abajo* para traer un multitudinario rumor de voces. (El grito y el tumulto anuncian y significan lo mismo: la aproximación de seres humanos a otros seres humanos).

El *desde abajo* y el *de allá mismo*, expresiones adverbiales de lugar, ahondan la intuición de la barranca; esto es, le dan mayor profundidad a la imagen indefinida que teníamos de ella, y esta profundidad queda inequívocamente afirmada, esclarecida como vasta, por la lentitud de la trayectoria del grito. En efecto, éste sale de allá mismo, tuerce por el recodo de la hondonada, vuelve a rebotar por los paredones y llega todavía con fuerza junto a esos "nosotros" que lo están viendo venir. . .

Al llegar a este punto del análisis advertimos con mayor claridad que la perspectiva elegida por Rulfo es la de los hombres que están allí, en ese lugar; un lugar cuyo panorama no se afana en representar directa ni detalladamente. ¿A qué describir un paisaje que los hombres tienen ante sus ojos? Eso no les concierne. Lo que les interesa a ellos no está todavía en el paisaje, no se lo ve: apenas se oye algo que avanza. De aquí que el narrador de Rulfo se empeñe en oír y no en ver para hacer que otros vean. El lector debe conformarse con lo que el narrador percibió con absorbente interés. Eso es para éste ahora su "historia".

Esto explica la ausencia de descripción directa del escenario. Podríamos reforzar nuestra explicación con mayor amplitud de argumentos.

Lo original en el enfoque narrativo de Rulfo es, sin embargo, otra cosa: Rulfo hace hablar a campesinos que adivinamos estar siempre inmersos en el mundo que les es propio y único. Estos campesinos cuando cuentan alguna cosa siempre la cuentan a quienes pueden entenderlos sin necesidad de aclaraciones que gentes foráneas exigirían. Por esto, la barranca de que habla el narrador se supone que es de alguna manera familiar y conocida de sus oyentes. Lo cual explica que se citen nombres de pueblos o haciendas de que "un extranjero" jamás ha oído hablar, al punto de que éste podría creer que las haciendas fueran pueblos o los pueblos haciendas. Parece como si Rulfo, pues, se propusiese que sus héroes revelasen su universalidad a fuerza de un localismo a ultranza. Lo que en este localismo no se entienda con claridad, no tiene importancia. Lo universal no está en detalles de paisajes, nombres de pueblos o haciendas o de árboles o pájaros. Está en lo esencial humano que hace actuar a sus personajes.

Mas volvamos a las doce primeras líneas del cuento bajo análisis y hagamos un resumen de cuanto hemos logrado precisar:

¿Qué modificación ha experimentado nuestra psique tras su lectura? ¿Qué intuiciones se han suscitado, qué adivinaciones o hipótesis se insinúan en ella? En síntesis: una representación no precisa (aunque cargada de expectativa) de un gran espacio por el que sube el anuncio de una aún no identificada pero bien cierta proximidad de peligro. Ya sabemos que hay unos hombres que esperan, que espían, que están tensos por el cercano acaecer de un suceso que les afecta vivamente. Rulfo nos ha obligado a figurarnos un ámbito espacioso, al principio sólo mentado y luego indicado *al soslayo*. Rulfo nos ha obligado a asomarnos a esa barranca dos veces mentada para que oigamos dos gritos que suenan en un intervalo dentro

del cual oímos un rumor de voces mientras unos hombres escuchan, acechan y por fin se miran unos a otros. . .

Porque aquel "Nosotros nos miramos" en que consiste la última línea de la introducción ratifica en nuestra conciencia lo que en nuestra subconsciencia era una sospecha: esos hombres están al acecho de los que lejos, vitorean al general Petronillo Flores.

Un juego habilísimo de sensaciones auditivas y visuales nos aboceta un lugar nunca ubicado geográficamente. Pero ese lugar basta a los efectos de la narración porque no es el lugar geográfico lo que interesa intuir sino una *situación* humana: un *dentro* de un interés muy superior a un *fuera*.

El desenlace de El llano en llamas

EL desenlace ocupa en el texto del relato treinta líneas, no todas de margen a margen. Transcribámoslas:

Ahora vive conmigo una de ellas [una de las muchachas robadas], quizás la mejor y más buena de todas las mujeres que hay en el mundo. La que estaba allí, afuerita de la cárcel, esperando quién sabe desde cuándo a que me soltaran.

—¡*Pichón*, te estoy esperando a ti! —me dijo—. Te he estado esperando desde hace mucho tiempo.

Yo entonces pensé que me esperaba para matarme. Allá como entre sueños me acordé de quién era ella. Volví a sentir el agua fría de la tormenta que estaba cayendo sobre Télcampana, esa noche que entramos allí y arrasamos el pueblo. Casi estaba seguro de que su padre era aquel viejo al que le dimos su aplaque cuando ya íbamos de salida; al que alguno de nosotros les descerrajó un tiro en la cabeza mientras yo me echaba a su hija sobre la silla del caballo y le daba unos cuantos coscorriones para que se calmara y no me siguiera mordiendo. Era una muchachita de unos catorce años, de ojos bonitos, que me dio mucha guerra y me costó buen trabajo amansarla.

—Tengo un hijo tuyo —me dijo después—. Allí está. Y apuntó con el dedo a un muchacho largo con los ojos azorados:

—¡Quítate el sombrero para que te vea tu padre!

Y el muchacho se quitó el sombrero. Era igualito a mí y con algo de maldad en la mirada. Algo de eso tenía que haber sacado de su padre.

—También a él le dicen *el Pichón* —volvió a decir la mujer, aquella que ahora es mi mujer—. Pero él no es ningún bandido ni ningún asesino.

—El es gente buena.

Yo agaché la cabeza. (pp. 83-84).

Hay mucho que decir en torno a esta cita que, mirada como tal, resulta larga pero que, si se tiene en cuenta la preñez insólita de su contenido, exhibe, en su calidad de *página final*, una ejemplar condensación estilística.

Inesperadamente el desenlace nos revela la conversión del delincuente; una conversión que se imagina como súbita humanización y compunción del inhumano personaje. Y de esta humanización ya nos comenzamos a percatar en la primera frase de la cita: ella contiene el primer juicio de valoración ética con que, sorpresivamente, nos brinda el narrador tras una larga crónica de horrores ante los que ha permanecido impasible, imperturbable, en lo que mira a su significación moral. Cómplice, encubridor o autor de infinitos crímenes, *el Pichón* los ha narrado sin darnos jamás una vislumbre, aunque la más tenue, del impacto que ellos hayan podido tener en su conciencia. Antes por el contrario, su impasibilidad ha parecido ceder, en ciertos momentos, en un sentido contrario del asco moral ante la crueldad gratuita.³

Ahora bien, esta mujer que le ha estado esperando a la salida de la cárcel, y que es "una de ellas" —una de las que ha robado— ésta sí se singulariza muy significativamente por merecer el único juicio valorativo positivo hacia el final de una narración en que nada ni nadie ha sido juzgado moralmente: es ella "quizás la mejor y más buena de todas las mujeres que hay en el mundo".

Entre los hallazgos estilísticos en este final de cuento, debe subrayarse la extraña mezcla de lo brutal y de lo conmovedor que ahora ofrecen las palabras del ex presidiario:

"Yo pensé que me esperaba para matarme. Allá como entre sueños me acordé de quién era ella. Volví a sentir el agua fría de la tormenta que estaba cayendo sobre Telcampana, esa noche que entramos allí y arrasamos el pueblo..." Y lo que sigue.

¡Cómo revive vertiginosamente la tormenta de la noche del asalto al pueblo, el tiro en la cabeza del padre de la raptada, y la furia y la desesperación con que ésta se resiste a mordiscos del raptor! "Era una muchachita de unos catorce años, de ojos bonitos..."

Era una muchachita antes; ahora es una mujer, y ¡qué mujer! la que le grita:

"—¡*Pichón*, te estoy esperando a ti! ¡Te he estado esperando desde hace mucho tiempo!"

¡Qué contraste no explícito sino hábilmente insinuado se esta-

³ Véase lo relatado en las pp. 76-78. El lector tiene la impresión de que el narrador se solaza perversamente en la evocación de las crueldades de Pedro Zamora.

blece entonces entre aquella inocencia "de catorce años, de ojos bonitos" raptada en la noche del asalto y esta mujer que viene al encuentro del preso recién liberado; qué contraste doble de personas y de situaciones!

La fuerza caracterizadora de la ficción de Rulfo es insuperable en cuanto a logro de rasgos reveladores con un mínimo de elementos expresivos. Obsérvese la representación que de la escena entre la madre de hoy, la niña ayer violada y el violador apenas libre de la prisión, y, por un momento, temeroso de la venganza, nos condensa la prosa de Rulfo. Véase cómo se retrata esta madre infeliz, con qué grandeza moral potenciada precisamente por la instantaneidad del retrato:

"¡Tengo un hijo tuyo!

Allí está".

Bastarán unas frases lacónicas, cargadas de explosiva afectividad, para que se nos revele, como en un relámpago intuitivo, el temple de su espíritu:

Allí está. Y apuntó con el dedo un muchacho largo con los ojos azorados:

—¡Quítate el sombrero, para que te vea tu padre!

La orden imperiosa que da al hijo aturdido en presencia del hombre desconocido acaso pueda parecer dura en su perentoriedad, pero se justifica en la situación en que es dada y lleva en sí una doble intención superior: por un lado, la exigencia de acatamiento de parte del hijo, y por otro, una demanda de reconocimiento, de parte del padre, quien, a la vez, se ve confrontado por la impensada dignidad que su condición de padre le confiere.

La mujer, además esgrime con sus sencillas, patéticas palabras, un derecho ganado sobre el hombre por la fidelidad, por la paciencia, por la esperanza; en suma, por el amor. Y este derecho lo esgrime apelando al resto de humanidad que pudiera existir en el inhumano personaje en lo que toca a sí misma y en lo que atañe al muchacho de ojos azorados a quien ordena descubrirse. El narrador continúa:

"Y el muchacho se quitó el sombrero. Era igualito a mí y con algo de maldad en la mirada. Algo de eso tenía que haber sacado de su padre". La escena está llegando a su fin y, con ella, el relato. Véase cómo al sacarse el sombrero el hijo, acción que motiva, respecto al hijo y al padre, el doble propósito ya indicado de acatamiento, por un lado y de reconocimiento por otro, suscita en el segundo el comentario preñado de sentido: "Era igualito a mí..." El reconocimiento queda verificado con la carga afectiva expresada

por el diminutivo; pero el impacto emocional no pára en la determinación del parecido físico sino que impresiona el alma del padre con una que podría llamarse toma de conciencia moral: a ese muchacho se le asoma a los ojos "algo de maldad", de la maldad paterna. He aquí el segundo juicio moral que aparece en todo el relato, esta vez aplicado a sí mismo por el protagonista.

¿No equivale tal declaración en un padre que se reconoce como padre, y en la situación en que se encuentra, a una revelación profunda de su propia condición, a una toma de conciencia, como dijimos, a una experiencia ética entrañable?

Algo de esto debe de haber advertido la mujer que observa al ex bandolero, porque es entonces cuando ella pronuncia las palabras decisivas:

"—También a él le dicen *el Pichón* . . . Pero él no es ningún bandido ni ningún asesino".

¡*El Pichón!* El apodo del protagonista suena por segunda vez en labios de la mujer. La primera —recuérdense las primeras líneas de la cita— con la ternura, la alegría, la humedad de lágrimas del vocativo, al producirse el encuentro:

"—¡*Pichón*, te estoy esperando a ti . . . Te he estado esperando desde hace mucho tiempo!"

El apodo encierra en su significado posibilidades de expresión muy complejas, muchas de las cuales nos son apenas entrevisibles o totalmente ignoradas.

Mas cuando la mujer, por segunda vez articula el apodo en la cuarta línea antes de terminar el cuento y exclama:

"—También a él le dicen *el Pichón* . . . Pero él no es ningún bandido ni ningún asesino", la carga afectiva con que lo enuncia se enriquece de un complejo de nuevos matices expresivos en que se entrecocan la devoción, el reproche, la invectiva, el resentimiento, el sarcasmo, ¡quién sabe!

Lo cierto es que al oír las últimas palabras "de aquella mujer que ahora es su mujer", el antiguo bandolero agacha la cabeza.

Quando la levante, suponemos que será él otro hombre, un hombre nuevo. Porque aunque bruscamente ha terminado el relato, el lector completa por sí la visión del ulterior destino de los personajes. Y se les suscitan imágenes de una familia que marcha unida hacia la inmensidad del Llano Grande para edificar su rancho. Un rancho nuevo en el mismo llano que años antes fuera arrasado a sangre y fuego por un hoy pacífico sobreviviente de los incendiarios de la partida rebelde.

EL lenguaje de *El llano en llamas*, lenguaje que se supone fluir de labios de un campesino inculto, tiene, como queda dicho antes, una expresividad exenta al parecer de artificio literario. Lo que equivale decir que la literatura de Rulfo en esta —y en otras obras— llega a tal nivel de excelencia que deja de parecer literatura.

Vale la pena de elucidar entonces algunos resortes técnicos que el fino literato escondido detrás de su narrador hace funcionar en el habla de éste para lograr el poder evocativo con que el relato nos subyuga.

Tratemos, pues, de ver tras el ropaje rústico de este estilo singular la musculatura literaria que lo agilita tan sugestiva como disimuladamente.

CUANDO los hombres de Pedro Zamora acechan a los federales poco antes del primer combate, y se parapetan detrás del muro de piedra que serpea sobre las lomas del paraje, Rulfo hace decir al narrador:

Nosotros seguimos allí, sin movernos. Estábamos alineados al pie del lienzo, tirados panza arriba, como iguanas calentándose al sol... (p. 66).

La comparación no sólo es gráfica en sí y por tanto de sumo poder representativo, sino también apropiada al hablante que la emplea. Una comparación que fuera igualmente gráfica pero que incluyese un término ajeno al mundo de la situación que se quiere presentar, restaría efectividad caracterizadora al lenguaje y, además, verosimilitud de detalle (y aun de conjunto), al relato. Esto nos hace ver que las comparaciones, ésta y otras por comentarse, tienen una doble función: caracterizadora por un lado y creadora de mundo, por otro, pues, quien las emplea hace mostración de sí y, además, de aquello que por configurar su vida y su ser llamamos *mundo*.

En el ejemplo que damos abajo volvemos a la barranca que vimos en la introducción del cuento y al tumulto que desde su profundidad asciende hasta los oídos de los acechadores:

La boruca que venía de allá abajo se salía a cada rato de la barranca y nos sacudía el cuerpo para que no nos durmiéramos. Y aunque queríamos oír, parando bien la oreja, sólo nos llegaba la boruca: un remolino de murmullos, como si se estuviera oyendo desde muy lejos el rumor que hacen las carretas al pasar por un callejón pedregoso.

De repente sonó un tiro. Lo repitió la barranca como si estuviera derrumbándose. (p. 67).

En las ocho líneas de que el pasaje citado consta en el texto, se logra una vívida plenitud expresiva gracias a arbitrios estilísticos que en rigor pertenecen a la lengua literaria pero que no parecen tener esa pertenencia. El disfraz caracterizador que Rulfo ha puesto a su narrador produce algo así como la ilusión de que no hay nada "artístico" en su elocución sino una "iletrada", imperturbable recordación de hechos.

Véase, sin embargo, cuánto artificio literario hay en este rústico lenguaje:

a) Aquel "tumulto de voces amontonadas" que en la introducción del cuento oímos desde el fondo de la barranca, es ahora "un remolino de murmullos".

b) Este "remolino de murmullos" se asimila en seguida al lejano "rumor que hacen las carretas al pasar por un callejón pedregoso".

c) Por fin, el tiro, al repercutir en la oquedad de la barranca, nos da la sensación de que ésta "estaba derrumbándose".

Elimínese la rusticidad con que Rulfo ha matizado esta prosa —tal rusticidad constituye un complejo de complejos matices— y aparecerá nítida la musculatura estilística que podría vigorizar la prosa más refinada.

Rulfo debió de andar en la elaboración de su prosa con el cuidado de un volatinero sobre su alambre aéreo: un paso en falso, y la *campesinidad*, "la ingenuidad" de su andadura fracasa. Esto, a veces, está a punto de ocurrir, pero el volatinero estilístico salva el peligro y continúa su marcha con paso seguro. Veámoslo.

"Las cosas despertaron"

EL tiro, fragorosamente repetido por la barranca,

...hizo que las cosas despertaran: volaron los totochilos, esos pájaros colorados que habíamos estado viendo jugar entre los amoles. . . (p. 67).

Apenas se cambie el orden de las palabras y, no sólo el orden sino algunas de éstas por otras, se advertirá la urdimbre conceptual e imaginativa del lenguaje artístico disfrazado de rústico como un poeta de pastor. En efecto, la ausencia de aspavientos retóricos con que se expresa el narrador y el tono tan marcadamente no intelectual que caracteriza su elocución, hacen que predomine el poder

evocativo, pictórico de ésta, y que no aflore abiertamente el sentido bien lógico que tiene y gracias a cuya eficacia se organizan el paisaje y los sucesos del relato con toda su rica variedad sensorial. El análisis descubre en esa habla rústica una capacidad de síntesis nada "ingenua" y nada propia de un rústico:

Al sonar el tiro, en efecto, y repercutir en la barranca provocando el estallido sonoro comparable al derrumbe de los paredones que la forman, el narrador, recuérdese, dice textualmente:

"Eso hizo que las cosas despertaran..."

¿No es esto demasiado "intelectual" para el campesino ignaro que así se muestra capaz de sintetizar con una fórmula tan concisa un acontecer súbito integrado por una muchedumbre de acontecimientos singulares? ¿No es esta una fórmula muy similar, si no idéntica, a la que en el mismo caso emplearía un hombre cultivado?

Tres palabras más y la fórmula sintetizadora adquiriría una categoría conceptual que podríamos llamar "ensayística" porque es casi un cliché de la prosa intelectualizada:

"Eso hizo que los seres y las cosas despertaran..."

Rulfo, empero, bien alerta y para atemperar oportunamente el intelectualismo larvado en la expresión de su narrador, le hace en seguida volver a su "ingenuidad" e identificar los pájaros, con su nombre regional—los totochilos—nombre de fuerte sabor rústico, que vuelan al sonar el disparo. Además, le hace identificar las plantas muy mexicanas—los amoles, de *amulli*—entre cuya fronda jugaban aquellos totochilos:

"Volaron los totochilos, esos pájaros colorados que habíamos estado viendo jugar entre los amoles..."

Con esta identificación muy de pasada de criaturas de la fauna regional escapando de especies de la flora también regional—y muy regional—Rulfo borra de la mente del lector el efecto peligrosamente intelectual de la primera parte de la frase: "...las cosas despertaron". Sí, las cosas, todas, despertaron. Y entre ellas, esos totochilos, esos pájaros colorados... ¡Cómo se ha rustificado la frase toda! ¡Qué sesgo más coloquial, más campesino ha sobrevenido de pronto!

"*Jorobados de sueño...*"

"—¿QUÉ fue?—pregunta Pedro Zamora todavía medio adormecido por la siesta" (p. 67) ante aquel súbito despertar del paisaje.

Y aquí Rulfo introduce esta comparación:

Entonces *el Chihuila* se levantó y, arrastrando su carabina como

si fuera un leño, se encaminó detrás de los que se habían ido . . ." (p. 67). (Esto es, detrás de los cuatro hermanos Benavides que, ya en la primera página del relato, momentos antes del primer disparo, han emprendido un reconocimiento. Con *el Chibuila* volveremos a encontrarnos más adelante).

Señalamos esta comparación nada más que para mostrar cómo menudean imágenes de gran poder visual en sucesión continua; pero doblemos la página y alcancemos así la número 68, porque en ella tenemos ya a tiro a los federales, en el momento de caer en la emboscada:

Nos dimos vuelta y los miramos por la mira de las troneras. Pasaron los primeros, luego los segundos y otros más, con el cuerpo echado para adelante, jorobados de sueño. Les relumbraba la cara de sudor, como si la hubiesen zambullido en el agua al pasar por el arroyo.

Siguieron pasando.

Llegó la señal. Se oyó un chillido largo y comenzó la tracatería allá lejos, por donde se había ido *La Perra*. Luego siguió por aquí. (p. 68).

¿Puede pedirse una imagen de representación más vívida que la que nos muestra a los federales "con el cuerpo echado para adelante, jorobados de sueño"? Al leerla recordamos el óleo de J. C. Orozco, en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. Orozco representa no a federales sino a zapatistas, marchando a pie, y seguidos de mujeres de amplias vestiduras, jorobadas, también como ellos, de sueño y de fatiga.

Adviértase que toda la cita de arriba es de un lenguaje no inculto. Antes por el contrario, su vocabulario—no sólo su imaginería—podría figurar en una de las páginas de *El águila y la serpiente*, tan cuidadas literariamente.

Por otra parte, la calidad representacional de la comparación "Les relumbraba la cara de sudor, como si la hubiesen zambullido en el agua al pasar por el arroyo" y la fraseología son de la mejor literatura, y ya sin aparente propósito de mimetismo coloquial rústico.

¿Cómo salva, Rulfo, la rusticidad, digamos, de su personaje en una página que ya amenaza con asumir los primores del arte consciente y refinado de decir?

He aquí, renglones abajo, una expresión que en seguida hace del hablante un relapso en el idioma regional que le es propio, y en el mundo rústico en que está inmerso:

". . . Se oyó un chillido largo y comenzó la tracatería allá le-

jos...” Y entonces lo onomatopéicamente rural, regional de esa *tracatería* nos devuelve al hablar del personaje: es un mexicano sin letras, otra vez, el que nos narra, gráficamente, un episodio de la guerra entre hermanos.

La corretiza bajo las balas

AL resumir el argumento páginas arriba, vimos que los federales, fusilados a mansalva en la sorpresa de la emboscada, reaccionan, se despliegan en combate y contraatacan. Pronto ponen en fuga a los revolucionarios y este episodio nos lo relata Rulfo haciendo decir a su narrador:

“Luego comenzó la corretiza por entre los matorrales. Sentíamos las balas pajueleándonos los talones, como si hubiéramos caído sobre un enjambre de chapulines...” (p. 69).

¡Qué graficidad la de esta representación del bailoteo de las balas rebotantes entre los pies de los fugitivos como el de un enjambre de saltones ortópteros llenándoles el ámbito de la fuga!

La función caracterizadora —y regionalizadora— del lenguaje coloquial es aquí enormemente adecuada. ¡Esto es ser regionalista en un sentido valioso de la palabra! En efecto, superando todo pintoresquismo idiomático y costumbrista, Rulfo nos ofrece con el color local, el sabor y la atmósfera y el alma de la tierra y del hombre que la habita.

Realza lo campesino de la elocución, dijimos, la variedad y riqueza de comparaciones de que vamos dando aquí algunos ejemplos. Y este procedimiento estilístico que por un lado sólo parece que tuviera por objeto ilustrar detalles de la acción, por otro, sirve a la vez para suscitar en la mente del lector una visión, una intuición cada vez más rica de las realidades humanas sustancia del relato y de la realidad del contorno cósmico en que los personajes viven su vida.

“... como tejones espantados por la lumbre...”

LOS insurgentes, en su fuga, se echan barranca abajo “como si se despeñaran”, pero los federales siguen disparando:

Ellos seguían disparando. Siguieron disparando todavía después que habíamos subido hasta el otro lado, a gatas, como tejones espantados por la lumbre... (p. 69).

En un trabajo anterior traté de mostrar el sentido y alcance de las comparaciones empleadas por otro artista hispanoamericano, intére-

prete famosísimo del mundo rural de su patria. Me refiero al Güiraldes de *Don Segundo Sombra*. Mi tesis era que Güiraldes se propuso repristinizar en su novela gauchesca, una pampa que ya había dejado de ser, por lo modernizada, por lo tecnificada, la de los gauchos legendarios. Por eso vi en sus comparaciones de seres y cosas entre los que se movían los personajes con seres y cosas archigauchos, archipampeanos, un medio eficaz de suscitar virtualmente, un mundo casi abolido—con fauna y flora intactas—, un mundo casi el mismo que el de Martín Fierro y, claro, muy anterior y muy distinto del de 1926.

Ahora bien, parece que en Rulfo se manifestase un propósito que aunque muy diferente del de Güiraldes, tuviera en común el uso de las comparaciones rústicas para crear una ilusión. Pero una ilusión que no consiste en repristinizar lo abolido haciéndolo pasar por actual. Se trata de difuminar una lengua artística con términos de comparaciones rústicas y con palabras de local rusticidad para que creamos que es un rústico el que habla y para que veamos a este rústico rodeado de lo que le es propio y natural como repertorio de imágenes posibles en el léxico a su alcance. De aquí que cuando las necesidades literarias del relato exijan la intervención de expresiones no intrínsecamente campesinas, de inmediato Rulfo ponga en labios de su personaje palabras y comparaciones impregnadas de esencias rurales. De este modo difumina lo *artístico* que en rigor subyace a cuanto dice el narrador y logra esa "ingenuidad" más de una vez mentada.

Y así este narrador nos parece estar limitado en su imaginaria y léxico por lo que su rusticidad le pone y ha puesto siempre ante los ojos: la fauna, por ejemplo (lo mismo sucede en *Don Segundo Sombra*). En el caso presente, la especie término de comparación es la de los tejones—"como tejones espantados por la lumbre"; En el anterior, eran los chapulines, asimilados a la granizada de balas federales.

En suma, gracias a estas imágenes rústicas—que son en rigor bien literarias—Rulfo desintelectualiza el lenguaje de su protagonista y, claro está, lo rustifica con el ya mentado doble efecto de la caracterización por un lado y de la suscitación indirecta del mundo regional, por otro.

Otro ejemplo

PARA muestra, basta un botón, dice el refrán. Pero estudiemos otro ejemplo de la técnica comparativa en la prosa de Rulfo. Presen-

mirando cuando nos íbamos cada quien por su lado para repartirnos la muerte. Y él parecía estar riéndose de nosotros, con sus dientes pelones, colorados de sangre (p. 81).

No es ésta la única visión "muralesca" del relato. Lo que nos mueve a elegirla como ejemplar es su intensidad macabra, su impregnación de muerte ya alcanzada o anticipada y las dos comparaciones referentes a un cadáver que, pese a ser tal, *parece* realizar actos de los vivientes: defenderse del frío, mirar y reírse burlonamente. Mas es al final del pasaje donde la inmovilización de la mueca de *el Chihuila* logra esa calidad pictórica, de mural trágico, apocalíptico: la risa cadavérica "con sus dientes pelones, colorados de sangre".

*Justificación de la
extensión del relato*

RULFO ha dividido su cuento en nueve partes indicadas por espacios en blanco. Las ocho primeras constituyen el relato de la actuación de la partida, como personaje colectivo. La octava parte termina cuando el personaje colectivo se disuelve, esto es, cuando fue forzoso que "cada araña fuera por su hebra", para usar la expresión de uno de los personajes de *Los de abajo*.

El narrador explica:

Casi no nos quedaba ya ni el pedazo que pudiéramos necesitar para que nos enterraran. Por eso decidimos separarnos los últimos, cada quien arreando por distinto rumbo.

La última, la novena parte, es, si vale la expresión, un cuento desprendido de otro cuento. Algo como el renuevo surgido al flanco del tronco del árbol. En efecto, al desaparecer el personaje colectivo, el narrador será en la novena parte el centro de atención. Lo que nos diga se va a referir a él sólo como personaje individual que desplaza al personaje-masa. Y entonces comienza el cuento de *el Pichón* como ex presidiario y su redención por la mujer que, a la salida de la cárcel, le espera con el hijo desconocido.

Este cuento dentro de otro cuento, o mejor, al final de otro cuento, sólo es concebible como "parte" del primero, tal como el renuevo lo es del árbol y se suscita y nutre de la savia del tronco padre.

James East Irby opina que el relato aquí estudiado "se extiende

más de la cuenta"⁶; con lo que sin duda afirma que debiera ser más breve o, mejor dicho, tan breve como los demás de *El llano en llamas* a los que supera en extensión.

Irby parece no haber advertido la índole especial de este relato, acaso el más trabajado de todos los de Rulfo. La historia de la partida de Zamora, por un lado, y la de *el Pichón*, como superviviente de aquélla, por otro, por necesidad interna, exigían la extensión del cuento en las veintidós páginas que le atribuye Irby. Sólo merced a la amplitud y variedad de experiencias sufridas por *el Pichón*, experiencias que culminan con los horrores de la desespección y luego la larga soledad de la cárcel, sólo merced a todo esto se hace verosímil el desenlace. Esto es, lo que hemos llamado cuento al final del cuento.

Debe subrayarse que el estudiado es el único relato de Rulfo que tiene un desenlace en sentido estricto. Los demás, al terminar, dejan las cosas como antes estaban, tan mal como antes, o peor. En *El llano en llamas* se verifica un cambio radical en lo que atañe al protagonista, al llegar al final. Se pasa de la abyección a la redención, del bandolerismo a la decencia. Juzgado este cuento con abstracción de los demás, acaso nos diera pie para ver en Rulfo mucho menos pesimismo que el que le es corrientemente atribuido.

En el efecto, *El llano en llamas* presenta la revolución como una fuerza ciega y brutal que arrasa con todo sin un plan positivo de mejoramiento. Esto resulta indudable por la elección de personajes, por la elección de los episodios y por la atmósfera toda de las ocho primeras partes del cuento. Pero la novena parte parece decirnos que, a pesar de todos los pesares, a despecho de todos los horrores, no se ha perdido la esperanza. Esa mujer sufrida que redime al atroz guerrillero es el símbolo de una voluntad creadora, fecunda, constructiva que ha superado en el seno de México, la ciega destructividad del terremoto social ya terminado.

Bien mirado, *El llano en llamas* se nos aparece como un cuento excepcional, no en cuanto a la extensión sino en cuanto a sus posibilidades de simbolización positiva: las llamas se han apagado en el Llano y una nueva vida comienza en un hogar en que el respeto y el amor unen a victimarios y víctimas de antaño.

Resumen: La unicidad de El llano en llamas

SOSTIENE Dámaso Alonso que la unicidad de una obra es el único objeto de la indagación literaria.

⁶ JAMES EAST IRBY, *La influencia de William Faulkner en cuatro narradores americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1956, p. 149.

Aplicando este principio, ¿en qué consistiría la unicidad o peculiaridad de *El llano en llamas* dentro de la obra narrativa de Rulfo, a la luz del análisis que hemos tentado hacer?

Resumamos, pues, en pocas palabras lo indicado. Las notas esenciales de esta obra se nos aparecen así:

Un lenguaje y un tono adecuados al personaje que es, a su vez, el protagonista-narrador. Este lenguaje desempeña, como hemos visto, una doble función: caracterizadora, de una parte en cuanto nos da una honda intuición psicológica de quien lo emplea; y, de otra, suscitadora de "mundo". Pues la imaginería toda de este lenguaje nos refiere constantemente a los "ingredientes" más característicos de ese "mundo". Nos refieren a ese "mundo" aislándolo del resto del Universo, excluyendo todo cuanto le es ajeno y no está al alcance de la visión del narrador-protagonista. Es más: tanto está inmerso el narrador en el mundo que le es propio y tanto parece hablar sólo para otros igualmente inmersos en aquél, que todo cuanto es necesario aparece como sobreentendido y conocido muy bien de los supuestos oyentes.

La técnica literaria empleada por Rulfo resulta entonces en lo que llamaríamos un "regionalismo a ultranza". Un regionalismo que, al revés del tradicional, prescinde de lo que en el mundo exterior pueda interesar como pintoresco o típico o "interesante" y carga el acento sobre lo que pasa en las almas de una región dada, en lo que ellas son. Este regionalismo definido como a ultranza, nos instala entonces en lo que es universal en lo regional, en lo que es humano, y en lo que es demasiado humano, en esa región o en cualquier otra. En suma: la nota resultante es la de universalidad.

Lo ya indicado arriba son notas aplicables a todas las narraciones de Rulfo. ¿Cuál sería la nota peculiar, específicamente aplicable a *El llano en llamas*?

Repitamos, para concluir: este relato es el único con un desenlace que entraña, además de una evolución radical del carácter del protagonista, una suerte de esperanza en un mundo mejor; una esperanza fundada precisamente sobre esa evolución que, en rigor, consiste en la redención del narrador y en su afirmación final de valores que ennoblecen la existencia.

El pesimismo rulfiano, pues, se nos aparece como atemperado en el más extenso de sus famosos relatos.

Tales son, en síntesis, las notas que, a nuestro juicio, constituyen la unicidad de *El llano en llamas*.

FEDERICO GANA, MAESTRO DEL RELATO CRIOLLISTA

Por Homero CASTILLO

LA fisonomía propia que alcanzó el cuento chileno a principios del siglo xx y la sostenida labor de perfeccionarlo en que se empeñaron varios autores de los decenios siguientes, encuentran antecedentes en la escasa pero valiosa obra que legó un prosista de singular talento literario: Federico Gana. A él se le adeuda el apasionado entusiasmo que, años más tarde, suscitó el campo sureño en los criollistas que buscaron tema para sus creaciones en los ambientes rurales chilenos.

Es verdad que las obras iniciales de Mariano Latorre, considerado el padre del criollismo, cronológicamente parecen preceder a las de Gana, puesto que los *Días de campo* de éste es del año 1916, y los *Cuentos del Maule* de aquél se publicó en 1912. Sin embargo, para ordenar el proceso artístico que experimentó el cuento chileno, no se puede ocultar el hecho de que en el orden elaborativo, o sea en la temática, la concepción y la estructura episódica, Gana representa un momento muy anterior y ocupa un puesto de avanzada en el nacimiento y desarrollo del género.

Aunque más adelante detallaremos algunos de los méritos específicos de la obra de Gana, a la luz de algunos ejemplos concretos, nos adelantamos a indicar que sus composiciones obedecen a un plan trazado de antemano con precisión y orden, a la vez que siguen un sistema expositivo metódico, equilibrado y bien dispuesto. Se trata de un escritor de orientación temática y tonal bastante firme, madurada y personal en que la estructura armónica de la obra no le va en zaga al tema claro, la trama dosificada y el justo sentido de las proporciones en que han de darse los elementos descriptivos y episódicos. Es así como el cuento queda ceñido con justeza y naturalidad al limitado marco en que debe encuadrarse.

Las conocidas alternativas que dieron color a la vida de Federico Gana parecen contribuir en buena medida a explicar la madurez artística que observamos en sus mejores cuentos. Conducen los biógrafos en que era hijo de una familia acomodada y en que,

casado con doña Blanca Subercaseaux del Río, la atención que acaso le exigían sus cinco hijos tampoco le significó una carga agobiante. Como su padre era un próspero ingeniero que además poseía una vasta hacienda en la provincia de Linares. Gana creció sin el asedio económico que a veces precipita el deseo de escribir como medio de conseguir una subsistencia decente o un puesto de alta figuración. Fue redactor de varias publicaciones hasta que, sin mayores obstáculos, se recibió de abogado en 1890 cuando contaba alrededor de 22 años de edad. Apenas estuvo en posesión del título, fue nombrado secretario de la legación chilena en Londres, cargo que desempeñó hasta que los sucesos políticos del año 1891 suprimieron el puesto que ocupaba. Y así como nunca demostró especial adicción al ejercicio de su profesión, tampoco se conformó a la rutina burocrática de su trabajo en Londres. Vuelto a Chile en 1892, procuró con excelentes intenciones incorporarse al bufete de otros abogados ya bien establecidos, pero entonces como en el curso de su vida entera, no se sintió en el ambiente que deseaba. Sus medios de subsistencia sin duda se facilitaron aún más cuando al casarse en 1903, se fue a vivir a casa de sus suegros, santiaguinos de nombres conocidos que estarían muy lejos de la estrechez económica.

La existencia bohemia, imprevisora e impráctica de Gana quizás parezca descuidada o tragicómica en las semblanzas que de él nos han dejado sus contemporáneos y que los biógrafos han documentado más tarde con ejemplar prolijidad. Innegable es que la vida de este pintoresco aristócrata, siempre fino y recatado, por otra parte, dista mucho de constituir un caso perdido de completo ocio improductivo. El diario y fructífero alternar con las figuras literarias más destacadas de su tiempo, la laboriosa escrupulosidad artística que se constata aun en los momentos más amargos de pobreza, la cual le vino inexorablemente, y la capacidad que reveló para captar y transcribir los objetos que absorbían su atención, compensan con creces las tachas que se le pudieran imputar como hombre. El acabado producto de su pluma prueba sin lugar a dudas que su labor exigía tranquilidad, dedicación y, por ende, tiempo para madurar los planes hasta llevarlos a cabo en conformidad a las pautas definidas que se proponía.

Hay hechos muy repetidos por los biógrafos que tienden a cimentar nuestra fe en Gana. Por ejemplo, se cita con frecuencia la promesa que don Federico hizo en incontables ocasiones de empezar una novela, *La palanca*, de la cual ni siquiera escribió el primer renglón. ¿No sería que el plan, la concepción y los detalles que él se exigía antes de lanzarse a llenar cuartillas estaban madurando en su mente cuando lo atrapó la indigencia y le creó la pugna, antes

inexistente, entre su dignidad de aristócrata y las angustias de una muerte espiritual, más bien que física?

Dicen quienes le conocieron que no era extraño ver a Gana leyendo páginas suyas a sus amigos y que su esposa a menudo constituía el oyente primero y favorito de las obras que tenía en preparación. ¿No revelan estos hábitos de trabajo una disposición bastante personal para la labor de creación? Juzgada con el atenuante de los hechos apuntados, resulta injusta la actitud de algunos críticos que no han hecho sino reprochar, poner en ridículo o, al menos, realzar los ribetes pintorescos de la existencia de Gana con intenciones meramente personales, pero con lamentable menoscabo de las beneficiosas proyecciones que acaso tuvo dicho tren de vida en la gestación y desarrollo del proceso artístico de esos cuentos hoy consagrados como maestros por la unanimidad de los estudiosos y hasta por sus detractores.

Añádase a las consideraciones anteriores el provecho que derivó Gana cuando, encontrándose delicado de salud, hubo de retirarse a pasar una temporada en el fundo de sus padres. Las meditadas observaciones que entonces hizo sobre las características del medio físico y la idiosincrasia de los patrones e inquilinos, aparte de haber quedado incorporadas en su debido lugar en relatos de textura hasta ese tiempo desconocida en su tierra, constituyen fuente inagotable del criollismo del siglo veinte.

La *Sociedad de Los Diez*, cuya labor editorial e influencia en el proceso artístico de Chile alcanzó proyecciones de insospechada magnitud, tuvo la loable iniciativa de publicar en 1916 la obra que consagró a Federico Gana entre los padres del cuento chileno. Es muy posible que los mentores de dicha sociedad ya conocieran las creaciones que Gana venía realizando, pues las había entregado a los lectores en diversas revistas de la capital. Sea cual fuere la intención que guiara a *Los Diez*, la primera edición de *Días de campo* salió auspiciada por esa entidad y constaba de una docena de cuentos que, con el correr de los años, llegarían a convertirse en material obligado de numerosas antologías nacionales y extranjeras del cuento chileno del siglo xx. Huelga decir que el inventario bibliográfico de los cuentistas de Chile exhibe contadísimos casos de autores que, como Federico Gana, hayan logrado ser consignados en casi todos los panoramas antológicos serios de su patria y del mundo hispánico.

Es natural que algunos de los cuentos de Gana se lleven puestos mejores que otros porque, claro está, dentro de *Días de campo* hay relatos que se distinguen en forma especial. No obstante, ello no quiere decir que dentro del conjunto no se tropiece con lunares

escapados al talento y celo del autor. Así y todo, si se quiere buscar en las letras chilenas un modelo de conjunto, promotor de orientaciones, gustos y técnicas de acentuada longevidad, se haga preciso recurrir a *Días de campo* y concluir, tras imparcial escrutinio, que *La señora*, en particular, ha sido la composición más agraciada y popular entre los críticos, el público y los editores.

Dentro del limitado espacio con que contamos, procuraremos describir valorativamente el relato titulado *La señora*. Sus méritos han sido acotados en forma de simples enumeraciones adjuntas a las preferencias de algunos críticos pero sin pormenorizar los ejemplos concretos en que se ve con orden y exactitud el arte con que se distingue el narrador en su obra maestra. Nuestro propósito no es otro que hacer justicia al escritor, en su tiempo y en su lugar, sin pretender, como otros lo han hecho, un examen interpretativo a base de los elementos de que carece la obra y que se quisiera hallar en ella. Entiéndase de una vez por todas que esperar posiciones ideológicas o características de escritores posteriores en un autor que no podía ni tenía que pensar como algunos críticos obsesionados hoy por determinadas doctrinas o modas literarias constituye, para nosotros, una arbitrariedad que sólo empaña injustamente y va en desmedro de los nobles propósitos que guiaban a uno de los creadores más puros del cuento nacional chileno en los albores de este género en esas tierras.

El episodio central creado por Federico Gana en *La señora* se distingue por su extremada sencillez. Trátase del conocido caso de una dama venida a menos, a quien protege un hombre del pueblo cuya laboriosidad le ha permitido prosperar hasta labrarse una situación holgada. Los antecedentes que explica la razón de los hechos, la cual no es otra que una retribución de favores, quedan expuestos con brevedad y precisión por el agradecido Daniel Rubio:

No he conocido padre ni madre... Hasta la edad de siete años lo he pasado por ahí, como los perros sin amo. Un día vino esta señora, me recogió y me llevó a su casa. Allí he crecido, señor, sirviéndole a ella y a sus hijos; y no me avergüenzo... Ella me puso la cartilla en la mano, ella me enseñó lo poco que sé y me mandó a la escuela... Después yo salí a buscar la vida y trabajé en lo que vino a mano... Pasaron los años... Al fin su marido murió y sus hijos se casaron... El caballero había sido gastador... y no dejó casi nada. Después los pleitos y los tinterillos... fueron llevándose lo poco que quedaba... Yo, que estaba arrendando entonces este fundo, que después fue mío, sabiendo que ella estaba en casa de una amiga, digamos como de limosna, me fui allá, me presenté y le dije: —Señora, no

permiso que ande sufriendo. Véngase a su casa, la casa de *su chino*, que ahí nada le faltaría. Usted será la señora... No me desprecie... y aquí tengo a mi viejecita hasta que se muera: ella es mi madre, todo lo que tengo en el mundo (pp. 139-140).*

Observamos que el nudo del relato se ve aplazado hasta las últimas páginas y que en las iniciales, a base de otro sencillo episodio, el personaje que descubre el interesante caso de Rubio y la señora es un joven estudiante a quien su padre ha mandado al fundo de don Daniel a "contratarle bueyes para el trabajo de la próxima siembra". El paso de una situación a otra se realiza con calculada pericia y lentitud porque el escritor se hace cargo de la exigüidad del relato central, a la vez que desea aprovechar la demora para crear un clima circundante bien caracterizado y típico. De este modo, la aparente desproporción que se nota en el número de páginas que ocupa la introducción no se debe a la longitud de las alternativas episódicas, pues las dos historias son breves, sino al propósito de elaborar un telón físico y humano discreto pero de inconfundibles perfiles.

A la naturaleza, que es rural, se le ubica en los grandes y fértiles valles típicos del sur de Chile:

Hacia ya tres horas que galopaba sin descansar... por aquel camino que se me hacía interminable. El sol, un sol de tres de la tarde en todo rigor de enero... A ambos lados se extendían grandes potreros sin agua, cubiertos de un pastillo blanco que hería la vista, y donde los rayos del sol reverberaban con fuerza. A lo lejos, la enorme mole violácea de los Andes, despojada de sus nieves emergía con violenta claridad sobre un cielo sin nubes, pálido y brillante (pp. 131-132).

En este paisaje de fondo surge gradualmente y con fisonomía propia el fundo chileno, escenario de la trama que se avecina:

A medida que avanzaba, el paisaje principiaba a variar. Añosos álamos y sauces daban sombra al camino; divisaba verdura, chácaras, pastales de trébol, animales vacunos, aguas corrientes... De cuando en cuando, tras la alameda, asomaban algunos humeantes ranchos de inquilinos.

—Ya estamos en lo de don Daniel —me dijo el mozo.

Y yo me interesaba, contemplando el buen cultivo de la tierra, la excelencia de los cerros, mil pequeños detalles que revelaban la

* Esta cita y las siguientes son de la edición de 1916, de *Los Diez*.

vigilancia y el trabajo de una mano avezada a las labores de la agricultura.

—¿Cuántas cuerdas tiene el fundo? —pregunté al mozo.

—Trescientas cuerdas regadas... —me contestó.

Llegábamos ya al fin de la alameda, y un instante después tenía ante mí una reja de madera pintada de blanco, a través de la cual se divisaba una huerta de hortalizas y un edificio, con esa arquitectura sencilla y primitiva, peculiar en nuestras construcciones campesinas: enorme techo de tejas, bajas murallas, anchos y sombríos corredores... y pasando frente a la casa entramos por una ancha puerta de golpe que daba a un caminito bordeado de acacias (p. 133).

Estos son básicamente los dos ambientes en que Gana, con sobriedad colorista, va poniendo en acción a los personajes. Más adelante y a medida que lo exigen las circunstancias sigue entre-gando detalles adicionales, tales como el comedor del fundo que sirve de marco y escena a los episodios del relato central:

... Entramos a una pieza que daba al pasadizo y que servía de comedor. La lámpara estaba encendida y la sopa humeaba sobre una pequeña mesa, puesta con gran decencia y limpieza... Aquí y allá, sobre el mantel immaculado, había grandes maceteros con flores frescas y hojas verdes; las servilletas tenían cierto arreglo peculiar; el vino brillaba en las garrafas de vidrio, y en las paredes vi diferentes estam-pas de santos que no dejaron de llamarme la atención (p. 136).

Los elementos humanos que lentamente empiezan a destacarse en el desarrollo del cuento son tres. Hay un estudiante que sirve de narrador y a quien, durante las vacaciones que pasa en el campo, su padre confía ciertos encargos relacionados con las faenas agrícolas. Confiesa el joven, con regocijada y sugestiva malicia, que aprovecha el cumplimiento de estos deberes para aliviar el peso que ellos significan embarcándose en algunas aventurillas que le han proporcionado "la oportunidad de hacer más de una visita agradable" para sus ilusiones de veinte años. Se trata, a todas luces, de un tipo urbano que, además de constituir un medio expedito de presentar la narración, realza los contrastes en la pintura de los personajes. En efecto, aunque llega a comprender la noble grandeza del campo y de su gente cuando conoce la talla espiritual de Daniel Rubio, la identidad de los móviles humanos determinantes de su sensibilidad queda en pie con notoria firmeza. Al terminar la narración, vemos que Rubio no ha logrado infundir a su visitante más que una singular alegría, la de "haber estrechado la mano de ese hombre".

A pesar de las limitaciones descriptivas que se le imponen a Gana, casi nunca descuida ciertos pormenores de forma y fondo que comunican a los personajes lo esencialmente distintivo que poseen. No tardamos en percibir la aspereza externa de Daniel Rubio, oímos su lenguaje primitivo, observamos su dedicación al trabajo, conocemos la medida de sus hábitos de vida, causa inmediata de la prosperidad que lo rodea, y sobre todo penetramos en su gran corazón pronto a la gratitud y a la generosidad. Gana ni siquiera descuida las facciones y el aseo campesino de Rubio, no obstante el exiguo espacio de que dispone, porque para él son elementos que hacen al personaje inseparable del medio en que se halla ubicado:

Representaba de cuarenta y cinco a cincuenta años, y vestía el traje común a nuestros mayordomos de haciendas: pequeña manta listada, chaqueta corta, pantalones bombachos de *diab'lo fuerte*, enormes espuelas y sombrero de paja de anchas alas. Su rostro cobrizo, de facciones gruesas y duras, singularizábase por el estrabismo y la inmovilidad de una de sus negras pupilas que parecía cristalizada, mientras la otra tenía un brillo y una vivacidad extraña (p. 134).

De los tres personajes a que nos hemos referido, el último en aparecer es doña Carmen Mancilla, cuya presencia de gran señora y ama de casa, aunque venida a menos, se distingue por su refinado aspecto físico, por sus buenos modales y hasta por algunas costumbres muy típicas de las llamadas "clases altas" de Chile, todo ello en violento contraste con su protector:

En su rostro extenuado y pálido, con esa palidez luminosa de algunas personas extremadamente ancianas, en su hundida boca, en su fina nariz aguileña, en sus grandes ojos claros, vagaba una expresión de dulce tranquilidad. . . hacíase más notable el contraste que formaban los modales finos, insinuantes, casi aristocráticos, con los desmañados y selváticos de mi huésped (pp. 136 y 138).

Más aún, si nos detenemos a examinar el lenguaje utilizado por Gana, de inmediato se descubrirán tres elementos que se han fundido en el relato. El ingrediente narrativo propiamente tal lo suministra el joven visitante, el popular es patrimonio de Daniel Rubio y el de la conversación cultivada es privativo de doña Carmen. No sólo impresionan los popularismos que emplea Rubio a modo de afianzamiento de sus modales "desmañados y selváticos", sino que llama la atención el amaneramiento con que se esfuerza por hablar

la señora Mancilla. Obsérvase en la charla de la dueña de casa esa tendencia de ciertos grupos sociales chilenos a considerarse integrantes de una sola y gran familia, y la costumbre a explotar esta creencia como tema inicial de toda conversación con otro de su misma estirpe, como si así se estableciera una especie de entendimiento o solidaridad que afianzara la exclusión de que han sido objeto los que no han logrado emparentar con determinados clanes:

El señor... debe ser pariente de los señores... (nombró a unos tíos abuelos)... Yo los conocí cuando eran solteros... venían siempre a nuestra casa, Daniel, ¿te acuerdas del baile?... Pero, es verdad, tú no estabas con nosotros todavía. ¿Qué ha sido de esos jóvenes, de sus tíos? Sé que uno se casó en Santiago, y que ha tenido muchos hijos. Y ella, al mismo tiempo que continuaba su charla con alegre volubilidad, me servía los platos con toda clase de miramientos, dirigiéndome signos de inteligencia, como indicándome que esa conversación *sólo nosotros podíamos comprenderla* (p. 138; las palabras en cursiva no aparecen así en el texto).

Tomado en su conjunto, el cuento de Gana que estamos examinando, posee rasgos obvios que cualquiera persona puede descubrir con relativa facilidad. Desde luego, enraíza con el relato de ambiente campesino, aunque los personajes no sean del todo rurales, mérito que, para ser observado, no exige sino un conocimiento general de la cronología y de las directrices más obvias del cuento chileno. Constituye también un halagador ejemplo de sentimentalismo que acaso conmueva al público lector. De este último rasgo es muy posible que derive la popularidad de que goza y que hemos indicado.

Lo anterior, sin embargo, nada dice de otros aspectos de conjunto que delatan la maestría con que fue concebido y realizado el relato. Refirámonos, por ejemplo, al tono que se le infundió y a las condiciones sociales en que se mueven los personajes por constituir todo ello un reflejo valioso de lo que el autor ve en la realidad chilena y siente hacia ella. Coexisten en el cuento dos segmentos sociales bien definidos: el popular, representado por Rubio, y el culto, personificado en doña Carmen Mancilla. Ambos se toleran, aunque sea por necesidad, con excepcional serenidad y discreción. La señora que, años atrás, ha protegido al huérfano, y el allegado que más tarde ampara a la arruinada dama, crean una situación ideal que seguramente concretiza y es portavoz de las aspiraciones de las clases menos afortunadas de cualquier parte del mundo y que por esa razón originan un clima algo placentero para una mayoría,

si bien los grupos minoritarios de *élite* quedan algo resentidos. El cuentista se hace cargo de este fenómeno y por ello ubica a cada cual en su lugar y en su debida perspectiva a fin de que la ineludible convivencia idealizante no excluya en forma indecorosa o forzada las distinciones tradicionalmente establecidas. Por otra parte, la actitud de Gana acusa gran ecuanimidad al exaltar las cualidades de Rubio, siempre dentro del límite de lo posible y probable. Y si bien es cierto que mantiene a la señora en un alto pedestal, no obstante su indignancia, no por eso deja de expresar con meridiana claridad el negativismo y deterioro en que, a la larga, se sumen a veces los que en un tiempo fueron agraciados en demasía o no supieron administrar su patrimonio. Es esta deplorable ruina de los imprevisores la que lleva a los humildes pero emprendedores hijos de la tierra a prosperar y hasta a reemplazar a quienes no han sabido llevar a feliz término o mantener viva la misión que les había tocado providencialmente. . . Este ascenso socioeconómico de la clase trabajadora, empero, no significa que la estabilidad material conseguida en cierto momento y a fuer de tesorero laborar dé pie a una dictadura cimentada sólo en los laureles de un pasado esfuerzo. La teoría de los extremos no convence ni funciona jamás en la obra de Gana.

Obsérvese, por ejemplo, la excesiva adicción de Rubio a la bebida y los preventivos consejos de la señora Mancilla antes de retirarse a su cuarto después de comida. Esta debilidad de Rubio parece presagiar el nacimiento de un peligro potencial que acaso sea el equivalente o la contrapartida de la imprevisión y derroche del marido de la empobrecida señora, porque, como Rubio lo declara, "el caballero había sido gastador. . . y no dejó casi nada". Y aunque por acostumbrado respeto y tradicional sumisión a los patrones, Daniel se esfuerza por excusar el despilfarro de su antiguo amo, ello no impide que se produzca la catástrofe económica de los Mancilla con todo su cortejo de estrecheces y vergüenzas sociales. Es así como el antiguo protegido de la familia, gracias a su empeño, logra aproximarse al perdido nivel pecuniario de sus amos e influir cierto grado de respeto social. Añádase a las anteriores consideraciones el lugar común de los tinterillos que engañan a una pobre señora no muy despierta que no puede combatirlos ahora, como tampoco pudo hacerle ver a su marido, "jefe de hogar", la pendiente por la cual se deslizaba. Es claro que se trata de un matrimonio tradicional, "a la antigua", en que la esposa o callaba todo el tiempo o ni siquiera se preocupaba del porvenir por ser éste responsabilidad exclusiva del marido. En todo caso, queda bien en claro el hecho de que la laboriosidad de Rubio le ha permitido cosechar frutos y que los antiguos hacendados del lugar buscan su apoyo, sea

allegándose a compartir el calor de su hogar o dependiendo hasta de sus yuntas de bueyes para poder realizar las labores agrícolas. Y para conseguir esto último, el narrador, hijo de un vecino con pretensiones sociales ya que desea dar a su vástago una profesión liberal, se ve en la necesidad de soportar todas las brusquedades con que es recibido por Rubio al llegar a su fundo.

En suma, Federico Gana hace justicia a sus personajes porque les permite actuar con sus virtudes y debilidades, alabándoles lo constructivo de su comportamiento y tachándoles el negativismo casi atávico que con facilidad y rapidez puede llevarlos a la desintegración social y económica. Los residuos tradicionales de los estratos sociales, traducidos en modales, actitudes y costumbres, subsisten sin menoscabo alguno del individuo cualquiera que sea su situación en el grupo humano, pero nunca menoscaban ni menos contribuyen a petrificar la integridad y vida propia de los actores en el instante del devenir existencial en que nos tropezamos con ellos. Cualquiera prédica reivindicadora vociferante o actitud demagógica violenta habría estropeado o desfigurado la flexible estructura, el ágil desarrollo y el armonioso tono del momento que el autor deseaba aprehender y comunicar tal y como él lo vio y sintió en su calidad de artista sereno y contemplativo.

Por último hay que hacer hincapié en los aciertos de Gana al emplear una técnica expositiva bien meditada y constante. No se vislumbra en las páginas iniciales ningún instante débil o mal llevado que induzca al lector a adivinar el curso en que se va a orientar el relato ni las alternativas episódicas que adquirirá la trama hasta desembocar en lo medular del enredo. Los dos tercios primeros de la narración estimulan al lector y le dejan amplio margen para numerosas y estimulantes conjeturas, que, nos aventuramos a asegurar, se desvirtúan por completo al descubrírsenos el nudo central del cuento. Y el momento crucial de toda la obra que queda expuesto con notable concisión, rapidez y dignidad en un par de páginas hacia el final del cuento. Los párrafos que cierran el relato, como no podía menos de esperarse en esos años, poseen un fuerte sabor a moraleja a causa del efecto que produce la personalidad de Rubio en los sentimientos de su imberbe visitante. El desenlace que pone fin al misterio que en un principio rodea la vida de Daniel y doña Carmen, aunque explicativo, revela un alto grado de moderación porque, a pesar de que Gana nos informa de lo que ha sucedido y sigue sucediendo en casa de Rubio, ni éste ni doña Carmen Mancilla modifican en nada su modo de ser. En efecto, todo lo que pasa en el cuento, ya ha ocurrido antes y a los personajes no les resta más que seguir siendo lo que ya han llegado a ser. Es decir,

que el lector se asoma muy tarde a ver lo que ha tenido lugar y lo que aún sigue en pie. Esto último bien pudiera despertar curiosidad o aprehensiones acerca de su duración, pero el autor les proporciona tal ritmo de normalidad que no interesa saber el punto en que irá a parar la vida de los personajes. Esto es lo que erróneamente ha sido interpretado como fatalismo de clases en la obra de Gana.

No se trata, por otra parte, de personajes vegetativos o insensibles ni de escenas desvitalizadas de una existencia rutinaria porque, como ya lo hemos visto, la acción y los elementos descriptivos, tonales y elaborativos se han encargado de señalarnos las ocupaciones y hasta las cuitas más íntimas, casi todas en rebosante plenitud, que llenan y enriquecen la conducta, los sentimientos, los escenarios y, en general, los contenidos ambientales físicos y humanos de la situación creada a base de una bien definida dinámica de la vida.

A la luz de nuestras consideraciones esperamos que se pueda asegurar con más justicia que nunca que *La señora* es una de las joyas más valiosas de la literatura chilena y acaso del mundo hispanoamericano. La crítica honrada no cesará de destacar muchas otras facetas del relato que se nos escapan. Esta labor se hace imprescindible para contrarrestar los débiles elogios que a regañadientes le dispensan algunos comentaristas cegados por el sectarismo de determinadas consignas. La absurda cantinela de que a Gana le falta esto o aquello, aparte de revelar una posición preconcebida y dogmática, intolerable en la crítica literaria, falla al querer exigir a un artista que se desprenda de su propio criterio, sentimientos y aun talento personal para conformarse a moldes y divisas de momentos y lugares que ni fueron suyos ni jamás conoció.

TRES HEROÍNAS NEFASTAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Por María ALFARO

Doña Perfecta, de Benito Pérez Galdós.

La tía Tula, de Miguel de Unamuno.

Bernarda Alba, de Federico García Lorca.

TIERRAS de España, llenas de contradicciones, en donde la guarida de unos bandoleros es llamada *Estancia de los caballeros*; en que la desolada tristeza de un negro paisaje se convierte en Prado Ameno y un villorrio de adobes que miserablemente se extiende sobre un llano árido tiene la insolencia de llamarse Villa Rica. . . La gente española vive de la imaginación; por eso su héroe más representativo es el fabuloso e iluminado Don Quijote.

Las tres mujeres protagonistas de estas obras cuyos autores son muy desemejantes entre sí, no pueden darse en otro clima que no sea el de España. Salvo la tía Tula, personaje más imaginario que real, las otras dos existen y sus respectivos creadores las han tomado de la más auténtica y amarga realidad. Pero en las tres predomina la castidad, que suele ser virtud sin eficacia cuando no se aplica a un fin noble y generoso. El doctor Marañón, en su biografía del emperador Tiberio, se refiere a la frigidéz constitucional de muchas mujeres ambiciosas que desde su ficticia altura pretenden permanecer intactas e invulnerables a la entrega magnánima del alma, utilizando sus atractivos, presentes o pasados, en pura ventaja para su ambición y su afán de mando.

Estos estudios femeninos, en su brevedad, sólo pretenden poner de relieve lo más significativo de unos "dramas de mujeres en los pueblos de España", subtítulo que da Federico García Lorca a *La casa de Bernarda Alba*. Porque tanto esta última como doña Perfecta viven incrustadas en la vida española y aunque en forma mitigada, casi todos hemos tropezado alguna vez con ellas.

Doña Perfecta (1896)

DON Benito Pérez Galdós confiesa que esta novela fue comenzada sin saber cómo había de desarrollar el asunto. "La escribía a trozos, como iba saliendo, pero sin dificultad, con cierta afluencia que ahora no tengo". Galdós fue un novelista que se vertió entero en su obra. Sus dotes de observación hicieron posible este relato, compendio del daño y desarreglo que puede ocasionar una pseudo virtud mal entendida.

La causa determinante de la innata crueldad disfrazada de sobresalientes cualidades en doña Perfecta, reside en la propia esencia de su alma exenta de generosidad y que, como dice Marañón "es la ambivalencia del querer y no querer, del ansia simultánea del bien y del mal que viven en el espíritu como dos hermanos, a la vez gemelos e inconciliables enemigos". A doña Perfecta le domina el afán de poder y la intransigencia para todo aquello que no se ajuste a un dogmatismo de señora hidalga y pueblerina, acostumbrada a la adulación y a un temeroso respeto de las gentes por las altas virtudes que aparenta. Esta ejemplar mujer vive en Orbajosa, lugar en donde fructifican no sólo los ajos, sino también los pleitos con el vecino, la envidia y la maledicencia. La vida cotidiana, lóbrega y monótona, insoportable para cualquiera que no tenga una considerable estrechez de miras, está dominada por seres supersticiosos que siembran a su alrededor la desconfianza y el odio. Buen ejemplo de ello es Cirio Pascual, "que anda siempre rezando en voz baja, sin duda por las almas que ha mandado al hoyo con sus usuras".

Doña Perfecta—no olvidemos que la acción de esta novela, aunque publicada en 1896, transcurre un poco mediado el siglo XIX—es maestra en dominar y nadie la igualó en el arte de hablar el lenguaje que cuadraba a cada oreja. El comercio excesivo con personas y cosas devotas exaltaba sin fruto ni objeto su imaginación y con su sistema de vida se había labrado una corteza aislante e insensible, encontrándose dentro de ella como el caracol que lleva su casa auestas. No sabemos cómo hubiese sido esta señora amando: aborreciendo tenía, según Galdós, "la inflamada vehemencia de un ángel tutelar del odio y la discordia entre los hombres". En un carácter sin bondad natural y endurecido por la exaltación fanática, más que religiosa, aquél deja de nutrirse de la conciencia para buscar su savia en fórmulas reducidas que sólo obedecen a intereses egoístas disimulados bajo un manto devoto. Y ya es sabido que la hipocresía mojígata es siempre infecunda para el bien.

Existen casos en que el fanatismo llevado a ultranza desprecia y combate el concepto de cultura; la fe en determinadas personas no

tolera la atenuación más leve; aquello en que se cree debe tener la realidad incluso más firme que el propio mundo empírico. Pero al creyente que no transige no le importa el no comprender o ni siquiera comprenderse a sí mismo, ya que la realidad de los hechos y creencias propios del fanatismo no admite componendas.

Doña Perfecta, llevando hasta el exceso sus convicciones, se inclinaba hacia hechos verdaderamente frenéticos para la defensa de estas mismas convicciones. La heroína de Galdós, visionaria persuadida de estar siempre en posesión de la verdad, se encastillaba en una terquedad de juicio que le cegaba los ojos a toda luz de razón ajena. A la ceguera del entendimiento se juntaba en ella una voluntad tenaz para la resistencia y un gran ardor para la lucha. Como todos los fanáticos de su tiempo, consideraba la ciencia como invención pagana y las universidades y centros de enseñanza como escuelas de impiedad. Así, pues, la ignorancia y la intransigencia suponían en esta doña Perfecta una injustificación y arbitrariedad contrarias a la espontánea expansión de las facultades mentales del ser humano.

Esta mujer dañina exige, como tributo de los que la rodean, una sumisión incondicional y, muy en particular, la de su hija Rosario. Pepe Rey, joven ingeniero enfrascado en las matemáticas y sobrino de la poderosa señora, hace un viaje a Orbajosa con el fin de conocer a su prima. Al principio es bien recibido, pero doña Perfecta no tarda en sospechar que un hombre joven recién llegado de la capital de España, ha de ser, a la fuerza, irreverente y ateo. La señora escuchaba con delectación las murmuraciones maliciosas de sus convecinos, maledicencia causante de daños y que suele ser además, injusta. Ya en las Sagradas Escrituras se dice que "es más grave en su género la maledicencia que el hurto". Pero hay que pensar que en Orbajosa, con excepción del erudito don Cayetano Polentinos, la Biblia era libro totalmente ignorado.

A doña Perfecta le alienta en su reprobación de los delitos mentales del ingeniero el Penitenciario de la Catedral, clérigo que desea el casamiento de Rosario con un sobrino suyo, prototipo de todas las virtudes y cualidades más apreciadas en Orbajosa. Tras muchas peripecias que hoy parecerían absurdas y hasta imposibles, no les queda a los enamorados, para lograr el connubio, otro recurso que la fuga. La huida, preparada con todos los requisitos que exige el drama, se frustra por la fulgurante aparición de doña Perfecta en la huerta, en donde sorprende al sobrino en espera de Rosario. Un brazo armado que apunta en la oscuridad y la orden tajante del ama: "¡mátalo!" El crimen queda impune; se le disfraza de suicidio con lo cual se niega al ingeniero el derecho de recibir sepultura en el campo-

santo. La inocente Rosario, víctima del fanatismo de su madre, enloquece y es recluida en un manicomio. Doña Perfecta, según cuenta don Cayetano Polentinos (es cuñado de la señora y vive en el caserón de Orbajosa) "halla consuelo en la religión y en los ejercicios del culto, que practica cada vez con más ejemplaridad y edificación. Pasa casi todo el día en la iglesia y gasta su gran fortuna en espléndidas funciones, en novenas y manifiestos brillantísimos. Gracias a ella, el culto ha recobrado en Orbajosa su esplendor de otros días". Y así, por esta misiva que el señor de Polentinos dirige a un amigo, sabemos que doña Perfecta, sin pena ni remordimiento, deja pasar sus días inmersa en la religión que practica con un celo alucinado y maléfico.

"Esto se acabó—concluye diciendo Galdós—. Es cuanto por ahora podemos decir de las personas que parecen buenas y no lo son".

La tía Tula (1920)

DEL prólogo que don Miguel de Unamuno escribió para esta novela transcribo los siguientes párrafos: "Mas, en este otro caso, ha sido cosa nuestra descubrir, después de concluida esta novela, sus raíces quijotescas y teresianas. Lo que no quiere decir, claro está, que lo que aquí se cuenta no haya podido pasar fuera de España". Y luego añade: "En mi novela *Abel Sánchez* intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, adonde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos a los que mejor es no visitar, y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan. Es la herencia de Caín. Y aquí, en esta novela, he intentado escarbar en otros sótanos y escondrijos. Y como no ha faltado quien me haya dicho que aquello era inhumano, no faltará quien me diga, aunque en otro sentido, de esto".

Entre todos los personajes femeninos de Unamuno, la tía Tula es la más significativa por subobsesión de maternidad frustrada que la lleva a acaparar unos hijos que no han salido de su propia carne y que van quedando en su poder por la desaparición sucesiva de sus progenitores que, al igual que algunos personajes míticos o de leyenda, cuando apenas empiezan a vivir, mueren. En las novelas de Unamuno suele predominar la idea sobre el hecho. *La tía Tula* es una tentativa de relato íntimo en que lo exterior carece de importancia. Tampoco en ella se vislumbra el *misterio*, ese misterio que envuelve a muchas heroínas literarias sin profundidad ni arcano y en donde el fluido mágico se limita a la expresión de la mirada o

al encanto de la sonrisa. Por otra parte, en sus palabras rara vez asoma un dicho inteligente, agudo o ingenioso. Sin duda, la inteligencia la reservan los hombres para los hombres.

La tía Tula es comparada por su autor a una de esas heroínas de mente y cuerpo castísimos, como aquella Abisag bíblica de quien se nos habla en el *Libro de los Reyes*, "doncella que llevaron al viejo David, ya cercano a la muerte, para que la mantuviese en la puesta de su vida, abrigándole y calentándole en la cama mientras dormía. Y Abisag le sacrificó su maternidad y permaneció virgen por él".

Este personaje femenino de Unamuno es, pues, una madre frustrada. El primer pretendiente que surge en su vida se lo lleva su hermana Rosa porque Tula se lo cede en un arranque de generosidad que más bien parece acto de masoquismo. Rosa muere por culpa de esa maternidad que en la novela hace dos víctimas. Y Tula, que no quiere ser madrastra, en vez de casarse con el viudo de su hermana, se lo traspasa noblemente a la criada preñada por aquél, el cual realizó su mísera hazaña en la espera de una decisión de su cuñada. Ramiro, el indeciso y apocado, es una pura entelequia que ni casi existe ni se sabe en qué pasa su tiempo. Un ser sacado del limbo y que flota en el éter sin personalidad, sin vida y sin palabra. No es posible que este hombre fuese un elegido de los dioses, que siempre mueren jóvenes. Murió por no saber vivir, por pura y congénita tontería.

La tía Tula cerró los ojos al muerto, no sin decirse: "¿Me estará mirando todavía?" Murió también Manuela, la criada, clavados en los ojos de Tula sus ojos, donde vagaban figuras de niebla sobre las sombras de hospicio en el cual la criaron. "Murió como había vivido, como una res sumisa y paciente o más bien como un enser. Y allí quedó la tía con cinco crías huérfanas, de dos madres verdaderas".

Pero también le llegó la hora de morir, a ella que había vivido de sacrificios sobrehumanos y voluntarios y de enterrar estoicamente a sus muertos. "Se apagó —escribe Unamuno— como se apaga una tarde de otoño, cuando las últimas razas del sol, filtradas por nubes sangrientas, se derriten en las aguas serenas de un remanso del río en que se reflejan los álamos, sanguíneo su follaje también, que velan a sus orillas".

"¿Murió la tía Tula? —se pregunta el escritor—. No, sino que continuó viviendo en la familia e irradiando de ella, con una nueva vida más entrañada y más vivífica, con la vida eterna de la familiaridad inmortal".

Pero cuando llega el trance de morir es cuando pueden decirse todas las verdades. ¿Dijo alguna vez verdad o mentira la tía Tula? Nunca, porque de sus labios jamás salieron dichos enjundiosos, sino

frases breves, exclamaciones, balbuceos entrecortados. La verdad de su vida estaba en sus actos, en su prisa, en ese eterno ir y venir de los seres que por no ponerse a pensar, no saben dónde posarse. La heroína de Unamuno, como tantas otras mujeres criadas en el aislamiento de un hogar del que rara vez salen, no tuvo capacidad para vivir a distancia en el futuro. Los acontecimientos y las desgracias la sorprendían porque ella, tan henchida del sentimiento de la maternidad, no sabía prever ni prolongar el tiempo. Pero ya es sabido que en toda la obra novelesca de Unamuno está el presente de continuo.

La tía Tula se caracteriza por dos sentimientos contrarios: su obsesión maternal y el miedo al hombre. Ante el lecho de muerte de Ramiro, le dice a éste poco antes de que expirara: "Una vez hablabas de santos que hacen pecadores. Acaso yo he tenido una idea inhumana de la virtud. Pero cuando lo primero, cuando te dirigiste a mi hermana, yo hice lo que debí hacer. Además, te lo confieso, todo hombre, hasta tú, Ramiro, me ha dado miedo siempre; no he podido ver en él sino el bruto. Los niños, sí, pero el hombre... He huido del hombre"...

Tula es personaje complejo y simple a un tiempo, desquiciado y un tanto inverosímil por la contradicción que existe entre el furor de madre, el temor al varón y la autoridad que desenvuelve en el hogar con un dogmatismo en el orden casero muy a ras de tierra aunque tenga la mirada puesta en el cielo. A pesar de sus grandes virtudes resulta una mujer nefasta por su tozuda ingerencia en vidas que tanto en lo moral como en lo material dependen, dado su innegable amor y generosidad, involuntaria y directamente de ella. Todo en la casa respira el aire de la tía Tula y hasta después de muerta continúa siendo como una especie de *lar* femenino, madre única de una raza, más importante que el progenitor de una familia, algo así como la razón divina de su existencia y duración. "Porque ella—dice Unamuno— tan henchida del sentimiento de la pasión mejor, de la maternidad, no sentía la filialidad. ¿No es esto orgullo?"

La vida de la tía Tula que sólo en España y, más concretamente, en Castilla, puede concebirse, resulta disparatada e incomprensible para muchos lectores. Pero es que don Miguel de Unamuno, excelso pensador, en su fase de novelista no tiene el sentido de una creación absoluta, sino más bien de una combinación nueva sobre motivos viejos en donde interviene principalmente lo que él vive y observa en torno suyo. Con frecuencia cercana en sus novelas el contenido social y por eso el drama asoma lejano y fuera de razón. La técnica y modo novelístico que le caracterizan resultan, a veces,

tortuosos y paradójicos porque se sale de la acción propiamente novelable para entrar de lleno en la razón del poeta, del ensayista y del filósofo.

Bernarda Alba (1936)

LA *Casa de Bernarda Alba* es la obra dramática cumbre de Federico García Lorca. "Drama de mujeres en los pueblos de España" que no es un caso aislado, sino que se repite hoy, aunque, por fortuna, con escasa frecuencia. Pero hasta hace poco tiempo, la vida se había estancado en algunos pueblos españoles y transcurría como en sus comienzos, cuando los hombres sólo tenían una repetición discontinua de acontecimientos como, por ejemplo, el que los viejos se morían y los jóvenes acababan de nacer.

El drama humano que plantea García Lorca tiene una cierta similitud con la tragedia griega. Bernarda Alba es un personaje nefasto, harpía proveedora de condenados al infierno, ménade que persigue en esta vida y torturaría también, si pudiera, en la otra. Mujer que pretende ser ejecutora de lo que considera deber y que deriva hacia un irreparable daño para el prójimo. Su voluntad no admite réplicas ni discusiones. Acaba de morir su segundo marido y dictamina: "En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Hacemos cuenta que hemos tapado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo. Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre. Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles".

Castiga la ofensa de la hija a la madre, ofensa que consiste en rebelarse contra el despotismo materno y luego, enloquecida por la falta de amor, en traicionar a la hermana con el único hombre posible. Maldice a la violadora de la sumisión filial y a todas las violaciones de unas reglas despiadadas que ella misma ha establecido en su reducido mundo. Igual que una furia mitológica, hija de la eterna noche, es el paradigma de la mujer recluida voluntariamente en el más feroz obscurantismo. Dominadora por esencia, señora de horca y cuchillo en el hogar. Cinco hijas solteras, dos de las cuales codician a un mismo varón, Pepe el Romano, que no aparece en escena.

El tedio y los prejuicios ancestrales depositan en el fondo de la gente que no sale de los lugares pequeños sedimentos de odio cuya acumulación cotidiana es, en definitiva, la causa de una dureza e incomprensión sin atenuantes. De las cinco hijas, la mayor, Angustias, es fruto del primer matrimonio de Bernarda. Pepe el Romano viene al pueblo a casarse con esta doncellona ya madura. Si la quiere

a ella es por su dinero, sus marjales y sus arboledas. Se lo reprochan sus hermanas, mucho más jóvenes, pero menos favorecidas por la fortuna. El Romano gusta de Adela, la menor, casi una adolescente, y con ella se entrevista en las altas horas de la noche, cuando se retira de la ventana del cuarto de Angustias. El drama está latente; frases incisivas, saturadas de odio, se cruzan entre las hermanas.

—¡Quietas, quietas! —grita Bernarda—. ¡Qué pobreza la mía, no poder tener un rayo entre los dedos!

El rayo le surge en forma de escopeta con la que dispara contra el Romano después de la confesión de Adela. El tiro no da en el blanco y Bernarda se lamenta: "una mujer no sabe apuntar". El Romano ha huido en su jaca. Adela, persuadida de que ha muerto, se quita la vida ahorcándose, género primitivo de suicidio que se da en el medio rural. Para Bernarda Alba sólo existe una obsesión: difundir a gritos la virginidad de su hija.

—¡Descolgadla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Y no quiero llantos; la muerte hay que mirarla cara a cara. Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. . .

Existe una notable semejanza entre estas dos mujeres españolas de época y hasta de clase social diferente. Porque tanto doña Perfecta como Bernarda Alba, por un instinto ancestral de exaltación de la honra familiar basada en algo que, según el clima y circunstancias, resulta más o menos importante, perpetran idéntico delito al atentar contra la vida del raptor de una hija. Este crimen tiene una raíz marcadamente latina, *La vendetta* italiana del que sufre una afrenta y se considera obligado a vengarla. Poco importa que se tenga o no razón: lo que importa es no ceder, no dejarse intimidar, no marcharse sin haber "ventilado la cuestión".

Simone de Beauvoir, en su obra *Le deuxième sexe*, dice que "a la mujer le es infinitamente más difícil que al hombre someterse al orden cósmico, porque en tanto que él se somete de manera autónoma, ella necesita la mediación del macho".

Algunos escritores, filósofos y Padres de la Iglesia han tenido una malísima opinión de las mujeres. San Agustín dijo que "no son ni firmes ni estables". Diderot, en cambio, se afana en demostrar que la mujer es un ser humano como el hombre. Y el poeta griego Menandro asegura que "hay muchos monstruos en la tierra y en el mar, pero el mayor de todos sigue siendo la mujer. La mujer es un dolor que no nos deja".

El carácter de estas tres mujeres, muy someramente esbozado aquí, es el resultado de lo que en España se tiene por virtud y que, mal entendida y peor aplicada, da en todo lo contrario: la destrucción del buen sentido y el desarrollo de un celo insensato y maléfico.

Doña Perfecta y Bernarda Alba son arquetipos de mujeres alucinadas que viven a oscuras, en una absoluta ceguera del entendimiento. La tía Tula está llena de buenas intenciones, pero sus virtudes, por falta de inteligencia, resultan negativas y hasta dañinas.

La bondad supone la libertad. El ser humano es libre y sus potencias son también libres. Pueden, pues, inclinarse a un lado o al otro, al bien o al mal, a la derecha o a la izquierda. Al obrar en un sentido determinado, por carecer ambas de bondad innata, doña Perfecta y Bernarda Alba han de inclinarse, forzosamente, al mal, y esta realidad nos explica numerosos hechos de unas vidas de mujeres pueblerinas y que a primera vista pueden parecer absurdas. Porque de sobra es sabido que las desviaciones de la inteligencia proceden con harta frecuencia de las desviaciones del corazón.

LO QUE PESE MI HIJO . . .

Por *Elvira VARGAS*

• Y Nicha, qué razón me das de Nicha?

—¿ —Loca de remate y más vieja que un cerro. Casi no se mueve, quieta como piedra, arrinconada en el jacal que le dio mi compadre Eligio, en la otra banda, arriba de donde el río se parte en dos. No falta quien le lleve alimentos, unturas, brebajes de yerbas, en fin. Nomás la vieras . . .

—¿Tendrá ochenta?

—Puede que por esos ande. Se le hundieron y achiquitaron los ojos con una niebla encima que parece que se asoma desde el otro mundo. Pero no se quiere morir o más bien la muerte no la quiere. Ni habla ni se ríe ni llora. Con decirte que es la pura lástima. ¿Te acuerdas cómo era? Tú tendrías unos nueve cuando veniste la primera vez, ella estaba en la flor, alta, colorada, con su pelo largo y güero bien trenzado sobre la cabeza; tan orgullosa que nos miraba tamañitos y hasta la tierra retumbaba con sus pasos. Ahora, ni sombra de lo que fue.

—Sí, me acuerdo, frondosa y bien dada. Hija de italianos.

—De italianos y de chinacos por la sangre de acá, chinacos valientes y atravesados. Se decía que su abuelo don Melquiades fue hombre bragado, de a caballo, grandote él, con pantalonera de cuero y botonadura de plata, sombrero aplanado. La Nicha abueleo, guapa mujer, más por la raza del padre que dizque fue garibaldino —sepa lo que es eso—, otros aseguraban que no, que por su tierra cometió unos crímenes y se vino huido a estas soledades. Aquí fue bueno, el pueblo lo quería. Enviudó cuando nació la Nicha y se dedicó al trabajo; hizo cosas de ver. Levantó la iglesia con su dinero, trajo los naranjales que todavía tenemos. Y este jardín donde cada árbol que ves lo sembró con sus propias manos. Cuando murió —eso lo columbro muy bien— lo tendieron en el cubo del zaguán y todos desfilaron hasta dejarlo en el cementerio. Ya la Nicha estaba mujer y nomás se vio heredada y pesuda, como era voluntariosa y muy dueña, brincó las trancas y empezaron las fiestas y los paseos, viajes para allá y para acá, a la capital, a los baños de San esto, de San lo otro, a San Luis, San Ciro, Río Verde. Le gustaba el gusto. De por allá

de Río Verde regresó embarazada. Ese fue Pancho que salió maldito de veras, chaparrón, algo contrahecho, más ladino y persinado. . . Ve tú a saber quién sería el padre, se dijo que un tal Taurino matrero y matón. La niña tuvo su muchacho. Como era viva y le inteligía al negocio de la tierra se iba temporadas al rancho para ver las siembras, para vender las cosechas. Que tenía mucho y así se echaba de ver. A latigazo y maldición trataba a los peones. De tantas idas y venidas le nació el otro hijo, Amado. Y ése sí que valía lo que pesaba. Creció hermosote y pegado al trabajo y con él nada de curitas ni de iglesias. Tendría como veintidós cuando lo mataron los canijos cristeros, una tarde como ésta. Ahí donde me ves yo también soy chinaco, o liberal como les llamaban por mote a los chinacos. En estos rumbos los hubo de valor, los Rivera, los Corona, los Retana. Mira, ¿divisas hasta donde mero se acaba la sierra, por aquel pelón del monte pegado a la cresta? Se descolgaba la caballería a la hora que no hay sombra y el sol cala derecho. Una mancha roja, ondeando, como pegada al cielo, y el rebrillar de los amarillos. Eran los cristeros. Y si el tiempo no lo borrara todo, veríamos, todavía sobre este piso hartas manchas de sangre.

SAMUEL llegó corriendo por la vereda que bajaba de la montaña hacia una de las calles del pueblo. A pesar del vigor de sus quince años y trashumante de todos los montes—singular correo que por una nada hacía mandados y llevaba recados y encargos a los habitantes solitarios y dispersos en la región—el muchacho casi no alcanzaba respiro y sentía que las piernas se le agarrotaban. Algunas mujeres lo vieron volar, más que correr, sin sombrero, con la camisa al viento, como alma que se lleva el diablo. "¿Qué se traerá éste? A la mejor ya se murió el viejo don Cosme el del Yunque".

Entró derecho a la casa de Amado. El portón abierto, alto y ancho dejaba ver un patio cubierto de flores y verdor. Se escurrió hasta topar con el dueño. "Oiga patrón —le dijo entre apuros y jadeos—, ahí vienen los cristeros a matarlo. Que ¿cómo lo sé? Me fui ayer por allá, por la Silla del Diablo para descolgarme a la casa de don Reyes por si tenía algo que mandar. No llegué, ya ve que aquella vega queda muy abajo. Se me hizo oscuro y busqué una socarra para pasar la noche. A eso de la madrugada que voy despertando con el ruido de voces y caballos. Me quedé quieto, con el alma en un hilo y empecé a oír mentadas y juramentos mientras alrededor de fogatas bebían café y aguardiente. Y dijeron que ahora sí ese tal por cual del Amado se las iba a pagar, que nada más quieren su cabeza y que por ella vienen; que su hermano Pancho les había dicho que usted

les echó a los federales por allá por La Cañada. Traen coraje. Cuando se sosegaron y se tumbaron para dormir, entonces me fui arrastrando como duende y bajé al arroyo. Luego subí por la Piedra del Coyote, corté camino y me vine de un jalón. Como ellos andan a caballo, si salieron a las siete y toman por Las Cuatro Cruces, han de llegar a eso de las cuatro de la tarde. Son las once, patrón, le da tiempo de irse. Yo le vine a avisar porque usted es bueno y a mí no me importa si se persina o no, a su hermano no le hubiera dado el soplo, ya ve, tan metido en la iglesia, yo le adivino el alma negra. Usted mejor váyase”.

Amado palmeó a Samuel sobre los hombros. “Gracias, muchacho. Descansa un poco, toma este dinero y luego te vas y te metes a la tienda de don Librado, a la de don Clemente, andas por el jardín y haces correr la voz de que viste a los cristeros venir para acá. Después del mediodía te remontas a Los Picachos y ahí me esperas. Si no llego a la madrugada... vienes mañana, a mi entierro. Pero puede que les podamos dar. ¿Dices que son como treinta, como cincuenta? Entonces quién sabe”.

—Mejor húyale, patrón, les lleva ventaja. Ya le digo nomás por usted vienen, se los oí clarito. Váyase, váyase...

—Dice bien el muchacho—interrumpió Nicha que salía de estar agazapada en el comedor—. Este tal de tu hermano Pancho nos la jugó, pero esta vez sí es muy grave, me lo dice el corazón. ¡Cómo traje semejante injerto al mundo...! pero es mi hijo, como tú.

—**QUE** ya vienen, que vienen a matar a don Amado.

—Que esta tarde entran, que son muchos y que quién sabe, que hasta de pilón quemar el pueblo.

—Dios nos coja confesados.

—Sólo quieren a don Amado porque les echó a los federales.

—Que lo van a matar a las puertas de la iglesia como lo hacen siempre con los descreídos.

—Válgame la Santísima Virgen. Los federales siempre fusilan a los cristeros a las puertas de la casa municipal.

—Hasta que se junten las dos sangres... tanto como han matado ya de los dos lados.

—Hace tiempo los demonios andan sueltos. Cristianos y no cristianos todos parecemos unos perros del mal.

—Esta ya no es guerra, son venganzas, son los odios como remolinos.

—Las grietas de la tierra sólo reciben sangre, ya nada va a florecer.

—Nuestro llanto será como un alarido del tiempo, perdido en las covachas. Nos quedaremos sin lágrimas con la sola angustia oprimiendo el corazón.

—Somos Caínes, Abeles, hermanos. "Salgamos fuera... y estando los dos en el campo, Caín acometió a su hermano Abel y lo mató".

—Ni una esperanza de paz para los hombres de esta tierra. La maldición del Señor.

—Y el pálpito y el miedo, la nube de vientos encerrados lloverá sobre nosotros su muerte de balas perdidas.

—Hasta los animales están como azorados.

—Dénsen prisa mujeres, aunque no dejen el rezo.

—Rosenda, recoje pronto lo necesario, junta a las muchachas y se van para El Ciruelo, no se queden en la casita de allá, mejor en el monte. Iré cuando pase el fandango. "Pero Anselmo, ¿piensan enfrentarse a ellos? Si ayer no se hubieran ido los soldados..."

—Atranquen bien la puerta (tronaba la voz de don Sergio en su casa), váyanse por el rumbo del manantial. Con la fama que tenemos de no haber ido nunca a misa...

—Y ustedes, ordenaba don Adrián desde su huerta, se quedan silenciosos, nada de salir a la calle; se meten atrás del horno cuando empiecen los colozos.

—Nosotros, vieja, tendremos las puertas abiertas. Primero Dios, los cristeros saben que estamos con ellos, Pancho se los ha de haber dicho, y aunque se va armar la de San Juan, de todas maneras nos quedamos quietos, como si nada.

—Usted dirá don Antonio, si le entramos. Yo creo que es nuestro deber estar con el compadre Amado, no lo vamos a dejar solo, para que lo maten como a un perro.

—Y yo diría, amigo Esteban, que no por miedo, sino por prudencia, lo mejor será que no les demos la cara. El retén que se quedó no llega a doce. ¿Qué otra defensa tenemos, las armas con unas cuantas municiones? Vámonos para el otro lado de la sierra y de ahí pedimos refuerzos; si no, nos van a dar en la puritita madre. Dice el Samuelillo que son como cincuenta.

—Si no peleamos no hay por qué irse. Que se vaya Amado. Nosotros cerremos y esperemos.

—¿Y si quieren vengarse, si queman el pueblo? Algo muy feo va a suceder...

—Venimos de decirle a Amado que se largue, pero es bravo y terco, ha de querer que lo maten. Si respondemos, a nosotros también nos echan; no tiene caso. Y el Amado es necio... que si la Nicha se queda, también él.

- Yo digo que nos estemos quietos.
- No por eso somos unos cobardes.
- No somos cobardes, ya se las devolveremos.
- No somos cobardes.
- No somos.
- No.

El pueblo se quedó más solo que siempre; un extraño silencio presagioso de muerte fue asentándose por toda la comarca; ni un ruido, ni un viento en el caluroso mediodía, ni humo por encima de los tejados, ni un perro husmeando las calles, sólo aquellas sombras, aquellos hombres deslizándose de unas casas a otras; el calor de canícula no alcanzaba a sosegar las tormentas y miedos de las almas. Reverberaba.

COMO amapolas rojas, flotando con suavidad en el aire, fueron apareciendo los estandartes y las banderolas. Letras bordadas con hilo de oro, el mismo lema: Viva Cristo Rey; los asta-banderas dorados, los flecos dorados, dorado el sol que hacía refulgir los rasos púrpura como sangre sin piel y los amarillos de oro y el sudor de las cabalgaduras en su corto y precavido paso por peñascos y tepetates. Los jinetes callados, como sin prisa, rumiando malquereres, aquellos odios, aquellas venganzas a flor de un instinto primario: destruir, quemar, matar. Caballeros de las Cruzadas con la efigie de Cristo en una mano y en la otra la cruz de la espada. Pero ahora eran cananas y 30-30 y en las mentes la misma vieja idea bastante confusa sobre Dios.

Se vio descender al pequeño ejército por aquel pelón de la montaña para perderse luego bajo las arboledas. ¿Quién comandaba? Ah, pues aquel Manuel Frías, ahora coronel cristero que creíase designado por el dedo divino para salvar almas y combatir demonios. Sanguinario y feroz, salió de la mata de Los Altos con el escapulario al cuello y la bendición de los curas. Fue él quien con su gente, en un poblado de Michoacán, desorejó a unos maestros rurales. Porque a los demonios hay que destruirlos, hacerlos tiritas, colgarlos, quemarlos, enviarlos a los infiernos. A su madre degollara si negara a Cristo Rey.

Iban bajando, lenta, cuidadosamente. "Cantemos un alabado en voz baja", ordenó el coronel. "Gloria a Dios en las alturas, gloria a Cristo Rey en el cielo y en la tierra..." Pero siempre los ecos se dispersaron por entre las enramadas espantando a las palomas azules y a los tordos. El cántico, de voces quedas y lúgubres, semejava gemidos de espíritus aprisionados entre rocas.

Manuel Frías había jurado que mataría a su enemigo antes de la puesta del sol.

—Enrollen los estandartes, que Felipe los recoja y que Miguel lleve sólo el grande, con ese debemos entrar al pueblo. Tengan listas las armas; al empezar la calle echamos pie a tierra atrás del parapeto de las cercas de piedra. Esos soldaditos estarán por ahí, en las primeras casas. Den en el blanco. Iniciamos nosotros para hacerlos salir de la ratonera, y si algunos particulares quieren entrarle, tiren a matar; luego montan y ya saben, en dando yo la voz de Viva Cristo Rey, llegamos hasta la casa de ese tal. No me lo tocan, lo quiero vivo para mí solo porque yo seré el que me encargue de ese bastardo, sin misericordia y en nombre de Dios.

—¿Quemamos el pueblo, mi coronel?

—Bestia, aquí también tenemos algunos partidarios, no todos son hijos. . .

—**M**IRE usted don Amado, si ellos son cincuenta —decía el sargento— con nueve hombres que tengo y unos cuantos de ustedes, vamos a dar dado. Me llevo al retén para la sierra. Véngase con nosotros, tampoco los amigos de usted quieren entrarle y tienen razón.

—Hijo —insistía Nicha— eso es lo más conveniente, ¿qué esperas?

—Ya se lo dije madre, no me muevo de aquí si usted no se va también. Si se queda, contra su persona descargarán toda su furia.

Ella montó el caballo tordillo y Amado el único alazán que sostenía su corpulencia. Iniciaron la marcha a galope. Ya iban por las faldas de la montaña y en alcanzando el Buey de Agua estarían a salvo; luego todo era bajar, bajar, hasta Los Toretes y allá sí que no llegarían los cristeros, aquello estaba sembrado de tropas.

De pronto Amado no vio a su madre entre los jinetes; la divisó devolviéndose a toda carrera. ¿Qué había pasado, por qué regresaba? "Ahora sí que como las mariposas, volamos hacia el fuego. Madre, madre, espere, deténgase". Amado le dio alcance casi a la entrada del pueblo. "Regresa, sigue tú con los soldados, yo tengo que esperar. Pancho volverá del rancho y aunque está de su lado, lo van a matar creyendo que los traicionó. Sé que es una alimaña, lo sé, pero no puedo dejarlo solo. Vete tú, por favor, te lo pido con toda mi alma" Ambos, sin embargo, llegaron hasta la casa.

Los de Frías ni siquiera desmontaron a la entrada, en las cercas de piedra. Los cascos de sus caballos resonaron encaminándose al jardín del pueblo, frente a la puerta de Nicha. Tras, tras, tras, des-

cargaban las culatas sobre las maderas y proferían blasfemias. "Abra o tiremos la puerta, vieja tal". La mujer daba tiempo para que Amado encontrara un escondite, mas abrió al fin ante las amenazas. "¿Dónde está, dígallo pronto, dónde está? A ver muchachos, arriénle y verán cómo habla". La sangre empezó a escurrirle por las mejillas mientras nuevos golpes caían sobre todas partes de su cuerpo. El alboroto se hacía mayor; los gritos e imprecaciones llegaban a las casas donde los vecinos se minimizaban y las mujeres rezaban temblorosas el rosario casi en secreto y con el Jesús en la boca.

—No le peguen más a mi madre, aquí estoy Manuel Frías, sé que es a mí a quien buscan, enfrentémonos de hombre a hombre.

—¿De hombre a hombre? —Frías lanzó una cínica carcajada—. Pero, ¿acaso tú lo eres, hereje maldito, ateo hijo de perra, tú que nos echaste encima a los federales? Puerco tal, pero si éste es mi día, gracias a Dios. Ahí te va lo primero.

Y sin dejar de insultar descargó sobre el hombre un pistoletazo que lo hizo tambalearse y otros más hasta derrumbarlo por el suelo donde empezó a recibir golpes y patadas. "Te voy a matar, perro, pero despacito".

—Por piedad, coronel, por el Cristo Rey, no me lo mate —La mujer se arrastraba por las baldosas ya cubiertas de sangre. Gemía, imploraba, pero los hombres que rodeaban el cubo del zaguán la separaban con violencia para dejar espacio libre al coronel.

—A ver Cleofas y tú Porfirio, desnúdenlo. La lengua primero y las orejas, de lo demás yo me encargo, al cabo ya pronto, en la otra vida, de nada le van a servir.

—Por Dios, coronel, por la Virgen Santísima, no haga eso, no lo mate. Le doy en oro lo que pese mi hijo; lo que pese mi hijo, en oro; lo que pese y más, todo, mi vida, barricadas enteras llenas de monedas. Lo que pese mi hijo, coronel, lo que quiera, pero no lo mate, no lo torture, no, no, no. . .

La voz salía de las entrañas, desgarrada, enronquecida, suplicante, desesperada, ¿desde dónde? Era el llanto eterno de todas las edades, el de nacer, el de vivir, el de morir. Era el sollozo ululante de todas las latitudes, el lloro conjunto de los inocentes del cielo y de la tierra. A sus gritos, casi rugidos de bestia herida, se aunaron los del intenso dolor físico de Amado, sangrante, desnudo, brutalmente cercenado, revolcándose, desmayándose.

Arrastraron el cuerpo en agonía, a través del jardín hasta las gradas del templo. "Que llegue vivo porque ahí es donde lo voy a acabar de liquidar. A ver tú Darío, dame ese machete de monte que cuelga de tu caballo".

Por el pelo sostuvo la cabeza de rostro ya informe y desfigurado y de un tajo la desprendió. Chorros de sangre sobre el piso. "Ahí te va Darío, tú tendrás que cargarla. Y a la vieja ésta méntale unos cintarazos antes de irnos. Esto se acabó, a caballo pues".

¿Sintió Nicha los golpes, podría sufrir ya nada, horrorizada, enmudecida? La mente le daba vueltas; mezclaba su risa y su lamento, la nublazón dentro de su alma para siempre. Porque todo se oscureció a sus ojos cuando el sol no trasponía aún los perfiles de los montes. "La tierra, empero, estaba informe y vacía y las tinieblas cubrían la superficie del abismo". Dios también creó las bestias salvajes de la tierra. "Y todo cuanto en la tierra tiene aliento de vida, todo pereció". La sangre se convertirá en polvo y éste se tornará sangre en el Día del Juicio.

¿Y qué hacía ahí Samuel? No se había ido para Los Picachos porque sabía que Amado jamás iba a alcanzarlo. Insignificante y gris como era, la curiosidad de sus ojos había presenciado todo el drama. "Y luego, luego le cortaron todo, que daba horror, lo arrastraron hasta las meras gradas; entonces el coronel le tajó la cabeza y se la echó como pelota al otro. Y la Nicha, después de que la golpearon se quedó ahí, como lela, agarrada a las piernas del patrón. Y los cristeros se fueron y uno, el Darío, llevaba la cabeza y yo me fui tras ellos y cuando llegaron a las cercas de piedra, el Darío dijo: 'Esto pesa mucho y es un estorbo'. Y dijo el coronel: 'Echala pues, por ahí, en un corral de puercos'. Y con todo el miedo que yo tenía, me metí agachado y la recogí; se la traje a la Nicha que se quedó sentada, nomás acariciándola, con ella en las faldas. Ojalá que el patrón no se me vaya a aparecer..."

Por la sierra iban subiendo. "Desenvuelvan los estandartes, cantemos un alabado". "Gloria a Cristo Rey en las alturas, gloria, gloria..." Una ñita de sol rojo daba sus últimos rayos. Abajo los vecinos recogieron los restos, pisoteados, deshechos. Los velaron en el mismo zaguán donde una vez el pueblo desfiló ante el cuerpo del italiano y más antes frente al del chinaco Melquiades.

—Pues te voy a decir una cosa, la Nicha se volvió completamente loca a eso del amanecer, después de lo de Pancho .

Porque Caín llegó cuando los cirios ardían alrededor de la mortaja y las mujeres hilaban el enjambre de sus oraciones. Nadie lo sintió, sólo Nicha que como un fantasma se deslizó hasta el fondo del corredor, a la cocina. Caín, sentado a la mesa bebía agua como si una fiebre le quemara la garganta. "Maldito pues serás tú desde ahora sobre la tierra, la cual ha abierto su boca y recibido

de tu mano la sangre de tu hermano". "...del homicidio de Caín la venganza será siete veces doblada..."

Nicha oyó la voz de Caín: "Ya sé que mataron a ese maldito hereje... para lo que a mí me importa. Tengo unas mulas en el corral pues sólo vengo a llevarme las barricas. ¿Dónde las tiene, me oye, o es que el susto la dejó muda?" Se levantó estremecido de ira sacudiendo con fuerza los hombros de su madre: "No sea necia, no me obligue..."

Así debe haber sido la voz de Caín, dura y seca, como la de rocas al chocar, tal imaginaba Nicha entre las nieblas cada vez más densas de su mente. Era extraña la voz de ese monstruo, de ese desconocido a quien jamás había visto pero que les había llevado un mar de sangre, lamentos, dolor y muerte. No podía ser Pancho, él estaba en el rancho. No vendría, no llegaría nunca, hacía miles de años que lo había perdido en un bosque; en un río, en una cueva; lo había perdido desde que ella era una sombra sobre la tierra, hacía tanto de eso. Esa voz y ese monstruo habían salido de los pantanos lúgubres, de los pozos pestilentes, de las ciénegas pobladas de reptiles, del propio infierno. No era un ser humano, sino eso, un reptil que le constreñía el pecho, que la ahogaba, que hacía que su mente se preñara de imágenes distorsionadas y que se sintiera como volando en el vacío.

Caín volvió a su asiento para calmar la sed avivada en su garganta calenturienta. Entonces ella se fue acercando con suavidad hasta quedar colocada a sus espaldas. "Las tinieblas habían entrado definitivamente" en su conciencia y era menester destruir al injerto, al reptil, al aborto infernal. Encajó el cuchillo, certero, cerca del cuello y Pancho cayó al suelo con un gemido de toro, corto y ronco; tenía la señal que el Señor había dicho.

—Así acabó la Nicha, perdida la razón.

—¿Y las barricas?

—Nadie las encontró, las ha de haber dejado enterradas en un lugar de la huerta, por eso ahí espantan.

Libros y Revistas

LIBROS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

FERNANDO ALEGRÍA, *Mañana los guerreros...*, Edit, Zig Zag, S. A., 274 págs., Santiago de Chile, 1964. Biblioteca de Novelistas.

Suele afirmarse que los escritores latinoamericanos residentes en los Estados Unidos y "profesorizados" en las universidades de aquel país, terminan inclinándose por corrientes literarias favorables a los grandes intereses de los monopolios norteamericanos, sabido como es, que éstos influyen a los centros e instituciones culturales. Dichos escritores se manifiestan a favor de un arte, o de una literatura, que no toque o exponga en "crudo" la realidad sociopolítica vivida por los núcleos populares del Continente; se manifiestan, entonces, a favor de los "maravillosos" juegos cerebrales cultivados por quienes, dentro de cada país latinoamericano, insensibles, oportunos, "apolíticos" ignoran los sucesos trascendentes que informan aquella realidad; sin embargo, la afirmación no es rotunda porque entre aquellos escritores y profesores de universidades norteamericanas los hay que con sus páginas mantienen la autonomía moral, su criterio personal, abordando problemas políticos y sociales relativos no sólo a los países latinoamericanos sino, incluso, al mismo Estados Unidos.

Este es el caso del chileno Fernando Alegría, quien en sus relatos de *El poeta que se volvió gusano*—1956—y la novela *Caballo de copas*—1957—, se refiere a las notables fallas de la democracia norteamericana. Normalmente, el tema político, la comprensión de los asuntos históricos o sociales, este autor los concibe vinculados a la literatura; su primera obra, la biografía novelada de *Recabarren*—1938—, escrita antes de los veinte años de edad, o su estudio de crítica *La poesía chilena*—1954— (para no citar sus otras nueve obras, entre las que recordamos: *Lautaro, joven libertador de Aconcagua*—1943—y *Camaleón*—1950—), muestran que Fernando Alegría, tanto en el campo del relato como en el del ensayo, ha mantenido una trayectoria coherente.

En el orden de publicación de las obras escritas por Fernando Alegría, el número trece corresponde a su novela *Mañana los guerreros...* cuya temática se desenvuelve en dos sentidos: narración de una historia "hecha" con las acciones anarcopolíticas de la juventud chilena durante 1938 y

narración de las vicisitudes económicas sufridas por dos familias antes prósperas; el tiempo en que se dan ambas narraciones es el que utiliza el novelista para situar la acción plural del relato; así, una y otra historia de alcance colectivo suceden en 1938 y recogen una problemática que aun cuando contiene en su aspecto nacional peculiaridades de un momento en la vida histórico-política de Chile, se liga a los años caóticos integrantes de la pugna mundial entre la democracia y el fascismo.

Si buscásemos personaje para cada una de las historias señaladas podríamos aseverar que a *la mayor*, la trascendente, corresponde uno colectivo: la juventud chilena; y a *la menor*, la casi doméstica, Juan Luis, central entre los personajes individuales; él solo representa, tanto en su vestido como en su psicología, la crisis de un núcleo de familias chilenas; Elisa, novia de Luis, ayuda junto con su hermano Mario a entender las nebulosas perspectivas de aquella crisis; los tres jóvenes y sus ambiciones son apenas parte mínima del mosaico que Alegría construye para explicarnos la situación desesperada de la juventud chilena; Juan Luis acciona oscilando del Frente Popular a su relación sentimental con Elisa; Mario, del Movimiento Nacional Socialista a la vida fácil, gangsteril; y Elisa, de su estado de joven estudiante embarazada a la posibilidad de tener o no el hijo fuera de matrimonio:

¿Si tuviera el niño? Así es que la vida no es en realidad un dibujo mal hecho que se borra al capricho del momento; la vida es como la viven los buenos, idiotas burgueses. Se hace un niño y el niño nace y hay que cambiarle los pañales, limpiarle el poto, darle de mamar, ocuparse de suche para mantenerlo, casarse bien casado y fregarse bien fregado.

Repárese en que Alegría empareja la importancia del caso particular de Elisa con la situación económica general, con la que priva en el medio social del personaje; en ese fragmento, como en todas las páginas relativas al problema íntimo de Juan Luis y Elisa, el autor no se pierde en consideraciones "sentimentaleras", seudosociales de novelita rosa; ante esa situación común como ante otras dignas del comentario cotidiano, el novelista siempre procura ser analítico, no se limita a ver la superficie del problema, escarba hasta tocar su raíz; en tal sentido, es útil el guión de diálogo que respecto a la decadencia de las grandes familias sostiene dos jóvenes:

—Eso de la familia es una pura sandez—dijo un joven de estatura muy pequeña, con el rostro marcado por la viruela—. Son prejuicios burgueses que a usted le quedan, compañero, por su raíz provinciana. Usted sigue hablando de familias y pensando en la cazuela de chanchito que le hacían allá de donde usted viene. ¿Las familias arruinadas? ¿Por qué no piensa en quién tiene la culpa, mejor? La familia se desarma por razones económicas.

Mañana los guerreros... es una obra que mantiene su unidad en el plano literario y social, conectando a éste con el panorama económico-

político de Chile durante 1938; Fernando Alegría, en momentos oportunos, cruza los hilos del relato y muestra la ligazón existente dentro de lo medular de las dos historias, entre las familias venidas a menos y la miseria de la nación; uno de esos momentos puede ilustrarse cuando, refiriéndose a Juan Luis y al padre de éste, el autor expone:

.. Ambos sabían que la pobreza de la casa era el reverso de la pobreza del país. Chile venía sacando sus muebles a remate desde hacía tiempo; pero, a diferencia del abuelo, también sacaba a remate sus glorias militares y, sin dificultad, hallaba un buen postor: había empeñado la provincia salitrera y, antes de conseguir plata para pagar los intereses, había empeñado ya sus minas de cobre. Y, como ellos dos, eran miles los que observaban desde la ventana el viaje de la golondrina con el amoblado del país hacia los grandes montepíos yanquis y europeos.

Formalmente, el relato no sólo resiste cualquier objeción sino, más bien, se incorpora al escaso núcleo de novelas cuyos autores *enseñan* que el manejo de la técnica no debe obstaculizar la comunicación; Alegría usa aquí, por ejemplo, la narración directa y la indirecta, la retrospección y el monólogo interior, pero en ningún instante empaña la claridad de lo narrado; desde este punto de vista, *Mañana los guerreros*... es una novela difícil, y por ello ¡qué lúcida! por su lenguaje sin embargo ¡fácil! Se adivina que toda su estructura, bien proyectada —con ejemplar anticipación—, es sólida y armónica y denota el trazo firme que concede a un autor el sabio manejo del oficio.

Terminemos retomando la idea del principio: al haber usado de la técnica más exigente, Fernando Alegría aprueba que para ser relatista "moderno" no es necesario evadir la temática que huele a lucha y sudor, que los escritores latinoamericanos catedráticos en las universidades de los Estados Unidos tienen derecho a conocer y experimentar formas literarias, a aplaudir el valor de lo "puro" o la calidad de lo abstracto, pero que, también, tienen obligación de no olvidar sus deberes (morales, sociales, humanos, políticos) para con los países donde nacieron, siendo la mejor manera de no olvidarlos el cultivo de su propio campo, la crítica y la cátedra de literatura, o la creación literaria que no por incluir lo que se reconoce como *mensaje* deja de ser arte; *Mañana los guerreros*... novela dedicada a una etapa oscura de la historia chilena: el caos y la matanza, el sacrificio de jóvenes guerreros con diferentes ideologías, así lo demuestra; no es menor su calidad artística ni se invalida lo excelente de su técnica por la experiencia recogida en sus páginas, por la experiencia que sirve para forjar el mensaje esperanzado a la juventud chilena y, ¿por qué no? a la del Continente; algo de esa experiencia o de esa esperanza entendemos en líneas finales de la novela:

Mañana esos guerreros pasarán por esta misma ciudad sin armas. Y en vez de cascos, escudos y emblemas, portarán los frutos del rojo verano... La primavera de los jóvenes guerreros fue, entonces, cruel porque la fueron haciendo con sangre: como la tierra, que hace el nuevo tallo para que la rompa y la corone de pétalos. Y en esa primavera crecieron sus sombras y, a la mañana siguiente, volvieron a crecer y han seguido multiplicándose sin cesar. Esa fue su recompensa: poder multiplicar soles como hijos.

C. G. JUNG, *Respuesta a Job*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 133 págs., México, D. F., 1965. Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis.

Dentro de la estructura ideal mantenida por los principios tradicionales de cualquier religión, la contraposición del bien y el mal se establece perfectamente tanto a la altura de la validez de los seres míticos, entendidos con exacta claridad mediante la fe, como de los ritos y expresiones efectuados por los "representantes" de dichos seres en la tierra; sin embargo, aquella estructura idealmente firme, sólida, planeada por los primeros hombres a fin de resistir sobre sus cimientos el peso de la moral vigente en una eternidad, empieza, defraudando los más elementales cálculos, a mostrar "antes de tiempo" unas grietas que invitan a la reflexión.

¿Qué clase de grietas? La principal está originada en el choque imprevisto o no tomado muy en cuenta de la estructura ideal frente al mundo real; aquélla fue considerada de acuerdo con la realidad de su momento, mientras éste ha evolucionado superando ciertas premisas mentales; la reflexión nace entonces del hombre que escudriñando en la cultura pierde el respeto a la mitología, o bien del hombre común que en base a las experiencias torcidas que observa en la vida diaria duda y pregunta.

El psicoanalista y filósofo de la historia, Carl Gustav Jung, ha escrito estas páginas de *Respuesta a Job* para reflexionar, desde el punto de vista de sus conocimientos, sobre algunas de aquellas grietas; por supuesto, no pretende el autor haber escrito un libro antirreligioso, aunque no ignora que quien habla de los "objetos venerables de la fe religiosa... corre el peligro de caer en uno de los dos bandos en pugna".

Ahora bien, Jung expone que su libro no es una "obra científica", sin embargo los lectores pueden comprobar que el filósofo procede en sus análisis utilizando la comodidad que le permite el uso de su instrumentación científica, lo cual significa que los mismos psicoanalistas serán los primeros en leer o estudiar esta obra que, prejuicios aparte, refleja la manera de pensar de un maestro ante determinado problema de la cultura.

En los capítulos de esta *Respuesta a Job*, Jung se ocupa de temas como el de la "encarnación", El Anticristo, El Dios Tenebroso, El Cristo apocalíptico, Los elegidos, Cristo y Satán, Job y Cristo, El dogma de la Asunción, etc. Todo ello para especular acerca de algunos contrasentidos visi-

bles en la estructura ideal de la religión cristiana, contrasentidos visibles bajo la realidad cultural de nuestro tiempo; así, el autor, sin olvidar diferencias palpables como la existente entre el milagro y el hecho físico, muestra que su preocupación fundamental surge frente a la grieta madre evidente: la injusticia o el mal que azota a los justos o a los buenos.

La preocupación es válida y Jung al manifestarla está expresando el pensamiento de las colectividades que han crecido educadas en la fe, en el respeto a la moral de sus distintas religiones; el hombre común no entiende cómo el plan que funciona perfectamente en teoría para delimitar los contornos del bien y el mal, fracasa en la vida diaria; el autor por su parte, atreve que el mismo Dios, ser de bondad, es a veces fuente de mal y "prueba" a los buenos enviándoles un diluvio de injusticias; Jung recurre al testimonio de los tradicionales libros sagrados: "El libro de Job —nos dice— presenta al varón piadoso y fiel pero castigado por Yavé", al varón que es despojado de sus bienes, que ve morir a sus siervos y a sus hijos, que es hostilizado por su mujer y sus amigos, que sufre una enfermedad terrible y que, por último, ni siquiera es escuchado en la cordura de sus razones.

Jung se vale de El Libro de Job para recordarnos, simbólicamente, la injusticia y el mal que suponen los millones de sacrificios humanos implícitos en las guerras; el hombre no puede estar de acuerdo con esas grandes tragedias contrapuestas a la moral religiosa, hoy como ayer son inaceptables. Leamos algo de lo que Jung opina sobre Dios y los sufrimientos de Job:

Pero nosotros, el coro que comenta esta tragedia, que no ha perdido su valor en ninguna época, no sentimos de la misma manera. A nuestra sensibilidad moderna le parece que la profunda sumisión de Job a la omnipotencia de la presencia divina, y su prudente silencio, no han dado una respuesta a la cuestión planteada por la jugada satánica de la apuesta con Dios. . .

Para empezar por lo más inmediato, ¿qué significa la injusticia inmoral sufrida por Job? ¿Acaso el hombre es tan miserable a la vista de Yavé, que no tiene ni siquiera capacidad de sufrir un *tort moral*? Esto estaría en contradicción con el hecho de que Yavé tiene necesidad del hombre. . . Yavé está pendiente de la lealtad de Job; esta lealtad tiene para él tanta importancia, que no retrocede ante medio alguno para someterla a una prueba. . .

El espíritu inconsciente del hombre tiene una vista segura; aun cuando el entendimiento consciente esté cegado e impotente. El drama se ha consumado para toda la eternidad; la doble naturaleza de Yavé se ha puesto de manifiesto, y alguien o algo la ha visto y la ha registrado. Esta revelación, llegase o no entonces a la conciencia de los hombres, no podía dejar de tener consecuencias.

VICENTE LEÑERO, *Los albañiles*, Edit. Seix Barral, 250 págs., Barcelona, España, 1964. Premio Biblioteca Breve 1963.

El año pasado comentamos el Premio Biblioteca Breve 1962, premio creado en 1958 "con la misión de poner de relieve aquel sector de la joven narrativa de lengua castellana más preocupada por los problemas técnicos de la novela contemporánea"; el comentario que escribimos en 1964 aludió a la novela del peruano Vargas Llosa. Un año después, nos toca comentar el Premio Biblioteca Breve 1963 otorgado al relatista mexicano Vicente Leñero por su obra denominada *Los albañiles*.

Este autor, originario de Jalisco, publicó su primer título a los veintiséis años de edad, un libro de relatos: *La polvareda y otros cuentos*; dos años más tarde, su primera novela: *La voz adolorida*. En 1959, cuando editó el libro de cuentos, Leñero se inició en el periodismo; luego, participó en adaptaciones literarias para la televisión; hombre activo, ha logrado que el tiempo le rinda, como lo prueba el hecho de haber obtenido su título de ingeniero civil o, también, el de haber escrito, pulido y enviado la novela que, en sus treinta años de edad, le hizo acreedor al premio del que ahora nos ocupamos.

El lector observador no se explica por qué esta novela de Vicente Leñero no ha sido elogiada, en el medio cultural mexicano, como otras de menor importancia o calidad; ¿obedecerá ello a que el joven novelista probó desde el principio no tener necesidad de "andaderas"? ¿surge la explicación de que no le ha "consagrado" el sacerdote de cualesquiera de las "capillas" locales? Es posible, pero el valor intelectual de Leñero derrota a la mezquindad de grupo mediante el reconocimiento que a *Los albañiles* le otorgó el juicio unánime extrafronteras: la novela fue reconocida como la mejor entre setenta y cuatro originales procedentes de América Latina y España.

En contra de *Los albañiles* se han opuesto argumentos nada sólidos; por ejemplo, que sus páginas contienen demasiadas "malas palabras"; esto es el colmo hasta para entenderlo dentro de los principios de la crítica más "virtuosa"; qué significan objeciones de este tipo ante realizaciones categóricas como son la fuerza narrativa y el dominio técnico que manifiesta; además, es risible esperar que en una novela realista, de temática ruda, los campesinos o las bajas capas populares se expresen con vocabulario refinado, y no decimos "de universitario" ya que bien sabemos que muchos profesionistas no pulen ni mejoran su lenguaje cotidiano por el hecho simple de concluir una carrera, continúan expresándose con la pobreza del adolescente, no superan el lenguaje casi elemental y corrupto generalizado en los medios del hampa, la incultura y el vicio; *Los albañiles* anticipa, en su mismo título, que no promete individuos nítidos ni conductas perfectas, mucho menos frases o construcciones lingüísticas pulcras; sus

personajes hablan como les corresponde a los trabajadores de determinada extracción social en determinado país; en este caso, como hablan los albañiles mexicanos.

El hilo narrativo de la acción en esta novela se mantiene gracias al carácter especulativo del tema central: el asesinato del hombre que por las noches cuidaba los materiales de un edificio en construcción; la muerte del velador concede al novelista un sinnúmero de posibilidades para la especulación, las cuales son aprovechadas por éste a fin de desarrollar con rapidez temas secundarios, como también para derivar efectos hacia una técnica narrativa bastante ambiciosa.

Lo que hemos denominado tema central no puede calificarse, propiamente, de policiaco; si acaso, resulta una perspectiva cuya riqueza consiste en su estatismo, en su negada evolución, en su papel de posibilidad que estimula al conjunto de posibilidades explotadas sin miramientos por Vicente Leñero; se deduce que la cuestión policiaca interviene aquí no para adjetivar al género, pues el tratamiento diluido en el relato elude respetar los esquemas tradicionales mediante los que la atención del lector se mantiene directamente relacionada con el interés por descubrir al autor del crimen; en *Los albañiles*, si bien es cierto que interesa descubrir al criminal, la atención del lector no queda sujeta a la solución final; por el contrario, se va liberando cuando se compromete y ramifica en cada una de las once partes del libro, porque el novelista—antes lo hemos sugerido—, especula con una fuente de interés inmediato, la posibilidad, centro motor de una lógica diferente a la de la realidad; así, el interés que definiría la definición policiaca del género pasa a ser inmediato, secundario, y como tal es que cumple su función.

Pero, ¿cuál es la riqueza que ofrece esa perspectiva o posibilidad de lo policiaco?; sin duda, el tejido formal del relato identificado plena y sutilmente con las manifestaciones temáticas; por esa posibilidad, el narrador se traslada de la conjetura a lo real, del pensamiento al suceso, de la acción a la imaginación, todo ello sin construir grandes límites para pasar de un monólogo a una descripción o de la voz de un personaje a la de otro. Leamos este párrafo:

...El velador dormía la siesta. Usted entró en la bodega por un martillo y lo encontró tendido en el suelo; un hilo de baba le escurría por la barba. Roncaba. Cuando usted se acercó de puntas, sigilosamente, el viejo movió una mano como para espantarse una mosca, pero sin abrir los ojos. Usted se detuvo, lo miró largo rato para cerciorarse de que dormía. Rezó: Ayúdame, Dios mío. Permite que lo haga; no por mí sino por ti, Señor, por tu gloria; para que este pobre hombre deje de ofenderte y de obligar a los demás a que te ofendan. Yo soy indigno. Tú no me permitiste realizar mi vocación; permíteme esto cuando menos. Después olvídame. Haz de mí lo que quieras. Te ofrezco mi vida, mis sufrimientos, mis enfermedades, a cambio del perdón de sus pecados y la salvación eterna de su alma. En el nombre del Padre, del

Hijo y del Espíritu Santo, sal del cuerpo de este hombre, Satanás. El viejo no se movió, pero usted oyó detrás de la puerta la risotada del albañil. Fue en Hortensia setenta y cinco, ¿se acuerda? Usted se echó a correr y oyó cuando entre risas el albañil despertaba al velador diciéndole: ¿no oíste?, ya te echaron fuera los demonios, ja, ja, ja, ja; ya estás limpiecito, ja, ja, ja, ja.

En *Los albañiles*, los personajes no son complicados, pero tampoco son trazos simples de individuos o siluetas transparentes; la única complicación vale por todo un planteamiento de sociología penal, cercana a lo psicológico es de carácter colectivo y consiste en la proposición que arriesga el novelista para asentar —siempre exprimiendo las posibilidades— que la disposición criminal de quien comete un asesinato es de tanta envergadura como la de los otros que rodearon al asesinado, sólo que al asesino lo responsabiliza una circunstancia que no intervino en aquéllos; tal planteamiento, es válido en teoría para cualquier grupo humano, en la práctica no funciona; la vida exige más que la realidad literaria; los recursos empleados por Vicente Leñero a fin de obtener un relato distinto, están finalmente burilados; buena parte de ellos, por cierto, tiene antecedente en su primera novela, *La voz adolorida*: técnicamente, el monólogo de Enrique en el que convergen pluralidad de acciones y voces; temáticamente, baste recordar la muerte de Raúl sin culpabilidad definida, la experiencia del sanatorio, la huida del enajenado y la participación pasiva del doctor en la comprensión del enfermo.

Finalmente, *Los albañiles* es el título de una novela mexicana diferente y Vicente Leñero el nombre de un autor joven cuyo indiscutible talento triunfa a pesar de cierta indiferencia local. Una vez más, el popular refranero prodigioso: Nadie es profeta en su tierra.

ALFONSO MOLINA, *Antología de la poesía revolucionaria del Perú*, Edic. América Latina, 135 págs., Lima, Perú, 1963.

Con lamentable tardanza nos informamos de esta *Poesía revolucionaria del Perú*; es decir, de este libro, pues bien se sabe que muchos de los poetas aquí agrupados son bastante conocidos por sus voces identificadas con las aspiraciones democráticas del pueblo peruano. El antología contiene poemas de dieciséis autores; un saludo de Marcos Ana, el resistente poeta español, se antepone como prólogo; es un saludo dirigido "A los jóvenes poetas peruanos"; vale difundirlo:

Después de haber pasado 23 años en la NOCHE de las CARCELES y haber pisado dos veces la raya de la muerte, os saludo, poetas peruanos y comparto el fuego que abraza vuestro corazón e ilumina, vuestra palabra. . . No hay fuerza en el mundo que pueda romper el pensamiento y el corazón de los hijos de la

libertad. En cada esquina de la noche hay una lámpara roja, como un farol de sangre, que deslumbra los caminos: la voz encendida de los poetas del pueblo.

Estoy con vosotros, con vuestra gran esperanza, seguro de vuestro FUTURO.

Sobra aclarar que el saludo se utiliza en forma simbólica, ya que de los dieciséis peruanos que llenan las páginas del volumen sólo nueve podrían ser considerados como jóvenes. Notorio, hasta donde llega nuestra información, que el primero y el último de los poetas aquí ordenados son ya inmortalmente jóvenes en la historia de las *letras con pólvora* del Perú; nos referimos a César Vallejo, el cholo ya sin edad y al verdaderamente joven Javier Heraud, guerrillero sacrificado en 1963 a la edad de veintiún años.

Los nombres de los otros poetas son: Alberto Hidalgo, Julio Garrido Malaver, Luis Nieto, Manuel Moreno Jimeno, Mario Florián, Gustavo Valcárcel, Alejandro Romualdo, Washington Delgado, Manuel Scorza, Gonzalo Rose, Luis Gómez, Arturo Corcuera, Reynaldo Naranjo y César Calvo.

Poesía revolucionaria del Perú realiza un esfuerzo que obliga al reconocimiento e incluso a la imitación; su idea de agrupar e imprimir poemas revolucionarios merece extenderse a otros géneros literarios y a otros países; sobre todo cuando nos percatamos que el criterio seguido es amplio: no se decidió incluir autores revolucionarios sino poemas, lo cual permite dar paso a los poetas que simpatizando con la Revolución no siempre escriben para ella.

Copiamos, para cerrar el comentario, fragmentos de poemas pertenecientes al primero y al último poeta de los que figuran en la antología. De César Vallejo:

Y, desgraciadamente,
el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces
y la condición del martirio, carnívora, voraz,
es el dolor dos veces
y la función de la yerba purísima, el dolor
dos veces
y el bien de ser, dolernos doblemente.

Jamas, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tanto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto;
jamás señor ministro de salud, fue la salud
más mortal

y la migraña extrajo tanta frente de la frente!
Y el mueble tuvo en su cajón, dolor,
la lagartija, en su cajón dolor.

De Javier Heraud, sus "Palabras del guerrillero":

Porque mi patria es hermosa
como una espada en el aire,
y más grande ahora y aun
más hermosa todavía,
yo hablo y la defiendo
con mi vida.

No me importa lo que digan
los traidores,
hemos cerrado el pasado
con gruesas lágrimas de acero.
El cielo es nuestro,
nuestro el pan de cada día,
hemos sembrado y cosechado
el trigo y la tierra son nuestros,
y para siempre nos pertenecen
el mar
las montañas y los pájaros.

JORGE LÓPEZ PÁEZ, *Mi hermano Carlos*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 219 págs. México, D. F., 1965. Colec. Letras Mexicanas, N° 80.

No debe esperarse hasta el final del comentario para escribir lo que se antoja desde el principio: esta novela del relatista mexicano Jorge López Páez no es mejor que la publicada por la misma casa editora hace siete años y que hace seis celebramos en las páginas de esta revista; así es, *Mi hermano Carlos* no es mejor, ni siquiera se empareja a la sugerida novela: *El solitario Atlántico*.

Y es que el autor, manejando similares elementos ha querido prolongar, quizá, las observaciones originales que dieron fuerza a la obra anterior; casi con igual temática se ha variado la acción; los lineamientos estructurales en cuanto a ganar la atención del lector se reiteran, esencialmente el tono autobiográfico y la voz narrativa que dependen de la expresión del personaje central: un niño.

Ahora bien, que la autobiografía, tanto en la novela anterior como en *Mi hermano Carlos* pasa del personaje al novelista, se deduce de datos como la incompreensión que, respectivamente, sufren los personajes Andrés y Sebastián, o bien de la tiranía a que los hermanos "mayores" (Rodolfo —en *El solitario Atlántico*— antes y Carlos, ahora) les someten.

Se repite la observación de la marginalidad impuesta al mundo infantil

por el de los adultos; se sugiere nuevamente que las razones que asisten al de éstos pueden ser tan válidas como las que asisten a aquél, pero motivos de sobra conocidos mutilan la trascendencia de la exigencia del niño.

López Páez da su relato en dos tiempos, los cuales sirven para que Sebastián compare lo bueno y lo malo que le ha sucedido en su corta vida; el pasado casi siempre viene a su mente por la retrospectiva, revive al padre muerto siendo cónsul de México en los Estados Unidos, resucita la mitad de un mundo que aún no termina de comprender, el pretérito es a veces un refugio, una liberación de sus problemillas del presente, pero le acumula tanto sentimiento inexplicable, tanta impotencia, tanta lágrima como su transcurrir en el "hoy".

Las imágenes enfrentadas surgen en el niño mediante la huida de un tiempo a otro: el padre que muere de cáncer, ayer, el señor Arriaga que enamora a la madre, hoy; un mismo concepto, una misma voz, cambian sentido si se recuerda expresado ayer u hoy; por ejemplo, la palabra "pocho" con que señalan en los Estados Unidos a los mexicanos que hablan sólo en inglés y se molestan al no ser reconocidos como norteamericanos, y dicha palabra aplicada en México a Sebastián y su hermano por haber vivido en los Estados Unidos.

La mente de Sebastián puede jugar en un horizonte geográfico más amplio que la de Andrés puede desplazarse de Texas a México; sin embargo, la sensibilidad y la inteligencia del segundo compensa lo que le falta de horizonte en su provincia del sur de la República; si se considera que la novela actual, como la anterior, de Jorge López Páez, sostienen todo el peso del relato sobre el "modo de contar" del niño, se entenderá por qué al faltarle la fantasía, la inventiva prodigiosa, a Sebastián, *Mi hermano Carlos*, no sólo desinteresa sino que, a ratos, aburre.

Por otra parte, si el niño de esta obra no goza del talento del de la otra, cómo es posible que en algunos instantes abandone su papel normal "en bobo" y asuma un papel extraordinario "en vivo" con reflexiones como aquella del hospital, cuando acaba de morir su padre y se encierra en el baño:

Cubrí el excusado con la tapa. Me senté. Me acordaba de mi padre, pero él ya se había ido para siempre, y yo ahí, solo, pues si acudía a mi madre buscando su protección sabía que no la encontraría, la había visto tan sola y tan necesitada de la misma protección como yo, y ella a su vez la buscaría en Pedro, y Pedro intentaría encontrarla en ella.

MORAVIA OCHOA LÓPEZ, DIANA MORÁN, LIGIA ALCÁZAR, Cartulinas de Poesía, Núms. 1, 2 y 3, Edit. Caribe, Panamá, 1964.

Estas jóvenes autoras panameñas han impreso y difundido en tres cartulinas de triple hoja, sus poemas de contenido batallador, de protesta y

contribución a la lucha patriótica, definidos plenamente en una ejemplar actitud social; la decisión combativa de estas poetisas debe estimarse junto o al margen del valor estético de sus versos, pues lo que no se debe omitir es su significado de *compromiso* en un momento que muchos autores niegan importancia a la preocupación del arte social.

Y no ha de omitirse juzgar esa actitud compromisoria porque es sintomático que en esta ocasión, sea un grupo de mujeres quien orienta su canto fuera de los límites temáticos de la poesía femenina a que estamos acostumbrados; cabe observarlo como síntoma porque esto sucede en Panamá y no ignoramos—es útil repetirlo—que la expresión artística suele ser reflejo de una determinada realidad social.

La poesía elaborada por estas mujeres patriotas no obedece a falsos estímulos de "pose" o a snobismo alguno, nace de una auténtica convicción, de la necesidad de contribuir con sus voces a la defensa de los derechos populares tradicionalmente vulnerados; quizá, resulte oportuno citar aquí ciertos conceptos de Diana Morán escritos para el prólogo a la *Elegía a Rodolfo Aguilar Delgado* de Ligia Alcázar, cuaderno que recibimos por separado; leamos:

Durante largo tiempo nuestra poética femenina se mantuvo fiel a los asuntos tradicionales. Cantaba a la intimidad doméstica, a la somnolencia del paisaje, al hijo mecido en las rodillas o en el fondo de la conciencia, y al tema amoroso, ya con la tortura gimiente de Delmira Agustini, el frescor sensual de la Ibarbourou o la tierna serenidad de Gabriela Mistral. Entretenidas las poetisas en geometrías astrales y alquimias metafóricas casi nunca posaban su atención en la tierra crucificada ni se sumergían en los anhelos colectivos... Sólo es con el advenimiento del Grupo Cultural Demetrio Herrera Sevillano (1955) cuando las mujeres que lo componen... empiezan a crear en forma sistemática una poesía que exige pan y luz para los hombres; que enarbola los puños y los gritos; que sufre, cae, se levanta y sueña con el amanecer del mundo. En otras palabras, es a partir de la fecha antes citada que la poesía femenina de Panamá se hace preferentemente humana, visible y militante. Más tarde proliferan otros grupos y surgen magníficas poetisas acuciadas por preocupación igual.

De esta poesía "preferentemente humana, visible y militante" copiamos, en su orden, versos de las tres autoras. De Moravia Ochoa López:

Vamos a vernos nuestras manos duras,
la dura simetría del día rutinario,
vamos a aventajarle al mar todo latido
para alzar mil mareas de esperanza.

.....
Toda una dimensión de hombre te suaviza,
pero caen y caen en tus dulces arterias
sonidos subyacentes como los aguaceros;
el golpe sobre el golpe; el dolor sobre el golpe

que hace crujir los huesos como secos cadáveres.

.....
 El hambre ha aglutinado sus ejércitos
 en dura consistencia de metales.
 Tienen su brillo rojo las estrellas
 y en las estrellas vemos la esperanza.
 La miseria ya toma los fusiles
 y la Poesía toma la palabra.

De Diana Morán:

La sangre de los hombres es historia viviente
 savia que de la muerte se incorpora
 soberana presencia de la patria.

 Escuchen lo que digo, hoy nueve de enero,
 a ustedes tragalunas del mundo,
 a ustedes que asesinan los dedos sembradores de olivo:
 Del hijo acribillado retoñan muchos hijos,
 del obrero en el polvo mil obreros regresan,
 del semen inmolado toda cuna germina.
 ¡Las tumbas pregonan! ¡Se desclavan las cruces!
 ¡De la cal del pueblo, el pueblo resucita!

De Ligia Alcázar:

porque el alma de un pueblo es la emerge
 del colectivo corazón del hombre
 y todos se convierten en muro pertinaz
 y anhelo infatigable
 de ser hoy y, por siempre, ser mañana.
 Cuando el hombre se agrieta
 con violencia las uñas
 y el hambre es voz unánime,
 y golpean: el guardia, el casero, el comerciante
 y el latifundista
 y los gringos le tragan al obrero
 toda su sangre joven: las rocas
 se remueven, el aire se llena de coraje,
 el hombre se endurece,
 se hace de piedra
 y de piedra es mi canto para Cuba.

JAVIER MALAGÓN y JOSÉ M. OTS CAPDEQUÍ, *Solórzano y la "Política india"*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 117 págs., México, D. F., 1965.

Vida de don Juan de Solórzano, *La Política india* y La bibliografía de Solórzano Pereira, son las tres partes que componen este volumen, el

cual no es más que el prólogo a la edición que se prepara del famoso libro, *Política indiana*, para incluirlo en la sección Biblioteca Americana de la misma casa editora. Mientras llega el momento de publicar la edición completa, los editores por "exigencias propias del plan editorial" adelantan estas páginas que—según juzgan—gozan cierta autonomía.

Como es natural, la primera parte de este "adelanto" se refiere a la biografía de Juan de Solórzano, biografía que escueta y a veces superficial significa un gran esfuerzo del investigador, pues al parecer los datos del biografiado casi no existen, de no ser aquellos comunes localizables en documentos que forman parte de los archivos públicos y que recogen cuestiones cotidianas, sin importancia, referidas al funcionario o al universitario.

De sus relaciones familiares, con sus padres, hermanos e hijos nada sabemos, así como tampoco de sus amigos en Salamanca, Lima y Madrid, ciudades que fueron los escenarios en que vivió. No conocemos ningún documento íntimo y sólo encontramos información sobre su vida oficial en una de sus obras, que casi nada nuevo aporta a la contenida en los documentos oficiales. De estas y aquellas informaciones se deduce que fue celoso funcionario y sapiente universitario, lo que le llevó a distinguirse, saliendo del anonimato.

La dificultad de conseguir datos valiosos obliga al investigador, como puede comprobarse en las tres líneas finales del párrafo citado, a caer en la aportación de datos hijos de huecas deducciones; por dicha dificultad, la biografía significa un esfuerzo considerable en cuyo extremo aparece la rutina del género, el lugar común.

Con todo, sabemos por estas páginas que Juan de Solórzano nació en Madrid en 1575 y murió "en su ciudad natal" el 26 de septiembre de 1655, que vivió una época de "esplendor de ocaso, de la monarquía española", que hizo labor en el Consejo de Indias junto con el comediógrafo Juan Ruiz de Alarcón, que su protector—el conde de Lemos—lo fue también de Góngora, Lope de Vega, Espinel y Cervantes, que dejó su vida universitaria en 1610 para trasladarse a Lima y que, su obra *Indiarum lue* o *Política indiana*, de la que se ocupa la segunda parte de este prólogo, debe mucho a la experiencia que Solórzano adquirió de sus observaciones jurídicas y políticas en tierras de América:

En su paso por Indias, no obstante que éstas fueron para él más infierno que gloria—en sus deseos de premios por su labor y añoranza de la corte—, no fue Solórzano hombre que se dejara dominar por la nostalgia o el celo hacia aquellos más venturosos que él... su labor en el tiempo que pasó en América fue la del oidor competente, pues se entregó al estudio de todo aquello que lo rodeaba. Su obra primordial, de *Indiarum lue* es, en cierto aspecto, más que obra doctrinal o de erudición, obra humana de observación del medio en que vivía. Fue sacada de la realidad del virreinato del Perú, que conoció a través de los largos años en que convivió con sus problemas.

NICOLÁS GUILLÉN, *Tengo*, Edit. Universidad Central de las Villas, 197 págs., La Habana, Cuba, 1964.

Con un año de retraso recibimos este libro del admirado poeta cubano Nicolás Guillén; sus páginas no sólo constituyen un poemario sino también un ejemplo de lo que puede realizar un escritor de su tiempo por las penas y las glorias de su pueblo; dichosamente, para Cuba, para Nicolás, las segundas son ahora las palpables mientras las primeras representan a un doloroso pasado, un estrujante recuerdo que sirve hoy como estímulo para defender mejor lo que se tiene. *Tengo*, título de este libro, es una expresión simbólica dentro de lo real; Guillén manifiesta con ella el caudal de voces que —como se recoge en uno de los poemas— ya pueden gritar, enumerando, los bienes materiales y las satisfacciones que han obtenido mediante la acción revolucionaria.

El volumen trae una caricatura de Nicolás Guillén trazada por Juan David, un importante —por sabio— prólogo del crítico y especialista cubano José Antonio Portuondo y, al final, "Tres textos musicales" compuestos por Ignacio Villa ("Bola de nieve"), Jorge González Allué y Juan Blanco, respectivamente, para tres textos literarios escritos por el poeta.

El prólogo de Portuondo es, propiamente, un ensayo en el que revisa la consecuencia que existe entre la evolución poética de Guillén y el desarrollo histórico de la política cubana; el ensayista retrocede a 1930 y recuerda que *Motivos de Son* "afirmaron una actitud crítica e irónica frente a las circunstancias políticas y sociales de la Isla", era la época de "los primeros fermentos" que culminarían con el derrumbamiento del tirano Gerardo Machado.

José Antonio Portuondo enumera los poemarios que constituyen el pretérito revolucionario hasta 1958 con *La paloma del vuelo popular*; el presente, el triunfo de la Revolución cubana, la etapa socialista, los señala Portuondo en *Tengo* y nos adelanta sus significaciones, entre otras:

... va más allá de la gesta inicial, y canta la lucha contra el yanqui, la solidaridad de los pueblos —los países socialistas en primera fila— con la revolución cubana; la pugna redentora de nuestros hermanos de América Latina y de todos los explotados por las potencias coloniales y neocoloniales; la dura pelea del hombre negro contra la discriminación racial; la sátira aguda, quevedesca, contra los personajes y personajillos de la reacción y del imperia-lismo; el amor a otros hombres y otros paisajes; la alegría infinita de la tierra y de la libertad recobradas; el derecho al canto y a la risa, y el dolor también por los que cayeron en la lucha por la libertad. Todo un inmenso panorama de hechos y sentimientos se refleja en este libro y se expresa con lenguaje directo, asequible a todos, que no se opone a un esmerado cultivo de la forma.

En efecto, la forma es manejada hábilmente por Nicolás Guillén, los tonos concuerdan adecuadamente con los subgéneros utilizables dentro del

formalismo poemático: sonetos, décimas, romances, clásicos, modernos, satíricos, admirativos, letrillas, sones, en fin, modulación del canto para expresar la frescura del suceso o la exigencia de la circunstancia; a continuación copiamos dos sonetos que ilustran, el primero acerca de lo satírico y el segundo acerca de lo admirativo; el satírico se denomina "¡Abur, don Pepe!" y recoge la circunstancia de cuando "José Figueres... vino a Cuba para dividir la revolución, enviado de los yanquis"; leamos:

Caramba, Pepe, tu ambición es mucha,
pues que parece cierto, como han dicho,
que tú, por vanidad o por capricho,
dejar quieres en Cuba la cachucha.

Si el problema es ganarte la chaúcha
y que te diga el Norte: —¡Bien, Pepicho!
cartel tendrás de avorazado y bicho,
y entonces, Pepe, por favor escucha:

Móntate en tu mulito rabimocho,
cálate la cachucha bien derecha
y así, más chulo (es un decir) que un ocho,

vete con tu cachucha y con tu endecha
a servir a los yanquis tu sancocho:
¡empújales a otros esa mecha!

El segundo soneto, el admirativo, se titula "Che Guevara"; manifiesta:

Como si San Martín la mano pura
a Martí familiar tendido hubiera,
como si el Plata vegetal viniera
con el Cauto a juntar agua y ternura,

así Guevara, el gaucho de voz dura,
brindó a Fidel su sangre guerrillera
y su ancha mano fue más compañera
cuando fue nuestra noche más oscura.

Huyó la muerte. De su sombra impura,
del puñal, del veneno, de la fiera,
sólo el recuerdo bárbaro perdura.

Hecha de dos un alma brilla entera,
como si San Martín la mano pura
a Martí familiar tendido hubiera.

ELIANE AMADO LEVY-VALENSI, *El diálogo psicoanalítico*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 224 págs., México, D. F., 1965. Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis.

De la primera edición en francés, 1962, Julieta Campos tradujo al español esta obra en la que se aborda el análisis del diálogo con el enajenado, un trabajo altamente científico, recurriendo a la cooperación que le podrían dar las experiencias de expositores literarios y personajes creados por ellos, los no vigentes sofismas de algunos filósofos griegos de la Antigüedad, la mitología, la fenomenología y la metafísica.

Acostumbrados como estamos a que los novelistas utilicen para construir sus personajes la mal nombrada "carne de psicoanálisis", no debemos extrañarnos de descubrir la situación inversa, pues este es el caso de Levy-Valensi, quien en determinados momentos de valiosa especulación científica, cuando al lector quizá empieza a interesarle la exposición, resuelve ilustrar sus asertos valiéndose de algunos ejemplos conocidos dentro de los límites de la ficción literaria.

El diálogo psicoanalítico, cuya premisa mayor es que lo subjetivo representa toda la vida del sujeto, puesto que el presente sirve para ver "el pasado, convertido en objetivo" mientras el futuro es "un punto abstracto", subdivide sus páginas en dos partes: La ambigüedad de lo subjetivo y subjetividad, enajenación, curación.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

Las cuatro revistas que utilizamos para el comentario contienen páginas relacionadas con Jean Paul Sartre; las de la tercera de ellas no le favorecen pero las recogemos, también fragmentariamente, porque ignorarlas sería, en cierta forma, hacer el juego a la deshonestedad.

SETECIENTOS MONOS, Revista literaria, Directores: Carlos Schorck y Juan Carlos Martini, Año 1, Núms. 3-4, septiembre-diciembre, Rosario, Argentina, 1964.

Nueva, al menos es la primera vez que la tenemos a mano; muestra juventud, energía en su disposición tipográfica, en la selección del material expositivo y crítico, en el tipo de literatura que impulsa; por otra parte, ambición de ser una revista que anhela intervenir lo más posible en la cultura. Entre las últimas páginas de *Setecientos monos* hay un trabajo de Nicolás Rosa, "Jean Paul Sartre, Premio Nobel 1964", que llama la atención porque su autor, aun cuando lleva "agua para su molino", procura analizar si el rechazo al premio es un acto coherente o contradictorio en la trayectoria intelectual del rechazante; empieza recordando que en las primeras declaraciones Sartre aclaró las razones de su decisión: "que la realidad histórica—escribe Rosa—del Premio Nobel, fuera de lo que el premio significa de por sí, implica un compromiso con la realidad occidental", y Sartre no acepta ese compromiso o toma de posición. De lo escrito por Nicolás Rosa, fragmentamos:

Quando en 1940, la situación del mundo y en particular la de Francia, obligó a los intelectuales burgueses a tomar una posición, se encontraron unidos en la misma línea nombres ya tan importantes como los de Malraux, Koestler, Camus y Sartre... En 1946 la figura de De Gaulle ha dejado de ser el héroe de la Resistencia para convertirse en un personaje político siniestro a ojos de muchos franceses. Los intelectuales, volcados súbitamente ante los problemas de su propia patria, comprenden la necesidad de unir la acción a la teoría. Tal vez, recién ahora, comprendamos la importancia de la actitud asumida por Sartre en ese momento. Un escritor, como lo era Sartre, formado a la antigua, con el convencimiento de que la soledad era la mejor apoyatura de su talento, a la manera de Baudelaire o de Stendhal, debió sufrir una violenta colisión en su propia intimidad. Del choque, salió un nuevo Sartre preocupado por la realidad circundante y totalmente convencido de que sólo la praxis puede salvar al hombre contemporáneo. No sólo es su obligación, declara, sino su única posibilidad. En este nuevo camino, espinoso como ningún otro,

marchará solo, convencido, triste, sin poder arrojar nunca el último lastre de una pasividad congénita a su propia intelectualidad, pero nunca más lúcido... Nada escapa a su registro. Donde aflora la injusticia ahí está el dedo de Sartre para señalarla.

Por otra parte, su rechazo de la política staliniana, que consideraba incompatible con el ejercicio honesto de la literatura, le impedía todo contacto fructífero con los comunistas. Ha corrido mucha agua bajo el puente. Hoy día, Sartre, asumiendo un relativismo histórico objetivo está mucho más próximo de la praxis soviética, y de los nuevos marxistas, en una visión más amplia de la concepción dialéctica, posibilitan un entendimiento concreto... Frente a los problemas de España, Grecia y China y a la política norteamericana, no había duda posible: era necesario apoyar a la Unión Soviética. Pero Sartre no podía optar sin reservas: un macabro telón de fondo oscurecía la política de Stalin. Era necesario ser lúcido, aun a costa de quedarse solo.

Tildado de ambiguo, no es sino un hombre responsable de su destino y por lo tanto del destino del mundo. Acusado de contradictorio, no es sino un hombre solo y lúcido frente a la realidad múltiple y compleja. Nada ni nadie, en la medida de la libertad del hombre, le ha obligado a tomar una posición que no creía de acuerdo a sus principios, no como una reivindicación romántica del individualismo a ultranza sino como criterio objetivo para precisar la realidad en su propio terreno. En Sartre hay una conducta coherente. Sus cambios de opinión responden a un cambio de estructura mental y a la modificación de la realidad histórica, pero siempre dentro de una misma línea consecutiva. ¿Podemos decir lo mismo de Malraux, aun de Camus? ¿Podemos decir que es contradictoria su actitud frente al Premio Nobel? No lo creo.

En este número hay trabajos de: Nicolás Rosa, José Carlos Gallardo, Carlos Mathus, Marta Goldín, Beatriz Pozzoli, Humberto Constantini, Abelardo Castillo, Juan Carlos Martini, Mele Bruniard, Rodolfo Quebleen, Carlos Schock, Omar Pérez Cantón, Carmelina de Castellanos, Dalmiro Sáenz y María de las Nieves Azuloaga.

LA GACETA DE CUBA, Periódico quincenal de arte y literatura publicado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Director: Nicolás Guillén, Año III, N^o 41, noviembre, La Habana, Cuba, 1964.

Y ya directamente, gracias a esta *Gaceta*, podemos leer la traducción de lo expresado por Sartre a la prensa sueca respecto a las razones que le asistieron para rechazar el Premio Nobel, las cuales ordenó en dos clases: personales y objetivas. Por las primeras recuerda que en 1945 rechazó —"a pesar de que tenía amigos en el gobierno"— la Legión de Honor; asimismo, que nunca ha aceptado ser miembro del Colegio de Francia; funda tal actitud en su concepción del trabajo del escritor, quien al tomar "posiciones políticas, sociales o literarias sólo debe actuar con los medios que le son

propios, es decir, con la palabra escrita. Todas las distinciones que pueda recibir exponen a sus lectores a una presión que yo no estimo deseable".

En cuanto a la segunda clase de razones, declara:

Mis razones objetivas son las siguientes: el único combate actualmente posible en el campo de la cultura es el de la coexistencia pacífica de las dos culturas, la del Este y la del Oeste... Yo siento, personal y profundamente, las contradicciones entre las dos culturas: estoy hecho de esas contradicciones. Mis simpatías van innegablemente hacia el socialismo y a lo que se llama bloque del Este, pero yo he nacido y me he educado en una familia burguesa y en una cultura burguesa. Esto me permite colaborar con todos aquellos que quieren acercar ambas culturas. Espero, naturalmente, que gane el mejor, es decir, el socialismo.

Sé muy bien que el Premio Nobel, de por sí, no es un premio literario del campo occidental, pero se convierte en lo que se hace de él... Es por ello que en la época actual el Premio Nobel se presenta objetivamente como una distinción reservada a los escritores del Oeste o a los rebeldes del Este. No se ha coronado a Neruda, que es uno de los más grandes poetas americanos. No se ha pensado jamás seriamente en Aragón, que bien lo merece. Es lamentable que se haya otorgado el Premio a Pasternak y no a Sholojov, y que la única obra soviética laureada sea una obra editada en el extranjero y prohibida en su país... En la motivación de la Academia Sueca se habla de libertad. Es una palabra que se presta a numerosas interpretaciones. En el Oeste se habla de libertad en un sentido general. Yo entiendo la libertad en una forma más concreta, que consiste en el derecho a tener más de un par de zapatos y de comer lo necesario.

No quiero decir que el Premio Nobel sea un premio "burgués", pero esa sería la interpretación burguesa que darían inevitablemente los medios que conozco bien... Finalmente, queda la cuestión del dinero... O bien se acepta el premio y con la suma recibida se apoyan movimientos u organizaciones que se estiman importantes... O bien se declina el premio a causa de principios generales, y se priva a este movimiento del apoyo que necesita... No se puede pedir que se renuncie por 250.000 coronas a principios que no son únicamente nuestros sino que comparten todos nuestros camaradas.

En este número hay trabajos de: **Roberto Fernández Retamar**, Nicolás Guillén, José Antonio Portuondo, Edmundo Desnoes, Graziella Pogolotti, Ambrosio Fonet, Jaime Sarusky, Javier de Varona, Manuel Díaz Martínez, Marta Valdés, Santiago Ruiz, Joaquín Cuartas, J. Corrales Aguilar, Ada Abbo, Agenor Martí, Augusto Durán, Rolando Rigali y Armando Alvarez Bravo.

INDICE, Director: J. Fernández Figueroa, Año XVII, Núm. 190, noviembre, España, Madrid, 1964.

Esta publicación española de periodicidad mensual, que tiene a su favor permitir la convivencia de españoles de ideologías diferentes y hasta contra-

puestas, presenta cada vez colaboraciones de mayor importancia si se considera que da entrada a cuartillas en las cuales se polemiza u opina respecto a valores culturales que comprometen, en ocasiones, la ubicación política. Por supuesto, lo apuntado es solamente un dato, la presentación de éste y nunca la de *Índice* que por sí misma lo ha hecho durante sus diecisiete años de existencia.

Revisando sus páginas encontramos, en su orden, algunas que nos interesan: un artículo "risueño" de Gonzalo F. de la Mora cuya pretensión fundamental es negar que Unamuno fue un pensador; luego, un ensayo de Luis Trabazo sobre Sartre que destacaremos adelante; después, tres títulos colindantes: "El marxismo y sus críticos" (Lucio Ibáñez Galindo), "Palmiro Togliatti, el comunismo en el neocapitalismo" (Enrique Castro Delgado) y "Carta a F. Fernández-Santos sobre marxismo" (José Blanco Amor); finalmente, la sección científico-informativa titulada "Seres de otros mundos".

El ensayo de Trabazo, "Contestando a Sartre", no es favorable a éste, aunque, para decir verdad, tampoco denota la "rabia o ponzoña" acostumbrada por los atacantes al intelectual francés; Trabazo no oculta su admiración a Sartre ni le niega el talento que a estas alturas resulta innegable; propiamente, elucubra acerca de lo que se trata de acuñar como "vedetismo" dentro de la cultura, atribuyendo su parte al filósofo y literato en cuestión; la base en que se sustentan las manifestaciones del inconforme es una entrevista que Jacqueline Piater hizo a Jean Paul Sartre y publicó en *Le Monde*; de la entrevista, Trabazo se preocupa por la afirmación, expuesta por Sartre, de que la literatura es producto de la neurosis.

Debe reconocerse que el desarrollo insospechable que logra Luis Trabazo es ingenioso, máxime si reparamos en que utiliza, incluso, premisas del mismo Sartre para terminar ridiculizando a éste; cabe advertir que estas páginas las escribió el descontento antes de la actitud brillante de Sartre al rechazar el Premio Nobel; leamos algunos conceptos:

En lo que Sartre no deja de tener razón, y hasta mucha razón, a mi parecer, es en lo que se refiere a la condenación de la literatura, cuando ésta ha sido instaurada como un absoluto, es decir, como un Dios. Cuando ha sido deificada.

Se empezó por el poeta.

El Renacimiento—primer brote de rebeldía, en el campo científico y crítico—estableció la moda de coronar a los poetas de laurel... Los antiguos coronaban al héroe. A todo héroe... Los renacentistas coronaban al poeta. O lo que es igual: hacían, del poeta, el héroe por excelencia... Ya empieza aquí la mixtificación... Del poeta se pasó a la "vedette"... Y hoy vivimos en un mundo donde triunfa la "vedette".

También Sartre aparece en el horizonte de las letras como "vedette". En parte, sin duda, debido a sus grandes merecimientos intelectuales. Pero, en parte, también, como consecuencia de ese clima de "cultura de vedette", que lo rodea, y de la que él mismo, con toda su altura, no pudo librarse... Por de pronto, hay ya una cosa que es cierta: que él alcanzó su cima, hace tiempo, como

"vedette", en este "mundo de vedettes"... Pero—cabe preguntar—: ¿podría mantenerse indefinidamente en primera fila?... El "mundo de vedettes" es, por su propia naturaleza, algo tan veleidoso como sin entrañas... Su culto es el "ego", y quiere una constante renovación de sus héroes y de sus mitos... Pudo muy bien haber ocurrido que Sartre, con su vigoroso instinto del éxito... lo presintiese. Y se dijese a sí mismo, en oscuro coloquio, más o menos consciente:—Querido amigo: hay que cambiar. Ya no es posible seguir en la cumbre del mismo modo. Se hace necesario inventar algo. Descubrirlo... Y tal vez, de ese modo y por ese camino, haya descubierto, *de pronto*, que la literatura es una neurosis, y que él, durante cuarenta años, estuvo sumido en esa neurosis.

En este número hay trabajos de: Leopoldo Azancot, I. Tabau, Víctor Laborda, Pentti Saaritsa, Angel Fernández-Santos, Javier Martínez de Bedoya, Eduardo Aduara, José Antonio Balbontin y Manuel Calvo Hernando.

PRESENTE, Revista mensual de Arte y Letras de Centro América, Directores: Oscar Acosta, Roberto Sosa, Año I, núm. 4, noviembre, Tegucigalpa, Honduras, C.A., 1964.

También esta es una publicación que vemos por primera vez; difunde el arte y las letras de seis países. A un lector curioso se le ocurriría reparar en temas distintos del arte y la literatura; repararía por ejemplo en el "anuncio" de la segunda de forros, donde el Consejo Nacional de Elecciones (manejado por el Gobierno) se "preocupa" por el ciudadano hondureño y le recuerda: "necesitas obtener o convalidar tu cédula de identidad, si no lo haces así, no podrás obtener trabajo, matricular fierros de herrar, etc.". Dicho lector comentaría que mediante esa presión el interés oficial pretende ejercer un mayor dominio sobre una cantidad de posibles votantes a la hora del fraude electoral. Luego, en la primera página el mismo lector encontrará: "El actual Gobierno de la República... ha emitido un decreto creando el Teatro Nacional de Honduras (que) funcionará como una dependencia de la Dirección General de Cultura y estará constituido por una Compañía oficial de actores asalariados... Lo anterior revela la preocupación del Estado por los asuntos culturales, los que hasta ahora han estado relegados no a un primero, ni a un segundo plano, sino al último". Segundo comentario: lo de "actores asalariados" anticipa algo de la "libertad" que tendrán éstos cuando deseen escenificar una obra y descubran que entra en controversia con las directrices del Gobierno. Tercer comentario: muy pronto se lo "la preocupación del Estado por los asuntos culturales" y se olvida la preocupación ciudadana ante quienes pusieron en el exilio al Presidente electo, aquel que ayer, con el Poder en la mano, también oyó que su Gobierno se preocupaba por los asuntos culturales.

Y en la tercera de forros, la curiosidad del lector todavía se sorprenderá al ver un "anuncio" distinto al anterior, que reproduce la imagen de un niño cansado, de humilde extracción social, despeinado, descalzo y que, sin duda, necesita ropa y pan; sin embargo, y esto da pie al cuarto comentario, El Ahorro Hondureño, S. A., Compañía de Seguros fundada en 1917, en su afán publicitario, encabeza el texto preguntando a los supuestos pero sin duda paupérrimos padres: "¿Qué harían sus hijos si Ud. llegara a faltar?" ¡El colmo!, pues si dichos padres aprendieran a leer, sonreirían, ya que antes de pensar en el pago de una cuota que contribuiría a llevar abundancia a la mesa de los socios anónimos de la compañía aseguradora, están diariamente empeñados en conseguir lo relativo al sustento mínimo para mitigar el hambre voraz acumulada.

Mas, dejemos al lector curioso y sus "inoportunos" comentarios y recojamos algunos conceptos vertidos por el guatemalteco Carlos Illescas en su artículo: "Miguel Angel Asturias ante el Nobel", cuya tesis consiste en sugerir a su paisano que si la Real Academia Sueca de Ciencias y Artes le confiere el Premio deberá, como Sartre, renunciar al galardón a fin de ser consecuente con su conducta democrática. Illescas argumenta con sensatez; conocamos esta síntesis:

...lo verdaderamente controvertible son los propósitos que animan a la Academia sueca que el año entrante sólo deseará emendar—o acentuar, no sabemos—los yerros en que ha venido incurriendo, y más concretamente, desvanecer siquiera en parte la situación de ridículo a que la redujo la renuncia que del galardón hizo el magnífico Jean Paul Sartre. Esto, en términos generales, es lo que debe preocuparnos, sobre todo en el caso de que un escritor americano resulte postulado para recibir la jugosísima dádiva... el guatemalteco Miguel Angel Asturias ha pasado a ocupar la atención de los miembros de la Academia: así lo hemos leído en apresurados despachos de prensa fechados en Suecia y en otros países continentales y extracontinentales, que han hecho de la denuncia de Sartre un escándalo de lo que sólo es profesión de responsabilidad ética, o simple respeto a sí mismo, del autor de *La náusea*.

Pormenorícemos. Si la renuncia de Sartre es la respuesta de quien ha sabido sustanciar el pensamiento filosófico y social del mundo de la posguerra al engolamiento seudoliterario de los señores de la Academia, la renuncia de Asturias—caso de producirse después del anuncio de la concesión del Nobel—¿qué impide suponer que expresará también la toma de posición ética de un escritor acosado por el oscurantismo y la superchería?... El acto de rechazo del autor de *Hombre de maíz* alcanzaría, no cabe duda, las proporciones de una definición de principios democráticos frente al fariseísmo atolondrado que cultiva la Academia sueca... El asunto, sin embargo, es más alarmante todavía... Los réditos publicitarios, producto de una propaganda bien dirigida, nunca beneficiarían al novelista pero sí a los responsables directos del descoyuntamiento del proceso artístico y cultural de Guatemala y de muchos países americanos, precisamente a quienes han condenado a una inmensa mayoría de artistas y escritores a que arrastren las cadenas del exilio.

Insistimos. El irracionalismo en el poder, que en estos casos despliega la mayor actividad, al sólo enterarse de la "honrosa distinción" conferida por

la Academia sueca, sin moratorias levantaría la bandera de una cultura que desprecia y persigue con saña... Para bien de todos, la renuncia de Asturias insistirá en la validez permanente de la aserción de que el artista no puede escindir la vida de su obra, así operen en contra la adulación de los filisteos, la incomprensión de los editores celestiales de "best sellers", la amenaza de los poderosos. El centroamericano dirá que nada puede amputar de la literatura su función de testigo veraz de la conciencia del hombre y de las luchas por la supervivencia soberanas de los pueblos.

BOLETÍN DE LITERATURA ARGENTINA, Publicación de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Director: Noe Jitrik, Año I, Núm. 1, agosto, Córdoba, Argentina, 1964.

En este número hay trabajos de: César Fernández Moreno, Félix Weinberg, Alberto Vanaco, César Guiñazú, Nilda Mercado y Amalia Sestopal.

GACETIKA, Revista de Industrias Kaiser Argentina, Director: Christian Sörenson, Año VII, Núm. 71, julio-agosto, Córdoba, Argentina, 1964.

En este número hay trabajos de: Raúl Bulgheroni, Raúl Halac, Noemí L. Goytia, Nilda R. de Silvestre, Rodolfo Gallardo, José Allio Huber, Alberto Sales, Ana Elsa Montes de González y César Miranda.

BOLETÍN DEL CONSEJO MUNDIAL DE LA PAZ, Año XI, Núm. 13, diciembre, Viena, Austria, 1964 (Número especial).

En este número hay varios trabajos de autores anónimos.

AMÉRICA LATINA, Publicación del Centro Latino Americano de Investigaciones en Ciencias Sociales, Director: Manuel Diégues Júnior, Año VII, Núm. 4, octubre-diciembre, Río de Janeiro, Brasil, 1964.

En este número hay trabajos de: José Luis Romero, Bertram Hutchinson, José Luis de Imaz, Claude Bataillon, François Bourricaud, Herbert Baldus, Manuel Diégues Júnior, C.A. de Medina, João de Deus Menezes de Araújo, Fernando M. Diégues, Patricio de la Puente L., Hélio S. Monteiro y G. González F.

REVISTA DO LIVRO, Órgao do Instituto Nacional do Livro, Director: A. G. Pereira Caldas, Año VI, Núm. 25, marzo, Río de Janeiro, Brasil, 1964.

En este número hay trabajos de: Augusto & Haroldo de Campos, Jacinto do Prado Coelho, Fausti Cunha, Justo Pastor Benítez, Georfes Raeders, Maurice Capovilla, Benedito Nunes, Fariás Brito, María José de Fariás Brito, Padre Antonio do Sousa Caldas, Antonio Paim, Luis Cosme y Célio Assis do Carmo.

NUESTRA INDUSTRIA, Revista de Información Económica del Ministerio de Industrias, Núm. 9, octubre, La Habana, Cuba, 1964.

En este número hay trabajos de: Miguel A. Figueras, Juan F. Noyola, Nicolás Jessin, Karel Partyk y Vladyslaw Gomulka.

TRIMESTRE, Revista Financiero-Económica de Cuba, Publicación del Instituto de Estudios Financieros del Ministerio de Hacienda, Núm. 9, enero-marzo, La Habana, Cuba, 1964.

En este número hay trabajos de: Francisco Burón, Fernando O. Cuétara, S. Bratus, N. I. Neliubin y Víctor Herer.

UNIÓN, Revista de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Responsables: Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Roberto Fernández Retamar, José Rodríguez Feo, Año III, Núm. 4, octubre-diciembre, La Habana, Cuba, 1964.

En este número hay trabajos de Ernest Hemingway, Alexander Tvardovski, Calvert Casey, Pedro de Oraá, Humberto Arenal, René Ariza, Pablo García Aguilera, Manfred Wekwerth, P. Zveteremich, Georges Mounin, Manuel Pedro González, Peter Selz, Roberto Fernández Retamar, Edmundo Desnoes, Ermilo Abreu Gómez, Ana María Simo, Liliam Moro, G. Fullea León, Armando Alvarez Bravo y Mercedes Antón.

UNIVERSIDAD DE LA HABANA, Publicación bimestral, Director: Elías Entralgo, Núms. 166-167, marzo-abril, mayo-junio, La Habana, Cuba, 1964.

En este número hay trabajos de: Mario Otero, Werner Kraus, Guillermo Sánchez Martínez, María Villar Buceta, Boris N. Semevsky, Igor S. Stepanov,

Ralph Johnson, José Dudsky, Luis F. Peroy Gálvez, Aníbal Rodríguez y Angel Augier.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, Memorias Científicas y Literarias, Director: Alvaro Bunster, Año CXXII, Núm. 130, abril-junio, Santiago de Chile, Chile, 1964.

En este número hay trabajos de: Félix Schwartzmann, Alberto Pérez, Genaro Godoy, Ximena Bunster, Ricardo Benavides Lillo, Carla Cordua, Homero Castillo, Galvarino Plaza, Braulio Arenas, Hernán Valdés, M. A. Rojas Mix, Henry Lowick-Russell, Enrique Sandoval Gessler, Victor Carslon, Cedomil Goié, Raúl Silva Castro, Norman Cortés, Jaime Valdivieso, Luis Iñigo Madrigal, Edmundo Concha, Grinor Rojo de la R., Eusebio Flores Silva, L. Capurro, Eugenio González R., Luis Maira A. y Astolfo Tapia Moore.

ECONOMÍA SALVADOREÑA, Publicación del Instituto de Estudios Económicos de la Facultad de Economía, Año XII, Núms. 27 y 28, enero-diciembre, San Salvador, El Salvador, C.A., 1963.

En este número hay trabajos de: J. Luis Argueta, Roberto Carías Delgado, Rafael Menjívar Ch., Gustavo Santoro y Eusebio Martell.

REVISTA DE OCCIDENTE, Publicación mensual, Director: José Ortega Spottorno, Año II, 2ª Epoca, Núm. 21, diciembre, Madrid, España, 1964.

En este número hay trabajos de: Jorge Guillén, Jorge Santayana, H. Cairns, Ramón Ceñal, Paulino Garagorri, J. A. Maravall, E. Sosa López, J. L. Cano, Jean Sarrailh, J. Manaut Viglietti y Carlos Alfonso.

AMÉRICAS, Publicación mensual, Director: Guillermo de Zéndegui, Vol. 17, Núm. 2, febrero, Washington 6, D.C., Estados Unidos, 1965.

En este número hay trabajos de: Antonio Iglesias, Ismael Quiles, Norberto Ras, Maurice A. Lubin, Hazel O'Hara, John Nist, Darío Suro, Antonio Dal Masetto, Leslie Juád Ahlender, Phil Lundberg y María Isabel Abreu.

REVISTA HISPÁNICA MODERNA, Publicación trimestral, Director: Eugenio Florit, Año XXX, Núm. 1, enero, New York 27, N.Y., Estados Unidos, 1964.

En este número hay trabajos de: Luis Monguió, Concha Zardoya, Hugo Rodríguez Alcalá, Rafael Bosch, Manuel Durán, Eugenio Florit, José Olivio Jiménez, Gerald M. Moser y Hensley C. Woodbridge.

CUADERNOS, Publicación mensual, Director: Germán Arciniegas, Núm. 93, febrero, París, Francia, 1965.

En este número hay trabajos de: Piero Bargellini, Víctor Raúl Haya de la Torre, Ignacio Silone, Clarival de Prado Valladares, Adolfo de Obieta H. A. Murena, Augusto Arias, Justo Pastor Benítez, Mildred Adams, Silvina Ocampo, Damián Carlos Bayón, Enrique Arnal, Ervin Rojas, Jesús Urzagasti, Edgar Avila Echazu, Jorge Suárez, Edmundo Camargo Ferreira, Max Hammerton, Alida M. Justo, Celia Zaragoza, Ezequiel de Olaso, Héctor Miguel Angeli, Eduardo Mendoza Varela, Roberto Esquenazi-Mayo, Raúl Vera Ocampo y Marta Mosquera.

AMÉRICA INDÍGENA, Organo trimestral del Instituto Indigenista Interamericano, Director: Miguel León-Portilla, Vol. XXV, Núm. 1, enero, México, D. F., 1965.

En este número hay trabajos de: Aníbal Buitrón, Arnold Strickon, James R. Moriarty, Julio César Espínola, Edward H. Spicer, Claudio Esteva-Fabregat, Alfredo López Austin y Moisés Romero Castillo.

CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, Revista de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, Director: Pablo González Casanova, Año X, Núm. 36, abril-junio, México, D. F., 1964.

En este número hay trabajos de: José Luis de Imaz, Luis Ratinoff, J. Antonio Murguía Rosete, Eduardo Guerrero del Castillo, Gitta Alonso Gómez, Ernest Wilhem von Fintelen y Claude Bataillon.

DIÁLOGOS, Revista bimensual de Letras y Artes, Director: Ramón Xirau, Vol. I, Núm. 2, enero-febrero, México, D. F., 1965.

En este número hay trabajos de: Jorge Luis Borges, Maurice Blanchot, Julio Cortázar, Yves Bonnefoy, María Zambrano, Jomi García Ascot, Juna

José Gurrola, Juan García Ponce, Héctor Mendoza, Ivonne Bordelois, José Emilio Pacheco, José Luis Cuevas y Jorge Brena.

PÁJARO DE CASCABEL, Publicación bimestral, Responsables: Thelma Nava, Luis Mario Schneider, Núms. 12 y 13, julio-septiembre, México, D. F., 1964.

En este número hay trabajos de: Demetrio Sodi M., Luisa Pasamanik, Thelma Nava, Roque Dalton, Waldir Ayala, Homero Aridjis, Jaime Cardeña, Américo Ferrari, J. Mario, Ludovico Silva, Rubén Astudillo, Bernard Noel, Manuel Bandeira y Jaime Carrero.

PANORAMAS, Publicación bimestral del Centro de Estudios y Documentación Sociales, Director: Víctor Alba, Año III, Núm. 14, marzo-abril, México, D. F., 1965.

En este número hay trabajos de: Diego A. de Santillán, Mario Verdú, Víctor Alba, Alberto Baeza Flores, Frank Brandenburg, V. Blanc, Harry Kantor y José Luis Cuevas.

SEGURIDAD SOCIAL, Organó de Difusión del Centro Interamericano de Estudios de Seguridad Social, Año XIII, Epoca III, Núms. 26-27, marzo-junio, México, D. F., 1964.

En este número hay varios trabajos de autores anónimos.

VENTANA, Cuadernos Universitarios, Publicación del Departamento Editorial de la Universidad Nacional de Nicaragua, Director: Sergio Ramírez, Año I, Núm. I, Segundo trimestre, León, Nicaragua, C.A., 1964.

En este número hay trabajos de: Mariano Fiallos Gil, Alfonso Cortés, Mario Cajina Vega, Carlos Martínez Rivas, Ernesto Gutiérrez y Leoncio Sáenz.

CULTURA Y PUEBLO, Publicación de la Comisión Nacional de Cultura, Año I, Núm. 2, abril-junio, Lima, Perú, 1964.

En este número hay trabajos de: Antonio Raimondi, José de la Riva Agüero, José María Argueñas, Fernando Silva Santisteban, Juan Santa Cruz Pachacuti, Celso Medina, José María Eguren, Carlos Oquendo de Amat,

Mario Florian, Washington Delgado, Eleodoro Vargas Vicuña, Ramiro Castro de la Mata, Manuel Chávez Ballón, Emilio Barrantes, Alfonso la Torre, Enrique Pinilla, Abraham Guillén, Víctor Chambi y Hans Horheimer.

REVISTA PERUANA DE CULTURA, Organó de la Comisión Nacional de Cultura, Núm. 2, julio, Lima, Perú, 1964.

En este número hay trabajos de: Mariano Iberico, Martín Adan, Luis Loayza, Estuardo Núñez, Carlos Cueto Fernandini, John V. Murra, Emilio Adolfo Westphalen, Alberto Escobar, Antonio Peña Cabrera, Luis A. Ratto, Abelardo Oquendo, F. Pease G. Y., Armando Zubizarreta y Fernando de Szylo.

REVISTA POLACA, Director: Pawel Kwiecinski, Núm. 7, febrero, Varsovia, Polonia, 1965.

En este número hay trabajos de: Jan Winiarz, Barbara Zapolska, Jozef Swiecki, Michal Hofman, Zycie Warszawy, Leszek Kolodziejczyk, Jan Szczepanski, Ignacy Pochwicki, Feliks Derecki y Rodrigo Andino.

RUMANIA, Documentos, Artículos e Informaciones de, Año XV, Núms. 23-24, diciembre, Bucarest, Rumania, 1964.

En este número hay varios trabajos de autores anónimos.

LITERATURA SOVIÉTICA, Organó mensual de la Unión de Escritores de la U.R.S.S., Director: V. Azháev, Núm. 2, febrero, Moscú, U.R.S.S. 1965

En este número hay trabajos de: V. Ketlinskaia, N. Chukoski, G. Semionov, N. Tijonov, K. Fedin, A. Makarov, S. Podelkov, A. Marchenko, A. Ninov, S. Freilij, V. Tseltner, E. Krasnova, V. Goffenshefer, I. Pitliar, D. Moldavski, N. Dmitrieva, Adalbert Erdeli, Fiócor Manailo y Andréi Kotska.

POLÍTICA INTERNACIONAL, Revista bimestral de la Federación de Periodistas de Yugoslavia, Director: Milorad Mijović, Año XVI, Núm. 355, enero, Belgrado, Yugoslavia, 1965.

En este número hay trabajos de: J. Djerdja, Lal Bahadur Shastri, Sirimavo Bandaranaike, N. Opacić, Domingo Romeu y Jaime, Mladen Iveković, Ljubomir Radovanović, Howard Parsons, Berislav Badurina, R. Petković y Mema Marković.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DIA 29 DE
ABRIL DE 1965 EN LOS
TALLERES DE LA EDITORIAL
CVLTVRA, T. G., S. A., AV.
REPUBLICA DE GUATEMALA
NUM. 96, DE LA CIUDAD DE
MEXICO, SIENDO SU TIRA-
DA DE 1,700 EJEMPLARES.

Nº 1003

EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA

EL CASO DE MEXICO

por

FERNANDO CARMONA

* * *

UN LIBRO SENSACIONAL

De venta en las principales librerías

Precios:

México	\$25.00
Extranjero	2.30 Dls.

Distribuye

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado 975
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

ASOMANTE

Revista literaria trimestral editada por la
ASOCIACION DE GRADUADAS DE LA UNIVERSIDAD
DE PUERTO RICO

Fundada en el 1945

Directora: NILITA VIENTOS GASTON Subdirectora: MONELISA L. PEREZ MARCHAND

S U M A R I O
(Número 3, 1964)

*CONCHA MELENDEZ; La literatura de ficción en Puerto Rico (1955-1963). *MARIANA ROBLES DE CARDONA; El ensayo puertorriqueño en los últimos veinte años. *JOSE EMILIO GONZALEZ; La poesía puertorriqueña de 1945 a 1963. *JOSE LUIS CANO; Carta de España. *DAMIAN CARLOS BAYON; Carta de París. *ESTEBAN SALAZAR CHAPELA; Carta de Londres. *H. A. MURENA; Carta del Río de la Plata. *LOS LIBROS; JUAN MARTINEZ CAPO, LUIS RAFAEL SANCHEZ, JUAN ADOLFO VAZQUEZ, EMILIA DE ZULETA, JOSE GUERRA FLORES. *GUIA DEL LECTOR.

S U M A R I O
(Número 4, 1964)

*MARIA TERESA BABIN; Veinte años de teatro puertorriqueño (1945-1964). *M. MALDONADO DENIS; Las ciencias sociales en Puerto Rico durante los últimos veinte años. *ARTURO DAVILA RODRIGUEZ; Notas sobre las artes plásticas en Puerto Rico durante los últimos veinte años. *JOSE LUIS CANO; Carta de España. *DAMIAN CARLOS BAYON; Carta de París. *H. A. MURENA; Carta del Río de la Plata. *GIUSEPPE BELLINI; Carta de Italia. *LOS LIBROS; JOSE EMILIO GONZALEZ, ANTONIO OTERO SECO, EMILIA DE ZULETA, SALVADOR BUENO. *GUIA DEL LECTOR.

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

•

Director-Editor: **ALFREDO A. ROGGIANO.**

Department of Romance Languages,

University of Pittsburgh

Pittsburgh 13, Pennsylvania, U. S. A.

•

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 6.00 Dls. para E. U. y Europa.

Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, diríjase al Director-Editor. Para suscripciones o compra, diríjase al Secretario-Tesorero.

REVISTA SUR

Fundada en 1931
y dirigida por VICTORIA OCAMPO

Nº 293

Marzo-abril 1965

DEDICADO A LATINOAMERICA

Wilson Figueiredo: BRASIL: LA REVOLUCION, LA IZQUIERDA Y LA CLASE MEDIA

Laurette Séjourné: VIGENCIA DEL PASADO EN MEXICO

Mon. Germán Guzmán Campos: LA VIOLENCIA: ¿UN FENOMENO COLOMBIANO?

Aldo Prior: DESPUES DE MARTINEZ ESTRADA

Sebastián Salazar Bondy: LA EVOLUCION DEL LLAMADO INDIGENISMO

Francisco Pérez: LA RECIENTE ELECCION PRESIDENCIAL EN CHILE

Alejo Carpentier: LA ACTUALIDAD CULTURAL EN CUBA

Humberto Piñera: CULTURA Y REVOLUCION EN CUBA

Juan Liseno: CINCO POETAS JOVENES VENEZOLANOS: Guillermo Sucre, Luis García Morales, Efraín Subero, Roberto Guevara, Ramón Palomares

Angel Rama: LA CULTURA URUGUAYA EN "MARCHA"

Augusto Ron Bastos: CRONICA PARAGUAYA

Marín Teresa Babin y Nilita Vientós Gastón: LA SITUACION EN PUERTO RICO

Suscripción anual u.s. \$6.00

Número Suelto u.s. \$1.00

Viamonte 494, 8º

Buenos Aires

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

•

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Rio

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

•

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

485 West 117th Street.

New York.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



**SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos**

Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

**KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos**

Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE; Lic. Aarón Sáenz. VOCALES; D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cuatrecasas, D. Juan Casanellas, Lic. Daniel Costo Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. SECRETARIO; Lorenzo Alcaraz.

NUEVO MODELO L. H. CRUCERO



UN TRIUNFO MAS DE TECNICOS MEXICANOS RECONOCIDO INTERNACIONALMENTE
 CADA SEGUNDO DE LAS 24 HORAS, LA SEGURIDAD Y EL PLACER ACOMPAÑAN A
 MILES DE VIAJEROS POR LOS CAMINOS DE MEXICO EN LOS RAPIDOS AUTOBUSES
 DE NORTE A SUR O DE ESTE A OESTE

21 LINEAS MEXICANAS DE PASAJEROS TRANSPORTAN DIARIAMENTE MILES DE
 VIAJEROS CON LA RAPIDEZ, SEGURIDAD Y PLACER QUE LE BRINDAN LOS
 AUTOBUSES M. A. S. A.

Por todos los caminos del país los autobuses M.A.S.A., cumplen su tarea de mover a la población sobre bases de
 seguridad. Actualmente trabajan con vehículos M.A.S.A. las líneas de autotransportes siguientes:

AUTOBUSES CENTRALES DE MEXICO "FLECHA AMARILLA", S. A. DE C. V. Ruta: México - Querétaro - Celaya - Irapuato - León - Lagos de Moreno - Aguascalientes - San Luis Potosí.

AUTOBUSES "ESTRELLA BLANCA", S. A. DE C. V. Ruta: México - Huichapan - San Juan del Río - Querétaro - Celaya - Salamanca - Irapuato - Silao - Guanajuato - León - San Luis - Lagos - Aguascalientes - Zacatecas - Durango - Ciudad Juárez.

AUTOBUSES MEXICO - TUXPAN - TAMPICO "FLECHA ROJA", S. A. DE C. V. Ruta: México - Pachuca - Tulancingo - Huauchínango - Villa Juárez - Poza Rica - Tihuatlán - Tuxpan - Poirero del Llano - Tantoyuca - Pánuco - Tampico.

AUTOBUSES DE OCCIDENTE, S. A. DE C. V. Ruta: México - Morelia - Pátzcuaro - Tzacámbara - Uruapan - Guadalupe - Tlaquepaque - Puento Grande - Zapotlán - Paredones - Tepetitlán - Colima - Manzanillo.

AUTOBUSES DE ORIENTE, S. A. DE C. V. Ruta: México - Puebla - Córdoba - Veracruz - Oaxaca - Villahermosa - Ciudad del Carmen - Mérida.

AUTOTRANSPORTES DE ESCUINAPA, SINALOA, S. C. L. Ruta: Mazatlán - Concepción - Villa Unión - Rosario - Chamela - Escuinapa - Arapanama.

AUTOTRANSPORTES DEL SUR, S. DE R. L. DE C. V. Ruta: Mérida - Umán - Ticul - Peten - Usumac - Bolonchentic - Campeche.

AUTOTRANSPORTES DEL SUR DE JALISCO, S. A. DE C. V. Ruta: Guadalajara - Sayula - Ciudad Guzmán - P. Coahuila - Colima - Covatlán - Manzanillo.

AUTOTRANSPORTES DEL SURESTE "CRISTOBAL COLÓN", S. C. L. Ruta: México - Tuxtla Gutiérrez - El Ocotal y Arriaga.

AUTOTRANSPORTES TEQUILA, S. A. DE C. V. Ruta: Guadalajara - Amatitlán - Tequila - Nossotopaguillo - Iztlán del Río - Plan de Barracas.

CAMIONES DE LOS ALTOS, S. A. DE C. V. Ruta: Guadalajara - Aguascalientes - Lagos de Moreno - Mathevale - San Luis - León.

CORSARIOS DEL BAJIO, S. A. DE C. V. Ruta: México - San Juan del Río - Querétaro - Celaya - Salamanca - Irapuato - Guanajuato - Silao - León - San Luis de la Paz - San Luis Potosí.

MEXICO - PUEBLA - VERACRUZ - OAXACA Y ANEXAS "FLECHA ROJA", S. A. DE C. V. Ruta: México - Puebla - Veracruz - Oaxaca.

LINEAS UNIDAS MEXICO - TUXPAN - TAMPICO "TRES ESTRELLAS", S. A. DE C. V. Ruta: México - Tuxpan - Tampico - Ciudad Victoria.

SINDICATO DE AUTOTRANSPORTES MEXICO - CUERNAVACA - ZACATEPEC - JOJUTLA, S. C. L. Ruta: México - Cuernavaca - Zacatepec - Jojutla.

SINDICATO DE PROPIETARIOS DE AUTOTRANSPORTES MEXICO - CUERNAVACA - ACAPULCO "FLECHA ROJA", S. C. L. Ruta: México - Cuernavaca - Taxco - Iguala - Río Colorado - Acapulco.

SOCIEDAD COOPERATIVA DE AUTOTRANSPORTES COMPOSTELA, S. C. L. Ruta: Compostela - Nayarit - Costa de Chila - Huixtla.

SOCIEDAD COOPERATIVA DE AUTOTRANSPORTES DE CARGA Y PASAJE CHIHUATLAN - MANZANILLO - BARRA DE NAVIDAD - GUADALAJARA, S. C. L. Ruta: Guadalajara - Avilán - Barra de Navidad - Chihuahatlán - Manzanillo.

SOCIEDAD COOPERATIVA DE PRODUCCION AUTOTRANSPORTES LA PIEDAD DE CABADAS, Ruta: México - Morelia - Guadalajara - Querétaro - Irapuato - La Piedad.

SOCIEDAD COOPERATIVA DE TRANSPORTE DE PASAJEROS, S. C. L. (P.69). Ruta: Guadalajara - San Luis Río Colorado - Mexicali - Tecate - Tijuana - Ensenada.

TRANSPORTES DEL PACIFICO, S. A. DE C. V. Ruta: Guadalajara - Tepic - Manzanillo - Coliación - Los Mochis - Mexicali - Tijuana - Ensenada.

M.A.S.A. Mexicana de Autobuses, S. A.
 Norte 45, Núm. 601 Tel. 47-93-00
 Colonia Industrial Vallejo, D.F.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIO	
	Pesos	Día
CANARAS LA LUZ, por León Felipe	(agotado)	
JUAN RUIZ DE ALARCÓN, SU VIDA Y SU OBRA, por Antonio Castro Leizaola	(agotado)	
RENDICION DE ESPIRITU (I), por Juan Larrea	10.00	1.00
RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea	10.00	1.00
ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Riese ..	(agotado)	
VIAJE POR SURAMERICA, por Waldo Frank	(agotado)	
EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez ..	(agotado)	
ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor ..	(agotado)	
MARTÍ ESCRITOR, por Andrés Baudry	(agotado)	
JARDIN CERRADO, por Emilio Prados	8.00	0.80
JUVENTUD DE AMERICA, por Gregorio Bermann	(agotado)	
CORONA DE SOMBRA, por Rodolfo Usigli (tercera edición)	(agotado)	
EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas	18.00	1.60
MEDITACIONES SOBRE MEXICO. ENSAYOS Y NOTAS, por Jesús Silva Herzog	(agotado)	
DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba	(agotado)	
EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz	(agotado)	
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez ..	10.00	1.00
LA PRISION, NOVELA, por Gustavo Valcárcel	(agotado)	
ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (em-		
puetado)	10.00	1.00
SICNO, por Horacio Igarza Magallón	12.00	1.20
LUBIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe	12.00	1.20
LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	10.00	1.00
ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por Germán Arceñaga ..	(agotado)	
NAVE DE ROSAS ANTIGUAS. POEMAS, por Miguel Alve-		
res Acosta	12.00	1.20
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvarez		
Acosta	15.00	1.50
EL OTRO OLVIDO, por Dora Isella Rusell	5.00	0.50
DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla	(agotado)	
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo	10.00	1.00
AMERICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea	(agotado)	
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes	10.00	1.00
ACTO POETICO de Germán Pardo García	10.00	1.00
NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento militeo		
versión castellana de León Felipe	10.00	1.00
SANGRE DE LEJANIA, por José Tiquet	10.00	1.00
CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez	12.00	1.20
U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García	10.00	1.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Costo del		
Pomar	18.00	1.60
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	18.00	1.60
LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Toriello	(agotado)	
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por Lucila Velázquez	12.00	1.20
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	18.00	1.60
LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por Luis Cardosa y		
Aragón	(agotado)	
RAZON DE SER, por Juan Larrea	18.00	1.60
CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alvarez	5.00	0.90
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria	7.00	0.70
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	35.00	3.50
ETERNIDAD DEL RUSEÑOR, por Germán Pardo García ..	15.00	1.50
ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdaleno	9.00	0.90
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00	1.50
VIDA Y SENTIDO, por Luis Abad Carrero		
PACTO CON LOS ASTROS, Galaxia y otros poemas, por		
Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
LA EXPOSICION, Divertimiento en tres actos, por Rodolfo		
Usigli	15.00	1.50
EL MEXICANO Y SU MORADA Y OTROS ENSAYOS, por		
Jesús Silva Herzog	(agotado)	
BARRO Y VIENTO, por Mauricio de la Scola	(agotado)	
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS		
UNIDOS DEL NORTE, 1920-1950, por Frederic Harold Young	15.00	1.50
HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA	20.00	1.80
HISTORIA DE LA EXPROPIACION PETROLERA, por Jesús		
Silva Herzog	(agotado)	
TRAYECTORIA IDEOLOGICA DE LA REVOLUCION MEXI-		
CANA, por Jesús Silva Herzog	10.00	0.90
EL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y LA ECONOMIA DE		
MEXICO, por José Luis Cereña	(agotado)	
LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Emilio Romero		
Epifanio	10.00	1.00
EL PUEBLO Y SU TIERRA. MITO Y REALIDAD DE LA		
REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Andrés de Peña	60.00	5.50
O T R A S P U B L I C A C I O N E S		
PASTORAL, por Sara de Ibáñez	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE		
NUESTRO TIEMPO, por José Gans	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José C. Zuno	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" Números 1 al 100,		
por Ansel Flores	30.00	3.00
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA,		
por Alfredo L. Palacios	3.00	0.30
REVISTA; SUSCRIPCION ANUAL (6 números)		
MEXICO	100.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA ..	9.00	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	11.00	
PRECIO DEL EJEMPLAR		
MEXICO	20.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA ..	1.50	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.15	
Ejemplares atrasados, precio convencional		

NUESTRO TIEMPO

Fedro Guillén

Militarismo y golpes de Estado en América Latina.

Robert G. Mead, Jr.

Iberoamérica en perspectiva norteamericana.

*James D. Cockcroft y
George P. Cockcroft*

La crisis de los intelectuales norteamericanos.

Manuel Diéguez Junior

Influencias étnicas y culturales en el Brasil.

Ifigenia M. de Navarrete

Algunos aspectos de la economía china.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Robert S. Hartman

Nuestra situación existencial: ¿Pereceremos todos juntos?

Eduardo González Lanuza

Arte, ciencia y artesanía.

José Luis Abellán

Ortega y el fracaso de la metafísica.

PRESENCIA DEL PASADO

Felipe Cossio del Pomar

Tupac Amaru.

Jaime Alazraki

El indigenismo de Martí y el antindigenismo de Sarmiento.

Dardo Cúneo

La crisis argentina del '30 en Güiraldes, Scalabrini Ortiz y Lugones.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Susana Francis

Poemas.

Luis Cardoza y Aragón

Tres estampas antropoidales.

Max Aub

Prólogo acerca del teatro español de los años veinte de este siglo.

Hugo Rodríguez-Alcalá

Análisis estilístico de *El llano en llamas*, de Juan Rulfo.

Homero Castiño

Federico Gana, maestro del relato criollista.

María Alfaro

Tres heroínas nefastas de la literatura española.

Elvira Vargas

Lo que pese mi hijo...

LIBROS Y REVISTAS

Mauricio de la Selva

Libros, revistas y otras publicaciones.